

MANUEL ESPINAR MORENO

EL IMPERIO CAROLINGIO. DESDE LOS ORIGENES A SU DESAPARICIÓN



LIBROS EPCCM

GRANADA, 2020

MANUEL ESPINAR MORENO

EL IMPERIO CAROLINGIO. DESDE LOS ORIGENES A SU DESAPARICIÓN



LIBROS **EPCCM**
GRANADA, 2020

MANUEL ESPINAR MORENO
EL IMPERIO CAROLINGIO. DESDE LOS
ORIGENES A SU DESAPARICIÓN



LIBROSEPCCM

Granada, 2020

Editor: Manuel Espinar Moreno

©HUM-165: Patrimonio, Cultura y Ciencias Medievales

Primera edición: 2020

El Imperi Carolingio. Desde los orígenes a su desaparición

© Manuel Espinar Moreno

Diseño de cubierta: Manuel Espinar Moreno.

Motivo de cubierta: Escribanos medievales y página de manuscrito sacadas de internet.

Maquetación: Manuel Espinar Moreno

Anexo a la Revista: EPCCM. ISSN: 1575- 3840, ISSN: e-2341-3549 Digibug
<http://hdl.handle.net/10481/>

Edición del Grupo de Investigación HUM-165: Patrimonio, Cultura y Ciencias Medievales. Colaboración del Centro: “Manuel Espinar Moreno”, Centro Documental del Marquesado del Cenete y Departamento Historia Medieval y CCTTHH (Universidad de Granada)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos. www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



© 2018 DOAJ.

The DOAJ site and its metadata are licensed under CC BY-SA

Introducción.

En los momentos actuales en que vivimos, como ya hemos dicho en otras ocasiones al ofrecer otros materiales de estudio a nuestros alumnos, a consecuencia del covid19, la enseñanza universitaria ha cambiado casi radicalmente, pues aquellas clases tradicionales, denominadas por los enseñantes “clases magistrales” se han tenido que cambiar para facilitar a los alumnos el acceso a las lecciones. En este sentido la asignatura Historia Medieval, del primer curso del Grado de Arqueología en la Universidad de Granada, exige ofrecer al alumnado materiales que faciliten su formación y de esta forma poder superar lo exigido al menos mínimamente en una asignatura tan amplia dado el enorme espacio de tiempo que abarca. En este sentido, ofrecemos estos materiales sobre el período que analiza la historia del Imperio Carolingio desde su fundación hasta su desaparición. Así pues, la mayoría de estos apuntes están tomados de varias obras en especial de la Novísima Historia Universal desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros días escrita por individuos del Instituto de Francia G. Maspero, J. Michelet, Ernesto Renán, Victor Duruy, et. Dirigida a partir del siglo IV, por Ernesto Lavisse, de la Real Academia Francesa, Profesor de la Universidad de París, y por Alfredo Rambaud, del Instituto de Francia, Profesor de la Universidad de París. Traducción de Vicente Blasco Ibañez. Tomo VI. Los Orígenes. Madrid, La editorial Española-Americana, Mesonero Romanos, 42. La hemos consultado en Biblioteca Nacional de España 52/508188, DN 18451, vol. 6, D 63987944.

Los capítulos 6º, 7º y 9º del tomo 6 de esta obra citada, elaborados por A. Berthelot, agregado de Historia y Geografía, antiguo miembro de la Escuela de Roma, Director adjunto de la Escuela de Estudios Superiores de París, tienen el siguiente esquema:

Capítulo VI,

ADVENIMIENTO DE LA CASA CARLOVINGIA (638-768)

por A. Berthelot

I.—Decadencia de los merovingios

Los sucesores de Dagoberto.— Ebroino y San Leodegario. — La Neustria sometida a la Austrasia, páginas 158-160.

II.—Progreso de la casa carlovingia

Las guerras de Pipino el Joven.— Carlos Martel y los reyes merovingios.— Las guerras de Carlos Martel. Relaciones con la aristocracia eclesiástica y laica.— Relaciones con Roma, páginas 160-163.

III.— Misiones cristianas en la Galia y en Germania

Misiones en Bélgica y Batavia: San Amando.— Misiones irlandesas en la Galia: San Colombano y San Galo.— Misiones en Alemania y en Recia: San Sigiberto.— Misiones en Baviera: San Emerano y San Ruperto.— Misiones en Turingia: San Kiliano.— Misiones anglosajonas en Germania: San Vilibrodo y San Bonifacio.— Organización de la iglesia de Germania.— Reorganización de las iglesias galo-francas, páginas 163-167.

IV.—La realeza en la casa carlovingia

Pipino y Carlomano.— La embajada del papa; Pipino se hace coronar rey; la alianza con Roma.— Expedición á Italia: El papa soberano temporal.—Últimas campañas de Pipino. — Bibliografía, páginas 168-174.

Capítulo VII

EL IMPERIO DE CARLOMAGNO (768-814)

por A. Berthelot

I.— Guerras y conquistas de Carlomagno

Guerras en Aquitania y en España.— Destrucción del reino de los lombardos.— Guerra contra los sajones. Anexión de Baviera. — Guerra contra los avaros.— Los eslavos y los daneses, páginas 175-180.

II.— Gobierno de Carlomagno

El Imperio franco y las nacionalidades: duques, margraves y condes.— Los obispos y los abades como funcionarios del príncipe.— Los missi dominici.— La corte del príncipe.— Las asambleas.— Legislación: La ley o costumbres.— Los capitulares.— Régimen de las tierras y de las personas. 1º. El beneficio. 2º. La recomendación y el vasallaje. 3º. La inmunidad.— Nueva clasificación social — Justicia. — Hacienda. — Servicio militar.— Civilización carlovingia: Escuelas, Literatura y Bellas Artes, páginas 181-196.

III.— Restablecimiento del Imperio

Ideas y hechos que prepararon la restauración del Imperio en Occidente.— León III: Coronación imperial. Teorías de la época acerca del poder de Carlomagno. Cuestiones relativas a la sucesión de Carlomagno.— Bibliografía, páginas 199-207.

CAPITULO VIII

DESTRUCCION DEL IMPERIO CARLOVINGIO (814-887)

por A. Berthelot

I.—Luis el Bondadoso y los primeros repartos

Causas de disolución en el Imperio.— Luis el Bondadoso.— El reparto de 817 y sus modificaciones.— Debilidades y faltas del emperador,— Sublevaciones de los hijos del emperador, páginas 208-212.

II.— Desmembración del Imperio en reinos

La batalla de Fontanet.— Tratado de Verdún: Lotaringia, Francia y Germania.— Lo que quedó de la unidad del Imperio.— Los repartos de la Lotaringia, páginas 213-215.

III.— El reino de Francia desde 843

Extensión y límites.— Bretaña y sus reyes.— Ducado de Septimania y Marca de España.— Ducado de Aquitania.— Dificultades de Carlos el Calvo con su familia.— Destrozos de los normandos.— Gobierno de Carlos el Calvo: Progresos de la anarquía.— El capitular de Kiersy.— Estado del reino de Francia: el feudalismo, páginas 217-226.

IV.—Los reinos de Germania e Italia desde 843

Luis el Germánico y su reino.— Luchas contra los eslavos.— Guerras civiles y repartos.— El reino de Italia: Estado político, religioso y social.— Estragos de los sarracenos, páginas 227-229.

V.— Ultimos ensayos del Imperio carlovingio

Carlos el Calvo, emperador.— Carlos el Gordo, único emperador y rey.— Bibliografía.— Cuadro genealógico, páginas 229-232.

A esto añadimos otros materiales de la obra de Juan Bautista Weiss: Historia Universal, por el Profesor Dr. Juan Bautista Weiss, Consejero palatino real e

imperial Senador, Caballero de la orden de la Corona de hierro, y de la insignia r.c.i. de Artes y Ciencias. Versión de la quinta edición alemana, cuidadosamente corregida y acrecentada con los modernos descubrimientos arqueológicos bajo la dirección del R. P. Ramón Ruiz Amado, S. J. Volumen IV. Edad Media. Los bárbaros y el Imperio. Topografía la educación, Barcelona, 1927. Biblioteca nacional de España, R. 20014. De esta obra hemos tomado algunas páginas en especial sobre la parte de autores, historiografía y otras cuestiones que complementan la parte política del Imperio Carolingio.

Pueden consultarse estos trabajos en nuestros apuntes ofrecidos a los alumnos en Digibug. Esta es la base del presente trabajo destinado a los alumnos, como decimos a ello hay que añadir otras notas tomadas de otros libros especializados en Edad Media. No obstante, añadimos unos pequeños resúmenes sobre todos los temas que se insertan en estas páginas pues de esta manera el alumno puede ver en muy pocas páginas lo más interesante de cada uno de los temas.

Puede consultar otros trabajos entre nuestras publicaciones en Digibug como ocurre con las invasiones, los reinos germánicos formados sobre el Imperio romano, las instituciones de estos nuevos pueblos, la cultura y las artes, etc. De la misma forma dedicamos trabajos a Bizancio, el Islám, mundo carolingio, feudalismo, Cruzadas, etc. etc. En todos ellos cuando sean más amplios pondremos los correspondientes resúmenes para facilitar al alumno su consulta. Ahora ofrecemos la parte dedicada al Imperio carolingio desde su nacimiento hasta su desaparición.

Nuestra idea fundamental es que se pueda consultar toda esta información ya que a veces el alumno no puede acceder a los fondos de las Bibliotecas de los Departamentos, Facultad o incluso Universidad. También es verdad que no están acostumbrados a buscar materiales de estudio pues como ocurre en esta ocasión son alumnos de primer curso, no están acostumbrados ni a la asignatura pues de ella solo tienen nociones muy escasas y pobres ya que en sus anteriores estudios no tienen apenas temas dedicados a la Edad Media.

Junto a estos temas también le ofrecemos unos apuntes sobre la parte práctica de la asignatura donde pueden ver las prácticas que se les exigirán en el estudio de esta asignatura para que puedan hacer las practicas que se le exigen de acuerdo a lo reseñado en la Guía docente que hemos entregado para que aparezca en la página web del Grado de Arqueología. La parte teórica suele valer un sesenta y cinco por ciento, mientras que la parte práctica vale un treinta y cinco.

También ofrecemos algunos mapas, cuadros genealógicos, comentarios de textos sobre este periodo que ya han sido publicados hace algunos años tanto por destacados especialistas como por mí. Se pueden consultar en Digibug pues

teniendo en cuenta que sobre todo algunas obras sobre textos ya estaban agotadas y era difícil consultarlas. Por ello, decidimos incorporarlas a Digibug tal como fueron editadas en su día por las Editoriales que llevaron a cabo aquella acción. Con el correspondiente permiso hemos realizado esta nueva edición de los textos sobre los visigodos (dos libros), Bizancio en su primera etapa: de la dinastía constantiniana a la justiniana, otros textos sobre historia de España y de Granada, etc.

Por ahora publicamos sobre los pueblos germánicos dos trabajos, uno más amplio y completo. Pero este lleva al final un resumen de los principales temas. El segundo más ajustado a las necesidades del alumno está más resumido y así puede estudiarse el tema más fácilmente. En todo caso queremos que el alumno vaya haciéndose sus propios apuntes, realice sus prácticas, pues todo ello se lo vamos a exigir cuando acabe el curso para ver el esfuerzo que haya realizado. Ahora ofrezco otros dos trabajos sobre el Islam medieval que editamos también en Digibug.

Manuel Espinar Moreno, Octubre 2020.

ADVENIMIENTO DE LA CASA CARLOVINGIA (638-768)

I.—Decadencia de los merovingios

Los sucesores de Dagoberto.

Ya hemos explicado las principales causas de la ruina de los merovingios. En el siglo VII comienza su decadencia, que continúa rápidamente. A la muerte de Dagoberto (638) se produce una gran confusión, y después de medio siglo de desórdenes (638-687), cae definitivamente la antigua dinastía. Todavía son los príncipes de la familia merovingia quienes llevan el título de rey de los francos; pero casi todos son niños o adolescentes que no alcanzan la edad madura y que no ejercen ningún poder efectivo (el sobrenombre de reyes holgazanes que se les dió mucho más tarde alude a esta inacción forzada). Reinaban en su nombre los jefes de la familia carlovingia, que ciñeron la corona a mediados del siglo VIII.

A partir del año 638 reinaron dos niños, hijos de Dagoberto: Sigeberto II en Austrasia y Clodoveo II en Neustria y Borgoña. Clodoveo se hallaba bajo la tutela de su madre Nantequilda. Ega (muerto en 640), y después Erquinoaldo, fueron mayordomos de palacio en Neustria, gobernando a merced de la aristocracia. Nantequilda quiso establecer en Borgoña un mayordomo de palacio, y después de laboriosas negociaciones con los grandes, los laicos y los eclesiásticos, resultó elegido Flaohat (641). Al año siguiente, murieron Nantequilda y Flaohat.

Pipino el Anciano, que durante el reinado de Dagoberto había permanecido en la sombra, reapareció en Austrasia, donde gobierna en nombre de Sigeberto. Murió en 639, sucediéndole su hijo Grimoaldo, después de haber tenido que combatir a un rival (642). La herencia había quedado establecida.

Sigeberto II murió en 656; Grimoaldo se apoderó de Dagoberto, hijo del rey difunto, y después de hacerlo tonsurar, lo envió a un monasterio de Irlanda, poniendo en su sitio a su propio hijo Childeberto. Los francos no toleraron esta usurpación; condujeron a Grimoaldo a París, ante Glodoveo II, y le condenaron a muerte. ¿Era que conservaban su fidelidad hacia la dinastía merovingia? ¿Envidiaban a Grimoaldo? ¿Les había ofendido que no se contase con los grandes para la elección de Childeberto, cuando la aristocracia concurría a todos los actos políticos? Nada se sabe ciertamente. De cualquier modo, el antagonismo entre la Neustria y la Austrasia no intervino en esta aventura. Glodoveo II fue entonces rey de todos los francos; era una figura típica de la decadencia merovingia, beodo, vicioso y libertino. Murió aquel mismo año (656).

Dejó tres hijos, tres niños: Clotario III, que reinó sólo hasta 660, y luego redujo su soberanía a Neustria y Borgoña; Childerico II, que desde 660 reinó en Austrasia, y Teodorico III. Su tutora era su madre Batilde, esclava franca rescatada, que había sido sirviente de Erquinoaldo, antes de llegar a ser reina, y después monja, y, por último, santa. Erquinoaldo, y luego Ebroino, fueron mayordomos de palacio de Neustria y de Borgoña; Wulfoaldo lo fué de Austrasia. Batilde se retiró a la abadía de Chelles en el año 664.

Ebroino y San Leodegario

Ebroino fué un mayordomo de palacio, elegido por los grandes. Su carácter no está bien definido. Los escritores de la época le execraron a causa de sus luchas contra San Leodegario y contra los grandes. Como defensor del principio monárquico hicieron de él un campeón de la monarquía y un héroe de Neustria. Esto, sólo en parte, es verdad. Fué un hombre inflexible y de los más violentos en aquella época de violencias; fué muy activo, y se defendió y atacó; pero es posible que sólo trabajase en su provecho. La historia de Ebroino hay que entresacarla de los apologistas de su adversario San Leodegario, que no le escatimaron acusaciones. La dureza que se le reprocha y la facilidad con que hacía derramar sangre, son acusaciones fundadas. Impuso a hachazos su autoridad, sin cuidarse de si herían a los laicos o a las gentes de iglesia. Parece que de igual modo quiso restablecer el orden en aquella confusión, cada vez más acentuada. Su papel fué el de un mayordomo de palacio, que era el verdadero rey, y que luchó contra la aristocracia.

A la muerte de Clotario III (670), nombró rey a Teodorico III, por su propia autoridad, sin consultar a los grandes, ni convocarlos para la exaltación del nuevo soberano. Además, les prohibió una asamblea en que pretendían reunirse con Teodorico. Los grandes se dirigieron a Childerico II, que reinaba en Austrasia. Era como en los tiempos de la usurpación de Grimoaldo, los grandes de Austrasia buscaron entonces el apoyo de los de Neustria, y ahora los de Neustria se amparaban en el rey de Austrasia. No había, pues, ninguna oposición de principios entre las dos regiones, y sólo resalta en estos hechos la lucha de los grandes contra cualquiera autoridad que les molestara. La aristocracia neustriana y borgoñona, que era tan bárbara como la otra, forzó a hierro y fuego a que todos le siguieran, y Ebroino se vió solo contra la insurrección. Buscó un refugio al pie de los altares, que era un gran retiro. Se recluyó en el monasterio de Luxeuil, y Teodorico III en el de San Dionisio (670).

El obispo de Autun, San Leodegario, había dirigido la rebelión. Los grandes pidieron al rey Childerico que decretase la separación completa de los tres reinos de Neustria, Borgoña y Austrasia. Los administradores de un reino no podrían pasar

al otro, y también parece que, respecto al mayordomo de palacio, intentaron restablecer una especie de turno que permitiera ocuparlo alguna vez a los jefes de la aristocracia. Este gobierno no duró más que tres años. Childerico, cansado de la tutela de San Leodegario, dispuso que marchara a reunirse con Ebroino. El abad de Luxeuil reconcilió a los dos enemigos y les hizo comulgar juntos.

Poco después fué asesinado Childerico por un franco, a quien había condenado a la pena de azotes (673). La anarquía fué entonces completa. Ebroino y San Leodegario salieron juntos de Luxeuil, pero no estuvieron mucho tiempo de acuerdo. San Leodegario apoyó a Teodorico, a quien había destronado, y Ebroino defendió a Clodoveo contra Teodorico, que le debía su exaltación. Ebroino derrotó a Teodorico con la ayuda de un ejército formado en Austrasia por personas que le eran adictas. Mandó matar a Leodesio, hijo de Erquinoaldo, mayordomo de palacio de Neustria, y ocupó su lugar. En cuanto fué reconocido por Teodorico, olvidó a Clodoveo. Era otra vez dueño de Neustria y de Borgoña, y prosiguió su venganza contra San Leodegario, a quien había apresado en Autun, cuando el obispo apoyaba a Teodorico. Mandó que le arrancasen los ojos y lo recluyó en un monasterio. Así empezaba su martirio. Dos años más tarde hizo que lo llevaran a su presencia; le increpó duramente y mandó que lo desnudaran y lo arrastrasen sobre las piedras. Después ordenó que le cortaran la lengua, que le rajaran las mejillas y los labios y, mutilado de este modo, lo envió á Fécamp. Dos años después, todavía logró que un sínodo le condenase a muerte como autor del asesinato de Childerico II (678). Ebroino no perdonó a sus demás enemigos; algunos se refugiaron en Gascuña y muchos de ellos vieron sus bienes confiscados.

Neustria sometida a Austrasia.

Ebroino atacó a Austrasia, que quedaba por conquistar. El rey Dagoberto murió en el campo de batalla (678). Austrasia estaba gobernada por Martín y Pipino el Joven¹. Pipino y Martín no eran mayordomos de palacio, sino duques. Conviene recordar esta denominación y este hecho. Muertos los reyes, los duques Martín y Pipino dominaron en Austrasia, esto es, Austrasia se separó, como Sajonia, Turingia, Alania y Baviera. Pero los acontecimientos no permitieron la consolidación de aquel ducado de Austrasia independiente del reino de los francos. Pipino y Martín fueron vencidos por Ebroino en Lucofas (bosque de Fays) (680); Martín fué degollado poco después; pero no le sobrevivió Ebroino, que murió

¹ Pipino el Joven era hijo de Ansegiselo y nieto de Arnulfo por línea paterna, y de Pipino el Anciano por línea materna. Pipino el Anciano es llamado en los libros modernos Pipino de Landen. Pipino el Joven es Pipino de Heristal. Estos sobrenombres se remontan a leyendas belgas de la Edad Media, y fueron desconocidos por sus contemporáneos

asesinado en 681. El ducado austrasiano había quedado libre de su gran enemigo. Los mayordomos de palacio que le sucedieron en Neustria no eran como Ebroino. Uno de ellos, Bertario, fué derrotado por Pipino en Tertry, cerca de Ham (687), y murió asesinado al año siguiente.

Desde aquella fecha nada significan los que sólo son reyes de nombre. Ya había comenzado de hecho la historia de las dinastías carlovingias. Pipino de Heristal hizo que el rey Teodorico III lo nombrase mayordomo de palacio de Neustria; dejó a su lado a Norberto, uno de sus leales, y regresó a su ducado de Austrasia. Siguió la serie de los reyes holgazanes: Teodorico III, Clodoveo III, Childeberto III y Dagoberto III (711-715). Después de la muerte de Norberto, Pipino de Heristal colocó junto a ellos, como mayordomo, a su hijo Grimoaldo. Cuando éste murió asesinado, se nombró a Teodoaldo, el otro hijo de Pipino. El nuevo mayordomo tenía seis años de edad, lo que demuestra a qué había llegado aquel cargo. Austrasia, que no fué gobernada ya por ningún rey de la casa merovingia, sometió a su tutela al rey merovingio de Neustria y de Borgoña. El duque austrasiano gobernó directamente a la primera y a las otras dos por sus delegados (uno de sus hijos y su nieto), viéndose a un niño mayordomo de palacio al lado de un rey niño.

II.—Progreso de la casa carlovingia

Las guerras de Pipino el Joven.

Mientras que se sucedían estos reyes fantasmas, el imperio de los francos había sido rehecho por Pipino.

Se reanudaba un nuevo período franco. El primero correspondió a los del país de los salios, que después de arrojar de la Galia a los visigodos y de incorporarse a los borgoñones, organizaron al pueblo franco, reuniendo bajo la misma autoridad a las tribus de salios y ripuarios; sometiendo a los pueblos germánicos, alamanos, bávaros y turingios, imponiendo tributo a los sajones, y combatiendo a los orientales establecidos (eslavos) y a los invasores (ávaros). Lucharon en España y con más frecuencia en Italia, manteniendo relaciones con el imperio de Oriente y con los papas. Fué un primer ensayo de constitución de la Europa occidental. Su fracaso se debió a las causas que hemos mencionado². A pesar de todo, los francos eran el gran pueblo de Occidente, porque los visigodos estaban confinados en España, a donde iban a llegar los árabes, y porque los lombardos no pudieron terminar la conquista de Italia. La Galia se habría visto amenazada de un cambio de amos si se hubiese presentado un pueblo nuevo; pero los eslavos, los magiares, los

² Véase lo dicho sobre los francos en el libro sobre las invasiones germánicas.

ávaros y todos los orientales se hallaban muy lejos, contentándose con incursiones en las fronteras. Aún no había llegado la época de las invasiones escandinavas.

Al otro lado del Rin, en una región más germánica que galo-romana, en donde los hombres se renovaban fácilmente por la emigración, nació para el pueblo franco una fuerza nueva. El ducado austrasiano, ¿podría constituirse en estado político como Baviera y Alemania? Tenía las necesarias condiciones etnográficas, tenía un pueblo y tenía una ley: la de los ripuarios. Los austrasianos, confinando con Neustria y Borgoña, recibían la influencia de aquellos países, en cuya historia estuvieron mezclados. Estos duques francos, que disponían de fuerza propia, aparecieron en la Galia occidental y meridional como mayordomos de palacio, y a esto se debió que no pensarán en ser independientes. Fracasados los francos del Oeste, fueron los del Este quienes continuaron la constitución de la Europa occidental.

Pipino combatió victoriosamente a los frisones y a su duque Ratbodo, siendo la guerra más importante en el año 689; también luchó contra los alamanos de 709 a 712. La anexión o la reintegración de los pueblos germánicos al imperio de los francos no era sólo lo importante en estas luchas, sino que los ejércitos francos y los misioneros cristianos obraban de acuerdo.

Carlos Martel y los reyes merovingios.

A la muerte de Pipino (714) se eclipsó un momento la suerte de los austrasianos.

Los dos hijos de Pipino, Drogo y Grimoaldo, habían muerto. Su madre Plectruda retenía prisionero a Carlos, hijo de Pipino, tenido con otra mujer, llamada Alfeida. Plectruda quiso ser la tutora de su nieto Teodoaldo y de Dagoberto III, pero los grandes de Neustria se rebelaron contra esta tutela. Hicieron huir a Teodoaldo (715), rechazándole hasta el Mosa, y colocaron en su lugar a Raginfrido. Carlos ya se había escapado de su prisión. Australia era atacada por todos lados: los frisones ayudaban a los neustrasianos, mientras que los sajones, atravesando el Rin, devastaron los territorios, llegando hasta el Mosa. Todos los elementos de desorden, que únicamente podían reprimir los austrasianos, se desencadenaron a la vez. En aquellos momentos murió Dagoberto III, reemplazándole Chilperico II. Carlos había sido derrotado cerca de Colonia por los frisones (716). Los neustrasianos llegaron hasta esta ciudad, y después de imponer a Plectruda el reconocimiento de Chilperico II, se retiraron. Carlos tomó la ofensiva y batió al ejército neustrasiano cerca de Amblève (716). Al año siguiente, cansado de reclamar inútilmente (según dicen los Anales de Metz) el principado de su padre (*paternum principatum*), venció en Vincy a los neustrasianos en uno de los combates más sangrientos de aquella

época. Volvió a Austrasia cargado de botín, restituyó a Plectruda los tesoros de su padre y nombró rey a Clotario IV, un merovingio cuyo origen se ignora. Chilperico II y Raginfrido realizaron un supremo esfuerzo en 719, pero Carlos los venció en Soissons. Entraron en negociaciones con él, y como había muerto Clotario IV, nombró a Chilperico, regresando inmediatamente a su principado de Aus'trasia.

Para no abandonar de improviso a estos soberanos nominales diremos que Chilperico II tuvo por sucesor a Teodorico IV, cuyo reinado se prolongó hasta 737. Cuando éste muere, Carlos no le da sucesor. Ya no habrá más merovingios hasta el año 741.

Las guerras de Carlos Martel.

La historia de Carlos Martel es la de Pipino de Heristal, pero más amplia, en un escenario más vasto y con acontecimientos más grandiosos.

A partir de 718, Carlos Martel se vengó de la incursión de los sajones, devastando su país hasta el Vesper. En 719 reconquistó a los frisonos la Frisia occidental. En 720, nueva guerra contra los sajones, y en 722, otra en el Norte. En 724, primera guerra contra los bávaros, que despreciaban la soberanía de los francos, volviendo cargado de tesoros y de mujeres. En 728, segunda guerra de Baviera. En 730, guerra contra la Alania, que quedó reducida a una estrecha dependencia. En 733 y 734, guerra de exterminio en Frisia; derrotó a los frisonos, su duque Bobo fué muerto, demolió e incendió los templos paganos y regresó cargado de botín. Esta victoria fué decisiva, pues durante medio siglo ya no hubo más guerra en Frisia. En 738, nueva guerra de devastación contra Sajonia.

Al Mediodía y en Borgoña reclamaban a Carlos Martel las invasiones de los árabes que, después de conquistar a España, transpusieron los Pirineos, tomaron a Narbona y pusieron cerco a Tolosa. El duque Eudes los derrotó en 711, arrojándolos de la Aquitania, pero pudieron sostenerse en la región narbonesa. En 725 hubo una nueva invasión; tomaron Carasona, conquistaron parte de la Septimania, saquearon Borgoña y destruyeron Autun. Eudes concertó entonces la paz, dando su hija a Othman, general árabe que mandaba en la frontera. Evidentemente quería asegurar su independencia. Carlos acudió dos veces en 731 y devastó el país hasta más allá del Loire. Eudes pidió socorro a Othman; pero éste, habiéndose alzado contra Abderramán, gobernador de España, fué vencido por él. Abderramán penetró en la Galia (732), derrotó a Eudes cerca de Burdeos, avanzó hasta Poitiers, donde incendió la iglesia de San Hilario, e intentó marchar contra Tours para quemar la iglesia de San Martín. Carlos Martel, llamado por Eudes, llegó con un ejército que había reclutado en todo el reino franco. La batalla se libró cerca de Poitiers (732),

y no sabemos nada preciso sobre esta jornada, ni qué crédito debe darse al relato de Isidoro, obispo español, que describe la lucha de los pesados infantes del Norte con la ligera caballería del Mediodía. La noche interrumpió la batalla. Al día siguiente se vió que los árabes habían levantado el campo. Abderramán había muerto. La leyenda se ha apoderado de estos hechos, asegurando que sucumbieron 375.000 árabes. Se acostumbra a repetir que fué la victoria decisiva de Cristo sobre Mahoma. Sin ir tan lejos, nos limitaremos a consignar que desde aquel día los árabes renunciaron a la conquista de la Galia. Esto ya fué bastante.

Carlos, al penetrar en el Mediodía, había iniciado una nueva conquista de los francos. En Borgoña concedió la zona fronteriza y la ciudad de Lyon a sus leudos más fieles, y en todas partes obró igual. En 735, al saber la muerte de Eudes, consultó a su aristocracia, y atravesando el Loire, sometió el país hasta Blaye. Como se sublevaran los hijos de Eudes, concedió a uno de ellos el ducado de Aquitania, después de obligarle a prometer que guardaría fidelidad a él y a sus descendientes (736). El mismo año volvió a Borgoña; hizo reconocer su autoridad a los grandes, estableció en Arlés funcionarios de su gobierno y regresó de allí con grandes riquezas. En 737 hizo otra expedición al Mediodía; recobró a Avignón, que había sido entregada a los árabes, y los rechazó hasta Narbona. En 739 una insurrección le obligó a marchar a Provenza, donde venció a sus enemigos, quedando dueño del país hasta el mar. Había conquistado, pues, todo el reino de los francos. En 741 lo repartió entre sus dos hijos, correspondiendo Austrasia, Alemania y Turingia a Carlomagno, y a Pipino Neustria, Borgoña y Provenza. Si no se hace mención de Baviera y de Aquitania, es porque éstas conservaban sus duques. Carlos murió el mismo año en Kiersy.

Relaciones con la aristocracia eclesiástica y laica.

Los primeros carlovingios, Pipino de Heristal y Carlos Martel, se impusieron la misión de conquistar el reino de los francos, uniendo a él los pedazos que amenazaban desprenderse. Para ello tuvieron que destruir las fuerzas feudales que se hallaban en germen, o, cuando menos, intentar destruirlas. No necesitaron basarse en ningún principio; contando con la fuerza, quisieron disponer de la autoridad. Al hablar Eginardo de que Carlos Martel aniquiló a los tiranos, que reivindicaba la soberanía, resumió uno de los aspectos menos conocido del gobierno de aquel poderoso mayordomo de Neustria. Los más temibles “tiranos” eran los eclesiásticos. Las familias influyentes estaban en posesión de los obispados, y la inmunidad los había convertido en príncipes de vastos territorios. El obispo de Auxerre extendía su autoridad sobre gran parte de Borgoña. Estos obispos se resistieron algunas veces a Carlos Martel. El obispo de Reims llegó a cerrarle las puertas de la ciudad. Carlos lo destituyó (717) sin detenerse a convocar

un sínodo, poniendo en su lugar a Milon, obispo de Tréveris, que se encontró con dos obispados, siendo esto otra violación de las reglas canónicas. En 732, a su regreso de la campaña contra los árabes, hizo que sus soldados se apoderasen de Euquero, obispo de Orleans, y lo trasladaran a Colonia. Depuso a multitud de obispos y de abades, y distribuyó obispados y abadías entre sus adictos, que sólo con este objeto eran eclesiásticos. Por lo demás, seguían siendo laicos, guerreros o cazadores. Milon, obispo de Tréveris y de Reims, sólo era clérigo por la tonsura, como decía en una carta llena de quejas el papa. Hugo, sobrino de Carlos Martel, recibió los obispados de París, Rúan y Bayeux, y las abadías de Fontenelle y de Jumiéges, y esto ocasionó un gran escándalo. Carlos repartió frecuentemente entre los suyos las tierras de aquellas iglesias en que respetaba a sus pastores. Y, en una palabra, trató a la Galia como país conquistado, desposeyendo a cuantos quiso para colocar en su puesto a sus leales.

Estos datos tienen mucho interés para la historia del régimen feudal. Las relaciones creadas por la tierra adquirían mayor importancia cada vez. El rey, los grandes, los eclesiásticos y los laicos las otorgaban o las recibían, y cuando se habían cedido todas las tierras de la corona, era preciso buscar otras. Ebroino se vió obligado a pedir a las iglesias la cesión de usufructos, a fin de obligar a quienes los recibían. Lo mismo, pero con más prodigalidad, hizo Carlos Martel. Creó sus condes, les cedió sus dominios, y cuando los hubo agotado tomó los de la Iglesia, sin que esto implicase la secularización. La propiedad de la Iglesia persistió.

Fué precisamente en tiempos de Carlos Martel, y quizá después de esta amplia distribución de tierras de la Iglesia, cuando el régimen de beneficios apareció con el carácter que iba a conservar más adelante. En toda donación de tierras reales se empleó la palabra beneficio (*beneficium*). Los verdaderos beneficios reales proceden de aquel tiempo. Con ellos se estrechó el lazo de unión entre el que recibía y el que otorgaba, determinándose vagamente la condición de fidelidad. No es cierto, sin embargo, que la principal obligación fuese el servicio militar, ni que desde Carlos Martel apareciese el ejército, en vez de nacional, como completamente feudal, convocando el jefe a sus vasallos y éstos a los suyos. Semejante evolución se había de producir poco a poco, por la fuerza de los hechos. Carlos Martel no podía entretenerse en fundar nuevas instituciones, que más tarde organizaría Carlomagno. Se limitó a obrar según las necesidades del momento.

Reconquistando la Galia y la Germania, rehizo la obra de los merovingios. Demuestra que se trataba de una obra verdaderamente germánica el hecho de reapareceran las antiguas asambleas precediendo a las guerras. Y cada año hubo una guerra, cuando no había varias.

Relaciones con Roma.

Carlos Martel era bárbaro. Aquel bastardo que no fué educado para reinar, ha sido maldecido por la Iglesia. Un tío suyo mató a San Lamberto, y se ha llegado a decir que Carlos Martel era pagano. Conocidas son las lamentaciones de la Iglesia cuando los rústicos obispos fueron substituídos por los leudos, más rústicos todavía, que tomaron por asalto las mansiones episcopales, instalándose en ellas con sus mujeres, sus soldados y sus perros. No era posible, pues, que Carlos Martel muriese en olor de santidad. Una leyenda recogida por un obispo del siglo IX dice que, al abrirse su tumba, salió una columna de humo; su cuerpo se había consumido en las llamas infernales.

Y, sin embargo, él fué quien rechazó la invasión árabe; los misioneros de Frisia y de Germania tuvieron su apoyo; protegió a San Bonifacio, y cuando Gregorio III se vió amenazado por los lombardos, le pidió su ayuda. Fué esto un acto de gran trascendencia. La iglesia gala había elevado a Clodoveo, la iglesia romana iba a elevar a los carlovingios. Nuevamente la inquieta actividad bárbara iba a ser conducida por la Iglesia, que la haría entrar en sus planes. La primera vez, los francos ganaron la Galia y ahora iban a ganar el imperio de Occidente.

III.—Misiones cristianas en la Galia y en Germania

Misiones en Bélgica y Batavia: San Amando.

Las relaciones entre el Papado y los austrasianos fueron mantenidas por el celo de los papas en convertir paganos. Ya hemos visto cómo Gregorio el Grande recomendó a los hijos de Brunequilda las misiones enviadas a la isla de Bretaña. Todos los grandes misioneros de Germania obedecían a Roma. Sus esfuerzos eran indispensables, porque la parte Norte del reino franco había quedado en el paganismo o había vuelto a él.

Allí predicó uno de los primeros grandes misioneros, San Amando. Nacido en Aquitania se hizo monje, a pesar de la oposición de sus padres. Estuvo en Roma, regresó a la Galia y se dedicó a convertir a las gentes del valle del Escaut, cantones incultos que se habían repartido los francos salios y los frisones. Aquellos paganos adoraban los árboles y los ídolos de sus bosques sagrados. El santo puso en obra sus milagros, pero más bien fué la autoridad del rey la que obligó a la conversión.

Dagoberto dispuso que a los que se resistieran al bautismo, se les impusiese. San Amando fundó el monasterio de Elmon, que tomó su nombre, llegando a ser un centro de civilización y de propaganda cristiana. Se le obligó a aceptar el obispado

de Maestricht y entonces recorrió la comarca del Mosa, predicando a los paganos y a los cristianos, que sólo lo eran de nombre. La resistencia de los malos sacerdotes le hizo abandonar su obispado (649). En vano le exhortó el papa Martín I, que le amaba mucho; San Amando prefirió marchar a convertir a los eslavos y a los vascones. Como no obtuviera grandes resultados, regresó a Aquitania, donde fundó conventos y donde tuvo que luchar con la rivalidad del clero, no encontrando verdadero apoyo más que en el piadoso rey austrasiano Sigeberto II.

Las relaciones entre el papa Martín I y San Amando tienen un verdadero interés histórico. Martín I, al renovar la tradición de Gregorio el Grande, buscaba apoyo en los francos. Había lanzado el anatema contra los monotelitas, queriendo mostrarse ante el emperador como jefe de la Iglesia de Occidente. Comisionó a San Amando para que se entrevistase con Sigeberto II, rey de Austrasia; con Clodoveo II, rey de Neustria y de Borgoña, y con los obispos de Neustria. Pedía a los obispos francos que se uniesen a la diputación que, en nombre de la cristiandad de Occidente, transmitiría al emperador las decisiones del concilio y el anatema contra la herejía. Este requerimiento, muy significativo, no tuvo, sin embargo, consecuencias. Quedó como aislado en el siglo VII. La anarquía y la impotencia de los reinos francos no podían invitar a los papas a que contasen con ellos. Las relaciones entre los jefes austrasianos y la Iglesia de Roma no se restablecieron hasta después del triunfo de la familia de Arnulfo. El primer acto fué la carta de Gregorio II recomendando a los sacerdotes que envió a Baviera (710). A partir de este momento, las relaciones no habían de interrumpirse.

Misiones irlandesas en la Galia: San Colombano y San Galo.

Aunque hubo galo-romanos, como San Amando, que se esforzaron en convertir infieles, los misioneros, más activos, vinieron de las islas occidentales, saliendo de Irlanda y luego de la Gran Bretaña.

De la isla de los Santos (Irlanda) procedía Colombano, que con doce frailes de Bangor llegó a Francia en 585, alcanzando un gran éxito sus predicaciones. El rey Gontrán le hizo quedarse en él país. Era un verdadero monje de los primeros tiempos, un asceta que con su autoridad conquistó la admiración de todos. Impuso a sus discípulos una regla muy dura, exigiéndoles obediencia ciega. Al cabo de algún tiempo, se retiró a los confines de los reinos de Borgoña y Austrasia, en los Vosgos, en una especie de desierto, donde fundó cuatro monasterios, siendo el principal el de Luxeuil. Los discípulos acudían de todas partes, a pesar de la severidad de Colombano y de su obstinación en conservar la iglesia bretona. Fué un moralizador ardiente y un apasionado por el servicio del Señor, que predicó la reforma de las costumbres, indisponiéndose con los nobles, con los obispos y con

los príncipes. “Esparció en todas partes el fuego divino, sin preocuparse del incendio.» Se indispuso con Brunequilda y con su hijo Childeberto, al negarse a bendecir a sus bastardos. El relato de esta lucha atestigua la paciencia del rey y la intransigencia del misionero. Se expulsó a Colombano, embarcándose en Nantes, pero pudo trasladarse a Neustria, donde Clotario II, a pesar de sus amonestaciones, quiso retenerle a su lado. Dirigióse después a Austrasia, siendo muy bien acogido por Teodoberto II, que le pidió que marchara a Bregenz para convertir a los paganos de Alamania. Allí predicó contra los sacrificios de Odin, hasta que a la muerte de Teodoberto fué expulsado por el duque pagano de los alamanos. Marchó entonces a Italia, donde fundó el monasterio de Bobbio, muriendo en él rodeado de la veneración universal (615). Su discípulo San Galo se retiró a las montañas que dominan el lago de Constanza, y le atrajo tantos monjes su fama de santidad, que no tardó en transformarse su ermita en un gran convento, enriquecido por las donaciones. Fué uno de los más célebres de la Edad Media.

Misiones en Alamania y en Recia: San Sigeberto.

Otro discípulo de Colombano, Sigeberto, marchó a fundar cerca de las fuentes del Rin la abadía de Disentís. En aquellos valles de los Alpes, el cristianismo contaba con algunos fieles desde la época romana. Coira seguía siendo un obispado independiente de Milán. Los de Vindich (Vindonisa) y de Augsburgo estuvieron vacantes mucho tiempo, pero volvieron a ocuparse en el siglo VIII. Los misioneros encontraron allí un terreno mejor abonado y consiguieron mayores y más rápidos progresos que en la Alamania del Norte. Alamania y Recia (suavos y grisonos) fueron restituidas a la fe cristiana en el siglo VII y al comienzo del siglo VIII. El último de sus grandes apóstoles, Firmin (muerto en el año 759), predicó en toda Alamania, y sus dos principales fundaciones fueron Hornbach, al Norte de los Vosgos, y Reichenau, en una isla del lago de Constanza (724). Estas comunidades y otras muchas que estableció en el valle del Rin, cultivaron vastos terrenos, llegando a ser muy poderosas.

Misiones en Baviera: San Emerano y San Ruperto.

Los frailes de Luxeuil extendieron sus predicaciones por Baviera a mediados del siglo VII. Sus duques, que acaso eran de origen franco y que estaban emparentados con los lombardos, ya cristianos, acogieron favorablemente la religión de la Europa civilizada. San Emerano consiguió en Ratisbona la conversión general de los bávaros. San Ruperto salió de Worms y recorrió Baviera predicando y bautizando al pueblo, ordenando sacerdotes y dedicando iglesias al culto. En 696 bautizó en Ratisbona al duque Teodo I. Sobre las ruinas de Juvario, ciudad romana, edificó la nueva ciudad de Salzburgo, futura metrópoli religiosa del país. Instituyó una abadía,

cuyos primeros religiosos procedían de Worms y cuyo abad tenía el título de obispo. Hacia esta época, Corbiniano (730), después de catorce años de ascetismo, se trasladó a Roma; el papa le dió la estola, enviándolo a Baviera, donde fundó la iglesia de Frisinga. Los monasterios se multiplicaron alrededor de los lagos y en los valles alpestres de Baviera. En 716, el duque Teodo II se encaminó a Roma, a fin de conseguir para él y para su pueblo la pureza de la fe. Este duque y sus sucesores Teodoberto, Huberto, Odilo y Tasilo, hicieron grandes donaciones a las iglesias y crearon numerosos conventos, a cuyo alrededor nacieron ciudades.

Misiones en Turingia: San Kiliano.

Más al Norte, en la parte de la Turingia, conquistada por los francos en los siglos V y VI, el monje bretón Kiliano evangelizó a los ribereños del Main. A este mártir, víctima de un duque franco, se atribuye el origen de la iglesia de Wurtzburgo.

En aquella zona los misioneros encontraron más obstáculos. No evangelizaban en un territorio antiguamente romano como los valles del Rhin y del Danubio. El paganismo estaba allí más arraigado, y por esto, sólo protegida por las armas, pudo avanzar la conversión. Los frisones y los sajones fueron convertidos después de guerras atroces y de matanzas. Los monjes anglo-sajones, auxiliados por los conquistadores austrasianos, pusieron en aquella obra una inmensa abnegación. Estas misiones, en las que colaboraban los príncipes francos con los monjes enviados por los papas, estrecharon las relaciones de Roma con la familia carolingia, bosquejando la alianza que tanto había de influir en sus destinos. Los jefes austrasianos, aunque poco accesibles a las ideas religiosas, presintieron las ventajas que había de reportarles la obra de los misioneros. Los germanos, al convertirse al cristianismo, modificaban sus costumbres, suavizándolas; se agrupaban en torno de los centros de civilización creados por los monjes y acataban el ascendiente del jefe eclesiástico. Además, aquellos misioneros que exploraban territorios desconocidos, internándose en países cubiertos de bosques, podían ser, en caso de guerra, unos grandes agentes de información. Mientras que no se completaba la conversión de un pueblo, el partido cristiano buscaba apoyo en la nación cristiana vecina.

Misiones anglo-sajonas en Germania: San Vilibredo y San Bonifacio.

En el siglo VII, el arzobispo de York y otros misioneros intentaron atraer al cristianismo a los frisones, raza emparentada con los anglo-sajones y que comerciaba con ellos. Parece que los resultados no fueron muy positivos hasta la llegada de Vilibredo, quien, aprovechando las victorias de Pipino y de Carlos Martel y la decadencia de los frisones, convirtió Frisia meridional. Fundó el

obispado de Frisia, con el que el papa Sergio le investió, a ruegos de Pipino (690), teniendo su silla en Utrecht, aunque residió preferentemente en Epternach, entre el Mosa y el Mosela, continuando hasta su muerte (739) la lucha contra el paganismo.

Mucho más importante es aún la misión de San Winfrido. Este anglosajón, cuyo nombre eclesiástico es Bonifacio, se distinguió por su obediencia al papa, por su celo apostólico y por su espíritu político y organizador. Fue uno de los mejores colaboradores de la grandeza romana. En gran parte, aunque de modo indirecto, es el fundador del imperio carolingio. Nació hacia el año 672 y llegó a Frisia como misionero en 716. El momento no era propicio: Ratbodo sostenía una guerra contra Carlos Martel y había expulsado a los servidores de Dios, restableciendo el culto de los ídolos en aquellos lugares en que se había proscrito después de las victorias de Pipino. Bonifacio se entrevistó con Ratbodo, y todo el resultado de este primer viaje se redujo a estudiar si encontraría campo abierto para sus predicaciones. Regresó a Inglaterra, a su convento de Nutsell (condado de Southampton), y en 718 marchó a Roma. El papa le encargó la misión de explorar la Germania y atravesó Baviera y Turingia, volviendo a Frisia.

Como Ratbodo había muerto (719) y las victorias de Carlos Martel tenían muy reducidos a los frisonos, hasta el punto de que su príncipe Aldgis renunciase a la Frisia meridional, Bonifacio colaboró durante tres años con el arzobispo Vilibredo. Este le ofreció el obispado de Frisia, que no quiso aceptar. Se dirigió al país de los catos, es decir, al Hesse, donde estableció varias misiones de monjes y edificó iglesias, marchando por segunda vez a Roma en 722.

El papa Gregorio le consagró obispo misionero, le entregó un escrito con las bases romanas sobre la constitución eclesiástica y le encargó que las divulgase. Bonifacio juró obediencia absoluta a la Iglesia de Roma, y que al hallar un prelado (antistites) que profesara doctrinas contrarias, rehusaría toda comunión con él, procurando reducirlo a la sumisión, y si no lo conseguía, denunciarlo al papa su señor (domino meo apostólico). Bonifacio fué el apóstol de la unidad católica dentro de la fe y la disciplina. No separó de la fe católica la obediencia a Roma, que era como pensaban los eclesiásticos anglo-sajones. En una carta que dirigió en 742 al papa Zacarías, unió ambos conceptos. Todos sus discípulos y todos cuantos le escucharon le oyeron predicar la obediencia a Roma. En 722, cuando regresó a Germania, llevaba una carta del papa recomendándole a Carlos Martel. «Sabiendo que al presente has demostrado tu afecto hacia la religión, te recomendamos a Bonifacio, que marcha a evangelizar a los pueblos de raza germánica y a otros del Rhin.» Carlos Martel, cuando Bonifacio se presentó en su corte, en la primavera de 723, lo tomó bajo su protección. Esta ayuda era indispensable al misionero, que así lo declara en una carta que dirigió a Daniel, obispo de Winchester, consignando que, sin el auxilio

del príncipe franco, no habría podido gobernar a los fieles ni proteger a los religiosos, ni perseguir a la idolatría. Marchó primeramente a Hesse, y cerca de Fritzlar derribó la encina consagrada a Odín, construyendo con su madera una capilla, alrededor de la cual no tardó en alzarse un monasterio. Se trasladó a Turingia, donde fundó treinta parroquias, que en seguida destruyeron los sajones, y el monasterio de Ordruf, al Sur de Gotha. Creó conventos de religiosas, para que las germanas acudiesen a instruirse en las virtudes. Estableció a Cunihildo y a su hija Beralda en Turingia, a Cunidrato en Baviera y a Tecla en Kitzingan (Franconia). La más ilustre de estas religiosas fué la sabia Lioba «grande por su prudencia, ortodoxa por su fe, paciente en la esperanza y expansiva en la caridad». Poseía el Antiguo y el Nuevo Testamento, los Santos Padres, los concilios y todo el derecho canónico.

Organización de la iglesia de Germania.

Los progresos de la misión fueron tan rápidos, que en 732 el papa Gregorio III envió el pallium a Bonifacio y lo elevó a la dignidad archiepiscopal, pudiendo consagrar sacerdotes y diáconos y ordenar obispos. Se ignora qué Silla correspondió al nuevo arzobispo.

En 738, Bonifacio hizo un viaje a Roma para entrevistarse con el pontífice y permaneció allí más de un año. Tratábase de la organización de la iglesia de Germania. El clero de Baviera y de Alemania, comarcas convertidas por monjes irlandeses o francos, parecía poco dispuesto a someterse a la autoridad de la Sede apostólica. Hombres inteligentes y enérgicos como Virgilio de Salzburgo se resistían, y las instrucciones dadas por el papa no habían podido cumplirse a pesar de los esfuerzos de Bonifacio. Pero ahora su prestigio había aumentado por el éxito de sus misiones y por la protección de Carlos Martel. El papa le hizo entrega de cartas para aquellos obispos, invitándoles a que se reuniesen en sínodo dos veces cada año y que acatasen la autoridad de Bonifacio, vicario de la Santa Sede. Huberto, duque de Baviera, acababa de morir, y Otilo, su sucesor, con cuya hija se había casado Carlos Martel, era un elemento favorable.

Con su ayuda pudo organizar Bonifacio la iglesia de Germania. Estableció cuatro obispados: Ratisbona, Salzburgo, Frisinga y Passau, aprobados y confirmados por el papa que recomendaba a Bonifacio: «No ceses de enseñar la santa tradición católica y apostólica de la iglesia romana.»

Bonifacio prosiguió su obra en Austrasia oriental, la Franconia futura. Fundó los obispados de Wurtzburgo, para el valle del Main; Buraburgo, al Sur de Fritzlar, para

el Hesse; Erfurt, para Turingia, y Eichstadt, en los confines de Baviera, para los cantones al Norte del Danubio. A la cabeza de estos obispados colocó a sus discípulos, hombres muy seguros, sobresaliendo entre ellos Wilibaldo, que había hecho una peregrinación a Tierra Santa, viviendo dos años en Constantinopla y diez en Monte Casino, donde estudió la regla de San Benito. Carlomano protegió estos obispados, otorgándoles tierras y privilegios y haciendo edificar iglesias.

Sturm, uno de los discípulos de Bonifacio, fundó en 744 la abadía de Fulda, cumpliendo el encargo de su maestro de que buscarse un retiro entre el Main y el Wesser. Eligió primeramente a Hersfeld y luego a Fulda. Carlomano le hizo donación de 4.000 pies cuadrados e invitó a los grandes para que le imitasen. El monasterio quedó construido en muy pocos meses. Sturm marchó a Monte Casino a fin de estudiar la regla de San Benito. Fue el primer abad de aquel monasterio modelo, al que el papa concedió el privilegio de que sólo dependiera de su autoridad (Junio 753).aEra el primer monasterio independiente del episcopado. Diez años después habían allí más de cuatrocientos monjes. Fué el retiro predilecto de Bonifacio, que lo eligió como lugar de su sepultura. Llegó a ser uno de los conventos más venerados de Germania, y de los que más contribuyeron a su civilización y a su conversión.

Reorganización de las iglesias galo-francas.

En 741, «gracias a la ayuda de Dios y a la sugestión de Bonifacio», dice Wilibaldo, se reunió un concilio en Austrasia. Bonifacio escribió al papa Zacarías que Carlomano, duque de los francos, se lo había suplicado, a fin de reformar la Iglesia, que desde sesenta o setenta años estaba desorganizada (*calcata fuit et dissipata*). No se había celebrado ningún sínodo en ochenta años, ni se observaban los cánones, y las iglesias y monasterios habían sido despojados. Se ignora en qué sitio se celebró el concilio. Con más exactitud podría llamársele asamblea, porque en realidad fué una reunión de los grandes de Austrasia, a la que asistieron los obispos en calidad de consejeros. Se confirmó a los obispos nombrados por Bonifacio, reconociéndosele como arzobispo legado de San Pedro.

En 744 se celebró en Soissons el primer concilio neustrasiano, al mismo tiempo que se reunía otro austrasiano.

El concilio general para todo el reino de los francos se reunió en el año 745, probablemente en Leptines, en el Haniaut. En él pudo apreciarse la preponderancia de la autoridad pontificia predicada por Bonifacio. La atestiguan dos cartas del papa, muy importantes. Dice en la primera, dirigida a Bonifacio, que el concilio se reúne en la región franca (*per francorum provinciam*), por orden del papa (*juxta*

syllabarum nostrarum commonitionem). Pipino y Carlomano sirvieron como intermediarios, esto es, la autoridad laica «procurando» la reunión. Presidió Bonifacio, como representante del papa (peragente nostra vice tua sanctitate).

Los temas del concilio habían sido señalados por el papa: medidas contra los falsos obispos, contra los cismáticos y contra cuantos viviesen fuera de las reglas canónicas o de la fe católica apostólica; disposiciones respecto a los bienes de la Iglesia. Quería además el papa que Bonifacio reuniese todos los años un concilio. Se acordó celebrar sínodos anuales, que el sacerdote quedase sometido al obispo, y se señalaron castigos contra la mala conducta del clero. Se destituyó aquellos que habían vivido en la inmoralidad (adúlteros vel fornicatores). Se prohibió a los eclesiásticos usar armas y hasta cazar. Prescribiéronse en absoluto las costumbres paganas. Respecto a los bienes de la Iglesia adoptáronse medidas que tienen mucho interés para el estudio del feudalismo. No siendo posible la restitución, se buscó una solución intermedia: la propiedad del dominio volvía a la Iglesia, y el guerrero que había recibido tierras las conservaba a título de precario, pagando un censo. Es un nuevo ejemplo de la autoridad que se habían abrogado los reyes sobre las tierras eclesiásticas. Este sacrificio, al que no podía menos de prestarse la Iglesia, le valió la simpatía de los poderosos mayordomos de palacio.

El papa había establecido en Colonia la silla metropolitana de Bonifacio; su arzobispado tenía ya una base territorial y la organización eclesiástica estaba terminada. Al año siguiente, por motivos políticos, trasladó la Sede metropolitana a Maguncia, subordinando a ella los obispados de Germania, Colonia, Tongres, Worm, Spira y Utrecht. Pero Bonifacio no la ocupó mucho tiempo, encomendó a su discípulo Lullo la administración del arzobispado y marchó a proseguir su obra de conversión y de reforma eclesiástica.

Al imponer en la Galia la disciplina de Roma, había tenido que luchar con la oposición. En una carta que dirigió al papa Zacarías le expresaba que había sufrido injurias y persecuciones. Entre los malos sacerdotes señalaba, como los más odiados, a un galo, Aldeberto, y a un escocés, Clemente. El primero era un charlatán que hacía milagros en las plazas públicas y en los caminos, atrayendo a las gentes que en su ingenuidad le tenían como apóstol. El otro era más peligroso, y de él nos cuenta Bonifacio que era enemigo de la iglesia católica, que despreciaba las decisiones y que tenía un hijo, fruto del adulterio (así llamaba al matrimonio de los eclesiásticos). Aunque fueron condonados varias veces y hasta se les tuvo en prisión, al salir comenzaban de nuevo. Llamados ante el papa, les condenó un sínodo de Roma; pero dos años más tarde todavía se lamentaba el pontífice de que persistieran en el mal. Sin embargo, no siempre había de ser fácil resistir a una autoridad que tan vigorosamente se imponía.

En uno de los concilios anuales celebrado en 784, Bonifacio, que lo presidía, hizo jurar a los obispos la fórmula de sumisión a la Sede romana: «Hemos declarado y decretado que queremos conservar hasta el fin de nuestra vida la fe y la unidad católica y la sumisión a la iglesia romana, a San Pedro y a su vicario; que todos los años nos reuniremos en sínodo; que los metropolitanos pedirán el pallium a la Sede de Roma y que cumpliremos canónicamente todos los preceptos de Pedro, para ser contados entre sus numerosos rebaños. Todos hemos autorizado y suscrito esta profesión, y la hemos enviado a la tumba de San Pedro, príncipe de los apóstoles, y el clero y el pontífice de Roma la han recibido llenos de júbilo... Si algún obispo no pudiese corregir o reformar algo en su diócesis, propondrá la mejora en el sínodo, ante el arzobispo y todos los asistentes; porque nosotros hemos prometido por juramento a la iglesia romana que, si viésemos a los sacerdotes o a los pueblos apartarse del camino de Dios y no pudiésemos enmendarlo, informariámos de ello a la Sede apostólica y al vicario de San Pedro para que lo corrija. Todos los obispos quedan obligados a dar cuenta al metropolitano y hasta al pontífice de Roma de las reformas que necesiten introducir en los pueblos. Así no caerá sobre ellos el remordimiento de las almas perdidas.»

El régimen de la autoridad pontifical, establecido en Inglaterra y en Germania, países nuevos, era ahora aceptado por la antigua iglesia de la Galia, que había quedado purificada, disciplinada y dirigida.

El fundador de la iglesia germana y el reformador de las iglesias galo-francas era, sobre todo, un apóstol. Queriendo morir como misionero, fué deliberadamente a buscar el martirio. En 755 marchó a Frisia, a la orilla del Burda, donde los paganos no tardaron en cercarle. Bonifacio prohibió a sus acompañantes que repeliesen la fuerza con la fuerza, y aquellos furiosos paganos, «dándole una muerte gloriosa, hicieron correr la sangre de su cuerpo sagrado». Se le sepultó en la abadía de Fulda.

IV.—La realeza en la casa carlovingia.

Pipino y Carlomano.

Al morir Carlos Martel, un hijo de su última mujer, llamado Grifo, pidió parte en la herencia. Se amparó de Laon, pero habiendo sido vencido, se le obligó a internarse en las Ardenas. Pipino y Carlomano quedaron como únicos dueños del Imperio.

Hay muy escasos datos respecto a Pipino. En realidad, antes de Carlomagno es muy difícil señalar el rasgo individual de aquellos grandes carlovingios que preponderaron entre los francos. Sus caracteres esenciales no tienen ninguna

diferencia. Son ante todo guerreros que hacen una campaña cada año, cazan durante los momentos de descanso, aparecen bien dispuestos para con la Iglesia y demuestran una verdadera habilidad política. Pipino, más civilizado que su padre, ha sido presentado como piadoso y como clemente, sin una inteligencia tan poderosa como la de su hijo Carlomagno, pero tan político como él. Su sobrenombre de Breve, por el cual es conocido, parece ser una traducción de su mismo nombre. La leyenda que le atribuye una corta talla y le hace derribar un león para poner fin a las burlas de sus cortesanos, es de invención posterior. Además, Pipino no parece alcanzar la importancia de su hermano Carlomano, que es el mayor, el que manda en los austrasianos y el que directamente se entiende con San Bonifacio. Los dos hermanos se llevaron muy bien, dedicándose a completar la obra de su padre: conquista de Germania, subordinación de Aquitania y de Baviera y reorganización de la Iglesia.

En 742 lucharon contra los aquitanos, los alamanos, los bávaros, los eslavos y los sajones. Marcharon contra Hunaldo de Aquitania, devastando el país hasta el Sur del Loire. Regresaron después a Alamania, penetrando hasta el Danubio y haciéndose entregar presentes y rehenes.

Los dos hermanos decidieron darse un rey, acaso para obtener más fácilmente la sumisión de los duques de Alamania, de Baviera y de Aquitania. El trono de Carlos Martel, que estaba vacante desde el año 737, fué cedido al último merovingio Childerico III, de origen desconocido. Sus contemporáneos no hablan para nada de este personaje sin ninguna apariencia de poder. En su primer acta tiene buen cuidado de declarar que Carlomano, su mayordomo de palacio, le ha hecho rey. Se datan en Austrasia los años de mayordomía de Carlomano y no los de aquel rey. Los dos mayordomos de palacio son los que convocan las grandes asambleas y los concilios, los que están en comunicación con el papa, y quienes se llaman comisionados por Dios para gobernar.

En 743 emprendieron una nueva campaña contra Teudebaldo, de Alamania, y Odilo, de Baviera. En 744, Carlomano operó contra los sajones y Pipino contra los alamanos. Hunaldo pactó como antes lo había hecho Odilo y entregó rehenes. Pero más que este pacto, lo que acabó con la guerra de Germania fueron los incidentes interiores, que sólo obscuramente se entrecruzan. Hunaldo, probablemente traicionado por su hermano Hatto, lo mandó llamar y le arrancó los ojos. Lleno de remordimientos abdicó, se hizo tonsurar y se retiró al convento de San Filiberto, en la isla de Re. Su hijo Waifro le sucedió. En 746, Carlomano preparó un terrible golpe contra los alamanos, invadió el país al frente de un numeroso ejército, entró en negociaciones con el de los alamanos y lo hizo prisionero a traición. Después, en Cannstatt, mandó degollar por millares a sus enemigos, los partidarios de

Teudebaldo. Pero no pudo gozar mucho tiempo de esta atrocidad. Los remordimientos o cualquier otro motivo le hicieron renunciar a la vida secular (747). Entregó el poder a Pipino, encomendándole sus hijos, el mayor de los cuales, Drogo, heredaría su reino cuando tuviese la edad. Carlomano visitó al papa Zacarías, fundó un convento en el monte Sorache, bajo la advocación de San Silvestre, y en 750 se retiró a Monte Casino.

Pipino, una vez solo, pensó en libertar a Grifo y le dió varios condados. Grifo, reclutando partidarios, volvió a tomar las armas y marchó a Sajonia (747), de donde fué expulsado. Pasó en seguida a Baviera; el duque Odilo acababa de morir y Grifo se apoderó de la viuda y de su hijo Tasilo, haciéndose dueño del ducado mediante una alianza con el duque alemán Lanfrido. En 749, Pipino avanzó contra ambos hasta el Inn, los hizo prisioneros y restableció en Baviera a Tasilo. Volvió a perdonar a su hermano, dándole un ducado de Neustria, pero Grifo huyó a la Aquitania y después marchó a Italia en busca del rey de los lombardos, deseando crearle enemigos a Pipino en todas partes. Sorprendido en el camino por dos condes de Borgoña, perecieron los tres en la lucha (753). Cuando Pipino sometió á los alamanos, después de haber establecido a Tasilo en Baviera, se halló en posesión de un imperio tan poderoso como el de los más grandes reyes merovingios.

La embajada del Papa; Pipino se hace coronar rey; la alianza con Roma.

Para realizar aquella restauración aprovechó tres años de paz que hubo entonces. En 751 comisionó al obispo de Wurtzburgo y al abad de Saint-Denis para que fuesen a consultarle al papa si podía aprobar un régimen en que los reyes no tenían poder real. El papa respondió que era preferible que lo tuviesen. Acaso los términos atribuidos a los embajadores y al papa sean obra posterior, pero el hecho de la embajada no puede ponerse en duda. Pipino reunió a los grandes y al pueblo en una asamblea celebrada en Soissons, obteniendo su consentimiento para el golpe de Estado. Childerico III, tonsurado, se le relegó al convento de Saint-Bertin, y su hijo Teodorico al de Saint-Waudrille. «Por consejo y autorización de todos los francos, con el asentimiento de la Santa Sede, por la elección de toda Francia, con la consagración de los obispos y la subordinación de los grandes, Pipino fué elevado al trono.» Hubo, pues, elección, pero también hubo algo más: San Bonifacio ungió al nuevo monarca. Esto fué lo extraordinario, algo así como una reminiscencia de la consagración de Saúl por Samuel.

Ya hemos dicho en qué circunstancias emprendió el papa Esteban II su memorable viaje. Después de intentar una avenencia con el rey Aistulfo» prosiguió su marcha, escoltado por los enviados de Pipino. Este, que le esperaba en Pontion, hizo que se anticipara a una distancia de cien millas su hijo Carlomagno, que tenía a la sazón

once años. Pipino salió a recibir al papa a tres millas de la ciudad. Al verle se apeó, se prosternó ante él, y tomando la brida de su caballo, caminó algún tiempo como si fuese su escudero. El cortejo entró en la mansión real, entonándose himnos y cánticos. El papa y el rey marcharon al oratorio. San Esteban se arrodilló acompañado de eclesiásticos y penitentes cubiertos de cenizas. Pipino «juró cumplir su voluntad». Esta importante promesa se hizo en 6 de Enero del 751.

Envió embajadores a los lombardos, intimándoles a que diesen una satisfacción, y Aistulfo se negó. Llevada, la cuestión a la asamblea de los francos, se decidió la guerra. Antes de salir para ella, Pipino, acompañado de su rauger y de sus dos hijos, Carlos y Carlomagno, marchó a Saint-Denis, donde Esteban les ungió, colocando una diadema en la frente de la reina. Le daba de antemano la recompensa por su intervención, diciéndole: «Lo que no hicieron vuestros antecesores, lo hacéis vos ... Por nuestra humildad, el Señor os ha consagrado rey.» Esta consagración era verdaderamente nueva, para los francos; ningún merovingio, ni hasta el mismo Clodoveo, la había tenido. Aquella ceremonia elevaba al rey por encima del pueblo. El día de la consagración, el papa prescribió á los francos el derecho de elegir rey. Ni ellos ni sus descendientes podían tomar otro que no fuese de la familia de aquel que había sido designado por Dios para proteger la Sede apostólica. En adelante, el rey y sus hijos serían sagrados. Habían recibido de Dios la facultad de engendrar una raza de príncipes, contra la que nadie podría levantarse, sin que Dios se levantara contra él. En otras ocasiones, los guerreros habían proclamado a sus jefes, elevándolos sobre el escudo, entre el ruido de las armas; en Saint-Denis no fué un solo hombre, sino toda una dinastía la que se elevó al son de los cánticos.

El Señor arrebatava a los hombres el poder elegir a sus reyes. El era quien «los elegía desde el seno de su madre». La razón de reinar, la fuente de la autoridad real, iba a ser, en adelante, la gracia de Dios.

¿Qué esperaba el papa a cambio de este servicio? Los francos pactaron una alianza que había de durar «hasta la consumación de los tiempos». Cada cual tendría su beneficio. El papa contaría con los francos como auxiliares y cooperadores. Contratarían directamente con él sus obligaciones respecto a todo el servicio de San Pedro y «todas sus utilidades». Vagas y, por consiguiente, temibles obligaciones. Por el momento, el papa sólo les pidió la espada. De ellas se iba a servir para libertarse del emperador, para reducir a los lombardos y para crearse un poder temporal.

Expedición a Italia: el papa, soberano temporal.

En Julio del 754, el ejército franco pasó los Alpes. La campaña fue muy corta; Aistulfo, bloqueado en Pavía, se prestó a todas las restituciones que se le exigieron. A fines de Diciembre, los francos habían traspuesto los Alpes y el Papa había entrado en Roma.

Los territorios del Exarcado y de la Pentápolis debían ser restituidos al Imperio, a quien Aistulfo se los había quitado. Pipino, que disponía de ellos, como derecho de conquista, se los dió al papa. Esta donación o esta usurpación, ¿fue premeditada? Es imposible comprobarlo; Roma seguía desde hacía medio siglo una política casi independiente.

Como ha observado Diehl, la revolución que substituyó al exarca, por el Papa, «tocaba más a las formas teóricas que al estado real de los hechos. Es posible que la asamblea iconoclasta celebrada en Constantinopla, el año 754, precipitase las resoluciones de Esteban II». Poco a poco, el papa fue fusionando la iglesia romana y el Estado (república). Invocaba los derechos de la santa Iglesia de Dios de la república de los romanos. Y a su vuelta de Galia escribió ya, sin ningún escrúpulo: «Mi pueblo de la república de los romanos.»

Por el momento, el equívoco no se descifró claramente ante el emperador. La situación se manifestó de una manera precisa en 756.

Aistulfo había vuelto a tomar las armas y tenía sitiada a Roma. Esteban II imploró nuevamente el socorro de los francos, dirigiéndose a los reyes, a los obispos, a los grandes y a todo el pueblo. San Pedro, de su propia mano, escribió a la nación franca. Después de recordar su título de vicario de Cristo, declaraba el apóstol: “Conforme a la promesa que nos ha hecho el Señor, nuestro Redentor, os elijo entre todas las naciones, a vosotros, pueblo de los francos, por mi pueblo especial.» Rodeábase del cortejo de todas las glorias y de todas las potencias, María, Madre de Dios, los tronos, las dominaciones, el ejército celestial, los mártires y los confesores. Prometía para esta vida la prosperidad y la victoria sobre todos los enemigos, y para la otra la eterna bienaventuranza. ¿Cómo resistir a este llamamiento?

El rey de los francos reapareció en Italia en 756. De nuevo sitió a Pavía y de nuevo Aistulfo se prestó a todo. Esta vez procedió a la ejecución del tratado un comisario franco. Las llaves de 22 ciudades se entregaron al papa. Habían llegado embajadores bizantinos para hacer grandes promesas si Pipino dejaba bajo la

dominación imperial las ciudades del Exarcado. Pipino respondió que había luchado, no para complacer a un hombre, sino por amor al bienaventurado San Pedro y por la remisión de sus pecados, y que todos los tesoros de la tierra no le decidirían a quitar al apóstol lo que había ofrecido.

Ya era el papa soberano temporal. Los países sometidos a su autoridad comprendían: el Exarcado (reducido por las conquistas de Luitprando, que había llevado hasta más allá de Bolonia la frontera lombarda), la Pentápolis (igualmente reducida) y el ducado de Roma, no incluido en las conquistas lombardas ni en las restituciones de 754 y 756, pero en el que había prevalecido la influencia inmediata del papa. Esteban II y después Paulo I, su hermano y sucesor (757-767), advirtieron las dificultades que les creaba su poder temporal. Para conservarle tenían que reprimir a los lombardos y al emperador. En realidad, los lombardos, batidos dos veces por Pipino, no eran muy peligrosos. Aistulfo había muerto en una cacería; su hermano Rachis le había sucedido brevemente, habiéndose proclamado después a Desiderio, duque de Toscana, candidato preferido por el pontífice y casi cliente suyo. Mucho más había que temer de la parte del Imperio. La usurpación del papa había motivado la ruptura. Los patrimonios pontificios situados en territorio del Imperio, hasta Nápoles y Gaeta, fueron confiscados. El emperador estaba en negociaciones con Pipino, buscando el modo de separarlo del papa. Ya se había entendido con el rey de los lombardos, con quien ultimó un tratado en 759, estipulando la restauración del poder imperial en Roma, en Rávena y en la Pentápolis. Iba a renovarse el conflicto entre el papa y los lombardos porque aquél, no satisfecho con sus adquisiciones, quería ampliarlas y reclamaba Faenza, Irnota, Ferrara, Ancona, Osimo, aspirando a subordinar, cuando menos, los ducados de Espoleto y Benevento. Sus duques, vasallos desleales, estaban dispuestos a entenderse con el papa. Pipino no quiso intervenir ni cuando Desiderio aprisionó al duque de Espoleto, y expulsó al de Benevento. Sin perjuicio de cubrir con su protección al papa, nunca dió importancia a la «dilatación» del Estado Pontificio.

Había algo más grave. La situación del papa en la misma Roma no era nada segura. Aquel jefe espiritual, que era generalmente un anciano y que se cambiaba con tanta frecuencia, no podía imponer a distancia su autoridad. En aquellos tiempos en que la fuerza brutal preponderaba en las relaciones políticas, la aristocracia de la campiña romana no respetaba para nada al papa. Desde los primeros años del poder temporal apareció la antimonía que había de perturbarle hasta el fin. Los papas no podían hacerse obedecer de sus súbditos por sí y ante sí, durante largo tiempo. Necesitaban un protector, un príncipe extranjero, que acabó por convertirse en amo, y contra el que todos clamaban.

“En toda la campiña había pequeños tiranos feudales, convertidos en grandes personajes, que en medio de la anarquía del siglo VIII desolaban la ciudad y la región. Uno de sus prototipos fué el duque de Toto, gran propietario de Nepi, que también tenía dominios en Roma. Por lo pronto, intentó asesinar al papa Paulo I. Muerto éste, alzó a sus vasallos, y al frente de ellos y de sus hombres de armas entró en Roma, instalando en el trono pontificio a su hermano, un laico, y durante un año ocupó y aterrorizó la ciudad. Más tarde, otros grandes señores que tenían dominios y vasallos en la campiña, cometieron iguales excesos. El tribuno Gracilis se apoderó de Alatri, y de tal modo explotó a las gentes de tierra llana, que fué preciso asaltar su fortaleza y matarle.

Gregorio, otro propietario de la campiña romana, fué un personaje por el estilo. El duque Gracioso, con sus milicias de Tuscia y de Campania y su séquito de vasallos, cometió en Roma abominables crueldades y fué durante algún tiempo dueño de la ciudad. A esta aristocracia hay que añadir los grandes dignatarios de la Iglesia, que no cedían ni en violencias ni en audacia. El primicerius Cristóbal y su hijo el secundicerius Sergio hacían y deshacían papas a su capricho. Para imponer su autoridad promovieron la insurrección contra Esteban III, y asaltando con gente armada el palacio de Letrán, se apoderaron del pontífice. El cubicularius, Pablo Aflarta, más tarde jefe del cuarto militar del pontífice, prendía o desterraba a cuantos le eran hostiles en Roma, hacía matar sin previo juicio a sus adversarios políticos y pretendió dominar hasta al mismo papa. Al lado de ellos, grandes señores laicos, como el duque Juan, hermano del papa Esteban III, y el tribuno Leonacio, participaron en aquellas violencias, que durante varios meses perturbaron a Roma»³.

Los crímenes mancharon a Roma. La Santa Sede se vió asaltada por un aventurero. Desde que el papa se convirtió en príncipe temporal, el Papado fué una tentación para los barones de las cercanías, que más que otra cosa parecían bandidos. En la ciudad, durante las grandes crisis, no se reconocía ninguna autoridad, y las bandas de miserables hacían la ley. ¡Tal era el pedestal para el sucesor de San Pedro! Ha de explicarse, pues, que no se pudiera prescindir del brazo de los carlovingios. Disturbios parecidos habían de acompañar a la restauración de un Imperio en Occidente.

Mientras que el Papado se debatía en medio de aquellas dificultades creadas por el poder temporal, buscáronse títulos para esta soberanía. Teniendo el hecho, quiso

³ Diehl, L'Administration byzantine dans l'Exarchat, p, 345 y 340.

procurarse el derecho, sacándolo de la supuesta donación hecha por Constantino al papa Silvestre.

Su concepto general es este: Cuatro días después de su bautismo, Constantino, “emperador de la tierra y gobernador del pueblo universal extendido por el orbe», quiso dar un privilegio a la Iglesia de la ciudad de Roma, donde «el principado de los obispos y la cabeza de la religión cristiana habían sido establecidos por el emperador del cielo». Concedió al papa el poder y los honores imperiales, su palacio de Letrán, su diadema, el bonete frigio, el superhumeral, la clámide de púrpura, la túnica escarlata y todos los vestidos imperiales, el cetro imperial, todas las insignias y ornamentos y toda la pompa de la sublimidad imperial. De su propia cabeza quitó la corona, de oro puro y de piedras preciosas, para dársela a Silvestre. Quiso que la corte pontificia tuviese chambelanes, porteros, guardias y todos los funcionarios que exigiese el poder imperial. En cuanto al clero de la ciudad, brillaría con la misma gloria que el «Senado amplísimo»: los sacerdotes romanos llevarían sandalia blanca, como los senadores, y sus caballos cubierta blanca. El clero de las provincias tendría las mismas dignidades que la milicia de oficiales del Imperio. Constantino no se contentaba con asegurar al jefe y a los miembros de la Iglesia honores iguales a los del jefe y miembros del Imperio. Declaraba que la Sede del bienaventurado Pedro «debía ser elevada por encima del trono terrestre». Y para atestiguar su reverencia hacia el apóstol, tuvo la brida del caballo de Silvestre, haciendo el oficio de escudero pontifical. En el reparto del poder se reservaba la parte menor porque la autoridad espiritual del papa se extendía sobre todo el universo y el emperador le había cedido la mitad del mundo temporal: «Le hemos dado, con nuestro palacio, la ciudad de Roma y los lugares y ciudades de Italia y del Occidente.»

Los documentos falsos son preciosos. A veces sirven mejor que los hechos para descubrir intenciones que esclarecen toda la Historia. ¡Qué camino el que acababa de recorrer la Iglesia desde el Evangelio hasta la Falsa Donación!

Es muy notable que cuando exteriorizaba el papa tan elevadas pretensiones, no pudiese ser ni dueño de Roma. El imperio a que aspiraba, ni aun el mismo rey de los francos se lo podía dar.

Pipino no pudo prever que esta misión estaba reservada a su hijo. Después de haber defendido al papa contra los lombardos, le había dado la mitad de Italia y creía haber hecho bastante. Importunado por continuas cartas del pontífice, se limitó a recomendarle que viviese en buena armonía con Desiderio.

Últimas campañas de Pipino.

Terminada la reorganización política y eclesiástica de su reino, Pipino volvió a su tarea de soldado y de conquistador.

Poco tenía que temer del lado de Germania. Tasilo, el duque de Baviera, le acataba como a su protector. No logró su independencia sino muy tarde, en 763, y hasta entonces continuó acudiendo a los campos de Mayo y observando su juramento de fidelidad. Dos campañas (753 y 758) bastaron para contener a los sajones. Pipino se dirigió entonces hacia el Sur para terminar la sumisión de la Galia, dedicando a la conquista de Aquitania los diez últimos años de su vida. Es un hecho de un gran interés histórico. No hubiera habido Francia si se hubiese constituido una unidad política en el país comprendido entre el Loira y los Pirineos; como no habría habido Alemania sin la conquista de Sajonia. Las dos series de guerras, al Norte y al Sur, con que los francos conquistaron el país sajón y el aquitano, tienen una importancia capital. Dieron su preponderancia al imperio carlovingio y prepararon la escisión que de los francos orientales habían de hacer los alemanes y de los francos orientales los franceses.

Pipino emprendió inversamente la conquista de Aquitania, sometiendo a la Godia, entre los Cévennes y el mar. En 759 se apoderó de Narbona, haciendo reconocer en cierto modo su superioridad a los jefes árabes de Barcelona y de Gerona. Como protector de los godos y de las iglesias perseguidas por los aquitanos, dirigió un requerimiento al duque Waifré, y al verlo rechazado, pasó el Loira y llegó hasta Clermont-Ferraud. Waifré le ofreció una satisfacción (759). Los aquitanos habían tomado la ofensiva asolando los alrededores de Chalon-sur-Saone y Autun. Pipino remontó el valle del Loira, saqueando en su avance las plazas de Borbón, Chautelle y Clermont-Ferraud (760). La tercera campaña, dirigida por Pipino y sus dos hijos, terminó con la conquista de Bourges, donde los francos dejaron guarnición. Luego atacó á Thuars, tomándola también (761). Viendo Waifré que los francos se instalaban en las plazas próximas a sus fronteras, tomó una resolución desesperada. Mandó arrasar las murallas de sus castillos y sus ciudades, a fin de que no pudieran servir nunca al enemigo. En su cuarta campaña, Pipino llegó fácilmente hasta Limoges. Waifré le presentó batalla en Issoudum, pero sus gascones no pudieron resistir a los francos (763), retirándose a causa, quizá, de la defección del duque de Baviera. Waifré hizo entonces su mayor esfuerzo, atacando a la vez a los francos en Narbona, en Borgoña y en Turena; pero fué abandonado por su tío Remistan, hijo de Eudes, que rindió homenaje a Pipino. Después de la quinta campaña, toda Aquitania septentrional apareció dominada (765). En 766 los francos llegaron hasta

Agen, sobre el Garona, dejando guarnición en Angulema y en Perigueux. En Marzo del 767, Pipino renovó las hostilidades; partiendo de Narbona, tomó a Tolosa y conquistó el Albigeois y el Gevaudan. El duque de Aquitania fué batido hasta en las selvas del Plateau central. Pipino celebró su campo de Mayo en Bourges y persiguió a su indomable enemigo a través de los montes y las cavernas del Cantal y del Rouergue. Waifré resistió todavía; había vuelto a unirse con Remistan, llevando la guerra a Saintoge. Allí fué derrotado, dando rehenes los gascones. Waifré se ocultó por algún tiempo en los bosques de Perigord, hasta que lo mató un traidor en Junio del 768.

La conquista de Aquitania había terminado. El rey marchó a descansar a Saintes, acompañándole la reina Bertrada. Allí convocó una asamblea, promulgando las capitulares de Aquitania para reorganizar el ducado. Murió el 24 de Septiembre del 768, después de haber repartido su reino entre sus dos hijos. A Carlos, el mayor, nacido probablemente en 742, le correspondió Austrasia, Neustria y Aquitania occidental. A Carlomagno (nacido en 751), Borgoña, Provenza, Godia, Aquitania oriental y Alemania con Alsacia, Turingia y Hesia. Los dos hermanos no se llevaban muy bien, pero en 771 murió Carlomagno y Carlos quedó como rey único.

BIBLIOGRAFÍA

Dahlmann-Waitz, *Quellenkunde der deutschen Geschichte*.— Monod, *Bibliographie de l'histoire de France*, etc.

DOCUMENTOS.

Están reunidos en las dos colecciones dom Bouquet y *Monumenta Germaniae*. Son los más importantes para la historia de los francos: 1.º, dos series de cronistas anónimos, llamadas *Gesta Francorum* (o *Liber historiae*), y *Continueurs de Frédégaire* (escuetas noticias que son la única historia que poseemos de los ducados de Austrasia); 2.º. los *Anuales Laurissenses* y Eginardo, *Vita Caroli*, biografía de Carlomagno por uno de sus servidores (traducida por Guizot, *Mémoires*), y 3.º, las *Vidas de Santos* (Bonifacio, Sturm, etc.). Para las guerras contra los lombardos, Pablo el Diácono, *Scriptores rerum Langobardicarum*.

Respecto a las relaciones con los papas, el *Liber pontificalis*, especie de crónica de la historia de los papas, edición crítica por Duchesne. Los textos de los edictos están reunidos en *Capitularia regum Francorum* (en los *Monumenta Germaniae*), y las actas oficiales en Sickel, *Acta regum et imperatorum Karolinorum*, 1867. El inventario analítico de todas las actas en Boehmer, revisado por Mühlbacher, *Die Regesten des Kaiserreiches unter den Karolingern*, 1899.

La principal historia de conjunto es la de Mühlbacher, *Deutsche Geschichte unter den Karolingern*, 1895.

LIBROS.

Todos los hechos están clasificados por su fecha en las colecciones siguientes: 1.° Richter, *Annalen des frankischen Reiches*, 1872, y Kohl, *Annalen des frankischen Reiches unter den Karolingern*, 1877 (reeditados en 1885); 2.° *Jahrbücher des deutschen Reiches*, colección de monografías en alemán, por reinados, redactadas en forma de anales como los de Richter, pero en mayor extensión.— Bonnell, *Die Anfänge des Karolingische Hanses*, Berlín, 1886.— Breysig, *Die Zeit Karl Martells*, Leipzig, 1868.— Hahn, *Jahrbücher des frankischen Reiches von 741 bis 752*, Berlín, 1863.— (Elsner, *Jahrbücher des frankischen Reiches unter Koenig Pippin*, Leipzig, 1871.— Dümmler, *Geschichte des ostfränkischen Reiches*, Leipzig, tres volúmenes, 1887-1888.

Respecto a las misiones de Germania: Hauck, *Kirchengeschichte Deutschlands*, tomo II, 1898 (esta historia reciente hace inútil la antigua historia de la Iglesia de Alemania de Rettberg, dos volúmenes, 1.846-1848, y la de Hefele, *Geschichte des Einführung des Christenthums in Deutschland*, 1837).— Huber, *Geschichte des Einführung des Christenthums in Deutschland*, cuatro volúmenes, 1874-1875. Véase á Zeller, *Histoire d'Allemagne*, tomo I, y Lavissee, *Etudes sur l'histoire d'Allemagne* (en la *Revue de Deux Mondes*, 1885-1887). Véase también a Funk, traducido por Hemmer, tomo I.

La única historia crítica sobre este período es la de Lavissee, *Histoire de France*, tomo II. *L'Empire carolingien, ses origines et ses transformations*, 1902, de Kleinclausz, presenta la misma seguridad. Se puede consultar a Digot, *Histoire du royaume d'Austrasie*, cuatro volúmenes, 1863.— Gérard, *Histoire des Francs d'Austrasie*, dos volúmenes, 1864.— Warnkoenig, *Histoire des Carolingiens*, dos volúmenes, 1862.

La formación de la Bretaña y de la Aquitania se ha estudiado en dos buenas monografías: Loth, *L'émigration bretonne en Armorique*, 1884, y Perroud, *Des origines du premier duché d'Aquitaine*, 1881. Borderie, *Histoire de la Bretagne*, tomo I, 1896, da, sin crítica, todos los hechos que poseemos de la Bretaña del siglo V al X, no distinguiendo de las leyendas los hechos históricos. Respecto al papado y la Italia: Diehl, *L'administration byzantine dans l'exarchat de Ravenne*. 1899. — Duchesne, *Les premiers temps de l'Etat pontifical*, 1898.

EL IMPERIO DE CARLOMAGNO (768-814)

I.—Guerras y conquistas de Carlomagno

Guerras en Aquitania y en España.

Carlomagno continuó las conquistas de sus antecesores. Efectuáronse 60 expediciones en los cuarenta y seis años de su reinado, y la mitad de ellas fueron dirigidas personalmente por el mismo rey. Pueden distribuirse en tres grupos: Aquitania, Italia y Germania.

El Sudoeste de Aquitania, aquietado por las campañas de Pipino, no ofrecía resistencia, y allí fué donde menos tuvo que luchar Carlomagno. Más allá de los Pirineos, los francos habían encontrado a los árabes, cuyo imperio no podían pensar en destruir. Los aquitanos intentaron un último levantamiento, cuando murió Pipino, capitaneándoles Hunaldo, a quien se supone padre de Waifré. Carlos los pudo reprimir fácilmente y levantó sobre el Dordoña la fortaleza de Fronsac, donde dejó una guarnición. Desde entonces los condes francos administraron tranquilamente el antiguo condado.

En 778, uniéndole la Godia o la Septimania, fué erigido en reino, y en 780, Carlomagno hizo que su hijo Luis, niño de tres años, fuese consagrado por el papa como rey de Aquitania. Guillermo, duque de Tolosa, y San Benito, reformador de los conventos de Occidente, administraron el reino en su nombre. Esta medida, más que al deseo de satisfacer las aspiraciones de autonomía de los aquitanos, parece que obedeció a la conveniencia de encomendar a los lugartenientes de Carlomagno el mando de fuerzas que pudiesen rápidamente acudir contra los enemigos que estuviesen demasiado alejados del centro. En una expedición hecha a España en 778, había podido observar Carlomagno la necesidad de este escalonamiento de ejércitos. Husein-al-Abdari, emir de Zaragoza, le había pedido auxilio contra el califa de Córdoba, Abd-er-Rhaman. Los jefes musulmanes del Norte de España estaban en perpetua rebelión contra sus califas. Carlomagno atravesó los Pirineos por San Juan de Pie de Puerto, tomó a Pamplona, se unió en Zaragoza a otro ejército franco que había pasado por el Rosellón y restableció a Al-Abdari. Al regreso, los vascos sorprendieron en Roncesvalles su retaguardia y la exterminaron, pereciendo Rolando, conde de la Marca de Bretaña. El martirio de Lobo, duque de los vascos, no bastó para vengar el desastre. Abd-er-Rhaman reconquistó todo el Sur de los Pirineos y Husein-al-Abdari murió en el suplicio (781).

Continuaron, sin grandes resultados, las guerras en los Pirineos. A partir del año 791, Alfonso II el Casto, rey de Asturias, celebró una alianza con Aquitania, y en 797, cuando entró en Lisboa, envió a Carlomagno los trofeos de su victoria, como un homenaje.

Las armas cristianas sólo conseguían verdaderos triunfos en los períodos de anarquía que acompañaban generalmente a los cambios de mando árabe. El califa, tan pronto como se consolidaba, tomaba la ofensiva. Hescham o Hixem, hijo de Abderramán, asoló Asturias, reconquistó Gerona y envió sus tropas al Norte de los Pirineos, donde derrotaron al duque de Tolosa y saquearon los arrabales de Narbona (793). Muerto Hescham, su hijo Al-Haken (796-822) no pudo impedir, a causa de insurrecciones que se le suscitaron, que las armas cristianas, a las que se habían aliado su hermano y los emires de Huesca y de Barcelona, reanudasen la campaña. Las tropas de Luis de Aquitania tomaron Lérida, restauraron Ausona (Vich) y pusieron sitio a Barcelona, que se rindió por hambre al cabo de un año (801). Luis, que había llegado a la sumisión de la plaza, estableció allí al conde godo Vera, que luchó victoriosamente contra los árabes. En 806 les arrebató Pamplona, que había de ser capital del futuro reino cristiano de Navarra. En 809 se sometió todo el país hasta el Ebro, se conquistó Tarragona y se puso sitio a Tortosa, que fué tomada dos años más tarde (811). Los territorios conquistados al Norte del Ebro, desde Pamplona a Barcelona, formaron la Marca de España, que precedió a los futuros reinos cristianos de Navarra y Aragón. Allí fué Carlomagno uno de los fundadores de la nueva España.

El obispado de Urgel, vacante o poco menos desde 794 (en que se condenó al obispo herético Félix), fué espléndidamente dotado y recibió un nuevo titular. Se favoreció la emigración de gentes de la Septimania y de cristianos que huían del dominio árabe, formándose de este modo la población catalana, intermediaria entre franceses y españoles.

Destrucción del reino de los lombardos.

Desiderio, duque de Toscana, sucesor de Aistulfo, había subido al trono con el apoyo del papa y del patricio franco (756). Al verse rey, quiso serlo en absoluto y persiguió a los duques de Espoleto y de Benevento, que habían rendido homenaje a Pipino. El duque de Benevento fué perseguido hasta Otranto. Desiderio llegó hasta llamar a los bizantinos, que deseaban recuperar el Exarcado, y entonces el papa Paulo I, sucesor de Esteban II, pidió auxilio a Pipino, que, ocupado en la guerra de Aquitania, se limitó a escribir a Desiderio. Este último rey lombardo fué un personaje que supo conservar su reino cerca de veinte años entre Roma, los francos

y Bizancio. A pesar de la oposición del papa, había casado con Carlomagno a una de sus hijas, llamada Deseada, a otra hija con Tasilo, duque de Baviera, y a su hijo con una hermana de Carlomagno. Tenía muchos partidarios entre los francos, y su elevada posición era una fuerte garantía. Pero Carlomagno repudió a Deseada, y cuando murió Carlomano, su mujer, sus dos hijos y sus fieles fueron a refugiarse cerca de Desiderio, en Pavía. Este, confiando en dividir a los francos, cometió la imprudencia de acogerles, y pidió al papa que consagrara como reyes a los hijos de Carlomagno. Adriano, sucesor de Esteban III, hombre de una gran energía, se negó a aquella consagración e hizo perecer al principal partidario que en Roma tenía Desiderio. El rey de los lombardos devastó la campiña romana, y el papa acudió a Carlomagno. Este, que sostenía entonces una guerra contra Sajonia, quiso, por lo pronto, negociar, y requirió al rey de los lombardos para que restituyese a la Santa Sede los dominios de San Pedro, ofreciéndole, según se dice, 14.000 monedas de oro. Desiderio no aceptó.

Convocada en Ginebra la asamblea o campo de Mayo de 773, se decidió la guerra. Dos ejércitos marcharon a Italia. Uno de ellos, mandado por Bernardo, hijo natural de Carlos Martel y tío de Carlomagno, entró por el monte Joux (el gran San Bernardo); el otro ejército, a las órdenes inmediatas de Carlomagno, entró por el monte Cenis. Adalgiso, hijo de Desiderio, le detuvo tras las fortificaciones del valle de Susa, pero una división le envolvió. Desiderio se encerró en Pavía. Adalgiso se dirigió a Verona, con los hijos de Carlomagno, y después huyó a Constantinopla. El duque de Espoleto y sus lombardos se cortaron sus largas cabelleras y rindieron homenaje al papa.

Carlomagno dejó a su ejército en el asedio de Pavía y marchó a celebrar las Pascuas en Roma. El papa Adriano le acogió solemnemente y le hizo renovar la donación de Pipino. Pavía se rindió, por hambre, en Junio del 774, y Desiderio, tonsurado, y enviado con su familia a Francia, desaparece en la Historia. Carlomagno se hizo proclamar rey de los lombardos. Los grandes y el pueblo le aclamaron y le prestaron juramento de fidelidad, pero cuando marchó a proseguir la guerra de Sajonia, los principales duques se sublevaron. Rodgudo, duque de Friul; Aregiso, duque de Benevento; Reginaldo, duque de Clusium, e Hildebrando, duque de Espoleto. El duque de Friul fué el primero que tomó las armas. Lanzóse contra él Carlomagno, tomó Trevisa y Forum Julií, mató a Rodgudo y dió a un franco el ducado de Friul (776). El duque de Espoleto se sometió. Aregiso de Benevento, amparado por la distancia, quedó como autónomo. Instaláronse en Italia guarniciones francas que aseguraran la obediencia, se expulsó a los rebeldes, y sus bienes fueron confiscados y repartidos entre los vasallos fieles y los condes y jueces francos.

Esta anexión, que hizo dueño de Italia a Carlomagno, fué uno de sus actos más importantes. No sólo varió la naturaleza de sus relaciones con el Papado, preparando la restauración del Imperio, sino que le puso en contacto con nuevos adversarios: sarracenos, griegos y lombardos de Benevento. Todo esto le creó trabas y preocupaciones que le obligaron a descargarse de su peso, instituyendo un virreinato en Italia, como antes había hecho en Aquitania.

Carlomagno volvió en 780 y acabó de organizar la dominación franca en Italia. Le habían acompañado sus hijos Pipino y Luis, que hizo consagrar por el papa como reyes de los lombardos y de los aquitanos. Pipino tenía por consejeros a Angilberto y Adelardo, primo de Carlomagno, hijo de Bernardo, y nieto de Carlos Martel. La administración del país quedó a cargo de veinte condes francos, pero los lombardos figuraban al lado de los francos en las asambleas generales que anualmente se celebraban en Pavía.

Carlomagno quiso completar la conquista en 786, marchando contra Aregiso, duque de Benevento. Llegó hasta Cápua y le obligó a que le entregase a su hijo en rehenes. Cuando murió Aregiso, su hijo Grimoaldo fué investido duque de Benevento, con la condición de poner el Hombre del rey a la cabeza de los edictos y en las monedas, desmantelar Salerno y Acerenza y hacer que sus lombardos se rasurasen la barba. Grimoaldo obedeció, negándose a prestar ayuda a su tío Adalgiso, que murió entonces, acaso combatiéndole. La leyenda ha guardado el recuerdo de este valeroso campeón de la independencia lombarda.

Grimoaldo dejó de obedecer, y los francos marcharon contra él, en el año 801. Fué entonces cuando Carlomagno pensó en una expedición a fin de conquistar Italia meridional y Sicilia. Sus relaciones con los griegos eran cada vez más difíciles. Sin embargo, Nicéforo, que había destronado a Irene (802), deseaba la paz.

Parece que, en el año 803, además de Italia central, había abandonado a Carlomagno Istria, y una parte de Dalmacia, antiguas dependencias del Imperio romano de Occidente. Los ducados de Venecia y de Zara rindieron homenaje a Carlomagno, en 806, pero bien pronto fué Dalmacia motivo de un conflicto. Los griegos, dueños del mar, la habían conquistado fácilmente. Los venecianos, declarándose subditos del emperador de Oriente, se negaban a obedecer a Pipino. Este les atacó en sus lagunas, tomando las principales islas, Grado, Malamocco y Chioggia, pero los venecianos se retiraron a Rialto, donde los pesados barcos lombardos no pudieron darles alcance (809). Venecia quedó independiente, bajo la soberanía nominal de Bizancio. Dalmacia no pudo ser ocupada, a pesar de una nueva tentativa que se realizó en 810. Esta situación quedó consagrada en una entrevista de Carlomagno

y Miguel I. Venecia pertenecía al Imperio de Oriente, pero éste, a su vez, reconocería a Carlomagno su título de emperador. Lo aceptó tan de buen grado que reanudó sus relaciones con el papa (812).

Guerra contra los sajones.

Los sajones habían conservado la antigua constitución germánica, la jerarquía social de nobles, libres y lites o semilibres. Adoraban a sus dioses en los bosques, junto a las fuentes o en los árboles sagrados. Quemaban los cadáveres. Reuníanse para la guerra bajo las órdenes de duques elegidos entre las familias nobles, y formaban cuatro tribus: westfalianos, ostfalianos, angrianos y nordalbingianos. Parece que celebraban una asamblea general en Marklo, sobre el Weser.

Habían estado en guerra con los francos desde la época merovingia. El proselitismo cristiano de los francos había agravado la situación. Fué aquella guerra una lucha religiosa a la vez que política, y por eso combatieron tan desesperadamente los sajones. Su derrota estaba prevista, pero la resistencia fué larga y encarnizada. La historia de los sajones prueba que los germanos, abandonados a sí mismos, no eran capaces de grandes progresos. Para que fuese posible una Alemania, se necesitó que se acabara de implantar, por el hierro y por el fuego, la disciplina y la civilización que los francos habían recibido de la antigua Roma y del cristianismo. Esta obra, emprendida por Carlomagno desde el comienzo de su reinado, la prosiguió durante más de treinta años, con incomparable energía.

Partió de Heristal, en 772, marchando hacia las fuentes del Lipo, en aquellas selvas pantanosas, donde Arminio había degollado a las legiones de Varo. La fortaleza de Ehresburgo fué tomada por asalto. El Irminsul, santuario nacional de los sajones, se hallaba próximo, y se invirtieron tres días en demolerlo. Los sajones se entregaron, juraron fidelidad, y prometieron no impedir la propaganda cristiana. Carlomagno llevó consigo rehenes y dejó guarniciones.

Durante su lucha con los lombardos, Widukind, valeroso duque westfaliano, que había sido el alma de la resistencia, volvió a tomar las armas. Se expulsó a las guarniciones, se reconquistó Ehresburgo, se devastó el país hasta el Rhin, y el saqueo del monasterio de Fritslar vengó la destrucción del Irminsul (774). Carlomagno reapareció en 775, entre los westfalianos, los retó varias veces, obtuvo juramento de fidelidad de los duques angrianos y ostfalianos, y estableció nuevamente las guarniciones, sobre todo en Ehresburgo y Sigiburgo. Al año siguiente, como tuviera que marchar a Italia, Widukind renovó la lucha, expulsando o asediando a los francos (776). Carlomagno redobló sus esfuerzos, y fundó una nueva fortaleza sobre el Lipo. Convocó en Panderborn, en el corazón del país, una

asamblea general, desplegando todo su poder. Fué concentrando fuerzas en los sitios de mayor peligro y de este modo pudo acabar la conquista. Siete veces convocó la asamblea general en tierra sajona. Aunque las dos últimas fueran para conmemorar la concordia de ambos pueblos, obedecieron también, como las anteriores, al deseo de concentrar nuevas fuerzas. La sumisión parecía haberse conseguido en 777, cuando muchos nobles se bautizaron, acompañándoles otros hombres libres. En 778, mientras que el grueso del ejército se hallaba con Carlomagno en España, volvió a la lucha Widukind. Reunió a los sajones, hasta entonces divididos, pidió auxilio a los daneses, dispersó o acuchilló a los sacerdotes, penetró hasta Coblenza, devastó Hesía y Turingia, y expulsó a los monjes de Fulda (779). Carlomagno hizo entonces un esfuerzo decisivo. Rechazó la invasión con la victoria de Bocholt (779), y se consagró enteramente a la conquista de Sajonia.

Los sajones apenas podían presentar batalla al gran ejército franco, y pronto fueron sometidas todas las comarcas hasta el Weser. Carlomagno se dedicó entonces a organizar el país. Los dividió en condados, al frente de los cuales puso francos, o a sajones que habían sido fieles. Instituyó seis obispados: Munster y Osnabrüch, para los westfalianos; Panderborn y Mindeu, para los angrianos; Verden y Brem, para los ostfalianos. Los paganos eran bautizados de grado o por fuerza. En 782, se convocó una gran asamblea, junto a las fuentes del Lipo, para dar fe de la conquista. Al regresar a Austrasia Carlomagno, Widukind sublevó nuevamente Sajonia, aprovechando una guerra contra los sorbas (eslavos establecidos entre el Saale y el Elba). Al ejército que se envió contra él le hicieron traición sus auxiliares sajones, y fué destrozado en el monte Suntal, sobre la ribera derecha del Weser. Esta vez, Carlomagno no se contentó con la huida de Widukind y la humilde sumisión de los sajones. Acampó en Verden, sobre el Aller, y obligó a que se le entregaran los traidores, los juzgó e hizo ejecutar a 4.500. Promulgó un edicto en el que prohibía, bajo pena de muerte, el culto pagano, imponía el bautismo, la estricta observancia de las leyes de la Iglesia, y el pago del diezmo (782). Respondió a esto una insurrección general, dirigida por Widukind, y la lucha fué terrible. Después de una primera batalla indecisa, cerca de Detmold, los sajones sufrieron, sobre el Haase, un desastre sin remedio (783). Dos años de devastaciones acabaron de hacer imposible la resistencia. Carlomagno recorrió las riberas del Saale y del Elba, llevándose en rehenes multitud de hombres que estuvieran en edad de poder tomar las armas. Su hijo siguió idéntico procedimiento en los cantones occidentales (784). Al año siguiente se operó en igual forma, al Norte del Elba. Los prisioneros eran deportados bien lejos de su patria. El mismo Widukind, comprendiendo que toda resistencia era inútil, se presentó en Atigny, en Champaña, para recibir, con gran pompa, el bautismo, acompañándole gran número de sus compañeros (785).

La gran guerra de Sajonia había terminado, pero la sumisión no era completa. El servicio militar resultaba muy pesado por las largas expediciones contra los árabes y los ávaros, y esto fue la causa del descontento. Los sajones y los frisones se negaron a partir en 792. Todo el Norte de Sajonia se sublevó; se incendiaron las iglesias y los conventos, y se expulsó a los obispos y a los sacerdotes. Fue esto en un momento muy crítico para el Imperio. Carlomagno transigió, entró en Sajonia con dos poderosos ejércitos, y se avino a tratar, haciendo amplias concesiones.

Después de su triunfo, manifestado en la gran asamblea de Francfort (794), reanudó la lucha. Los sajones eran combatidos ahora en la otra frontera por los obotritas, eslavos protegidos de los francos. Durante tres años (795-798) los ejércitos recorrieron en todas direcciones el país. La tercera parte de los habitantes de ciertos cantones fue transportada a otras comarcas. Las tierras de los rebeldes se confiscaron, repartiéndolas entre los fieles, los condes, los obispos y los abades. Carlomagno pasó inmediatamente el Elba para tratar de igual modo a los nordalbingios. Después de la victoria de Suentana (799) se transportó a 10.000 familias, y los obotritas recibieron una parte del país, las playas del Báltico. En 803, en su villa de Saltz (sobre el Saale franconiano), pudo proclamar Carlomagno la completa pacificación.

Los sajones y los francos no formaban todavía un solo pueblo, pero tenían la misma lengua, la misma fe y las mismas instituciones. Sus destinos siguieron inseparables y acabaron por formar una sola nación. La anexión definitiva de Sajonia y de Baviera hizo de Carlomagno el verdadero fundador de Alemania.

Anexión de Baviera.

La anexión de Baviera había sido mejor preparada que la de Sajonia por los antecesores de Carlomagno. Al duque de Baviera se le consideraba, poco más o menos, como vasallo de los reyes francos. A pesar de todo, la dependencia era puramente nominal. Entre el Lech y el Enns, existía un verdadero Estado con su dinastía nacional de los Agilolfingo, con su organización propia, su iglesia, su arzobispado de Salzburgo, su política exterior y sus relaciones con los lombardos. El duque Tasilo, yerno de Desiderio, era un personaje de tal importancia, que en Baviera se fechaba el tiempo por los años del duque. Tasilo no quiso facilitar ningún contingente para las expediciones de Italia ni para las de Sajonia. Se abstuvo de concurrir a las asambleas francas y reunió aparte a sus grandes, a los eclesiásticos y al pueblo. Conducíase como un verdadero soberano, decidiendo personalmente todos los asuntos. Carlomagno contemporizó con él durante la gran guerra de Sajonia; pero al terminarla le requirió para que renovase su juramento de vasallaje,

y no atreviéndose a protestar, Tasilo acudió a la asamblea de Worms, donde, según fórmula, dió su ducado al rey y éste se lo devolvió en calidad de feudo, tomando a su hijo en rehenes. Esta precaución no era inútil. Tasilo había querido ganar tiempo para poder formar una coalición con el duque de Benevento y los ávaros, incitándole a la lucha Luzgarda, su mujer, hija de Desiderio. Habría sido posible levantar a los lombardos, contar con los bizantinos y apresurar la guerra de Sajonia; pero la Iglesia estaba en Baviera, como en otras partes, al lado de Carlomagno.

Una embajada pontificia había acompañado a la embajada franca que pidió a Tasilo la renovación de su juramento. El obispo de Frisinga y el arzobispo de Salzburgo dirigían el partido eclesiástico, que se fusionaba con el partido franco. Descubiertos los planes de Tasilo, se le acusó de traición en la asamblea general de Ingelheim (788). Llevado a juicio por su antigua defección, cuando abandonó a Pipino en Aquitania, fué condenado a muerte. Le tonsuraron y se le encerró en un monasterio. Sus hijos y su mujer también fueron exclaustrados. Baviera fué anexionada; Geroldo, cuñado de Carlomagno, quedó al frente de ella, y cuando murió, combatiendo con los ávaros, el ducado se desmembró en condados y el pueblo bávaro prestó juramento a Carlomagno, que se había atraído directamente, por el lazo del vasallaje, a muchos de los grandes.

Guerras contra los ávaros.

La coalición proyectada por Tasilo había quedado rota cuando cayó aquel duque, pero la guerra contra los ávaros sólo se había aplazado. Los ávaros ocupaban las fuentes del Danubio, donde habían reemplazado a los hunos. Lucharon con Sigeberto en Turingia; pero habiéndoles detenido al Oeste los francos y los bávaros y al Sur los eslavos, establecidos por Heraclio en las márgenes del Save (servios y cróatas), acabaron por establecerse en la Hungría actual. Hacían frecuentes incursiones al mando de su Khagan y de sus jefes subalternos, sembrando el terror entre sus vecinos, singularmente los eslavos. De este modo fueron acumulando inmensas riquezas en su Ring o campo central (cerca del Theiss), protegido por una triple muralla. Carlomagno dirigió personalmente contra ellos una gran expedición, avanzando a lo largo del Danubio, mientras que su hijo Pipino salía de Italia al frente de otro ejército. Se llegó hasta el Raab; pero los francos, diezmados por una epidemia y faltos de víveres, tuvieron que batirse en retirada. Esta guerra se prolongó muchos años. Los árabes habían invadido la Septimania, habíase levantado nuevamente Sajonia, Baviera no estaba sometida por completo y Pipino el Jorobado, bastardo de Carlomagno, se había puesto al frente de una conspiración para asesinar a su padre, quien pudo escapar de ella por una casualidad, castigando cruelmente a los cómplices (792). La cuestión de los iconoclastas entorpecía las

relaciones con Bizancio, mientras que la herejía de los adopcionistas⁴ dividía la Iglesia de Occidente. Carlomagno permaneció varios años en Baviera, convocando en Ratisbona las asambleas generales de 792 y 793. Sus lugartenientes continuaron la lucha con los ávaros, a quienes atacaban por el otro lado Pipino y el duque de Friul, que habían sometido a los eslavos de los valles alpestres. La guerra fué muy encarnizada, pereciendo en ella casi toda la nobleza y una gran parte del pueblo ávaro. En 796 fué tomado por asalto el Ring y acampó en él Pipino. Recogieron los tesoros acumulados, y era tal su abundancia, que, según se dice, bajó el valor de los metales preciosos. El poder de los ávaros había terminado para siempre. Carlomagno hizo una gran distribución de sus riquezas entre los grandes, los laicos, los eclesiásticos y sus adictos. Parte de los ávaros se retiró más allá del Theiss, y a las órdenes de un nuevo Khagan juraron obediencia a Carlomagno. Hallábanse tan quebrantados, que a los pocos años pidieron protección contra sus antiguos compatriotas. El resto de las hordas ávaras parece que se fundió con la emigración húngara.

Los eslavos y los daneses.

La mayoría de estos pueblos de origen eslavo pasaron al dominio de los francos. Al avance de las armas francas acompañó el progreso del cristianismo, que reconquistó los Alpes orientales y las antiguas provincias de Nórico y Panonia. Desde allí comenzó a extenderse la inmigración germánica, inaugurando su marcha hacia el Este (Drang nach Osten).

Carlomagno hizo reconocer su autoridad a las poblaciones eslavas en toda la frontera del Este. Los sorbas, que se hallaban entre el Saale y el Elba, y los wiltzos, entre el Elba y el Oder, fueron sometidos a mano armada. Los margraves, condes de la frontera, que disponían de tropas escogidas al amparo de fortalezas, impusieron respeto al enemigo. Estos condados no se constituyeron de una manera permanente, sino que cambiaban con sus titulares. Fueron los principales el de Friul, que dominaba Istria y vigilaba Dalmacia, conteniendo a los eslavos del Drave y del Save; el de la Baviera oriental, que vigilaba a los ávaros y a los eslavos de Moravia y de Bohemia; el de Turingia, que contuvo a los sorbas, y el de Nordalbingia, apoyado por los aliados obotritas, que guardaba la frontera septentrional.

⁴ Fué una herejía puesta en boga por Félix, obispo de Urgel, y Elipando, arzobispo de Toledo, quienes enseñaban que Jesucristo, en cuanto hombre, no era verdadero hijo de Dios, sino adoptado por él. Era como una variante de la herejía nestoriana. El concilio de Francfort, celebrado durante la asamblea general de 794, condenó el adopcionismo.

Allí fué donde surgieron los daneses, los adversarios más temibles. Su rey Godofredo (Goefrik), que mandaba en casi toda la isla de Jutlandia y tenía su capital en Slesvig, invadió el país de los obotritas (808), acaso para restablecer en él a los sajones. Ayudado por los wiltzos, devastó el país, mató a uno de los jefes y destruyó el puerto de Berich, transportando sus comerciantes a Slesvig. Se retiró ante el joven rey Carlos, cortando la península con una trinchera emplazada al Norte del Eider. Dos años más tarde, otro príncipe de los obotritas fué muerto, una flota danesa saqueó la costa de Frisia, y Godofredo, según se dice, amenazó con ir a buscar a Carlomagno a Aix-la-Chapelle. El emperador marchó a su encuentro, llegando hasta Verden, donde reunió una asamblea. Allí supo que Godofredo había sido asesinado. Su hermano y sucesor, que contaba con muchos enemigos, se apresuró a negociar, cediendo todo el territorio que se extendía al Sur de la trinchera y en él se instaló una marca, añadiéndose al fuerte de Hobhuoki (Hamburgo) el de Itzehoe (Essesburgo).

II.—Gobierno de Carlomagno

El imperio franco y las nacionalidades: duques, margraves y condes.

En el imperio franco juntábanse las más diversas nacionalidades. Cada una tenía su derecho particular y se regía por él, constituyendo esto su independencia y su fuerza.

Carlomagno, que había advertido este peligro, lo quiso evitar. Desaparecieron los ducados, que eran una amenaza para la unidad del Imperio. Ya no pertenecían a él los duques de Benevento, de Bretaña y de Gascuña y los demás eran simples generales. Sólo para los margraves⁵ hubo una excepción en esta regla, que no permitía confiar más de un condado a una misma persona. Los ducados de Alamania, Aquitania, Baviera y Sajonia fueron divididos en condados.

Como en la época merovingia, los condes eran los principales personajes de la administración real. Carlomagno llegó a otorgar condados hasta a hombres no libres⁶, pero esto sólo fué una excepción. La regla, comprobada por numerosos ejemplos, consistió en confiar los condados a los miembros de las familias poderosas establecidas en ellos. Parece que el cargo de conde era vitalicio, aunque

⁵ Los margraves (de donde procede el nombre de marqués) gobernaron las marcas de Bretaña, España, Friul, Panonia y Nordalbingia.

⁶ *Miracula Sancti Benedicti*. D. Bouquet, V, p. 448. Sabemos también, por el monje San Galo, que se creyó con el derecho de elevar a la dignidad episcopal a las gentes de origen más humilde.

se le podía destituir por ineptitud o infidelidad, y en la capitular de Sajonia (capítulos 24 y 28) hay amenazas bien determinadas contra los condes desleales. Existen ejemplos de estas destituciones, siendo una de ellas la del conde alamano Uldarico, cuñado de Carlomagno. El rey, que hacía todo lo posible para conservar el orden existente, no gustaba de tales medidas de rigor, y recomendó a su hijo que no despojase a nadie de sus «honoros» sin causa justificada. Ya existía la herencia: los hijos de Guillermo, margrave de Tolosa, heredaron los condados de su padre.

Estos condes tenían las mismas atribuciones que los condes merovingios. Por debajo de ellos estaban los centuriones (centenarii), con los que al parecer se confunden los vicarios (vicarii). Los vizcondes (vice-comites), que se hallaban sobre todo en el Mediodía, parece que no eran otra cosa que vicarios, representando lo mismo que los centuriones merovingios, con la diferencia de que siendo nombrados por elección se les consideraba como funcionarios ordinarios del Estado. El cambio no fué muy sensible. Carlomagno sólo cuidó de recordarles a cada momento sus deberes para con él, la obediencia a sus mandatos, sus obligaciones para con los administrados y que no oprimiesen a los hombres libres ni los sometieran a trabajos en provecho propio (Ordenanza de 783). No debían tomar nada que perteneciese al Estado, bajo pena de tenerles por desleales (Ordenanza de 803). Carlomagno, que deseaba disponer de funcionarios escogidos, lamentábase de no hallarlos.

Una ordenanza de 825 contiene una brillante exposición de los deberes de los condes y los funcionarios. Habían de ser los verdaderos auxiliares del rey y los guardadores del pueblo. Ni dádivas, ni temores, ni odios, ni amistades habían de desviarles del camino recto. Era difícil encontrar hombres de estas condiciones. Alcuino deploraba que el emperador no contase con tantos auxiliares como detractores tenía la justicia⁷. Después de Carlomagno estas lamentaciones fueron más frecuentes.

Los obispos y los abades como funcionarios del príncipe.

El soberano no confió únicamente en su fuerza personal. Llamó a otros en su ayuda para fundar un régimen según la voluntad de Dios y las necesidades de su época. Al hablar de la administración merovingia, tuvimos que hablar de los obispos como ha de ocurrir ahora. La unión era más estrecha, y el Estado era más cristiano que en tiempos anteriores. Carlomagno fué el restaurador y el reorganizador de la Iglesia. En las capitulares de 779, restableció la jerarquía, dando, por decirlo así,

⁷ Carta III: Non tantos habet justitia adjutores quantos etiam subversores, nec tantos praedicatorcs quantos praedatores.

consagración oficial a la autoridad de los metropolitanos. Ordenó que fuesen provistas todas las sedes vacantes. Del mismo modo que los sacerdotes, diáconos y clérigos tenían que estar sometidos a la autoridad de los obispos, los monasterios habían de sujetarse a la disciplina. En las capitulares eclesiásticas de 789, confirmó y activó esta reorganización.

Ya hemos visto cuántas veces se violó la disciplina canónica en las elecciones de la época merovingia. Carlomagno estableció el principio de que el rey nombrase a los obispos, exceptuando los de Italia. Se creía el superior de todos ellos, después de Dios. No fue esto en virtud de un derecho determinado, sino porque la fuerza de las cosas y el carácter de la institución carlovingia lo imponían así.

Los obispos formaban parte integrante del Estado. El emperador los consideraba como colaboradores de los condes, preocupándole mucho las relaciones entre unos y otros. Una de las preguntas que se hacían a los missi, era esta: ¿Cómo se entienden los condes con los obispos? Había ordenado que se prestasen mutuo apoyo para que cada uno pudiese cumplir satisfactoriamente su misión (Cap. Lang., 820, c. 5 y cap. de 802). Fué esto una tentativa muy interesante que demuestra los obstáculos que tuvo que vencer. Era indispensable la buena voluntad recíproca de los condes y de los obispos y nunca se pudo lograr. Los condes eran indóciles y tenían la mala voluntad del laico hacia el eclesiástico.

Los missi se lamentaban de esto y Carlomagno se quejó también amargamente en una carta circular. Supo que no se concedía a los sacerdotes la debida autoridad y ordenó que ninguno de sus fieles desobedeciese a la Iglesia en las cosas pertinentes a Dios. ¿Pero qué significación tenían los términos de esta carta? ¿Cuáles eran los deberes y los derechos recíprocos? Nadie lo sabe. Carlomagno aparece respecto a esto constantemente preocupado. En las capitulares de 811 anunció que deseaba interrogar separadamente a los obispos y a los condes. Después de haberles preguntado los motivos de su desacuerdo se discutiría hasta qué límites podían inmiscuirse los obispos en los asuntos seculares y los condes en los eclesiásticos.

La cuestión estaba hábilmente planteada, pero no fué posible resolverla, ni en nuestros días ha llegado a solucionarse por completo. A Luis el Piadoso se le ocurrió la desacertada medida de encomendar a los obispos que le enterasen de cómo administraban justicia los condes, y a éstos que le informaran de cómo ejercían los obispos sus funciones religiosas. (Cap. de Aix-la-Chapelle, 825). Debe tenerse en cuenta que ni Carlomagno, ni Luis confiaron poderes de conde a ningún obispo, como no fuese en circunstancias excepcionales (en Recia, por ejemplo). Sólo en Sajonia tuvieron los obispos atribuciones políticas muy significadas.

En general, era imperceptible la participación de los obispos en la administración, y esto la hacía mucho más peligrosa. No debe olvidarse que como obispos y como señores de territorios, amparados por la inmunidad, tenían, fuera de la administración real, un gran poder político. La Iglesia había recuperado sus fuerzas perdidas, adquiriendo nuevas propiedades.

Los monasterios habían reparado también sus pérdidas. Conocida es la condición de aquellos que fueron edificados por merced (largitas) real y la de aquellos que debían su fundación a una merced señorial; en los primeros los abades eran nombrados por el rey, y en los últimos por los obispos. También en esto recordó frecuentemente el rey el derecho de libre elección, pero sin exigir su cumplimiento. A menudo eran los laicos los que recibían en beneficio un monasterio, distinguiéndose de los verdaderos abades porque a éstos se les llamaba ((abades legítimos». Cuando Luis el Bondadoso comenzó la reforma de los monasterios (817), volvió a hablar de la libertad de elección, pero tampoco fué observada. Durante el reinado de sus sucesores se concedieron todavía monasterios a los laicos, no teniendo los monjes y monjas más que lo preciso para vivir. La discordia entre obispos y abades había de durar siempre.

Los missi dominici.

Hasta entonces, salvo la supresión de los ducados, nada nuevo había en la administración provincial. La innovación de Carlomagno fué conceder mayor importancia a los missi dominici.

En realidad, la idea no era nueva. Ya había missi en la época de los marovingios, en sus últimos tiempos cayó en desuso esta institución y la restablecieron los primeros carlovingios, Carlos Martel, Pipino, y, sobre todo, Carlomagno. Tuvo, pues, dos períodos en su historia. Carlomagno utilizó a los missi en diversos empleos. En 802, en las capitulares de Aix-la-Chapelle, formuló un breviario de todos sus deberes. No hay, tal vez, documento más importante, ni más a propósito para abarcar de una ojeada toda la administración de Carlomagno. El emperador quiso explicar a todos cómo se proponía gobernar. Por esto eligió a los más prudentes y a los más sabios entre los nobles y los laicos piadosos, los arzobispos, los obispos y los venerables abades, diseminándolos por todo el reino. La enumeración de los deberes de los missi es larga. Tenían que cuidar de que todo se realizara con arreglo a los preceptos de Dios, de que reinara la justicia en todas partes, de que no se causase ningún perjuicio a las iglesias, ni a los pobres, ni a los huérfanos, ni al pueblo, de que cada uno conservase su condición, y de que viviesen en paz los laicos y los eclesiásticos.

En cuanto alguien se quejara de una injusticia, habían de dar cuenta al conde, y si esto era imposible, informar al emperador. Tenían que recibir el juramento de fidelidad que se debía al emperador, y advertir su importancia a quienes lo prestaban; observar si los obispos y los eclesiásticos comprendían y practicaban las costumbres de la Iglesia, y el género de vida que hacían los abades y los monjes; cómo observaban las leyes (*mundanae leges*); informarse de cuanto se refería a los divorcios y a las uniones ilegítimas; velar por los beneficios reales y eclesiásticos; impedir que fueran oprimidos los hombres libres; vigilar por la obediencia al reclutamiento militar; cuidar que hubiese siempre en las costas barcos de defensa, etc., etc. En este documento aparece Carlomagno pasando revista a todos los abusos, esforzándose por impedirlos, y sin poder nunca destruir su origen.

En resumen, las atribuciones de los *missi* abarcaban todo cuanto era de la competencia del Estado: vigilancia de la justicia, sostenimiento de los derechos militares del Estado, cuidado de los bienes y rentas reales; vigilancia del clero, obligación de difundir la ley, etcétera; obligación general de conducirse bien, y de “preverlo, ordenarlo y disponerlo todo con arreglo a la voluntad de Dios y a los mandatos del emperador».

Con relación a los *missi* se dividió el Imperio en circunscripciones (*missatica* o *legationes*). ¿Eran permanentes estas divisiones? Desde luego no fueron las mismas en tiempo de Carlomagno que en el de Luis el Bondadoso, o en el de Carlos el Calvo. Durante el reinado del segundo prevalecieron las divisiones eclesiásticas, exceptuando algunos casos. Hubo varios *missi* para cada circunscripción: en general un eclesiástico y un laico. Esta delegación no era una función permanente; sin embargo, podía ser, y fué confiada con frecuencia, a una misma persona. Había una especie de inamovilidad cuando el arzobispo era *missus*, pero la regla era que mientras fuese posible los *missi* se renovasen todos los años, que no perteneciesen a la provincia donde ejercían sus funciones, y que fueran simples representantes del emperador.

Sus obligaciones estaban marcadas en instrucciones precisas. Tenían que celebrar cierto número de asambleas (cuatro), en determinados días. Lo mejor conocido, cuando menos en la época de Luis el Bondadoso, es la presencia de los delegados de la provincia en aquellas asambleas. Hay noticias de una muy interesante celebrada en Istria, en tiempo de Carlomagno.

Allí declaró el emperador todo lo que esperaba de los *missi*; pero no habían de faltarle, por esto, decepciones. Si no se les hizo una resistencia declarada, hubo mucha mala voluntad para ellos. Además, era difícil encontrar personas dignas de

tales funciones. Así se lamentaba Alcuino: «¡Oh, dolor!; hay muy pocos espíritus a quienes repugne la concupiscencia.»

Hemos de llegar forzosamente a la conclusión de que Carlomagno no pudo conseguir todo lo que se proponía. Los missi fueron el verdadero instrumento de la política carolingia. Se les empleó para mantener el acuerdo entre el Estado y la Iglesia, para sostener la unidad del Imperio y para llevar a todas partes la acción imperial, pero esta necesidad de la omnipresencia imperial, fué precisamente lo que debilitó a aquel gobierno.

La corte del príncipe.

Sobre la jerarquía de los funcionarios estaba la corte. Era, como en los tiempos merovingios, muy compleja. Comprendía el consejo, al tribunal del rey y la asamblea. Fué morada de los *domestici*, servidores privados o servidores políticos, y la escuela y punto de reunión de los hombres importantes del Imperio. Fué más brillante, pero sus funcionarios eran casi los mismos. No había ya mayordomo de palacio, pero reapareció el *senescal*. Equiparados a éste estaban el *copero* y el *condestable* (*comes stabuli*); en orden inferior hallábase el *camarero* (*camerarius*), *custodio del tesoro*. A estos funcionarios se les conferían elevados cargos políticos: eran *missi*, *duques*. Luego seguían el *magister ostiarorum*, gran maestro de palacio, *introduccionista* para las audiencias; el *mansionarius*, que se ocupaba en los alojamientos durante los viajes; los *venatores*, etc. En la misma jerarquía figuraban los funcionarios políticos: el *conde de palacio* (*comes palatii*) que tenía un importante papel en el ejercicio de la jurisdicción real; los *notarios* o *cancilleres*, cuyo jefe era un *protonotario*, llamado más tarde *archicanciller*, encargado del sello y de la redacción de documentos; el *capellán*, llamado también *arcipreste*, y más adelante *archicapellán*, de quien dependía el clero palatino, y a quien, realmente, se consultaba en los asuntos eclesiásticos, sirviendo de intermediario entre el rey y la gente de Iglesia. El *archicapellán* acabó por ser *archicanciller*, pues los archivos se hallaban en parte en la capilla; el *canciller*, cuando era eclesiástico, estaba sometido a la autoridad del *archicapellán*.

Como en los tiempos merovingios casi todos los funcionarios de la corte tenían asiento en el Consejo del rey; pero al lado de ellos se hallaban otros personajes laicos o eclesiásticos. Se aspiraba, sin duda, a crear una función de consejero. Parece que entre aquellos consejeros hubo algunos que residían siempre en la corte (*consiliarii aulici*). Otros eran convocados en ciertas circunstancias, cuando el soberano quería consultarlos. Hubo, indudablemente, consejeros especiales; Hincmar y Alcuino hablan de sus obligaciones como deberes de un cargo. En el consejo se discutía todo; algunos hombres se distinguieron en él; *Wala* les debió su

importancia. El consejo fué una gran institución monárquica y tuvo secretarios agregados a su servicio.

Conviene advertir que ya no hubo antrustiones; la trustis había desaparecido. También es preciso consignar la presencia en la corte de vassi reales; más adelante veremos lo que eran. Además, hubo, según Hincmar, tres clases de personas: milites expediti, sin cargo especial, y que vivían merced a los regalos del emperador y de los convites; discipuli u oficiales, y vasallos de los grandes. La primera clase (capitanei ministeriales) era evidentemente producto de la descomposición feudal. Entre los discipuli que constituían la segunda, se hallaban los que hacían el aprendizaje de los cargos del Estado o de las funciones eclesiásticas. De toda aquella gente elegía Carlomagno una guardia personal que les rodeaba a él, a sus hijos y a sus hijas, escoltándoles en los viajes. Añádase los mercaderes, entre los cuales había muchos judíos; los aventureros de todas clases, las mujeres públicas y los mendigos. Había gran libertad de costumbres en aquella corte, en la cual pululaban no sólo las cortesanas, sino hasta los gadales del sexo masculino. En la corte se reunían también los ingenios de la época; en ella se preparaban las leyes para la defensa de la fe y para el sostenimiento de la justicia y de la paz, y en ella se recibía a los embajadores de los países lejanos. La gran importancia de la corte revela la del emperador; el Estado era él.

Las asambleas.

Aún se advierte esto mejor en las asambleas. Hincmar dice que las dos divisiones del gobierno (regni status) eran el palacio y las asambleas. Había dos asambleas cada año. A la primera asistían todos los personajes políticos para decidir los asuntos o aprobar su resolución; a la segunda, concurrían únicamente los grandes, tomando acuerdos provisionales en espera de la gran asamblea. La primera de estas dos sesiones se celebraba en primavera; era el campo de Marzo de los antiguos germanos convertido en campo de Mayo. Este cambio databa de la época de Pipino. Durante el reinado de Carlomagno se celebraron en Junio, Julio y Agosto.

Tenían carácter militar, pero sus atribuciones eran variables, como sus nombres de sínodo, placitum, asamblea general, etc. Según la ocasión, dominaba en ellas el carácter militar o el carácter eclesiástico. Casi todos los años aparece mencionada la asamblea grande, y rara vez la pequeña, lo cual no quiere decir que permaneciese inactiva.

Políticamente, la asamblea general del pueblo representó cierto papel. Parece que la asistencia a ella era un servicio obligado, un deber, y que había, indudablemente, convocatorias colectivas. Los hombres libres tenían derecho a concurrir a ellas y,

por tanto, el deber de hacerlo. Eran una reproducción de las de la antigua Germania, pero el fondo había variado mucho. En las deliberaciones, los grandes (proceres, senatores regni) constituían una comisión aparte; laicos y eclesiásticos, unas veces separados y otras reunidos, deliberaban más o menos tiempo. El emperador en persona respondía a veces a las preguntas que se le dirigían. Es evidente que cuantos quedaban fuera (extranei) apenas tenían significación en las deliberaciones. La consulta a aquellos inferiores (minores) no era obligatoria. La asamblea, ¿aconsejaba ó decidía? Quien tenía que resolverlo era la voluntad del emperador. M. Guizot ha hecho el siguiente resumen: «No era la nación franca la que concurría a aquellas asambleas para fiscalizar y dirigir su gobierno; era Carlomagno quien reunía a su alrededor a los individuos para fiscalizar y dirigir la nación.» Algo exagerado es esto. Los condes representaban a sus condados y los obispos a sus diócesis, aunque de todos modos la mayoría perteneció al emperador.

Legislación: la ley o costumbre, las capitulares.

Aquellas asambleas representaban en cierto modo el poder legislativo de la época cariovingia. Se acostumbra a designar con el nombre de capitulares los resultados de aquella legislación. Como los actos legislativos presentaban casi siempre una serie de disposiciones particulares, enumeradas por capítulos, la palabra capitular llegó a ser la expresión técnica que designaba los diversos actos legislativos de los reyes.

Existe una diferencia entre los capitulares y la ley.

La ley es la costumbre, nacida de las relaciones de los hombres entre sí, consagrada por el uso, que se desarrolla libremente y subsiste por el mutuo consentimiento. El día en que se sintió la necesidad de redactar las costumbres aparecieron los legisladores. Cuando éstos realizaron su trabajo de redacción, el pueblo lo aprobó.

La ley era, pues, la costumbre escrita después de elegida y discutida. Para los casos no previstos en la ley escrita, la costumbre conservaba su fuerza y su autoridad. La ley era personal, pues se regía por la suya cada pueblo del imperio carlovingio, pero no territorial, puesto que acompañaba a los individuos a todas partes⁸. La ley era perpetua: se transformaba según las necesidades, pero no desaparecía. El rey no podía derogar la ley de un pueblo, como no podía suprimir su idioma. Se procedía

⁸ Capitular de 768. Cada uno era juzgado según su ley. Nacia de esto una inmensa confusión, y Agobardo les señala en Borgoña. No sólo en una región o en una ciudad, sino en una misma casa ocurría frecuentemente que de cinco personas que estuviesen reunidas no había dos que tuvieran la misma ley.

mediante modificaciones sucesivas, realizadas con el asentimiento popular. Las leyes, hechas para regular las relaciones entre los miembros libres del pueblo, eran colecciones de procedimientos y de tarifas (la ley Sállica, por ejemplo). El derecho civil no tenía en ellas representación propia; únicamente estaba mezclado con el procedimiento. No se había llegado aún a la abstracción que permitió señalar las principales divisiones del derecho. La ley emanaba, pues, del pueblo; estaba redactada por sus jefes, reyes o duques, pero seguía siendo obra del pueblo en su origen y en sus transformaciones.

Carlomagno, sobre todo después de adoptar el título de emperador, mandó coleccionar y redactar las costumbres de cada uno de sus pueblos en que aun no se hubiera hecho esto.

Claramente se observa que las capitulares son otra cosa. Acabamos de ver que cada pueblo tenía su ley; pero todos aquellos pueblos formaban parte del Imperio y éste tenía una vida política, económica y eclesiástica. El Imperio abarcó a aquellas individualidades aisladas, las cuales se resistieron y no tardaron en rebelarse. Las medidas generales apropiadas al gobierno y a la administración del Imperio fueron las capitulares. Las instrucciones dadas a los missi y a los agentes de la autoridad real llevaron el mismo nombre. Todo esto era derecho público y administrativo con relación a las leyes que formaban el derecho civil. Pero también las leyes fueron modificadas por los carlovingios. No era posible que la vida política general, la vida económica y sobre todo la vida religiosa, dejaran de modificar la vida civil. Esto creó la necesidad de reformar las leyes civiles generales, corrigiéndolas o adicionándolas, y tales actos fueron también capitulares. Hubo, por tanto, dos grandes divisiones de capitulares: capitularía per se scribenda y capitularía legibus addita.

Las capitularía per se scribenda constituyen la legislación carlovingia propiamente dicha, que tenía por objeto el bien público o real, no habiendo en ellas intervención alguna de jueces (judices) ni de legisladores. Abarcaban el derecho territorial, sin hacer distinción alguna entre las poblaciones, pues todas estaban obligadas a obedecer. Fueron dictadas desde lo alto, en un día, después de una deliberación, en vez de haberse formado merced a un trabajo secular. Carecían del carácter permanente de las leyes. Nacidas de las necesidades generales, desaparecieron totalmente cuando la desmembración del Imperio acabó con tales necesidades.

Por el contrario, las capitula legibus addenda eran capítulos insertos en la ley por el procedimiento empleado para hacer leyes. El rey las formulaba, las entregaba a los condes para que las leyesen en reunión pública ante los regidores; después del

asentimiento general eran inscritas, y, por último, el rey las promulgaba, prohibiendo que se les diese otro nombre que el de leyes.

¿Existió gran diferencia entre ambos procedimientos en lo que respecta al ejercicio del poder real o imperial? En otro tiempo, para realizar una modificación en la ley, se hubiese consultado a todos los hombres libres, y entonces no se consultaba más que a los regidores (scabini), especie de magistrados que, por delegación imperial, reemplazaban al conjunto de hombres libres. El poder imperial se encontró fortalecido hasta para la confección de la ley propiamente dicha, pero estaba muy lejos de parecerse al poder imperial ejercido por la confección de capitulares per se scribenda. Cualquier capitular podía ser presentada, retirada o renovada, a capricho del soberano, y esto no podía hacerse con la ley. Carlomagno hizo la guerra a los sajones, los derrotó, los diezmó, los bautizó a la fuerza; pero redactó su ley en presencia de sus delegados. Los reyes reconocían su impotencia para realizar ciertas modificaciones serias en la ley. La prueba de que las leyes tenían más fuerza que las capitulares es que éstas han pasado, mientras que las leyes han subsistido, volviendo al estado de costumbres no escritas. Su nombre vivió hasta en plena Edad Media, y de ellas proceden las antiguas costumbres de Francia, modificadas por la importación del derecho romano.

Régimen de las tierras y de las personas:

1.º El beneficio.

Tenemos que examinar ahora si el gobierno carlovingio se ejercía directamente sobre todos, y, por consiguiente, estudiar los beneficios, el vasallaje y la inmunidad.

Al advenimiento de Carlomagno, el régimen beneficiario estaba definitivamente implantado. Todas las formas de donación de la tierra se habían fundido en una: el beneficio. Había aún multitud de diferencias de detalle, pero existía ya el carácter común de que el beneficiario recibía una tierra en usufructo. A veces el que daba era un establecimiento eclesiástico, a veces un laico y a veces el rey. En la formación de la propiedad beneficiaria representaron el papel más importante las tierras de la Iglesia. Hemos hablado de los usufructuarios, y según se ha visto, la Iglesia dio gran parte de sus bienes no sólo a hombres no libres a cambio de censo y de servicios, sino a hombres libres (a éstos lo más frecuentemente) a cambio de un ligero censo en dinero o en servicios, que era la prueba de la propiedad. La palabra *beneficium* prevaleció en seguida.

En los beneficios eclesiásticos es preciso distinguir los que daba el rey y los que daba la Iglesia. El rey siguió otorgando gran número de beneficios sobre tierras

eclesiásticas. En las capitulares de 779 se trató de las tierras dadas por la Iglesia a petición del rey (pro verbo regís), y a veces el rey las daba directamente. En ambos casos, el beneficio era el mismo que hubiese dado el rey sobre tierras reales. Las capitulares de 806 unificaron a todos los que disfrutaban beneficios reales, ya se tratara de tierras eclesiásticas o de otra clase. La Iglesia tenía interés en que se hiciese alguna distinción entre las tierras que había dado ella a solicitud del rey y las que había cedido espontáneamente. Sin duda, con motivo de tales donaciones hechas por el rey con tierras de la Iglesia, y para compensarlas, empezaron a sujetarse los beneficios a obligaciones que se reglamentaron. En tiempo de Pipino se fijó un censo, y Carlomagno lo regularizó. Las capitulares de 779 estipularon un censo con un tanto por ciento sobre los colonos. Las quejas de los eclesiásticos demostraron que no siempre se cumplía tal obligación. Hasta el censo podía ser dado en feudo. Lo prohibió una capitular de Luis el Bondadoso. Unidas al censo estaban ciertas obligaciones, por ejemplo, la de contribuir a la restauración de los monumentos religiosos.

Los beneficios libremente concedidos por la Iglesia estaban también sujetos a censos y a servicios muy variables. La palabra *servitium* fué corregida con el epíteto *honestum*. Se trataba, por ejemplo, de un servicio de correo (*cabalcata*), y en más de un caso era una obligación militar.

La condición del beneficiario no modificaba el beneficio; por alta que fuese su posición, tenía que pagar el censo.

Tales eran los beneficios eclesiásticos. Las mismas condiciones había para los beneficios concedidos por laicos, ya fuesen funcionarios del rey o sencillamente hombres libres, ya concediese el donante sus propios bienes o un feudo recibido de la Iglesia o del rey.

Cuando este donante laico era el mismo rey, las consecuencias políticas eran muy importantes. Las concesiones de tierras hechas por los reyes, que en un principio tuvieron carácter indeterminado, convirtiéronse, por asimilación con los beneficios otorgados sobre tierras eclesiásticas, en verdaderos beneficios. Tal fué la innovación carlovingia. A partir de Luis el Bondadoso, los beneficios se transformaron en propiedad, vitalicia unas veces, y otras de derecho hereditario, sin perjuicio de consignar siempre condiciones, y entre ellas las de constante fidelidad. En otras ocasiones se confundían las palabras usufructo y propiedad, lo cual indica la confusión de ideas que entonces existía. El distintivo propio del beneficio real era no exigir una contribución en dinero. Tenía, sin embargo, sus cargas: el servicio militar, la obligación de conservar el beneficio en buen estado, de no destruirle en

provecho de la propiedad hereditaria y la prohibición de enajenarlo, que con frecuencia fue desobedecida.

Pero no era sólo la tierra lo que daban los reyes en beneficio, sino el derecho de pesca, los derechos forestales, los peajes y derechos de aduana, y, lo que era más grave, los cargos. Durante el reinado de los sucesores de Carlomagno, figuraron los cargos entre los beneficios. No se llegó a esto de pronto, sino por el procedimiento de dar de antemano los beneficios asimilados a los cargos, como se concedían los beneficios asimilados a las abadías, sin dar por esto la dignidad abacial. Pero al tratarse de los condados tenía que producirse la confusión. Vióse la palabra honor, que designaba el cargo, empleada para designar a la vez los bienes y los derechos enfeudados. En los documentos del siglo IX la confusión fué absoluta, y constituyó una de las causas de la ruina de los carlovingios.

Consignado ya quienes daban los beneficios, debemos decir quienes lo recibían. Todo el mundo recibía beneficios, desde los siervos hasta los reyes, sin exceptuar a las mujeres. Se podían recibir de varias manos; Carlomagno, en el reparto de 806, prohibió que se recibieran de más de uno de sus hijos. El contrato era personal, entre el que daba y el que recibía, y la muerte de uno de ellos exigía una renovación. No siempre estaba ésta determinada por la muerte del donante, pero así resultaba de los hechos. Hasta respecto a los bienes eclesiásticos, los obispos o los abades no estaban obligados por los actos de sus predecesores. Las confirmaciones demuestran que tenían el derecho de recuperar, aunque justo es decir que esta teoría se aplicaba en pocos casos. Los beneficiarios recibían el beneficio vitaliciamente. A veces se les prohibía terminantemente cederlo como herencia, pero esto representaba la excepción; lo corriente era estipularla especialmente en los beneficios reales. Constituía una especie de obligación legal, cuando se trataba de un beneficio que había sido un bien propio del beneficiario. Parece verosímil que se pudiera renunciar a un beneficio; pero lo indudable es que no se podía recuperar sin fundamento.

En una palabra, las relaciones creadas por la tierra, dada o recibida, se multiplicaban. Esta práctica del tiempo merovingio duró todavía en la época carlovingia. La Iglesia daba beneficios voluntariamente y creaba adictos para ella, dábanlos en nombre del rey (pro verbo regís), y creaba adictos para ella y para el rey; los laicos, quienquiera que fuesen, concedían beneficios y creaban adictos para ellos. El rey daba beneficios, de sus bienes o de los de la Iglesia, y creaba obligados para con él. El régimen era el de un contrato personal, vitalicio y renovable. De él resultaban obligaciones precisas. Como consecuencia de esto, creáronse grupos distintos del Estado y obligaciones privadas, distintas de la obligación pública. Se caminaba hacia la anarquía, o mejor dicho, hacia la poliarquía.

2.º La recomendación y el vasallaje.

En la época de los carlovingios encontramos otra causa de la decadencia del poder real merovingio: la costumbre de la recomendación. No se recomendaba solamente al rey; existía una tutela (*mundium*) de los mayordomos de palacio. Carlomagno habla una vez del *mundium* de sus grandes (*proceres*), y dice: «bajo nuestra protección y defensa y bajo la de nuestros grandes». Existía, por ejemplo, el *mundium* del conde sobre tal obispado o monasterio; el de un monasterio; el de un obispado y el de un particular.

Todo el mundo se recomendaba, y en la tutela del rey, como en la de los particulares, hallamos las condiciones más diversas. El recomendado se llamaba vasallo (*vassus*), palabra que parece de origen céltico y que ya hemos visto empleada para designar personas de la última condición social hasta esclavos, aplicándose después a hombres libres. En la época carlovingia se empleaba aún para personas de condición servil; pero se aplicó también a importantes personajes, a los de mayor categoría en el Imperio. Los vasallos eran muy numerosos en la sociedad carlovingia. Había vasallos establecidos en tierras (*vassi casati*), y otros incorporados al servicio de la casa o a la persona. En la época carlovingia aumentó el número de vasallos por la costumbre de que todo el que recibía un beneficio entraba en la tutela (*mundium*) del que otorgaba. En tiempo de los merovingios, formáronse lazos muy diferentes por la concesión de una tierra o de una recomendación. Estas dos costumbres tan distintas contribuyeron a crear el feudalismo. Lo crearon al confundirse. En la época carlovingia aún no se había realizado la fusión, pero se acortaron las distancias. Parece que fué una regla sin excepción la de que si había aún vasallos que no eran beneficiarios, no había beneficiarios que no fuesen vasallos. Dicho esto e indicado el importante papel del vasallaje en aquella sociedad, examinemos en qué consistía. Aquel á quien se recomendaba el vasallo convertíase en señor suyo (*senior*). La recomendación se hacía por medio de un acto simbólico (*per manus*) y mediante juramento. El contrato era personal, y podía ser disuelto de común acuerdo por las dos partes contratantes, extinguiéndose por la muerte del señor o la del vasallo. Además del caso de consentimiento mutuo, había otros en que el vasallo podía abandonar al señor; pero todos ellos estaban rigurosamente previstos por la ley.

El vínculo era, pues, muy sólido. El señor estaba obligado a mantener, vestir y proteger al vasallo. Tenía que vengar a su vasallo ofendido. Había de presentar a su vasallo a la justicia. Además, el hecho de la señoría (*senioratus*) implicaba una jurisdicción sobre el vasallo. Las obligaciones de los vasallos estaban determinadas en numerosos textos. Tenían que prestar servicio de una manera general: servicio

de correo, servicio doméstico. Su primera obligación era la fidelidad; debiendo ser enemigos de los enemigos de su señor, y acompañar a éste a todas partes.

El gobierno carlovingio hizo concesiones y restricciones. Reconocía el derecho de los hombres libres a someterse a vasallaje, pero tomó medidas para impedir que fuesen olvidadas las obligaciones para con el rey y el Estado. Estas precauciones habían de ser inútiles. Ya el gobierno carlovingio había practicado otra política que le había sido impuesta. Empleó el vasallaje en el servicio público, lo confundió con él, le tomó, por decirlo así, a préstamo y le costó muy caro. El rey empleaba en los servicios públicos a los vasallos de los condes y de los obispos. Carlomagno dió mucha importancia al vasallaje. Queriendo reunir al Imperio las partes que tendían a disgregarse, se apoderó, por medio del vasallaje, de los duques y los grandes del país. Esto fué lo que sucedió con Tasilo, duque de Baviera. Vasallos de Carlomagno fueron príncipes bretones, eslavos y daneses, y en vasallos se convirtieron también los miembros de la familia real a quienes se habían concedido reinos.

Fácil es comprender que cuanto más elevados eran los funcionarios del rey, más asimilados estaban a los vasallos, lo cual es tanto más comprensible cuanto que los cargos hallábanse asimilados a los beneficios.

Ya no había beneficiarios que no fuesen vasallos. Abades y obispos eran vasallos, y como tales juraban ser fieles al rey, según la fórmula exigida por Carlomagno a todos sus súbditos. El carácter público del cargo había desaparecido. Los funcionarios eran beneficiarios y vasallos, uniéndoles al rey un vínculo privado.

Todo lo grande del Imperio estaba reducido a la condición de vasallaje. Los vencidos eran vasallos, y su situación no era ya la de un pueblo vencido por otro y sometido por este hecho a obligaciones convenidas en un tratado. Los obispos convirtiéronse en vasallos, y sus relaciones con el rey no fueron ya las de la Iglesia con el Estado. Los condes también se convirtieron en vasallos.

Estas relaciones de señor a vasallo eran personales; su valor dependía del valor de la persona, de su poderío o de su riqueza. No debe creerse que las fundamentara una fidelidad sentimental, pues todo dependía de la fuerza. Donde Carlomagno supo encontrar un acrecentamiento de poderío, hallaron sus sucesores la causa de una ruina incurable. Todo obedecía a la misma razón: para conservar aquellas relaciones personales era preciso dár mucho, dar en forma de beneficios o dar en forma de inmunidades, y de este modo se agotaban el poderío y la riqueza de los reyes.

3.º La inmunidad.

La inmunidad fué desde su origen una exención de cargas y de impuestos, que acabó por el abandono de los derechos de soberanía que hacían exigibles aquellas cargas y aquellos impuestos. La inmunidad fué, por lo pronto, inherente a las tierras del rey y siguió siéndolo a tales tierras, aun después de haberlas dado, acabando por extenderse a las demás tierras de los que habían recibido tierras reales, es decir, los beneficiarios del rey. Como todos los beneficiarios reales eran entonces vasallos del rey, la inmunidad parecía consecuencia del patronato (*mundium*). Disfrutábanla, en especial, los monasterios, precisamente porque muchos de ellos estaban considerados como bienes reales, y para lograr esta inmunidad era por lo que querían formar parte del patronato del rey. La inmunidad era, al parecer, privilegio de los monasterios y la Iglesia la convirtió en una teoría. Conocida es la fórmula de inmunidad: prohibición a los funcionarios públicos de entrar en el territorio inmunitario, de administrar justicia y de cobrar impuestos. Esto contribuyó a otorgar el derecho de justicia y de impuesto al inmunitario eclesiástico, constituyendo uno de los orígenes de la señoría. La violación de la inmunidad se castigaba con una multa enorme (600 solidi). Sus efectos alcanzaban a todos los hombres que habitasen tierras de la Iglesia o de los laicos poseedores de inmunidad, cualquiera que fuese su condición.

Los reyes advirtieron este peligro, pero fueron impotentes para conjurarlo. Carlomagno se esforzó por dejar a salvo siquiera los derechos principales del Estado: el servicio militar y el trabajo gratuito obligatorio. La inmunidad seguía extendiéndose. En numerosos documentos aparece el vasto catálogo de las exenciones de todas clases. Luis el Bondadoso concedió a un monasterio la exención de los dones anuales y de todos los trabajos públicos. La inmunidad se extendió hasta a las obligaciones militares. El territorio de la inmunidad se distinguía de los demás, siendo aquel en el que ejercían su poderío los leales del rey (*potestates fidelium*). De grado o por fuerza estaban comprendidos en él los hombres libres. Los reyes transfirieron a las iglesias las obligaciones de los hombres libres para con el Estado.

En tiempo de los sucesores de Carlomagno fué muy rápida esta modificación, dominando poco á poco los principados eclesiásticos sobre ciudades enteras.

Como muchos laicos, vasallos del rey, habían obtenido también la inmunidad para sus tierras, y el número de estos inmunitarios aumentaba constantemente, acabó por implantarse en todas partes el régimen señorial.

El régimen beneficiario y el vasallaje contribuían a disminuir el número de hombres libres, añadiéndose a ello la inmunidad, que vino a someter a una especie de dependencia a los que sin ser beneficiarios ni vasallos habitaban en territorio inmunitario. Debe añadirse que los funcionarios públicos, condes o vicarios, arrebataron la independencia de los hombres libres formándose de este modo su clientela.

Nueva clasificación social.

Había, pues, muchas maneras de perder la libertad: recibiendo una tierra o ingresando en un patronato, ya porque a ello obligara el hambre, ya por rehuir el servicio público. Se perdía la libertad hasta cuando se quería conservarla mediante un efecto indirecto de la inmunidad. Entonces eran los más fuertes quienes la usurpaban.

Todas estas causas perjudicaban a los hombres libres al mismo tiempo que al rey y al Estado. No solamente se reducía la libertad al pasar a la situación de vasallo o beneficiario, sino que se caía en la servidumbre. Los reyes quisieron anular aquellos contratos de servidumbre, pero en algunos casos no lo consiguieron. El resultado fué la desaparición de los hombres libres.

Entonces se constituyó una jerarquía a partir del rey, y que aparecía algo confusa por no existir aún la nobleza propiamente dicha. La relación con el rey por el beneficio o el cargo era lo que determinaba la categoría. La perpetuidad de los honores y de los beneficios en una misma familia formaba la nobleza. Oficiales del rey, condes, duques, missi, que eran vasallos; beneficiarios del rey, que también eran vasallos; vasallos del rey sin beneficios, obispos y abades, eran los grandes personajes, y cada uno de ellos tenía por debajo de sí su clientela de beneficiarios o de vasallos, y, como era natural, la población servil de sus dominios, cuyo carácter no había cambiado. Aquellos vasallos y beneficiarios que poseían la inmunidad y aquellos funcionarios que habían comenzado por usurpar sus cargos estaban en camino de convertirse en jefes políticos en sus dominios.

Por debajo del hombre libre y de los vasallos, cuyos bienes se llamaban beneficios, estaba la numerosa clase de tributarios (censuale, censarii, tributarii). A veces, en los polípticos, se mencionaba a los hombres libres a propósito de esta clase, pero lo más frecuente era que no se hablara de ellos. Hay que colocar aparte a los ministeriales, que prestaban servicios en las casas del rey y de los grandes o administraban sus bienes. Con frecuencia disfrutaban beneficios y se elevaban así.

También era condición, ya que no título para formar parte de una clase, el ser caballero (caballarius), es decir, poseer un caballo, lo cual originaba obligaciones especiales. La condición del señor establecía otras diferencias: la gente de las tierras reales (fiscalini) y la de las tierras de iglesia era superior a la de condición semejante que vivía en otras tierras. Eran lites o colonos de clase más elevada. La liberación había caído en desuso, excepto aquella que en ciertas partes del Imperio convertía a los siervos en lites. Además, la diferencia entre los lites y los siervos se había atenuado extraordinariamente. Los siervos seguían siendo de la misma condición. Se les contaba en el número de los inmuebles o de los muebles, según los casos, y su venta estaba regulada por la ley. Se les prohibió la entrada en la Iglesia, a fin de que no quedaran desiertos los campos. La ley estipulaba penas severas para los crímenes de los siervos y reconocía a sus señores el derecho de castigarlos, pero les obligaba a alimentarles en tiempos de hambre. Tomáronse grandes precauciones contra las conjuraciones de los siervos. Había, pues, una gran variedad de instituciones políticas y de clasificaciones sociales; pero todas tenían un rasgo común: la importancia de la tierra y la de las relaciones por ella creadas. El comercio y la industria estaban en plena decadencia. Era aquélla una sociedad de rurales, en la cual a la condición de la tierra iba unida la del hombre. Tal era el estado social que se fué formando poco á poco y que ha de caracterizar a Europa en la Edad Media.

Justicia.

Hemos estudiado sucesivamente el gobierno y los grupos interpuestos entre el rey y el pueblo; quedanos por ver cómo se ejercía la acción del gobierno en la justicia, en la hacienda y en el ejército.

La antigua costumbre de que administrasen justicia los hombres libres, los cuales tenían a la vez el derecho y el deber de administrarla, llegó a ser impracticable. Los hombres libres habían disminuido mucho y casi siempre estaban en la guerra. Lo que antes se había mirado como un honor y un derecho, consideróse en lo sucesivo como una carga. La guerra reclamaba a menudo hasta a los condes (y hubo que adoptar nuevas medidas).

Una capitular de 769 obligaba a asistir dos veces por año a la asamblea de justicia del condado, y más de dos veces si fuese preciso o lo ordenara el rey. Más tarde se verificaron tres de estas asambleas generales (placita generalia), lo cual no significa que no se celebrasen otras en el intervalo. Hubo, pues, siempre asambleas de justicia por centenias y para cada centenia un tribunal, que presidía el conde o en su defecto el vicario o centurión. Como a los hombres libres sólo se les convocaba á las asambleas generales, fué preciso instituir jueces para formar tribunal en las otras y

tales fueron los regidores (scabini). Es probable que el origen de esta institución sea bastante remoto, pero su nombre no apareció hasta el reinado de Carlomagno. Los regidores eran hombres libres. Tenían que ser elegidos en el condado por los missi y enviados sus nombres al emperador. Prestaban juramento y llenaban una función, siendo revocables con el consentimiento del pueblo. No se sabe exactamente cuántos eran; debían de ser, por lo menos, siete, y con frecuencia llegaron a doce. A ellos competía juzgar después de discutir; los condes o sus representantes no eran jueces y sólo les preguntaban su decisión. Los regidores no excluían a los hombres libres, pero formaban círculo aparte. La participación de los hombres libres era mayor en los territorios del Imperio, donde había muchos de ellos. En Frisia no había regidores. La organización judicial comprendía, pues, las asambleas de condados y de centuriones con una especie de jerarquía jurisdiccional. El nombramiento de los regidores por el rey y la vigilancia de los missi demuestran el mantenimiento del poder real. Había tribunales en situación de privilegio. Eran éstos, en primer término, los tribunales eclesiásticos, que se dividían en dos clases, los que juzgaban a los clérigos y los que ejercían jurisdicción sobre los habitantes de territorios inmunes. Durante el reinado de Carlomagno se dispuso que los pleitos de materia civil entre clérigos fuesen juzgados por los obispos, y que en los que se entablaran entre clérigos y laicos entendiéndose un tribunal mixto. Para lo criminal, resucitó Carlomagno las bases del concilio de París de 614. Si se quería perseguir a un clérigo, era indispensable la acción combinada del conde y del obispo. Los obispos eran llamados a juicio ante el rey, que presidía un sínodo; éste, además, juzgaba las desavenencias entre los obispos, los abades y los condes. El tribunal de apelación del rey era superior al de los obispos y al de los condes. Los derechos de la Iglesia en materia jurídica le correspondían cuando ejercía jurisdicción sobre sus miembros. Pero los obispos y abades disfrutaban por la inmunidad derechos de diferente especie.

De la inmunidad se llegó a un derecho de jurisdicción. En virtud de la inmunidad, el rey concedía a los obispos o a los abades la *freda*, es decir, las multas judiciales percibidas en el territorio de su inmunidad. De esto a que fuese la Iglesia la encargada de juzgar los delitos cometidos por sus subditos, no había más que un paso. A pesar de todo, no se llegó desde el primer instante a la constitución de los tribunales completamente independientes. Los habitantes de territorios inmunes podían ser denunciados ante el tribunal del conde y acudían a él con el abogado de la Iglesia. Además, en los casos graves, reservados por la costumbre al tribunal del conde, los procesados del inmune tenían que comparecer ante aquél.

Los tribunales de la inmunidad disfrutaban de igual competencia que los tribunales de centenia, pero estaban fiscalizados por los missi. Era sobrado significativa la existencia de aquellos tribunales particulares para que dejemos de examinar su

naturaleza. En ellos funcionaba el abogado (*advocatus*) que representaba al privilegiado fuera de la inmunidad; exponía la queja, contestaba en su nombre, pero también presidía el tribunal en la inmunidad. Carlos quiso que para los bienes de iglesia hubiese un abogado por condado cuando dichos bienes estuviesen repartidos entre varios. Su administrador (*vice dominus*) se confundía frecuentemente con el abogado.

Parece natural que el derecho de nombrar a estos últimos correspondiese a la Iglesia, pero no era así. Carlomagno ordenó que se eligieran ante los condes y hasta en los *missi*. Después de Carlomagno se otorgó en concepto de privilegio el derecho de nombrar libremente a los abogados, quedando, así como funcionarios inferiores. Esta organización se asemejaba a la organización laica y los abogados de la Iglesia tenían sus regidores como los centuriones. Existía, pues, un tribunal señorial del obispo o del abad que juzgaba en virtud del derecho de inmunidad.

Aunque hay menos noticias acerca de las inmunidades de los laicos, sabemos lo suficiente para deducir que con ellas ocurría lo mismo que con las de los eclesiásticos.

Sobre los tribunales particulares y públicos estaba el rey. Su tribunal era superior a todos los demás; del rey emanaba la jurisdicción de los condes y de los inmunes. Juzgaba directamente en su audiencia. Su competencia era universal y a él podían ser llevados todos los asuntos sin excepción. Hacíase necesario que la legislación determinara los casos en que debía acudir ante aquel tribunal, y así se hizo desde la época de Pipino. He aquí las reglas: someterse primero a su juez sin tener que acudir al rey directamente. La negación de justicia autorizaba a la apelación ante el tribunal del rey. Se podía también apelar en el caso de que una de las dos partes creyese que no había sido bien juzgada; pero, si persistía la sentencia, tenía que ser agravada. Carlomagno quiso dar al derecho de apelación un carácter absoluto; pero en la práctica hubo restricciones. Algunos asuntos se reservaban al rey, como la desobediencia a los reales edictos (*herisliz*) y la negativa a prestar juramento de fidelidad. Luis el Bondadoso quiso juzgar a los perturbadores de la paz pública y a los conspiradores. Otras veces iban los pleitos al tribunal del rey a causa de la calidad de las personas. En 717 ordenó Carlomagno que fuesen llevados a su tribunal todos los pleitos de los nobles; siendo lógico que quisiera juzgar personalmente a los condes y funcionarios reales. Sin embargo, no hubo privilegio absoluto; los pleiteantes de quienes acabamos de hablar solían llevar sus asuntos a los tribunales ordinarios.

En tiempo de Carlomagno no existía ninguna condición formalmente privilegiada ante la justicia. Esta condición no se creó hasta el siglo IX.

El palatino era el auxiliar del rey. Examinaba los asuntos, juzgaba muchos de ellos, informaba al emperador en ciertos casos, se cuidaba del cumplimiento de las sentencias y despedía a los querellantes cuyos asuntos habían terminado. Los jueces que asesoraban al rey en su tribunal eran los nobles que figuraban en la corte, especialmente los condes y los vasallos. La muchedumbre de palaciegos asistía también al tribunal. Aquellos jueces se denominaban scabini dominici. El rey tomaba parte en el juicio; unas veces planteaba la cuestión y otras disponía que alguien la plantease, y en ocasiones daba su testimonio o confirmaba la sentencia. En caso de que fuese parte el rey, dirigía el debate, pero no intervenía en el juicio. En algunos casos, la asamblea general de los francos se erigió también en tribunal y en ella fueron condenados Tasilo de Baviera y Bernardo de Italia. El rey tenía el derecho de perdón, que alcanzaba a la conmutación de la pena o al indulto pleno.

Las penas eran severas. Con frecuencia se sentenciaba a morir en la horca, decapitado o en la hoguera (para los infames); castigándose con estas penas la traición, el crimen de lesa majestad, la desertión, el robo en tercera reincidencia, el robo en un templo y el asesinato en una iglesia. Para los casos de homicidio, Carlomagno y sus sucesores se esforzaron en sustituir el arreglo legal a la venganza privada. El arreglo tenía que ser ofrecido por el matador y aceptado por los parientes. Si alguna de las partes se negaba al arreglo, acudíase al rey, y llegado a un acuerdo, quedaba prometida la paz. Al violador se le cortaba: una mano. Luis el Bondadoso se reservó el derecho de desterrar a todo el que matase a alguien sin causa grave.

Los castigos menores eran la pérdida de los ojos, la de la mano (por falso testimonio, por monedero falso, por perjurio, etc.) y el destierro.

En el sistema jurídico carlovingio, todos los tribunales públicos o inmunitarios, laicos o eclesiásticos, fueron inferiores al tribunal real. El rey, juez soberano, nombraba a los condes, a los regidores y a los abogados. Ciertamente es que la monarquía estaba muy firme aún, pero ya se veían los peligros que le amenazaban. Reconocida la inmunidad, ¿qué iba a ocurrir cuando ya no tuviesen autoridad los missi y no obedecieran los condes?

Hacienda.

En esto no hubo innovación alguna. Las rentas eran las mismas que en la época merovingia: prestaciones en especies para los viajes del rey o de los funcionarios reales; aduanas, impuesto sobre la sal; impuesto sobre el derecho de acuñar moneda, que Carlomagno, a lo que parece, no cedió a nadie, pero que su hijo cedió a los

abades de Corvey; rentas de justicia, confiscación; botines que ya era mucho (al inmenso tesoro de los lombardos y el de los ávaros, con los cuales, según Eginardo, los francos se transformaron de pobres en ricos); tributos de los vencidos; donaciones hechas al rey y dones anuales (obligatorios y reglamentados); dones en circunstancias especiales (casamiento, advenimiento, etc.). La más importante de las rentas era el dominio real. Abarcaba todo lo que carecía de dueño: los bosques, los mercados, el antiguo dominio de los reyes lombardos; el de los duques bávaros, las tierras confiscadas en Sajonia, las tierras confiscadas en general y, además, el dominio propio de los carlovingios. Entre los bienes reales hay que contar también los bienes de la Iglesia. Es difícil distinguir de los bienes reales los de los monasterios, reales igualmente, por fundación o por dedicación. Lo mismo ocurría, en teoría a lo menos, respecto a los obispados.

Las contribuciones públicas transmitidas por el Imperio a los merovingios desaparecieron en la confusión de los siglos VII y VIII, o sólo quedaron de ellas algunos fragmentos, como ya hemos indicado. Es cierto que en tiempo de Carlomagno hubo abundancia de rentas carlovingias; pero esto no evitaba la posibilidad y hasta la probabilidad de la penuria. Los tributos de los vencidos suponían la continuidad de la fuerza; la conquista de tesoros, la prosecución de las conquistas, los dones hechos al rey, la continuación de la fidelidad; las aduanas, por las cuales velaba Carlomagno; la existencia de un gobierno ordenado; las rentas del dominio, la continuidad de la sumisión de la Iglesia. Todo esto había de desaparecer en el desorden del siglo IX; pero no todo fué causado por las perturbaciones. Hubo una razón primordial para que todos los recursos se agotaran. Como los merovingios, los carlovingios se vieron obligados a seguir haciendo donaciones, porque considerado en conjunto su sistema de gobierno, se apoyaba en las relaciones personales.

Servicio militar.

Al principio, todos los propietarios estaban obligados a una especie de servicio militar. En tiempo de Carlomagno, la obligación se fundaba en la libertad y en la propiedad. La libertad sola no bastó, y Carlomagno tuvo que designar a aquellos hombres libres que tenían que ir a campaña (*qui hostem facere debiti sunt*, según la capitular de 802). Por otra parte, los lites y los siervos sólo tenían deberes irregulares y en circunstancias excepcionales, en las costas y en Sajonia, donde la condición de los lites era superior. Los no libres formaban en el ejército a continuación de sus señores. Los soldados se equipaban y se mantenían a sí mismos, sin otra compensación que el botín de guerra y las requisas. Los vecinos tenían que darles solamente fuego, agua, forraje y madera. Los guerreros no podían exigir alojamiento ni alimentación. Llevaban víveres para tres meses y armamento y

vestuario para seis. Sobre este último punto tenían que concertar ciertos arreglos, pues el servicio (en Sajonia y en Italia, por ejemplo) duraba frecuentemente más de un año.

La capitular de 813 reglamentó el armamento: lanza y escudo, o bien arco con dos cuerdas y diez flechas. No se admitían palos. Los jinetes habían de tener lanza, escudo, espada o puñal, arco y flechas. Los hombres ricos que poseían, por lo menos doce manses (el manse era la extensión de tierra que constituía el dominio normal de una familia), tenían que poseer bruniá; los condes y los sustitutos de los obispos o de los abades llevaban casco y coraza (galeae, loricae). Al parecer, la parte sólida del ejército consistía en jinetes pesadamente armados; pues los infantes, que habían constituido el grueso de los ejércitos merovingios, sólo tenían un papel secundario.

Todo lo que se sabe por las fuentes históricas acerca de los combates de aquella época (y en verdad que es muy poco lo que se sabe), permite afirmar que en aquel ejército había gran número de jinetes.

Convocábase a los guerreros por medio del bando real (hostis bannitus). El rey determinaba el lugar o los lugares de la reunión y se circulaba la noticia por medio de mensajeros. Todos tenían que estar dispuestos a salir en seguida. Los condes vigilaban el conjunto de la operación.

Se comprende que semejante servicio militar fuese una carga pesada. El Imperio era vasto y había guerras en todas las fronteras: más allá de los Alpes, de los Pirineos, del Eider y del Danubio. Todas las precauciones eran pocas. Los hombres libres, al partir, sentíanse inclinados a disponer de sus bienes en favor de la Iglesia, y se los dejaban para la salvación de su alma, si morían. En su ausencia podían ser despojados, lo cual debía de suceder muy a menudo. He aquí por qué procuraban sustraerse al servicio. Uno de los medios que empleaban era entrar en la Iglesia. Además, la gran desigualdad de las propiedades hacía muy injusto el reparto de las cargas, como también la diferencia de las distancias que era necesario recorrer. Los pobres reclamaban, diciendo que los obispos, los abades o sus abogados, los condes y los centuriones se aprovechaban de la leva para expoliarles, y les arruinaban obligando a servir todos los años a aquellos que se negaban a darles su fortuna, en tanto que dejaban tranquilos a quienes se la cedían. Las hondas modificaciones que se habían producido en la sociedad exigían que el servicio militar estuviese reglamentado conforme a tales cambios. Carlomagno hizo muchos esfuerzos para remediar el abuso, dulcificando las penas impuestas a los que no obedecían al bando. Los hombres que tenían una fortuna mobiliaria de una libra (de dinero) pagaban una multa de la cuarta parte; los que poseían seis, pagaban tres. La multa era, pues, progresiva. Además, Carlomagno no quiso arruinar a los insumisos para

no agotar el manantial del cual surgía la obligación militar: la propiedad. En 807, con ocasión de un hambre que hizo el servicio militar más penoso todavía, adoptó disposiciones nuevas, regulando el comienzo del servicio militar conforme a la magnitud de la propiedad y a la de la distancia que había que recorrer. Debían armarse cuantos disfrutaran beneficios. Los que poseían por lo menos tres manses tenían que armarse personalmente. De cada dos hombres que poseyesen dos manses o uno de los cuales poseyese dos y el otro uno, el uno había de armarse con ayuda del otro. Tres propietarios de un manse o seis de medio manse cada uno, daban un soldado. A falta de propiedad territorial, se obligaba a contribuir por la fortuna mobiliaria. Esto era una innovación, así como la restricción de la obligación total al propietario de tres manses, pues la regla germánica estatúa que todo propietario libre de un manse estaba obligado al servicio. Otra innovación consistía en la intervención del dinero, pues, aunque pagando el hériban podían, los que lo hiciesen, permanecer en su casa, la multa había de ser pagada directamente al rey. Según el acta de 807, el que marchaba como representante de determinados grupos era indemnizado directamente por los que se quedaban. Otros artículos se referían a diferentes pueblos en particular: de cada seis sajones, uno tenía obligación de ir a la guerra contra los españoles o los ávaros; de cada tres, uno contra Bohemia, y todos contra los sorbas. (Entiéndase bien que el reclutamiento se realizaba entre los hombres libres propietarios, sin tener en cuenta las disposiciones especiales indicadas más arriba, pues todavía existían en Sajonia las antiguas condiciones de la vida germánica.) Entre los frigios se convocaba a todos los que tenían beneficios, y los pobres suministraban un hombre de cada siete. Es imposible deducir de aquellas capitulares un sistema general.

Una instrucción dedicada a los missi da otros informes. La tierra beneficiaria estaba asimilada a las demás. Los beneficiarios reales tenían que servir todos. Los hombres de los obispos y de los abades que poseían beneficios o tierras propias en cantidad determinada, estaban obligados a marchar como los demás. El Estado evitaba la pérdida de fuerzas que hubiera ocasionado para él la transformación de los propios o alodios (*propium*, *allodium*) en beneficios. Por último, los hombres (*homines casati*) de los condes, de los obispos y de los abades habían de servir en una proporción determinada, a las órdenes de sus señores. Todavía no era el vasallaje el que regulaba la obligación militar. Seguía siendo el rey quien mandaba, como jefe del pueblo, y la propiedad la que obligaba; pero se verificaba una transición hacia otro régimen.

Debemos decir que no aparece en las capitulares militares un solo texto de ley propiamente dicho. Únicamente hay prescripciones anuales, válidas para tal o cual campaña y para tal o cual país. Las autoridades locales las aplicaban como podían y casi siempre como querían, lo cual originó numerosas quejas.

Durante el reinado de los sucesores de Carlomagno el régimen fue análogo, aunque con algunas dulcificaciones. Solamente se disponía que en casos de peligro público tenían que armarse todos, sin excepción (edictos de 847 y 864).

Fácil es comprender la importancia que tenía el hériban en esta organización. Hemos visto qué disposiciones adoptó Carlomagno para reducir las multas. Probablemente sólo fueron transitorias, y se aligeró el servicio para los propietarios de menos de tres manses; recuperando el hériban su rigor primitivo. Carlomagno ordenó que se reclutase estrictamente y que ningún conde fuese tan presuntuoso que eximiese a nadie por razones de parentesco o por haber recibido un presente. Un artículo de 810 ordenaba que, si el culpable no podía pagar, permaneciese en servidumbre hasta satisfacer su deuda. Los condes, los missi y a veces un enviado especial (heribannitor), estaban encargados del cobro. El conde percibía una tercera parte del hériban. Pero no bastó esto. Los capitulares de los últimos años están llenos de quejas. Las dificultades provenían de la pesadez del servicio militar, y explican el agotamiento de la nación y la aversión a la guerra que había de notarse en tiempo de la invasión normanda. Las penas eran terribles. El hériban podía arruinar de una vez. La negativa a prestar servicio al hacerse una leva general, era castigada con la muerte, según un capitular de Lotario de 823. Con la muerte también se castigaba la desertión. Los beneficiarios reales que desobedecieran, perdían sus beneficios. La vejez no constituía una excusa completa: los hijos tenían que reemplazar a su padre, los tutores a los menores de edad, los inválidos tenían que mandar quien les reemplazara y los enfermos excusarse mediante juramento.

Se concedían exenciones a los hombres que habían servido varios años seguidos y a ciertas categorías especiales, como la de cazadores de lobos.

En cuanto a los eclesiásticos, hemos de entrar en consideraciones particulares. Era ley de la Iglesia, aceptada por el Estado, la de que los sacerdotes no podían usar armas; pero los reyes formularon algunas reservas. Carlomagno prohibió a los hombres libres el ingreso en la Iglesia sin su consentimiento. Pipino, en su período de reconciliación con la Iglesia (742 o 744), eximió a los abades; pero en tiempo de Carlomagno, abades y obispos estuvieron obligados al servicio militar. Iban a la guerra y la hacían, y en todo caso concurrían a ella con sus hombres. Por favor solamente obtenían los abades o los obispos permiso para que alguien les representara. La obligación de servir incumbía les como propietarios, e Hincmaro la reconoció legítima. Cuando los reyes dieron los bienes de la Iglesia a hombres laicos, lo hicieron para asegurar este servicio.

Los obispos, al dar beneficios, tenían que cuidarse de concederlos a quienes pudiesen servir al emperador.

Obispados y monasterios procuraron constantemente obtener dispensa. Tales dispensas existían ya en la época merovingia, pero eran muy escasas (para Spira, Wissemburgo y Murbach). Conocemos dos ejemplos de confirmación por Carlomagno y uno de privilegio dado por primera vez. No era esto la exención total, pero la preparaba. Luis el Bondadoso tan pronto concedía seriamente la dispensa del servicio como la sometía a restricciones. En la enumeración de los monasterios reales, hecha en 817, figuran muchos que sólo contribuían con plegarias; éstos eran 45, y los demás no pasaban de 30. Los abades aspiraban a la exención total, pero nunca se la concedieron los reyes.

He aquí ahora algo que debe llamar la atención: la constitución antigua no existía ya; el ejército había dejado de ser una reunión de hombres libres propietarios; en la mayor parte del ejército no influía directamente el rey. Preciso es explicar el cambio acontecido. Seguramente, el deseo de rehuir el servicio militar decidió a muchos pequeños propietarios a abandonar sus bienes (*propium*) a la Iglesia o a personas más poderosas que ellos. Una vez arreglados con su señor (*senior*) e ingresados en su servicio particular, creían, conforme a la antigua idea, que estaban libres del servicio público. Por esto fué por lo que Carlomagno echó mano de las tierras de la Iglesia e impuso el servicio militar al beneficio como a la propiedad libre. Sin embargo, no podía, sin restricciones, apoderarse para el ejército de todos los libres que hubiesen caído en condición de dependencia, pues hubiera sido privar a los señores de servicios que se les debían. El Estado entraba a la parte, por decirlo así, con los señores. El mismo emperador dispensaba del servicio militar a los leales a quienes él reservaba para su particular servicio (*capitular de 803*). Permitía a los condes que conservaran entre sus hombres (*domines casati*) dos para proteger a su familia y dos para su cargo (*pro ministerium ejus custodiendum*), pero los demás tenían que ir a la guerra. Los abades o los obispos no podían tener más que dos. Estas dispensas fueron repetidas y ampliadas por los sucesores de Carlomagno.

Además (y esto fué un reconocimiento más de los derechos de los señores), sustituían a los condes en la vigilancia de las levadas. A ellos se dirigía el rey. Ellos eran quienes vigilaban el armamento de los hombres, los guiaban o mandaban que los guiasen. Los condes sólo intervenían cuando los señores faltaban a su deber. Estos contingentes señoriales, especialmente los que eran suministrados por las señorías eclesiásticas, eran muy numerosos.

En tiempo de Carlomagno, todos los que servían lo hicieron en virtud de una obligación pública. No existiendo casi la propiedad libre, ya no podía ser base del reclutamiento; pero lo que al través de aquellas transformaciones perseguía Carlomagno era la antigua propiedad libre, para convertirla en base de la obligación militar. Equivocaría la fecha quien creyese que Carlomagno mandaba un ejército de vasallos, los cuales llevaban a sus vasallos consigo. En esto se revela nuevamente la duplicidad de carácter de su gobierno. Mantuvo los derechos del Estado, pero reconoció la fuerza de las cosas, dejando que los señores se interpusieran entre él y el ejército.

Civilización carlovingia: escuelas, literatura y bellas artes.

Uno de los mayores títulos de Carlomagno es el de haber promovido el renacimiento intelectual. Resulta admirable esta solicitud en un hombre que sólo había recibido una educación física., que no aprendió el latín, ni supo leer hasta la edad madura, y que nunca escribió bien.

En el orden político había proseguido la obra de sus antecesores, sus conquistas y la alianza con Roma, recogiendo el fruto de sus esfuerzos. En el régimen interior y en la legislación sólo dió pruebas de tacto y de habilidad. Pero en el orden intelectual fué un innovador verdadero. Tuvo el alto sentimiento de la civilización, atendiendo a sus necesidades más elevadas, protegiendo y propagando en todos los órdenes la instrucción y rodeándose de los hombres más esclarecidos de su época: el historiador Pablo el Diácono, el gramático Pedro de Pisa, a quien llamó de Italia; Leitrado de Baviera, Teodulfo el poeta., gótico de origen, y Alcuino que procedía de Inglaterra. Estos esfuerzos de Carlomagno alcanzaron un éxito completo.

La decadencia había proseguido hasta el siglo VIII, pero inmediatamente se inició el renacimiento.

En la historia de las ideas, más aún que en la historia de las instituciones, debe colocarse allí el comienzo de la Edad Media y el fin de la época bárbaro-romana. La literatura pagana había muerto y la literatura cristiana apenas le había sobrevivido. Los únicos monumentos que quedan de la actividad intelectual del siglo VII y de la primera mitad del VIII, son algunas vidas de santos y algunos anales sin ningún vigor ni belleza. Pero a partir de Carlomagno, todo varió, creándose en Italia y en Germania, con el concurso de la Iglesia, núcleos que ya no habían de extinguirse. De este modo el reinado de Carlomagno ocupó un lugar muy importante en la historia de la civilización occidental.

«En este período es más difícil que en ningún otro resumir los hechos y presentarlos Agrupados. Los actos de Carlomagno en favor de la cultura no constituyen un conjunto, ni se manifiestan bajo ninguna forma sistemática, pues son actos aislados y dispersos. Unas veces la fundación de escuelas; otras veces las medidas para el perfeccionamiento de las funciones eclesiásticas y el progreso de las ciencias dependientes de ellas; en otras ocasiones, las advertencias para la instrucción de clérigos o de laicos, y con más frecuencia, una protección especial a los hombres notables y un gran empeño en tenerlos a su lado. Nada hay de sistemático en todo esto, nada que se pueda apreciar por la sencilla relación de cifras y de palabras»⁹.

El principal centro fué la escuela de palacio, dirigida por Alcuino (785-804), originario de Inglaterra, donde los estudios habían progresado más que en la Galia. Habíase educado en la gran escuela de York, llevando su sistema de enseñanza a la corte carolingia. Este sistema comprendía las siete artes liberales, agrupadas en dos ciclos: trivium (gramática, retórica y dialéctica); quadrivium (aritmética, geometría, música y astronomía), y por último, la teología, estudio superior de toda instrucción. Alcuino, solicitado por Carlomagno, acudió a su corte con cuatro compañeros en el año 782. Hasta el 796 estuvo al frente de aquella escuela de palacio, que acompañaba a todas partes a Carlomagno, y a la cual asistían, además del rey, sus hijos, sus más ilustres consejeros y algunas mujeres (Gisela, hermana del rey; Gundrada, hermana de Adelardo, etc.). Se constituyó una especie de academia, donde cada uno de los ingenios de la corte tomó un nombre histórico sagrado o profano: Carlomagno, el de David; Alcuino, el de Flaco; Angilberto, el de Homero; Fridigiso, el de Natantet; Amalarino, el de Sinfrosio; Gisela, el de Lucía, y Gundrada, el de Eulalia.

Dan idea de sus conferencias las obras de Alcuino y la correspondencia que sostuvo con Carlomagno, de 796 á 804, cuando se retiró a su abadía. Abarcan todos los asuntos, porque aquel rey alumno consultaba acerca de todo a su maestro: moral, teología, historia, cronología, y especialmente gramática y astronomía. Alcuino recibió la abadía de San Martín de Tours con inmensos territorios que cultivaban más de 20.000 siervos o colonos. Allí terminó sus obras; comentarios a la Sagrada Escritura; tratados de liturgia, de moral y de gramática; vidas de santos, poesías, etc., y allí continuó sus enseñanzas. Varios personajes fueron discípulos suyos; entre otros, Eginardo, Angilberto, Rabán Maur y Amalario.

Eginardo (770-844) era un austrasiano enamorado de la cultura clásica, consejero favorito de Carlomagno y de Luis el Bondadoso. Al morir el gran emperador, que

⁹ Guizot, Histoire de la civilisation en France, II, p. 141.

utilizó sus servicios lo mismo para dirigir sus trabajos de arquitectura que para negociar los preparativos de su sucesión imperial (806-813), dedicóse al estado eclesiástico y le fueron donadas varias abadías: Fontenelle, cerca de Rouen; Saint-Bavon de Gand, etcétera. Escribió la Vida de Carlomagno, documento valioso, aunque sea un libro mediano, imitación de Suetonio. Redactó hasta el año 826 los Anales llamados de Lorsch. Su correspondencia atestigua la decadencia en que cayeron los discípulos de Carlomagno durante el reinado de su sucesor.

Angilberto, de origen neustriano (murió en 814), fué también un noble convertido en hombre de letras. Era muy estimado por su talento de poeta y muy aficionado a las representaciones teatrales. Amante de Berta, hija de Carlomagno, tuvo de ella dos hijos: Hartnido y Nitardo. Encargado de administrar Italia en nombre de Pipino (783), no tardó en ingresar en la Iglesia, llegando a ser capellán de Carlomagno, que se sirvió de él para negociaciones importantes, y le llevó a Roma el año 800. Nombrado abad de Saint-Riquier, donde creó una biblioteca, estuvo al mismo tiempo encargado de la defensa de las costas de Neustria. Escribió poemas de los que quedan algunos fragmentos, siendo el más conocido aquél en que describe la corte de Carlomagno.

Amalario, que murió en 837, fué, después de Alcuino, jefe de la escuela de palacio. Era sacerdote de Metz y escribió un gran tratado acerca de las funciones eclesiásticas.

Rabán Maur (776-856), de Maguncia, fue acaso el hombre que más hizo en favor de la instrucción de Germania. Abad de Fulda durante veintitrés años, y luego nueve años arzobispo de Maguncia, ejerció benéfica influencia sobre los eclesiásticos y dejó numerosas obras de todos géneros, particularmente himnos religiosos.

Su discípulo Walafrido Strabo (807-849), abad de Reichenau, se dedicó también a la poesía, durante los descansos de sus trabajos teológicos, y perfeccionó el canto litúrgico. Con el impulso dado a los estudios en su monasterio, prestó a Alemania el mismo servicio que prestara a Alemania del Norte Rabán Maur.

Para completar la lista de los escritores que rodearon a Carlomagno, citaremos a sus primos Adalardo (753-826) y Wala (murió en 836), abades de Corbia; al borgoñón Ansegiso (murió en 838), abad de Fontenelle, intendente de los palacios de Carlomagno, enviado a diversas misiones y autor de una gran colección de Capitulares; al español Agobardo (779-840), arzobispo de Lyon, uno de los teólogos más inteligentes de la época, y prestigioso consejero político; al bávaro Leidrado (murió hacia 826), uno de los principales missi de Carlomagno, arzobispo

de Lyon; otro missus, Teodulfo, godo nacido en Italia (murió en 821), obispo de Orleans, personaje muy prestigioso, cuyos poemas describen la sociedad del siglo VIII.

Carlomagno se atrajo a los hombres más distinguidos de todo su Imperio, formó otros a su lado, y no satisfecho con disfrutar de su convivencia, los empleó en las más importantes funciones. Junto a modestos escritores que se habían elevado, aparecían los grandes que imitaban a su emperador en el afán de instruirse. Estos hombres, que eran o llegaron a ser en su mayoría eclesiásticos, fundaron, en sus ciudades episcopales o en sus abadías, muchas escuelas que habían de difundir la instrucción por todo el Imperio.

Tal fué la obra de Carlomagno realizada con el concurso de la Iglesia, como todo lo que hizo. Cuando envió a Leidrado y a Teodulfo a Provenza y a Septimania, más que para fiscalizar la administración era para reformar las iglesias. Leidrado, arzobispo de Lyon, se vanagloriaba de crear una salmodia según los ritos de palacio y de fundar escuelas de cantores y de lectores, «quienes por la meditación de los libros santos aseguraban el fruto de la inteligencia de las cosas espirituales». Reconstruyó o reparó las principales iglesias y gran número de monasterios de su diócesis. Teodulfo ordenó a sus sacerdotes que abrieran escuelas en las aldeas y en las campiñas, a fin de instruir a los hijos de sus feligreses. Les recordaba la frase de Daniel: «Los que hayan poseído la sabiduría brillarán como luces del firmamento, y quienes hayan llevado a los demás por caminos de justicia, lucirán como estrellas por toda la eternidad.» Les prohibió exigir salarios por sus servicios.

El rey prestó una particular atención a la música y al canto sagrado, encomendando al papa Adriano que le enviase dos maestros que enseñasen su método a los francos. Estos italianos fundaron una escuela en Metz y otra en Soissons. El órgano importado en 757, se difundió de tal modo que en 826 ya se fabricaba en Francia.

Carlomagno, instigado por Alcuino, se ocupó de la revisión y corrección de las Santas Escrituras, explicando esto la gran importancia que lograron la gramática y la ortografía. En 788 remitió a los obispos dos volúmenes de trozos escogidos que habían sido recopilados de los Padres de la Iglesia: «Esas lecturas, depuradas y convenientemente adaptadas a cada fiesta, bastaban para todo el año.» El lenguaje del rey era muy expresivo: “Deseando ardiente que el estado de nuestras iglesias mejore y despertar, con un asiduo cuidado, el cultivo de las letras, que casi completamente se abandonó por la inercia de nuestros antecesores, excitamos, hasta con el ejemplo, al estudio de las artes liberales a todos aquellos a quienes podamos atraer hacia ellas.» Alcuino envió a Carlomagno, en 801, una edición de los libros santos, cuidadosamente corregida. Un año antes de su muerte revisó el emperador

los cuatro evangelios, con la ayuda de los griegos y sirios.

Revisáronse también los manuscritos de los autores profanos, los copistas multiplicaron los ejemplares para las bibliotecas y las escuelas fueron más numerosas cada día. En Lyón, en Metz, en Arriane, en Saint-Martin de Tours, en Orleans, en Fleury-sur-Loire, en Ferrières, en Fontenélle, en Saint-Riquier, en Corbic, en Soissons, en Magmreig, en Lorchs, en Fulda, en Reichenau y en Saint-Gall, hubo hombres ocupados en copiar y estudiar la Biblia, los Santos Padres y los grandes escritores latinos. La conservación de la herencia intelectual legada por la antigüedad romana era ya un hecho.

Carlomagno, a pesar de esta atención a la cultura latina, no olvidaba que era germano. Quiso dar nombres alemanes a los doce meses y a los doce vientos. Mandó reunir y copiar los himnos germánicos en honor a los héroes de su raza.

Como todos los emperadores y soberanos cultos, fué también constructor. Antes de su expedición contra los ávaros, emprendió la tarea de unir el Main con el Danubio por medio de un canal. Construyó el gran puente de Maguncia, destruido por un incendio. Edificó numerosas iglesias y palacios, singularmente los de Ingelheim y Aix-la-Chapelle, decorándolos con los despojos de Italia, cuadros, mosaicos y mármoles preciosos. Las columnas que ya nadie sabía tallar, se tomaban de los monumentos antiguos. El palacio imperial de Rávena proveyó de un centenar de ellas al de Ingelheim. Para el de Aix-la-Chapelle las arrancaron de Tréveris, de Roma y de Rávena, y se fué a buscar a las murallas de Verdun las grandes piedras de la capilla con cúpula, copiada de la de San Vital. Se trasladó hasta una estatua ecuestre de Teodosio¹⁰. Todas estas construcciones de Carlomagno han desaparecido, o, cuando menos, están muy transformadas, excepto la capilla del palacio de Aix, que ha venido a ser la nave de la Iglesia. No son muy de lamentar estas pérdidas, porque si el renacimiento intelectual data de aquel tiempo, no pudo detenerse la decadencia artística.

¹⁰ La estatuita de la catedral de Metz, que hoy está en el Museo Carnavalet, de París, fué considerada durante mucho tiempo como un retrato contemporáneo de Carlomagno, pero lo cierto es que sólo data de la Edad Media, y representa, al parecer, a un rey de Germania.

III.—Restablecimiento del Imperio

Ideas y hechos que prepararon la restauración del Imperio en Occidente.

Entre las causas históricas que prepararon el advenimiento realizado en el año 800, hay que mencionar el recuerdo del Imperio romano. No otra cosa que su imaginaria resurrección fue aquel Santo Imperio instaurado en dicho año; esto es: la resurrección del Imperio tal como se manifestó al final de su existencia, cuando aparecía como patria común de todas las naciones.

En aquel Imperio universal ingresó la Iglesia, universal también, con medios de vida que le aseguraban su independencia. Esta Iglesia había fundido en su seno a todos los pueblos mediante la uniformidad de doctrina y de organización. Disponía de un cuerpo de fieles unidos por los sacramentos, corroborando el sentimiento de unidad del pueblo romano. Ni los cristianos romanos, ni los cristianos bárbaros concebían el mundo sin el Imperio. Aniquilado éste vendría el Anticristo.

Sin embargo, cuando el emperador se recluyó en Constantinopla, esta idea del Imperio se fué perdiendo poco a poco en aquellos pueblos occidentales que se separaban de la unidad: Bretaña, España, Africa, la Galia, Estados indiferentes o enemigos. Sólo conservó aquella idea la Iglesia, porque ella era universal y hablaba una lengua universal. Mientras los pueblos occidentales olvidaban al emperador, que estaba demasiado lejos, el papa, convertido en jefe religioso suyo, no podía olvidarle, pues vivía en la capital y estaba en relaciones continuas con él.

No podría concebirse la restauración del año 800 si el papa hubiese residido en Constantinopla. El Santo Imperio, por uno de sus orígenes, era eclesiástico. Tenía, además, un origen germánico. Cuando el emperador se retiró a Constantinopla pudo establecerse el acuerdo entre la Iglesia y una de las naciones germánicas. Los francos eran a la vez los más adictos a la Iglesia y los más poderosos. Desde que esta nación, en medio de los pueblos arrianos y de los pueblos germánicos se había hecho católica, obispos como Avito y papas como Gregorio el Grande, la designaron para su misión universal, es decir, católica. Los francos conservaron esta preferencia sobre los visigodos, católicos también, pero que estaban demasiado lejos de Roma, y sobre los lombardos, también católicos, pero que estaban demasiado cerca. Apenas se habían agotado las fuerzas merovingias cuando la Iglesia se orientó hacia los carlovingios.

Estos, obrando por su cuenta, habían reconquistado la Galia y Germania, luchando con los árabes e imponiendo su supremacía en Occidente. La Iglesia, por su parte, restablecía la disciplina en las antiguas iglesias y fundaba iglesias nuevas; pero nada de esto podía significar la restauración del Imperio. Los papas mantenían íntimas y frecuentes relaciones con los francos desde que sus misiones se habían encontrado con los soldados carlovingios. Estos papas, que sólo recibían ofensas y desaires de Constantinopla, sin ningún auxilio contra los lombardos, llamaron a los francos a Italia, llevándolos a Roma, al territorio imperial, y ésta fué la causa próxima e inmediata del restablecimiento del Imperio.

Señaladas las causas, veamos los hechos que le precedieron y le acompañaron. En primer lugar, la reforma eclesiástica, que había de originar la dominación efectiva de Roma sobre las iglesias de Occidente, restituyendo las cosas al mismo estado que en el siglo IV, cuando la Iglesia con sus obispos, sus metropolitanos, sus primados, y su papa reproducía la jerarquía imperial. En segundo lugar, la fundación de las iglesias hijas, la de Bretaña y la de Germania, reuniendo el Occidente en una especie de imperio eclesiástico en el que San Pedro ocupaba el puesto de César. En tercer lugar, el llamamiento de los francos contra los lombardos y, por último, la cooperación del papa en la sustitución de los merovingios por los carlovingios. Esta habría sido de todos modos, pero la intervención del papa convirtió aquel acontecimiento de la historia de los francos en un hecho de la historia eclesiástica y en un episodio de la Historia universal.

Aunque no aparece comprobado que Esteban II diera a Pipino, en su propio nombre, el título de patricio, aunque se suponga que obrase por cuenta del emperador, que le encomendara concertar una alianza contra los lombardos; aunque el título de patricio fuese muy vago y no se sepa si esta clase de protección y de autoridad con que llegaron a estar investidos los reyes francos procediese de tal título o de su cualidad de reyes consagrados, y aunque después de esta consagración subsistieran mucho tiempo las relaciones de Roma con el Imperio, lo cierto es que el papa se apartó de Constantinopla para aproximarse a los reyes francos. En la revolución del año 751 estaba ya el germen del Imperio.

Hay que distinguir en la historia de Pipino y en la de Carlomagno dos órdenes de hechos: las conquistas y sus relaciones con el papa. Si los francos no hubieran sido conquistadores no habría habido elementos para formar el Imperio, y si no hubieran mantenido relaciones con los papas, no habría existido el fundamento de aquella restauración. La alianza del nuevo rey y sus sucesores con la Santa Sede fué desde entonces muy íntima y muy solemne. Los reyes francos habían dicho que sus amigos y sus enemigos serían los del papa. La donación hecha a la Santa Sede de

las ciudades del Exarcado, arrebatadas al rey de los lombardos, hizo aparecer una “república de San Pedro y de la Santa Iglesia de Dios» que no designaba todavía al Imperio, sino a un Estado romano imposible de definir, y cuyo jefe era el papa. Fué una situación confusa en la que el papa obró contra Constantinopla sin haberse separado de ella, al mismo tiempo que se guardaba de consolidar sus relaciones con Pipino.

Muerto éste y repartido el reino entre sus dos hijos, habría sido imposible el restablecimiento del Imperio, aunque el papa considerase a los dos hermanos como íntimamente ligados a su persona y con iguales relaciones y obligaciones que las de Pipino para San Pedro. Escribía a dos dos a la vez, pero su desacuerdo amenazó la combinación que se preparaba. Al reconciliarse, les recordó el pontífice que habían de restituir a «la Santa Iglesia de la república romana» todo lo que la pertenecía, amenazándoles con el castigo de Dios. Pero no fué solamente este dualismo de los reinos francos lo que puso en peligro la restauración, lo fué también aquel casamiento de Carlos con Deseada, hija de Desiderio, que impresionó tan profundamente al papa. Son hechos históricos de una gran trascendencia que Carlos repudiase a Deseada, que muriese Carlomano, que se refugiaran sus hijos al lado de Desiderio y que Carlomagno se convirtiese en irreconciliable enemigo de éste.

La unificación de la Galia y la conquista de Germania fueron terminadas por Carlomagno, que, con ayuda del clero bávaro y del papa, destruyó el ducado de Baviera. Destruir este ducado independiente, al que sólo faltaba el título de reino, era trabajar por la restauración imperial. La conquista de Sajonia, la más importante, fué una obra cristiana y eclesiástica al mismo tiempo que un hecho de conquista de los francos. No tardó en crearse la leyenda de que Carlomagno había donado a San Pedro Sajonia, y así se difundió esta especie en tiempos de Luis el Germánico, afirmándola más tarde Gregorio VII. La unificación de la Galia y de Alemania, la conquista de una parte del territorio de los daneses, el primer triunfo de las armas y de la política contra los eslavos del Este, las victorias sobre los ávaros, la anexión del reino lombardo, las relaciones de superioridad con cuantos en Occidente ostentaban el título de reyes, con aquel Alfonso que envió a Carlomagno el trofeo de su victoria y en sus cartas le rindió homenaje, con los reyes de los escotos que le llamaban señor (dominus) y con el rey anglo-sajón Egberto, que vivió en su corte, hicieron de Carlomagno un personaje como no había habido otro desde la caída del imperio romano. Todo contribuía, pues, al acontecimiento del año 800. Para constituir el Imperio hacia falta un emperador, y Carlomagno fué el hombre que se necesitaba. Ni sus conquistas ni el carácter eclesiástico de aquella monarquía, ni la idea de su misión cristiana, tenida por Carlomagno, hubieran sido suficientes, a no estar por sus relaciones con los lombardos, en particular inteligencia con los papas. Habiendo destruido el reino lombardo, sustituyó a sus reyes, dándose a sí mismo

tal título (*rex langobardorum*). Alcuino le llamó rey de Italia, y fué aquello como una toma de posesión del territorio imperial. Era preciso que tomara también posesión de la ciudad imperial, y durante la guerra, contra Desiderio se trasladó a Roma y fué recibido «con el mismo aparato con que se acostumbraba a recibir a los exarcas o a los patricios». El pontífice y el rey marcharon a la tumba de San Pedro con los jefes romanos y los jefes francos, uniéndose allí mediante juramento. Entonces fué cuando Carlomagno renovó la alianza de amor (*fidei el caritatis inviolabile foedus*) y su promesa de restituciones a la Santa Sede. Allí le llamó el papa patricio de los romanos (*patricius romanorum*), y sin concederle derechos positivos sobre Roma, ordenó a sus fieles que rezasen por él, obligándoles a que jurasen fidelidad a Carlomagno como a él mismo, en los territorios recibidos. Era imposible que en una situación tan compleja, habiendo reemplazado Carlos a los lombardos, no tropezara con algunas de las diferencias que habían de tener con el papa. El conflicto, aunque disimulado y dulcificado en la forma, no tardó en presentarse. El papa se había apoderado de Espoleto y tuvo que restituirla después de largas negociaciones. Esto produjo una especie de tirantez que duró cerca de dos años. Habían quedado frente a frente la ambición del pontífice, que consideraba todo aumento de territorio como una «glorificación de la Santa Iglesia» y la voluntad del rey, que sólo quería cederle lo que legítimamente le pertenecía, agregando algunas generosidades. Este litigio no podía llegar a un extremo violento porque el rey era muy poderoso y porque el papa tenía necesidad de él.

León III: coronación imperial.

Durante el pontificado de León III hubo un concurso de circunstancias que precipitaron el acontecimiento desde tanto tiempo preparado.

Las relaciones de León III con el rey de los francos fueron muy características desde el principio. El papa mostrábase muy respetuoso. Acaso exagere Eginardo al decir que había enviado a Carlomagno las llaves de la tumba de San Pedro y el estandarte de la ciudad de Roma, pidiéndole que delegara en su representante para recibir el juramento de fidelidad y de sumisión del pueblo. La carta de Carlomagno anunciando la misión confiada a Angilberto, no permite dudar que el papa hiciera profesión de obediencia. Angilberto tenía que consolidar el dominio del papa a la vez que el patriciado del rey, quien creía que este patriciado le daba derechos sobre Roma. Es de notar que el primer papa que fechó sus actas en los años del reinado de Carlomagno, fuese León III.

El rey acababa de hacer un acto de autoridad en Roma enviando a Angilberto después de la elección de León III. Este no tardó en acudir a la autoridad o al poder de Carlomagno. Amenazado por una revolución, se refugió en el territorio del duque

franco de Espoleto y marchó a Sajorna en busca de Carlomagno, con el que se reunió en Paderborn. Los enemigos del pontífice habían enviado también sus emisarios. Carlomagno dispuso que acompañaran al pontífice, además de los missi, dos arzobispos, cinco obispos y tres condes que en Roma acababan de constituirse en tribunal. El emperador llegó a la Ciudad Eterna en el otoño del año 800. Hallábase reunido un concilio, pero no quiso juzgar al pontífice y éste se justificó mediante juramento ante el rey.

Poco tiempo después, la noche de Navidad, que según la cronología de entonces marcaba el comienzo del año y de un nuevo siglo, se celebró la ceremonia de la coronación. El acto aparece descrito en los Anales de aquella época. Carlomagno asistió a la misa en la basílica de San Pedro. Puesto de rodillas, oró. El papa colocó sobre su cabeza la corona, mientras que el pueblo le aclamaba: «¡Viva Carlos Augusto, coronado por Dios, grande y pacífico emperador de los romanos, viva y venza!» El papa le adoró (según la antigua costumbre) dándole un beso en la boca.

No hay duda respecto a la forma en que estos hechos se realizaron. Fueron el término natural de todos los anteriores. Pero en la Vida de Carlos, escrita por Eginardo, se plantea un problema casi imposible de resolver. Dice que Carlomagno se quedó sorprendido, repitiendo constantemente que de saber lo que había de ocurrir, no hubiera ido a la iglesia aquel día. Examinemos, pues, cómo se preparó la coronación y cuáles fueron sus consecuencias.

Es muy dudoso que cuando el papa fué a Paderborn en busca de Carlomagno, le ofreciera el Imperio, según afirma el diácono Juan; pero el testimonio de los Anales no permite sospechar que aquella restauración fuese improvisada. El papa se había puesto de acuerdo con los Padres del concilio y con el pueblo, trató después con los principales francos, y con el consentimiento de aquel «senado» y probablemente también con el de los romanos, concedió la corona. Carlomagno, que seguramente había sido consultado, asintió. No es posible creer que representase una comedia fingiendo que se sorprendía. El texto de Eginardo sólo demuestra que Carlomagno quedó descontento de verse coronado de aquel modo. Quiere decir que fué improvisada la coronación, pero no la restauración del Imperio. El relato de la solemnidad es otra prueba de lo que decimos. No hubo preparativos, ni ninguna de las grandes ceremonias desplegadas cuando la coronación de Pipino y del mismo Carlomagno y al coronar en Constantinopla a los emperadores. El papa no fué llevado procesionalmente a la iglesia ni al altar. Todo induce a creer que sorprendiese a Carlomagno, coronándole sin ceremonia, a fin de evitarse todo aquello que pudiera atestiguar sumisión excesiva. Pudo disgustarle también a Carlomagno que el papa le ciñese la corona, cuando sólo debía haberle consagrado. Otra opinión pretende que Carlomagno temiese el enojo de los griegos y,

efectivamente, puede darse como seguro que le preocuparan sus relaciones con Constantinopla, pues las sostenía muy continuadas desde hacía tiempo. También puede admitirse que alentase la esperanza de ser emperador único. Pero esto no son más que hipótesis. En suma, la restauración del Imperio en favor de Carlomagno fué el resultado de un acuerdo entre el papa, los grandes eclesiásticos y laicos y el rey. Realizado el acuerdo en principio, tomó el papa la iniciativa y la dirección de la ceremonia, disgustando con esto a Carlomagno.

Teorías de la época acerca del poder de Carlomagno.

Ya hemos visto las causas determinantes de aquel acontecimiento, siendo la principal que Carlomagno era de hecho emperador. Las consideraciones expuestas en los diferentes Anales pesaban en el espíritu de todos. Era justo que se proclamase emperador al que poseía el Imperio, como en 751 se había reconocido rey a quien poseía el reino. Además, era dueño de Roma, la capital (*matrona imperii*), la residencia eterna del mundo. Era también el defensor de la Santa Iglesia.

Los contemporáneos apreciaron como nosotros estas razones y aun añadieron la de que estaba vacante el Imperio. «Como entre los griegos—dicen los Anales de Lorsch—desaparecía el nombre de emperador y tenían un imperio femenino, creyó el papa León, y con él todos los Santos Padres, que debía nombrarse a Carlomagno emperador, en atención a que ocupaba Roma, donde siempre acostumbraron a vivir los Césares...» La Crónica de Moissac habla extensamente del crimen de la emperatriz Irene, que se había apoderado de su hijo, mandando que le sacaran los ojos, apoderándose del poder como en el Libro de los Reyes se cuenta que hizo Atalía. Alcuino recuerda esto en una carta del mes de Mayo de 799, en la que desarrolla una teoría que ofrece gran interés. Dice que hasta entonces sólo había habido en el mundo tres personas superiores: el papa (*apostólica sublimitas*), vicario de San Pedro; el emperador (*imperialis dignitas*), poder secular de la segunda Roma, y el rey (*regalis dignitas*), que era en aquel momento el más poderoso de todos y de quien la comunidad cristiana esperaba su salvación. Alcuino concebía perfectamente a Carlomagno sin ser emperador, puesto que buscaba para él una tercera categoría: Carlomagno era rey por excelencia y único, de igual modo que únicos y por excelencia eran el emperador y el papa. La vacante del Imperio preocupaba en Occidente; el atentado de la emperatriz Irene no produjo por sí solo el acontecimiento del año 800, sino que permitió que se produjera, puesto que libraba de todos sus escrúpulos al papa.

¿Quién otorgó el Imperio y en virtud de qué derecho? Admitiendo que el Imperio fuese considerado vacante, ¿a quién correspondía otorgarlo? La Crónica de Moissac habla del senado de los francos, de los ancianos y del resto del pueblo romano, a

quienes se consultó. Los Anales de Lorsch mencionan a los Padres del concilio y al resto del pueblo cristiano, consultados por el papa. La Vida de León III coloca en primer término al leal pueblo de Roma. Por una parte parece que no hubo más que una sencilla consulta y, por otra, que el papa obró por su cuenta, siendo el primer y principal actor de la ceremonia. A pesar de todo, el emperador no creía que debiera su corona al papa. Se deduce esto de toda su historia y del hecho de que Carlomagno dispusiera solo y soberanamente de la corona en favor de su hijo. Carlomagno no tomó la corona; la recibió como algo que le correspondía. El papa sirvió, por decirlo así, de instrumento de la Providencia. El pueblo (cualquiera que sea) no elige, sino que aclama, después de la elección. Esta determinación había de permitir más tarde la coexistencia de tres teorías: la creencia de los emperadores de que sus antecesores habían conquistado la corona; el criterio de la municipalidad romana que consideraba al Imperio como una delegación del Senado y del pueblo romano (S. P. Q. R.), y el de los papas, que sostenían que León había creado el Imperio en virtud de su poder de vicario de Dios. En realidad, no hubo conquista, ni elección, ni derecho del papa. No se creó una legalidad, ni se obró en virtud de ningún derecho. El resultado natural de una serie de aptos fué aceptado por todos, sin que nadie le preocuparan sus derechos respectivos.

¿Creó un derecho nuevo aquel acto sin precedente y sin fundamento de derecho? Son varias las preguntas que con este motivo se presentan al examen. ¿Aquel Imperio fué universal? ¿Cuál era su derecho respecto a Constantinopla? Carlomagno concibió claramente la coexistencia de dos imperios iguales. Quiso conciliarlo todo mediante su casamiento con Irene, pero los grandes de Constantinopla lo impidieron. De todos modos, lo cierto es que negoció con los griegos para obtener la paridad. Les escribió en repetidas ocasiones llamándoles hermanos, logrando que sus embajadores acudiesen a Aix-la-Chapelle para saludarle con el nombre de Basileos, título imperial griego. En una carta, el emperador Miguel I habla de la buena armonía entre el imperio de Oriente y de Occidente. Sin embargo, la situación no se hallaba tan despejada como parecen indicar los actos y las palabras de Carlomagno. El y sus sucesores fueron considerados en Occidente como jefes supremos del mundo (*caput totius urbis*). Pero para los bizantinos sólo eran usurpadores. Los bizantinos escribieron a Luis II llamándole «rey de los francos y los lombardos a quien éstos denominaban emperador». Luis II se quejó explicando su título de emperador de los romanos. No existía, pues, ningún derecho preciso, y esto había de originar más de una complicación para el porvenir.

En el mismo Imperio surgieron muchas dificultades. ¿Qué relaciones existían entre el Imperio y la Iglesia? En teoría, aparece la unión íntima; las cartas del papa presentan como identificados a los adictos de Carlomagno y la Santa Sede. El deber

principal del emperador era proteger a la Iglesia, pero esta obligación ya existía desde mucho antes. El papa coronó al emperador, pero en seguida le había adorado. ¿Quién era más grande: el jefe laico o el jefe cristiano? Sólo podía decidirlo el porvenir. Las circunstancias y la fuerza habrían de resolverlo. En aquel momento, la Iglesia estaba sometida. Carlomagno era un personaje eclesiástico y además, por su calidad de príncipe, el superior temporal del papa. Resolvía los asuntos de Roma lo mismo que los del resto de Italia. En su testamento nombró a Roma a la cabeza de las metrópolis. Las monedas pontificias llevaban el nombre del emperador. Pero esto no ocurrió más que en el reinado de Carlomagno; después habían de surgir conflictos muy graves. Lo que aparecía evidentísimo era que Roma se había separado para siempre de Oriente. Esta separación fué uno de los elementos del gran conflicto religioso, el cisma de las dos iglesias.

Por último, ¿el acontecimiento del año 800 originó un nuevo derecho de Carlomagno al gobierno de sus súbditos? Convertido en emperador ¿se creyó distinto de lo que era antes? Algunos indicios vagos permiten suponerlo. La restauración del Imperio no se concretó a resucitar un nombre, sino a resucitar una función. Los antiguos Césares se consideraban como predecesores. Hay hechos muy precisos respecto a esto: Carlomagno exigió a cuantos le habían jurado obediencia como rey, que volvieran a jurársela como emperador, advirtiéndoles las obligaciones del nuevo juramento.

En el año 802 demostró una actividad legislativa extraordinaria. Convocó en Octubre una gran asamblea; los obispos, los sacerdotes y los diáconos recopilaron todos los cánones y decretales; los abades y los monjes hicieron igual respecto a la orden de San Benito; los duques, los condes y el resto del pueblo se reunieron con los legisladores para revisar las leyes y entregar a cada uno la suya. Es muy interesante esta tentativa para implantar en el orden laico la unidad y la disciplina que se había logrado en las cosas eclesiásticas. Al advertir el emperador las omisiones de las dos leyes francas quiso completarlas y conciliar sus contradicciones. No hizo más que algunas adiciones. También mandó redactar las leyes de todos los pueblos que estaban bajo su dominio.

Podría objetarse que todo lo hecho por Carlomagno, después del año 800, lo había realizado igual sin ser emperador, puesto que su obra militar estaba ya acabada. Su labor legislativa fué muy escasa. Hasta Eginardo se lamenta de que así fuese y nada tuvo en realidad de romana. En el preámbulo de las capitulares de 802 sobre la importancia del juramento, aparece esta recomendación, que nada tiene de romana: «Cada uno ha de ponerse al servicio de un santo, según el precepto divino, porque el emperador no puede consagrar a todos en particular la debida atención.» Después de esto mandó confusamente el respeto a las gentes y a las tierras del César, que no

se coartara la libertad de los agentes del fisco, ni que se hiciera daño a las viudas, a los huérfanos, a los extranjeros, etc. La coronación había dado a Carlomagno una idea más elevada de su dignidad, haciéndole sentir un gran deseo de unificación, pero en nada modificó su derecho al gobierno de sus súbditos.

En resumen, las causas de la restauración del año 800 son fáciles de advertir. Sus contemporáneos las vieron como las vemos nosotros, puesto que son lo único que está claro en el hecho de la coronación. Acerca de los sentimientos que inspirase a Carlomagno, sólo hay conjeturas. Sobre la cuestión de derecho que era muy importante, pues había de determinar en lo porvenir a quién correspondía tomar o conceder el Imperio, no sabemos nada. Respecto al derecho que se creó con relación al Imperio de Constantino y con relación a la Iglesia, hay una vaguedad absoluta, lo mismo que sobre el derecho nuevo con respecto a los súbditos. Fué, pues, un hecho que se había preparado bien, pero al que rodearon todo género de equívocos que habían de producir los conflictos futuros.

Cuestiones relativas a la sucesión de Carlomagno.

Las nuevas dificultades, resultado de la restauración, aparecieron claramente cuando se planteó el asunto de la sucesión de Carlomagno. Nadie podía prever lo que sucedería al desaparecer aquella personalidad excepcional. Carlomagno tenía de sus concubinas y de sus mujeres, entre las cuales estableció escasa diferencia, quince hijos que enumera Eginardo. De una concubina franca, Himiltruda, a quien expulsó para casarse con Deseada, había tenido a Pipino el Jorobado, que fué tonsurado a consecuencia del complot del año 792. Su mujer, Hildegarda, de la antigua familia de los duques de Alemania (muerta en 783), le dió cinco hijos, tres de los cuales vivieron: Carlos, Pipino y Luis, y tres hijas: Rotruda, Berta y Gisela. De Fastrada, hija de un conde franco (muerta en 794), dos hijas: Teodora, e Hiltruda. De la suaba Luzgarda (muerta en 800) no tuvo hijos. Además, cuatro concubinas le dieron tres hijas: Rotaida, Rotilda y Adaltruda, y tres hijos: Drogo, Hugo y Teodorico. Había poca diferencia entre los hijos legítimos y los bastardos; todos vivían en la corte.

El emperador adoraba a sus hijas, y no quiso que se casaran, tanto por egoísmo paternal como para evitar a sus hijos que tuvieran rivales. Sólo consideraba como herederos a los tres hijos de Hildegarda, y entre ellos quiso repartir su vasto dominio. En 780, designó a Pipino y a Luis, los dos menores, para los reinos de Italia y Aquitania.

Este reparto de la herencia, como Carlomagno lo dispuso a los sesenta y cuatro años, en 806, fué uno de los actos más importantes de su reinado. Quiso evitarles

las contiendas y las guerras que habían sido tan frecuentes en la época merovingia, y que estuvieron a punto de reproducirse después de la muerte de Carlos Martel y de Pipino. Parece que ni él, ni sus consejeros, titubearon en desmembrar aquella gran monarquía, y sólo Teodulfo de Orleans manifestó preferencia por un sucesor único. Parece también que en la gran asamblea de Thionville ninguno de los grandes pidió que se derogase la costumbre del reparto del reino. En el testamento de 9 de Febrero de 805 no se hablaba del Imperio. Acaso considerase Carlomagno la dignidad imperial como personalmente reservada para él, sin examinar si la transmitiría a sus hijos. Es más verosímil que no la juzgase unida a la monarquía franca ni que pudiese ser estatuida por una ley del pueblo franco. Hasta parece probable que se reservara hacerlo más adelante, de acuerdo con la Iglesia.

Las dos preocupaciones que se destacan en aquel testamento son la de asegurar la protección de la Iglesia de San Pedro y la defensa del reino contra los enemigos exteriores, mediante una cordial inteligencia entre los tres hermanos. Era indispensable asegurar esta acción común, porque para todo lo demás, cada uno de los reyes era autónomo y único dueño de sí mismo. Había tres reinos distintos, en cada uno de los cuales los hijos sucederían a sus padres con el consentimiento del pueblo. Debemos consignar, por último, que en la división casi no se tuvo en cuenta para nada las agrupaciones nacionales, pasadas o futuras.

Carlos, el hijo mayor, heredaría Francia (la parte de territorio que entonces se llamaba Francia), Austrasia y Neustria, con sus dependencias septentrionales, Frisia, Sajonia, Turingia, Nordgau (es decir, la Baviera del norte del Danubio), la mitad septentrional y occidental de Alemania, y el norte de Borgoña (Langres, Besancon, Ginebra).

El hijo segundo, Pipino, recibía Italia con sus dependencias, Istria y Eslavonia, próximas, Baviera y Alemania del Sur del Danubio. Este río, con una línea trazada desde su fuente hasta el Rhin, hacia Schaffhouse, y el valle del Rhin (dejándole la Turgovia y el país de Coira), separaban este reino del de Carlos. Luis tenía la Aquitania (menos Tours), con sus dependencias de la Marca de España, Borgoña occidental y meridional (Nevero, Avallou, el Auxois, Chalón, Macón, Lyon, Saboya, Moriana, Tarentaise, el valle de Susa), Provenza y Septimania. Luis por el valle de Susa y Carlos por el valle de Aosta, se comunicaban con Pipino. En el caso de que muriese uno de los hermanos antes que Carlomagno, se repartiría su lote entre los hermanos supervivientes. En el caso de que muriese Carlos, se repetiría el reparto de 768. En el caso de que muriese Pipino, se dividiría Italia, correspondiendo a Carlos Aosta, Verceil, Módena, los territorios situados al Este del camino de Roma y Espoleto, y a Luis los territorios de Oriente, con Toscana y las regiones del Sur del Po. Si muriese Luis, Pipino recibiría su parte de Borgoña,

Provenza, Septimania y su anejo de España, y Carlos Aquitania. La primera hipótesis desmembraba totalmente los países de lengua alemana, la segunda Italia, la tercera Francia meridional. Prohibióse a cada uno de los tres reyes admitir vasallos rebeldes de los otros; además, ningún súbdito de un reino podía poseer en otro más que alodios o beneficios concedidos por un particular, pero no beneficios reales.

Dedúcese claramente de todas estas prescripciones que Carlomagno no tenía el menor deseo de perpetuar la unidad de su monarquía. Sólo quiso asegurar la acción común de sus hijos en favor de la Iglesia y contra los enemigos del exterior, y evitar las guerras civiles, que tanto debilitaron a los merovingios. Carlomagno se inspiraba en las necesidades inmediatas de la práctica más que en teorías generales.

Las circunstancias le impusieron como heredero único a un hombre de ideas generales, pero el menos capaz de sus tres hijos. Los dos mayores murieron antes que su padre: Pipino, el 8 de Julio de 810; Carlos, el 4 de Diciembre de 811. Bernardo, hijo natural de Pipino, conservó Italia, con el título de rey, pero subordinado a su tío Luis, a quien Carlomagno dejó todo lo demás con el título imperial. Parece que no dispuso su sucesión sino después de haber titubeado.

En 813 convocó cinco sínodos provinciales en Maguncia (Austrasia), Reims (Neustria), Tours (Aquitania), Chalon-sur-Saône (Borgoña.) y Arles (Galia Narbonense, es decir, Provenza y Septimania). Respecto a la organización del Imperio, se adoptaron en ellos disposiciones generales, que rectificó la asamblea general reunida en Aix-la-Chapelle. Carlomagno colocó entonces la corona imperial en la cabeza de su hijo (Septiembre 813). Murió cuatro meses después (28 Febrero 814).

BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFIA.— Potthast, Wegweiser durch die Geschichtswerke (de 375 a 1500), primera edición, Berlín, 1862. — Dahlmann-Waitz, Monod, Viollet, Lavisse, etc.

DOCUMENTOS. — Historiadores más importantes: Eginardo, Vida de Carlos, Anales llamados de Eginardo; Anales Laurissenses (de Lorsch), Chronicon Moissiacense. La historia de Carlomagno por el Monje de San Gall que llegó a ser tan popular gracias a la encantadora ingenuidad de sus relatos, no es más que una colección de leyendas referentes a Carlomagno que circularon medio siglo después de su muerte.

Todos los documentos oficiales referentes a la organización del Imperio están reunidos en los *Capitularia regum francorum*, cuya mejor edición es la de Borecio, segunda edición de los *Monumenta Germaniae, Leges*, tomo I, 1881-1883, en cuarto. Hincmaro, *De ordine palatii* (publicada por Prou, *Ecole des hautes études*, 1885) y en las obras de Hincmaro, *Patrologie*, pequeño tratado redactado medio siglo después de la muerte de Carlomagno, conforme a un tratado anterior de Adalardo, que describe las costumbres de su corte.—Boehmer, *Regesta Karolorum*, reeditada por Mühlbacher, 1880-1889, con el catálogo de los actos de los carolingios desde 752 hasta 918.—Jaffe, *Bibliotheca rerum germanicarum*. De esta colección forman parte los *Monumenta Carolina*, que contienen las Epístolas de Eginardo y el *Codex Carolinus*, correspondencia de los papas y de los reyes francos, y los *Monumenta Alcuiniana*, escritos y cartas de Alcuino, y documentos acerca del renacimiento de las letras.—Dümmler, *Poetae latini aevi Carolini*, dos volúmenes, 1880-1884 (en los *Monumenta Germanie*), colección de los poetas latinos que constituyeron el renacimiento literario de Carlomagno.

Respecto al valor de los documentos: Wattenbach, *Deutschlands Geschichtsquellen*, sexta edición, 1893.—Molinier, *Les sources de l'histoire de France*, 1902.

LIBROS.—Reinado de Carlomagno: todos los hechos conocidos están reunidos en los *Jahrbücher des deutschen Reiches*, el *Charlemagne* de Abel y Simson, dos volúmenes, reeditado en 1878. Puede también utilizarse a Bordier y Charton, *Histoire de France*, y acaso a Vétault, *Charlemagne*, 1874. La exposición más crítica está en Kleinclausz, *L'Empire carolingien, ses origines et ses transformations*, en octavo mayor, 1902. Kleinclausz es también el autor, en el Lavis, *Histoire de France*, tomo II, primero de los capítulos intitulados *Les Carolingiens*. No debe desdeñarse a Mühlbacher, *Deutsche Geschichte unter den Karolingern*, 1895.

Las obras más importantes acerca de las instituciones son: Waitz, *Deutsche Verfassungsgeschichte*, tercera edición, 1882. — Brunner, *Deutsche Reichsgeschichte*, dos volúmenes, 1887-1892.—Dahn, *Die Könige der Germanen*, tomo VIII, 1900. Fustel de Coulanges, en la serie *Histoire des institutions politiques de la France*, el tomo titulado *Les transformations de la royauté carolingienne*, obra postuma publicada por Jullian, 1892, emite una teoría general opuesta a la de los eruditos alemanes.—P. Viollet, *Histoire des institutions politiques et administratives de la France*, tomo I, 1890, da un resumen claro e interesante de los trabajos más recientes.—Encuétrase un resumen más corto en Rambaud, *Histoire de la civilisation française*.—Guizot, *Histoire de la civilisation en France*, contiene hermosos capítulos acerca del carácter del gobierno de

Carlomagno.— Léhuérou, Histoire des institutions Carolingiennes, 1843, está hoy día anticuado por completo.

Sobre el régimen militar: Delbrück, Geschichte der Kriegskunst im Rahmen der poliischen Geschichte, tomo II, 1902, expone resultados originales obtenidos por un nuevo método de crítica.

Respecto a la Iglesia: Hauck, Kirchengeschichte Deutschlands, tomo II, segunda edición, 1900.— Imbart de la Tour, Les paroisses rurales de Vancienne France, 1900. J. Ficker, Forschungen zur Reichs und Rechisgeschichte Italiens, cuatro volúmenes, 1869-1874.— W. Martens, Die rómische Frage. 1881; Neue Erórterungen, 1882.— K. Lamprecht, Die rómische Frage von Pippin bis Ludwig der Frommen. 1889.— Schwarzlose, Die Patrimonien der rómischen Kirche, 1887.

Sobre la vida en la corte carlovingia, Hauréau, Charlemagne et sa cour, 1868.

Sobre las letras y las escuelas: A. Ebert, Histoire de la littérature du moyen áge en Occident, traducida del alemán, tercera edición, 1883-1889, exposición muy firme de las obras latinas de aquel período.— J. B. Müllinger, The schools of Charles the Great, and the restoration of education in the IX century, 1877.

NOTAS SOBRE CARLOMAGNO Y SU POLÍTICA EXTERIOR.

EL IMPERIO DE OCCIDENTE

El Reino de los Francos

Apenas se había realizado la unión política del Reino de los francos, cuando murió Pipino (24 de Septiembre de 768 en St. Denis¹).

Para que no se reprodujera después de su muerte la antigua contienda entre Neustria y Austrasia, Pipino, poco antes de su muerte, había dividido el Reino entre sus hijos, de suerte que, *Carlos*, el mayor, obtuvo *Austrasia* (pero sin Alsacia, Alamania, Hesse, Turingia, Sajonia y Frisia), y Neustria; *Carloman*, el hijo menor, obtendría *Bogoña*, *Provenza*, *Gothia o Septimania*, Alamania y Alsacia; Aquitania pertenecería a ambos en común. Carlos se hizo prestar homenaje en Noyon el 9 de Octubre de 768 y Carlomán en Soissons². Pero la paz entre ambos hermanos duró poco tiempo.

El viejo *Hunald* se levantó en Aquitania poco después de la muerte de Pipino, y los vascos corrieron a él. Carlos salió en seguida contra ellos y exigió urgentemente auxilio a su hermano; pero éste le dejó en el atolladero. A pesar de esto, Carlos venció; el Duque *Lupo* entregó a Hunald y se sometió al rey con su pueblo³. Carlos quedó enojado contra su hermano, y parecía que se iba a encender entre ambos la guerra cuando intervino pacificándolos su madre, *Bertrada*, y procuró no sólo unir a los hermanos, sino también las casas franca y lombarda, por medio de un doble matrimonio. Carlos se debía casar con *Desiderata*, Carlomán con otra hija del rey lombardo *Desiderio* (756-774); Adalgiso, hijo de Desiderio se casaría con Gisela, hermana de Carlos.

Pues *Aistolfo* había muerto en 756 por efecto de una caída de caballo, sin dejar hijos, y Desiderio, hasta entonces Duque de Túsculo, fué elegido rey. Rachis, que se presentó como aspirante a la Corona, fué enviado por el Papa a su monasterio, a

¹ Annales del reino franco bajo el rey Pipino, por L. Oeisner, pág. 424, Leipzig, 1871. Abel Simson; Annales del reino franco bajo Carlomagno, Tomo I, pág. 30, Leipzig, 1888.

² Einhardi, Vita Caroli Magni, capitulo 3, ed. Migne, XCVII, pág. 28; Annales ad 768 et 769, ed. Migne, CIV, pág. 308.

³ Ibidem, Vita caroli, cap. 3.

cambio de lo cual Desiderio juró la ejecución del tratado de Pipino. Presindiendo de una breve turbación en 758, hubo paz entre Roma y los lombardos, y se guardó dicho tratado, hasta la muerte de Pipino. Después del Papa *Esteban II* (757) ocupó la Sede pontificia hasta 767, *Paulo I*, hermano de Esteban, padrino de Gisela, hija de Pipino, al cual llamaba el nuevo Moisés y David, auxilio de los pobres, enfermos y prisioneros. Después de la muerte de Paulo la nueva elección fué agitada; la nobleza de Roma, -el Senado, según se llamaba —, volvió a desempeñar por primera vez un papel importante. Un *dux, Toto*, con auxilio de su partido, eligió Papa a su hermano *Constantino*, que ni siquiera era sacerdote. Pero el intruso no se pudo sostener, como tampoco cierto *Filippo*, a quien había elevado a la Sede pontificia el partido lombardo, después de asesinado Toto (768). El partido eclesiástico, dirigido por Cristóbal y Sergio, eligió al presbítero *Esteban III*, distinguido por su saber y severidad de costumbres. Un Concilio de Roma de 769 estableció que en lo futuro sólo un Cardenal diácono o Cardenal presbítero podrían ascender al Solio pontificio, y que ningún lego podría tomar parte en la elección.

Este Papa hubo de contar entonces con que los jóvenes reyes francos, por los matrimonios proyectados, iban a verse arrastrados a la política lombarda, contraria a Roma. Pero en vano previno a Carlos contra aquel matrimonio que amenazaba a la independencia de la Sede romana y daba nuevas fuerzas a sus enemigos; inútilmente le recordó que tenía ya una esposa legítima, *Himiltrude*; — el enlace entre Carlos y Desiderata llegó, no obstante, a efectuarse (770).— Pero precisamente este matrimonio fué la desgracia de Desiderio, el cual, probablemente confiando en la docilidad de su yerno Carlos, quiso ejecutar ahora sus antiguos planes sobre la dominación de Roma. Bajo pretexto de romería, en 771 se presentó delante de Roma al frente de un bien armado ejército. El Papa no pudo resistir, y hubo de abandonar a Cristóbal y Sergio, los mejores abogados de la Roma papal, pero no menos peligrosos adversarios del rey lombardo. Ambos fueron cegados y muertos por orden de Desiderio. Por medio de Paulo Afiarta, cubiculario del Papa ganado por Desiderio, en Roma fué conducido a la dominación el partido lombardo; pero con esto fué también derrotado el partido francés. Desiderio procuro encubrir sus verdaderos designios con bellas promesas.

Ya fuera esta la causa única, o por lo menos la principal, ya influyeran otras, lo cierto es que Carlos repudió aquel mismo año a la lombarda Desiderata (771) y al propio tiempo se caso con la joven *Hildegarda*, noble almana. Carlos y Desiderio fueron en adelante enemigos⁴.

⁴ Abel Simson, Anales del reino franco bajo Carlomagno, (al.), I, págs.. 61-67.

En el mismo año, la muerte de Carlomán (4 de Diciembre de 771) salvó el Reino de los francos de interiores escisiones⁵. No se hizo caso de sus dos hijos impúberes, sino se prestó homenaje a Carlos como a único soberano de los francos (772).

Carlomagno

Guerras contra los Sajones

Carlos tenía 30 años cuando tomó el gobierno de todo el Imperio para conquistar a su linaje la más bella corona de gloria. Casi todos los varones de esta familia mostraron una energía extraordinaria, Carlos Martel y Carlomagno fueron, no obstante, los mayores de ella. Pipino parece pequeño porque estuvo entre los dos: la gloria del padre y del hijo menoscabaron la suya propia.

Con razón Carlos se llama Magno: mereció este nombre como General y conquistador, como ordenador y legislador del inmenso Imperio, como despertador de la vida espiritual en Occidente. Por su gobernación, las nuevas ideas alcanzaron la victoria, y se juntaron en los germanos la antigua cultura y la nueva religión. Su vida fué una constante lucha contra la grosería y barbarie, contra los bárbaros del norte y del sur que amenazaban a la nueva cultura y la nueva religión, y la posición mundial de la raza germánica. No menos de 53 expediciones militares fueron por él emprendidas, es a saber: 18 contra los sajones, una contra Aquitania, 5 contra los lombardos, 7 contra los árabes de España, una contra los turingios; 4 contra los ávaros, dos contra los bretones, una contra los bávaros, 4 contra los eslavos del norte del Elba, 5 contra los sarracenos de Italia, tres contra los daneses y dos contra los griegos. La prudencia de Carlos, su valentía y constancia son tan únicas como la rapidez fulmínea con que abatió a sus enemigos, así como su fortuna, que da a conocer en él un favorito de la Providencia, un poderoso del Señor.

Una guerra afortunada fué la hermosa consagración del nuevo reinado. Pero no fue por esto por lo que Carlos emprendió en seguida aquella lucha contra los *sajones*, que fué sostenida durante 33 años con constancia y acerbidad únicas, de suerte que las otras guerras de Carlos sólo parecen episodios en su comparación. Las conquistas en el templado sur eran mucho más fáciles que en las llanuras, los bosques y selvas de Sajonia, donde cada palmo de tierra era defendido con la mayor exasperación.

⁵ Einhardi, Annales ad 771.

Tampoco Einhardo⁶ indica la propia índole de la lucha cuando dice: “ Las fronteras entre nosotros y los sajones corren casi enteramente por el llano, a excepcion de algunos puntos donde el limite está formado por grandes bosques o por el lomo de los montes interpuestos. Por eso no terminaban por ambas partes, los golpes mortales, los incendios y latrocinios”. La antigua y la nueva Germania se oponían en los sajones y los francos; no era solamente una antigua contienda sobre limites y territorios, era una lucha de principios. Los sajones eran paganos, encendidos por el fanatismo de Odín, y este fanatismo los hacía ávidos de conquistas; cada año iban al Rhin y quemaban las iglesias; “salvajes, más duros que las piedras”⁷, mataban a los clérigos y sacrificaban a sus dioses los prisioneros de guerra; los francos, por su parte, eran cristianos y celosos de la conversión de los gentiles. Mientras entre los francos el principio monárquico había ya vencido, los sajones vivían en sus llanuras todavía en su antigua forma republicana, con sus tribus independientes. “Había nobles, libres y siervos”⁸. Faltaba allí toda centralización política, y asimismo toda tributación, todo vasallaje, salvo que se reunían en *Marklo* junto al Wesser doce hombres de cada tribu y cantón. Sólo en la guerra hallamos a su cabeza. Duques, como *Widukindo* en Westfalia (diócesis de Münster y Osnabrück; *Falah* es el habitante de la llanura), *Hessi* en Ostfalia (Osterliudi, Austreliudi, diócesis de Hildesheim), *Bruno* en Engern (diócesis de Minden y Paderboirn; Angarii son los antiguos Angrivarii y Cheruscos; Angrivarii son “habitantes de los pastos de la orilla del Weser”⁹. Los sajones poseían la antigua frescura, fuerza y severidad de costumbres, — si los francos no hubieran vencido, presto los sajones hubieran entrado en su lugar. Tácito dice¹⁰: “ Es por extremo raro en una tan numerosa nación el adulterio, su rápido castigo se confía al marido; con los cabellos cortados, desnuda, en presencia de sus parientes, el marido echa a la adúltera de su casa, y la azota por toda la aldea: tampoco se perdona a la que entrega su virginidad.” Y San Bonifacio escribía al rey sajón Ethilbaldo, que la doncella o mujer que ha caído, es azotada por las mujeres de aldea en aldea¹¹. Los sajones eran terribles guerreros, con sus largas lanzas, sus cortos escudos y grandes cuchillos; y sus insignias heráldicas: un león sobre el cual vuela un águila, eran objeto de terror. Como su trabazón política era tan floja, alternaban constantemente la guerra y la paz, y las quejas de los francos por la deslealtad de sus adversarios, no acababan nunca.

⁶ Einhardi, Vita Caroli, cap. 7; cf. Widukind, Res gestae Saxonicae, I, cap. 15, ed. Migne, CXXXVII, págs.. 137 s.

⁷ Aspera gens Saxo vivens quasi more ferino, dice Venencio Fortunato, Miscellanea, I: I, 9, ed. Migne, LXXXVIII, pág. 133.

⁸ Sunt qui illorum lingua Adilingi sunt qui Frilingi, sunt qui Lassi dicuntur, Vita Lebueni, cap. 11. Pertz, Monum. II, pág. 675, ed. Migne CXXXII, pág. 887: cf. Widukind, cap. 14.

⁹ Zeus, Los Alemanes, págs.. 388 ss.

¹⁰ Tacitus, Germ. 19.

¹¹ Bonifacii, Epist. Ad Ethilbaldum, Merciae regem, ed. Migne LXXXIX, págs.. 759 s.

Cuando una tribu era vencida, las demás, llegada ocasión favorable, continuaban la lucha. Cuando después de graves derrotas, la asamblea popular se decidía por la paz, siempre había bastantes hombres osados que, adversos a toda reconciliación, huían a los daneses o escandinavos, donde la religión de Odín florecía enteramente. Cuando Carlomagno estaba ocupado en España, en Italia, o en el Danubio, aquellos hombres regresaban a su patria inflamados de nuevo por el espíritu del paganismo y de libertad, y la entusiasta juventud arrastraba consigo a la lucha a los viejos. Así la guerra se hacía más áspera cada año, y entre los francos se arraigó la convicción de que no sólo se había de derrotar a los sajones, sino aplastarlos de suerte que no se pudieran mover más.

¡ La guerra era una necesidad política! Por la Vida de S. Lebuin vemos de qué manera por ambas partes, ya antes de comenzar el reinado de Carlomagno, había el convencimiento de que se llegaría a una lucha decisiva.

Lebuin o *Liafwin*¹², discípulo de San Bonifacio, quería convertir a los sajones. Con la cruz en la mano se lanzó en medio de su asamblea de Marklo, en el instante en que se iba a degollar la víctima y el fuego estaba preparado; y como enviado de Dios los exhortó a convertirse: “Si no me seguís, el Señor del cielo y de la tierra enviará un rey valeroso, prudente y poderoso, que caerá sobre vosotros como un torrente despeñado de los montes, destruyéndolo todo y reduciendo a la esclavitud a vuestras mujeres e hijos.” Ya muchos afilaban árboles para empalar al profanador del santuario, cuando un noble, *Buto*, exclamó: “ Muchas veces vienen a nosotros enviados de los normandos, eslavos y frisios; según antigua costumbre, los recibimos en paz, los escuchamos y los despedimos con presentes. ¿Mataríamos ahora al enviado de un Dios? Estas palabras salvaron a S. Lebuin; los sajones le dejaron marcharse, pero sus palabras se realizaron por manera tremenda.

En primavera de 772 el rey Carlos celebró su *Campo de Mayo* en Worms, esto es: la Dieta del Imperio, y comenzó la primera cruzada¹³. Con el ejército iban obispos y predicadores; y el rey, llamado *doctor fideique minister*, pasó el Rhin, avanzó hacia el Lippe y derechamente contra el *Eresburgo (Stadbergen)*, sitio igualmente

¹² Lebuini, Vita, cap. 12. En Pertz, loc. Cit. Pág. 360; ed, Migne, CXXXII, págs.. 888 s.

¹³ El Campo de Mayo (Campus madius) sustituyó seguramente ya en tiempo de Pipino en lugar de Campo de Marzo (Campus Martis). Pero no se puede señalar una fecha determinada, como formal decreto tocante a esta traslación. La necesidad de semejante retardo de la asamblea del reino, nació no solo de consideraciones militares sino acaso más todavía del crecimiento de las relaciones diplomáticas con otros estados. Los enviados extranjeros se debían recibir en la asamblea del reino, más no podían atravesar los Alpes en invierno. Cf. Oelsner, loc. Cit. Págs.. 264, 295 ss y 447 ss. Pero el Campo de Mayo no se tenía solamente en Mayo, sino, según las circunstancias en la época entre Mayo y Agosto.

fortificado por la Naturaleza y por el arte, ciudadela y santuario de Westfalia. En la cumbre del monte estaba la famosa Irminsaule¹⁴. Los francos tomaron por asalto el Eresburgo tras una lucha terrible, destruyeron el templo, quemaron el sagrado bosque y derribaron el ídolo. Carlos avanzó hasta el Weser, los westfalianos se sometieron, dieron doce rehenes y recibieron sacerdotes.

Desde el Weser corrió Carlos a Italia pasando los Alpes; nuncios del Papa le conjuraron, *por* la memoria de su padre, que emprendiera una expedición militar a Italia, para salvar a Roma de los lombardos.

Expedición a Italia

Esteban III no vivía ya; *Adriano I*, varón igualmente distinguido por el nacimiento, la elegancia y nobleza de ánimo, adornaba la Sede romana con sus virtudes desde 772; urgía el cumplimiento del tratado que Desiderio había ajustado. Este, al contrario, exigía que el Papa ungiera a los hijos de Carlomán, con los cuales había huido a él su madre, Gerberga. Con esto esperaba vengarse de Carlos por el repudio de su hija, y promover una rebelión en su propio país. El Papa se negó a ungir a los niños; el jefe del partido lombardo en Roma, Paulo Afiarta, fué preso y ajusticiado por un asesinato. Entonees se encendió la ira de Desiderio¹⁵, ocupó las Marcas, las ciudades de Sinigaglia, Montefeltro, Urbino y Eugubium, penetró en Etruria y juró que avanzaría contra Roma con todo su ejército. El Papa se mantuvo firme como una roca, e hizo tapiar algunas puertas de Roma y cerrar otras.

Pero ya se acercaba Carlos. Después que Desiderio hubo rechazado una contribución de 14,000 sólidos, para que se retirara, Carlos juntó un ejército en Ginebra en Septiembre de 778. Su tío Bernharo pasó por el San Bernardo, que de él tomó su nombre; el mismo Carlos pasó por el Monte Cenis. Los pasos de Susa estaban cerrados y se confiaba en detener a Carlos, pero un terror pánico se apoderó de los lombardos cuando Bernharo bajó por el valle de Aosta, y los amenazo por la espalda. Desiderio perseguido por los francos, se metió en la fortaleza de Pavía con parte de su ejército¹⁶; su hijo Adalgiso (“noble lanza”) se encerró en Verona, con la viuda y los hijos de Carlomán y el Duque franco Otger¹⁷. Carlos cercó a Pavía, y con una parte del ejército se dirigió contra Verona. La ciudad se rindió. La

¹⁴ “Simulacrum enius similis factura columna” dice el poeta Saxo, *Vita Caroli*, págs. 64 ss; ed. Migne, XCIX, pág. 687. “Universalis columna quasi sustinens omnia”. Lo declaró Rodolfo de Fulda en *Transi. Alex*, cap. 3. Pertz, loc. Cit., II, págs.. 673-81. ¿Es una figura bélica de Odín, o un monumento de la victoria de Arminio sobre los romanos?

¹⁵ Einhardi, *Vita caroli*, cap. 6; *Annales ad. 773*. *Vita Hadriani*, ed. Migne, n. 302 s págs.. 1171 s.

¹⁶ Einhardi, *Annales ad 773-774*.

¹⁷ Del cual nació el héroe romántico Oger el Danés.

viuda de Carlomán y sus hijos acabaron en la quietud de un monasterio. Otger se hizo monje en St- Jaron de Meaux; pero Adalgiso logró huir a Constantinopla. Carlos se volvió contra Pavía. El cerco de la ciudad se prolongo desde Diciembre hasta Junio de 774.

Entre tanto, por Pascua Carlos emprendió una peregrinación a Roma; con brillante comitiva llegó ante la Ciudad eterna el sábado santo (2 de Abril de 774), recibido por todas las banderas de la milicia, y por las corporaciones ciudadanas; la juventud, los estudiantes, salieron a su encuentro con ramos de palma y olivo; los romanos clamaban: “¡Salud al rey de los francos y defensor de la Iglesia!” El rey se dirigió a pie a la Iglesia de San Pedro, donde el Papa le esperaba en las gradas del pórtico. Papa y Rey se abrazaron y de la mano derecha del Sumo Sacerdote el joven monarca entró en la iglesia, mientras resonaba el cántico: “*Benedictus qui venit in nomine Domini*”

El héroe franco visitó luego la Ciudad de Roma, que presto debía volver a ver como primer Emperador romano germánico. Continuaba siendo la Ciudad de las maravillas, aunque en el decurso del tiempo habían caído en ruinas tantos edificios magníficos. Había sido el centro de los anhelos de los pueblos, y cada año acudían allá innumerables peregrinos para conocer a la Madre de la Humanidad. “El objetivo de aquellos romeros, dice Gregorovius¹⁸, era un sepulcro; su premio, una oración pronunciada ante él, una reliquia de los santos y la esperanza de la gloria celestial. Cuando aquellos peregrinos se hallaban a vista de Roma, se arrodillaban como ante un Edén de todos los bienes, y con himnos ascendían a la Ciudad para buscar los hospicios de peregrinos de su nación, donde hallaban albergue, sacerdotes y paisanos que hablaban su idioma y les servían de guías en la visita de las iglesias principales y en la de las catacumbas. Al regresar a su patria, se convertían en otros tantos misioneros de Roma.” Ya entonces había allí colonias de extranjeros, o *schola* de sajones, francos, longobardos y frisios. A la verdad, no era ya el antiguo pueblo romano, sino un pueblo mixto, como lo manifiesta claramente la degeneración del lenguaje. No era ya el asiento de la poesía; la musa latina sólo se ejercitaba en escribir epitafios; no había ya Senado, aunque sí Cónsules, pero este título no era ya más que un título honorífico muy extendido. ¡Con qué sentimientos admiraría Carlos aquella Roma y recorrería los sitios de las más célebres hazañas, y con qué ojos admirarían los romanos su talla heroica y sus paladines, vestidos de hierro! Todavía cubierto del polvo de las batallas, buscaba ya hombres eruditos, buenos cantores y libros raros.

¹⁸ Gregorovius, Historia de la ciudad de Roma, II, pág. 20°.

Los días de la Pascua pasaron entre fiestas; el miércoles, 6 de Abril, el Papa recordó en la Iglesia de San Pedro la Donación de Pipino, que Carlos no sólo confirmó sino amplió. La nueva donación parece no haber contenido sólo el territorio de la costa marítima entre Luna y Sorano, Montebardone, Bercetum. Parma, Regio, Mantua, Monselice, sino también la isla de Córcega, todo el Exarcado de Ravenna, las Provincias de Venecia e Istria y los Ducados de Spoleto y Benevento¹⁹.

Carlos conservó, no obstante, el protectorado sobre aquellas provincias, y bajo el título de *patricio* de los romanos ejerció la jurisdicción suprema en Roma, en el Ducado y en el Exarcado; pero el Papa era señor de Roma y de la *republica romana*, Carlos era su protector armado y juez supremo. Una amistad íntima unió desde entonces a Carlos con Adriano, y cuando éste murió en 795, Carlos le lloró como si hubiera perdido a un fiel hermano, y una inscripción sepulcral, compuesta por Carlos, en primorosos versos latinos, adornó desde entonces el sepulcro del Papa.

Carlos regresó al cerco de Pavía, cuya guarnición había sufrido indeciblemente por el hambre y el tifus. Los caudillos de los lombardos negociaron con él y le abrieron sus puertas; Desiderio con su familia fué entregado, y primero llevado al monasterio de Lieja, luego al de Corbia, donde pasó el resto de sus días en ayunos, oraciones y buenas obras.

Todos los lombardos se sometieron; Carlos, por su parte, les dejó sus posesiones, con cargos honoríficos y su derecho nacional; no fué más que un cambio de dinastía. Carlos tomó el título de rey de los lombardos (Junio de 774)²⁰ y dejó en Pavía una guarnición francesa.

Mientras los francos peleaban con Lombardía se habían vuelto a levantar en armas los sajones, y se habían lanzado contra Frisia y Hesse.

Con la rapidez del águila acudió Carlos (774). Las cuatro divisiones de su ejército no dejaron un punto de reposo a los sajones. En 775 pasó el Rhin por Colonia, tomó a Siegburg y restableció Eresburgo, arrasado por los sajones; luego se dirigió hacia el Weser, forzó el paso y penetró hasta el Ocker. Los de Ostfalia se hicieron de someter y dar rehenes. Luego se dirigió Carlos al NO. y forzó también a rendírsele

¹⁹ Según Anastasio el tenor de este documento de donación muy discutido, que se perdió, era el siguiente: "A Lunis eum Insula Corsica, deinde in Suriano (hoy Sarzana), deinde in monte Bardone, deinde in Verceto, deinde in Parma, deinde in Regio, et exinde in Mantua, atque in monte Silicis, simulque et universum Exarchatum Ravennatum, sicut antiquitus erat, atque provincias Venetiarum et Istriam, nec non cunctum ducatum Spoletinum et Beneventianum" *Vita Hadr.*, c. 42. ed. Migne, CXXVIII, n. 318, pága. 1179 s.

²⁰ El primer documento de Carlos fechado en Pavía, procede del 5 de Junio de 774.

los Engern; después se lanzó contra los westfalianos, que por un ardid de guerra habían aniquilado una parte de su gente que había quedado en el campamento, y asimismo los obligó a darle rehenes. En la ulterior ejecución de sus planes le interrumpió el clamor de Adriano pidiéndole auxilio²¹.

Nuevas guerras en Italia, España y contra los Sajones

Toda Italia estaba en movimiento. Muchos nobles lombardos se arrepentían, de haber dejado a Desiderio en el atolladero. Se acordó una unión para restablecer el Reino de los lombardos, entre el Duque Arichis de Benevento, Hildebrando de Spoleto, Reginaldo de Chiusi, Hrodgaud de Friul y el fugitivo Adalgiso, y esta alianza fué favorecida por la Corte de Bizancio, envidiosa de los éxitos francos²². En Marzo de 776, Adalgiso debía desembarcar a la cabeza de un ejército griego, y los dichos Duques, así como el arzobispo de Ravenna, le habían de ayudar a recobrar el trono de su padre. Mas el plan fracasó, por la ambición de *Hrodgaud*, la vigilancia de Adriano y la rapidez de Carlos. Hrodgaud en otoño de 775 se lanzó ya a la liza, y parece haber pretendido para sí la corona real. Carlos no aguardó sus tropas, sino, con maravillosa velocidad, en medio del invierno se arrojó, con las gentes que le rodeaban, a través de los Alpes, contra Treviso y Friul. Esta plaza fue tomada por asalto, Hrodígaud cayó en la pelea; Treviso, defendida por Stabilin, suegro de Hrodígaud, fué entregada antes de Pascua de 776 (14 de Abril). La ruina de Hrodgaud dispersó a los demás. Adriano defendió la Campania, la flota griega no compareció, probablemente por la muerte de Constantino V, que ocurrió el 14 de Septiembre de 775.

Entonces Carlos suprimió también la constitución del Estado lombardo, dividió los Ducados en Condados menores, introdujo la constitución comunal franca, y puso como guarniciones soldados francos en todos los puntos militarmente importantes. Los lombardos perdieron las prerrogativas que hasta entonces gozaban sobre los italianos.

En Agosto de 776, Carlos volvió a celebrar el Campo de Mayo, o Dieta imperial en *Worms*²³. De nuevo se hubo de dirigir contra los sajones; los cuales habían quebrantado su juramento y forzado a las guarniciones francas a entregarles el Eresburgo, y acampaban ante Siegburg. Carlos acudió con todas sus fuerzas, pero no halló sino suplicantes; los sajones no aguardaron a que se trabara una lucha, sino

²¹ Alberdingk-Thijm, Carlomagno, pág. 147 ss. Y 332 s Gravenhage, 1867. Einhardi, Annales ad 774-776.

²² Einhardi, Annales ad 776. Cod. Carolinus, N° 58; ed. Migne, XCVIII, págs., 299-392.

²³ Abel Simson, op. Cit., 2° ed., I, pág. 261, Leipzig, 1888.

se le sometieron en las fuentes del Lippe. La Dieta del verano de 777 se celebró en *Paderborn* (Pthalbrunn) y se presentaron allí muchos sajones, y con blancas vestiduras bajaron a la pila bautismal mientras resonaban cánticos cristianos. Sólo Widukindo, temiendo el enojo del rey, se había refugiado junto al rey danés Sigfrido²⁴.

Carlos desplegó gran pompa; en su comitiva se veía ahora, en los bosques del norte, hasta *scheiks* árabes con sus blancos albornoces. El Walí de Zaragoza, *Soliman Ibn al Arabí*, ofreció a Carlos su sumisión, si le amparaba contra el Emir de Córdoba Abderramán, del cual se quería hacer independiente, junto con el Walí de Pamplona y otros, bajo la soberanía de Carlos. Este asió ávidamente la ocasión para dilatar hasta el Ebro las fronteras de su Imperio, sobre todo porque los cristianos de la Península le pedían asimismo su auxilio, y en 778 emprendió una *expedición a Espana*²⁵.

En dos puntos pasó los Pirineos en Abril de 778; Pamplona se entregó; delante de Zaragoza se reunieron los dos ejércitos francos, pero no pudieron tomar la ciudad. Por las fuentes arábigas se sabe ahora²⁶ por qué la expedición prudente y osadamente proyectada por Carlos, no alcanzó su objetivo, y Abderramán escapó al mayor peligro. Uno de los conjurados desembarcó demasiado pronto con bereberes que había reunido para el levantamiento en Africa, y como Ibn al Arabi se negó a ir en su auxilio, alegando que debía aguardar en el norte a Carlos; él se creyó traicionado, volvió sus armas contra él y cayó bajo el puñal de un asesino. El tercer cabecilla, *Abu Aswad*, sólo apoyó a Carlos débilmente. Al Arabi se mostró activo, pero no pudo vencer la aversión de sus correligionarios a los francos, cuando les exigió que les entregaran a Zaragoza. El arte de los sitios se hallaba todavía en su infancia.

Noticias de otro levantamiento en Sajonia llegaron a oídos de Carlos, por lo cual se contentó con un tributo y rehenes, que le dieron los Walíes de Zaragoza, Pamplona, Jaca y otros, y salió de España²⁷. El ejército se retiró por los pasos de Engui, Erro y Roncesvalles.

En este paso la retaguardía de *los francos* fué destrozada. Einhard atribuye aquel desastre a la deslealtad de los vascos²⁸: “Pues cuando el ejército marchaba en largas

²⁴ Einhardi, Annales ad 777.

²⁵ Ibi. Ad 778.

²⁶ Akhbar Madschmua, en Dozy, Historia de los moros en España, I, págs.. 238-241. Vease otra versión del suceso, supra, pág. 717.

²⁷ Einhardi, Annales ad 778.

²⁸ Einhardi, Vita Caroli, cap. 9. Menéndez pidal, R. Roncesvalles (Rev. De Filología Esp., 1917).

haces, cual lo exigía lo estrecho del sitio, los bascos, de lo alto de los montes (*Altabiscar*) se habían puesto en acecho y atacaron los equipajes, pues aquel sitio es muy a propósito para una celada por los numerosos y espesos bosques de aquella comarca; atacaron toda la retaguardia, la arrojaron al valle y los acabaron hasta el último, robaron los equipajes y luego se dispersaron por los montes, amparados por la noche que venía. Ayudóles en aquel lance la ligereza de sus armas y la naturaleza del sitio; mas los francos estaban impedidos por el peso de sus armas y lo desfavorable del lugar. En aquella pelea cayeron Eggihard, trinchante del rey, Anselmo, Conde Palatino, y *Rolando* (Hruodland), comandante de la Marca de Bretaña, con muchos otros. Este es el único pasaje acerca del valiente Roldán, tan celebrado por las leyendas, y héroe favorito de la Edad Media; el Aquiles cristiano, el cual, según los cantares, no sucumbió entre *los* vascos, sino peleando con los sarracenos. Por lo demás, continúa siendo el héroe de aquella infausta jomada. El canto de *Altabiscar*²⁹, que se pretendió proceder del siglo IX o X, no es más que una moderna falsificación.

Entre los Condes que Carlos estableció a su vuelta en Aquitania, hallamos otro nombre celebrado por la leyenda, el de Haimon, Conde de Albi.

Carios se dirigió en seguida otra vez hacia el norte. A la noticia de que el rey de los francos peleaba en España, la juventud guerrera de los sajones se había vuelto a levantar al mando de Widukind; habían conquistado las fortalezas junto al Lippe y esta vez lograron adelantarse hasta el Rhin: todo el territorio desde Deutz hasta Coblenza fué terriblemente devastado; no sólo fueron quemadas las iglesias sino también las aldeas, y los habitantes fueron acuchillados sin consideración a sexo ni edad. Entonces llegaron *en* rápidas marchas los alamanes y *los* francos de Austrasia. Derrotaron a los sajones en Battenfeld (o Leisa), y en 779 Carlos derrotó a los sajones en Bocholt. Widukind volvió a huir al norte, toda Westfalia se sometió. En Lippspring, Carlos celebró el Campo de Mayo de 780, luego pasó el Weser y el Ocker y llegó hasta el Ohre. En todas partes se sometieron los Engers y los Ostfalios, y se dejaron bautizar, pero tenían a Cristo en los labios y en los corazones a Odín. Los bienes de los caídos en la guerra fueron en parte destinados a las iglesias, y por todas partes se predicó la nueva fe³⁰. En Diciembre de 780 hallamos a Carlos en Pavía, ocupado en la ordenación del Imperio. De los tres hijos que le había dado su amada Hildegarda, Carlos debía ser su sucesor, Pipino debía gobernar

²⁹ Esta canción vascuence dicese ser del siglo nueve o diez. Montglave en “Journal del Institut historique”, I, págs.. 176-179. Henri Martin, Hist. De France, II. Eclaircissement, II, págs.. 550-552.

³⁰ Einhardi, Annales ad 778-780. Acerca de los sínodos de Düren y Lippstadt, cf. Hefele, Historia de los Concilios, IV, págs.. 623-625.

a Italia y Luis en Aquitania, con título de reyes. En Pascua de 781 el Papa Adriano ungió por reyes a ambos jóvenes. Al mismo tiempo Carlos quiso oponerse en Italia a la polínica de los griegos, que se habían apoderado de Terracina.

Se entablaron negociaciones, y *Rotrude*, hija de Carlos, de 8 años de edad, fué destinada para esposa del joven heredero de la Corona bizantina, Constantino VI, y un griego, Eliseo, fué a la Corte de Carlos para instruir a la pñnceea en el griego hasta su edad núbil. En su regreso desde Italia, Carlos dejó a Pipino en Pavía, y a Luis, que tenía tres años, le envió a Tolosa, para presidir allí al gobierno y dar a ambos países una apariencia de libertad nacional³¹.

En 782 comenzó de nuevo la guerra contra los sajones con inaudita violencia, aun cuando precisamente entonces Carlos se creía seguro de la fidelidad del pueblo sajón. Con esta creencia llegó hasta reclutar un ejército en Sajonia, para que éste, unido con otro franco, castigara a los *Sorbes* eslavos por una irrupción predatoria en Turingia y Sajonia. Ya el ejército franco se hallaba en terreno sajón al mando de Adalgiso, Geilo y Worad cuando estalló la sublevación que había sido preparada con el más profundo secreto. Widukind había regresado, y la juventud se levantó en favor de sus antiguos dioses y de su libertad; en todas partes los sacerdotes cristianos fueron expulsados o muertos.

Un contomporáneo dice: “Los sajones tienen un corazón de hierro; en la derrota, no admiten ningún reposo, y cuanto más los oprime la guerra tanto más se redobra su astucia y su fiera valentía, la desgracia les comunica nueva vida y los excita a la venganza.”. Entonces las tropas francas se dirigieron contra los sublevados; en el monte Suental, junto al Weser, sufrieron una terrible derrota. Las pérdidas de los francos fueron inmensas, principalmente cayeron muchos nobles, entre ellos Geilo y Adalgiso. Entonces llegó el mismo Carlos, y aunque los sajones acababan de vencer, no se atrevieron a sostener su ataque. Widukind huyó al norte.

Pero esta vez, Carlomagno se vengó por la sangre de sus sacerdotes y guerreros. Convocó a los sajones en Verden, amenazó aniquilar todo el pueblo con hierro y fuego si no le entregaban a los que habían tomado parte en el crimen de Widukind³². Le llevaron 4,500 sajones y Carlos los hizo condenar como traidores por los caudillos de su propio pueblo, y sin misericordia los hizo decapitar a todos en un mismo día. El dolor de la muerte de sus guerreros y sacerdotes extravió a Carlomagno. La medida era al propio tiempo cruel e impolítica. Después de un

³¹ Einhardi, Annales ad 781.

³² Einhardi, Annales ad 782.

corto atolondramiento, se encendió la desesperación ferozmente; un grito de horror recorrió todo el Norte. Hasta los frisios se levantaron ahora por la tribu hermana tan maltratada, expulsaron o asesinaron a los sacerdotes, quemaron las iglesias y devastándolo todo avanzaron hasta Utrecht. Los sajones llamaron de nuevo a Widukind y se levantaron en masa; no se dió ni se pidió gracia. Separándose del cadáver de Hildegarda, que murió el 30 de Abril de 783, Carlos corrió a la guerra; con todo el ejército franco pasó el Rhin y encontró a los sajones en el monte Osnengi, en el sitio que se llamaba Theotmali (hoy Detmold), donde lo aguardaban con la sombría gravedad de la muerte. La matanza fué horrible y la victoria indecisa. El rey dió descanso a sus gentes y llamó refuerzos³³. Después de un mes se dió la batalla decisiva en *Osnabrück*, junto al Hese, en un sitio que en la Edad Media se llamaba Schlachtvörderberg (hoy La Clus). Esta vez Carlomagno venció enteramente, los sajones sufrieron terribles pérdidas. El vencedor pasó el Weser y se dirigió hacia el Elba, devastándolo todo en su camino, pero nadie se le sometió. Carlos pasó el invierno en Worms, y abrió la campaña en primavera de 784 desde Turingia. Hasta el Elba se devastó todo. Sólo el joven Carlos obtuvo una pequeña victoria. El rey acordó acabar la guerra a toda costa. El invierno de 784 a 785 permaneció en Eresburgo, mientras sus cohortes llevaban a todas partes la muerte y el incendio. En otras ocasiones Sajonia se reparaba en invierno de las pérdidas de la campaña del verano; pero esta forma de guerrear quebrantó sus fuerzas.

Tambiéu Widukind, que se mantenía en los cantones del norte del Elba, perdió la confianza en sus dioses y la esperanza del éxito; accedió a entrar en negociaciones, y con Abbio llegó el verano de 785 a Carlomagno en la villa Attigny junto al Aisne y abrazó el Cristianismo. Carlos fué su padrino en el bautismo y le honró con espléndidos regalos³⁴. Alegrementemente daba Carlomagno noticia de ello al Papa Adriano I; el Papa ordenó tres días de procesiones³⁵. En general se sintió que la causu del Cristianismo había dado un paso hacia adelante y el nombre de Widukind vivió mucho tiempo en los cantares. Siempre había vencido, pero nunca a Carlomagno; con él su pueblo había perdido el caudillo más capaz, y la fuerza de su resistencia quedaba quebrantada.

En adelante, se reunieron en una misma Dieta los francos y los sajones. (*Capitulatio de partibus saxoniae*). Probablemente ya en la Dieta de Lippspring³⁶ de 782 se dieron terribles leyes para represión del paganismo, como, vgr., que, en adelante,

³³ Ibidem 783.

³⁴ Einhardi, Annales ad 784-785.

³⁵ La carta que se pretendía haber escrito Carlos a Offa de Mercia, ha resultado una falsificación. Abel Simson, loc. Cit., I, pág. 501.

³⁶ Walter, Corp. Jur. Germ., II, pág. 104-119. Pertz, loc. Cit., III, pág. 49. Abel Simson, loc. Cit., I, págs.. 417-423.

todo sajón que se ocultara para sustraerse al bautismo, debía morir; asimismo el que comiera carne en los días de abstinencia, y el que, según el uso pagano, quemara el cuerpo de un difunto. Todos sin excepción: nobles, libres y siervos, debían dar a los sacerdotes e iglesias el diezmo de sus haciendas así como de sus jornales. Los sajones debían presentarse en los Campos de Mayo de los francos; en su propio país sólo se podrían congregarse bajo la presidencia de los missi *dominici*. La Iglesia reprobó esta severidad; sobre la apostasía debía juzgar el obispo y éste no podría pronunciar una sentencia cruenta. También Alcuino³⁷ amonestó al rey, que la fe no podía meterse por fuerza, y Carlos escuchó tales advertencias. En 797 se expidió una nueva ordenación en la que no hay ninguna de las anteriores medidas de rigor.

Si los sajones hubieran podido prolongar un año más su resistencia, la situación de Carlomagno hubiera sido difícil. En Turingia había grande efervescencia ya en 785; algunos nobles se conjuraron para asesinar al rey, y en 786 fué necesaria una expedición a Turingia para mantener la tranquilidad. El duro tratamiento de los conjurados se atribuye a la influencia de la orgullosa y sanguinaria *Fastrada*, nueva esposa de Carlos (desde Octubre de 783). El mismo año (786) se sometieron los Walíes de Gerona y Urgel, y los Bretones fueron, sometidos a la obediencia³⁸.

En 786 Carlomagno se dirigió a Italia contra *Arichis* de Benevento, el cual dominaba casi la mitad del futuro Reino de Nápoles. Intimidado por la aproximación del rey, el Duque no aventuró la guerra, ofreció su sumisión, pagar un tributo y dar sus hijos en rehenes. Después de una breve estancia en Roma en 787, Carlos regresó al Norte³⁹.

Tasilón de Baviera

Una nueva guerra amenazaba en el Oriente del Imperio. *Tasilon*, Duque de Baviera, era ya hacía tiempo sospechoso para Carlomagno. Cuando en 748 sucedió a su padre Odilón, no tenía más de 6 años de edad, y era incapaz de oponerse a la soberanía de Pipino, y en 756 tomó parte en una expedición de éste contra Aistolfo. Pero súbitamente en 763 dejó al rey Pipino en el atolladero en una guerra contra Aquitania, y el rey, por otras complicaciones, no se halló en estado de humillar al desobediente. Sólo en 769 se produjo una aproximación entre Tasilón, esposo de la princesa lombarda Liutberga, y el rey Carlos, que entonces pretendía a su hermana Desiderata. Según parece, Tasilón miró tranquilamente el destronamiento de su suegro Desiderio (774); en 778 hasta tomó parte en la expedición a España, y en

³⁷ Alcuin, Epist., 36, además, ep. 33, 42, 87 y 96 en ed. Migne, tomo C.

³⁸ Einhardi, Annales ad 785. Abel Simson, loc. Cit., I, 520-529; además págs.. 509-511.

³⁹ Einhardi, Annales ad 786. Abel Simson, loc. Cit., I, págs.. 541-576.

781 renovó el juramento de vasallaje en la Dieta de Worms; a la verdad, por un serio apremio de parte de Carlos y del Papa Adriano I.

Entre tanto, Tasilón trabajaba fervientemente para su propio robustecimiento. Ya en 772 logró someter a los eslavos de los Alpes; con los ávaros entabló relaciones pacíficas. Por razones políticas favorecía las misiones cristianas: una serie de monasterios e iglesias nacieron entonces en suelo bávaro, Tasilón mismo fundó a Innichen, en el valle de Puster (769) y Kromsmunster (777). También las relaciones jurídicas, así en materia secular como eclesiástica, fueron mejor ordenadas por una serie de disposiciones, y luego coleccionadas como Leyes de Tasilón⁴⁰. En medio de todo esto no se podía desconocer la pretensión a la independencia, y debía llegarse a rozamientos y finalmente a una guerra decisiva.

Einhard, en su “Vida de Carlo Magno”⁴¹ dice: “La guerra bávara fué ocasionada por el orgullo y la falta de entendimiento del Duque Tasilón; por consejo de su esposa Liutberga, hija del rey Desiderio, la cual creía poder vengar a su padre por medio de su marido, ajustó una alianza con los ávaros, vecinos orientales de los bávaros, y se atrevió no sólo a dejar sin cumplimiento las órdenes del rey, sino también a provocarlo a la guerra. El rey, con su alto sentido, no toleró la pertinacia de Tasilón, pues le parecía pasar de la raya; empleó todas sus tropas para la expedición a Baviera, y él mismo, con un gran ejército, se presentó en el Lech, río límite entre los bávaros y los alamanes.” Tasilón hubiera debido cumplir con su obligación de acudir al ejército, o ir en auxilio de los sajones, pero ahora su resolución vino tardía. En Agosto de 787 se hallaban en movimiento tres grandes ejércitos. Pipino traía uno desde Italia, por el valle del Ádige; Sajonia y Turingia venían por el norte, Carlos por el oeste. Tasilón hubiera podido sostener la guerra hasta la llegada de los ávaros, pero sus barones estaban exasperados por su alianza con los paganos. Entonces Tasilón perdió el ánimo, se entregó humildemente al rey (30 de Octubre de 787), dió los rehenes que se le exigieron, entre ellos a su hijo Theodo, y juró no dejarse seducir por nadie. Los bávaros prestaron a Carlos el juramento de fidelidad; cuando Tasilón se presentó en la Dieta de Ingelheim en 788, los bávaros mismos se volvieron contra él y probaron que de nuevo había enviado mensajeros a los ávaros, a persuasión de su esposa Luitberga, y que había declarado, excitando a sus barones a rebelarse contra Carlos, que prefería perder la vida con sus seis hijos, que ser vasallo de Carlos. Tasilón confesó el delito de *karisliz* (alta traición) de 763 y fué condenado a muerte por los presentes. Pero el rey le hizo gracia de la vida y le mandó rapar como monje (6 de Julio). La esposa del Duque y

⁴⁰ Abel Simson, loc. Cit., I, págs. 52 ss.

⁴¹ Einhardi, Vita Caroli, cap. 11.

sus hijas tomaron el velo, sus hijos fueron puestos en varios monasterios, Tasilón acabó en el monasterio de Jumieges o Lorsch, junto a Worms⁴².

Así se extinguió el linaje de los *Agilulfingos*. El último Ducado alemán, Baviera, dejó de existir, y fué dividido en Condados; lo cual fué una felicidad para la causa de Alemania: Baviera, separada del Imperio, hubiera sucumbido a los eslavos, el Imperio sin Baviera no se hubiera podido extender a lo largo del Danubio. Como Conde supremo en Baviera fué puesto Geroldo, hermano de Hildegarda.

Guerra contra los Avaros.

Pero la mina que había encendido Tasilón estalló. Un ejército de ávaros invadió a Baviera en 788, otro invadió el Friul. El príncipe lombardo Adalgiso desembarcó en Calabria con una flota bizantina. Pero los bávaros rechazaron a los ávaros; Pipino derrotó el ejército que había invadido el Friul, y el hijo de Arichis, *Grimoaldo*, peleó con los lombardos contra Adalgiso, que cayó en la pelea, y contra los griegos (788).

El año 789 se hizo una expedición contra los eslavos⁴³ en el actual Mecklemburgo, los cuales se llamaban en el idioma de los francos, *wiltes*, y en el suyo propio, *wolatabes*. Habían inquietado con sus continuas irrupciones, a los *obotrites*, que estaban aliados con los francos, y ningún mandamiento había bastado para hacerlos desistir de ello. Por muy belicosos y numerosos que fueran los *wiltes*, en una sola campaña sucumbieron ante Carlomagno, el cual avanzó hasta el Peene; y fueron tan enteramente sojuzgados que ya no se atrevieron a volver a resistir a los mandamientos de Carlomagno.

En 791 se hicieron armamentos para la guerra contra los ávaros, a los cuales se debía castigar por sus fechorías, sobre todo por cuanto las negociaciones sobre la rectificación de fronteras no condujeron a ningún resultado. Esta guerra fué la más importante después de la sajona. Toda Europa estuvo en movimiento, las fuerzas del inmenso Imperio se concentraron todas contra los ávaros⁴⁴.

Un ejército de sajones, turingios, francos y frisios, se dirigió a la orilla izquierda del Danubio, por Bohemia, al mando del Conde Teodorico; por la orilla derecha bajó Carlomagno, mientras la flota bávara llevaba las vituallas para el ejército. De Italia acudió Pipino con los lombardos, con los cuales obtuvo la primera victoria el 23 de Agosto. Carlos recibió la noticia de estas ventajas en el Enns, frontera de los ávaros,

⁴² Einhardi, Annales ad 787 et 788. Abel Simson, loc. Cit., I, pág. 627.

⁴³ Ibidem ad 789.

⁴⁴ Einhardi, Vita caroli, cap. 13; Annales ad 791 et 793. Pertz, Monum., I, pág. 179.

y el ejército se preparó para la lucha con ayunos, oraciones y procesiones de rogativas, Carlos conquistó luego las primeras trincheras de los ávaros, junto al Kamp, y otras en Comagene (junto a Klosterneuburg). Los ávaros opusieron pequeña resistencia, se entregaron o huyeron donde se presentó Carlos o su ejército, o fueron derrotados. Luego se recorrió el país assolándolo hasta la desembocadura del Raab en el Danubio; pero todavía no estaba conquistado. Se acercaba el invierno, caía abundante lluvia y los caballos se morían. Carlos se retiró a Ratisbona⁴⁵, el ala izquierda se encaminó hacia el norte.

El año siguiente, 792, produjo para Carlomagno un nuevo peligro.

Pipino, un hijo que le había dado Himiltrudis, se conjuró con varios Grandes francos, irritados por el orgullo y crueldad de la Reina Fastrada; pero la conjuración fue descubierta; Pipino acabó su vida en el monasterio de Prüm (811)⁴⁶.

También los sajones se volvieron a sublevar, y aniquilaron una división del ejército franco en 792, y al sur, Grimoaldo, Duque de Benevento, aliado con los griegos, procuraba hacerse independiente. Con los sajones se negoció. Grimoaldo fue obligado a la obediencia por Pipino y Luis. Al año siguiente, 793, Carlos intentó enlazar el Danubio con el Rin, excavando un canal entre el Redniz y Altmühl, para acelerar el comercio con la nueva parte oriental del Imperio. El canal tenía 300 pies de ancho, y ya se habían excavado 2,000 pasos, pero obstáculos naturales, continuas lluvias, y lo pantanoso del terreno, impidieron la ejecución de este grandioso plan, para cuya realización aquella época no tenía todavía medios.

El mismo año de 793 se peleó en España. El Emir *Hischem* de Córdoba procuró encender de nuevo la guerra santa contra los cristianos; atacó a Asturias y la frontera francesa; los árabes pasaron los Pirineos, y cerca de Narbona se dió una sangrienta batalla. Pero cuando se acercaba el ejército de los francos, los árabes se retiraron, llevándose copioso botín.

Por el mismo tiempo llegaron malas noticias de Sajonia, donde los Condes del rey, obispos y sacerdotes, habían sido expulsados o muertos, los ídolos erigidos de nuevo y se habían ajustado alianzas con los ávaros y eslavos. En 794 dos ejércitos se dirigieron contra los sajones, los cuales se habían congregado en Sintfeld, cerca de Paderborn; pero ya no se llegó a dar una batalla. Los sajones perdieron el ánimo, se dieron por vencidos sin pelear, juraron fidelidad y dieron rehenes; los sacerdotes

⁴⁵ Epist. CVaroli ad Pastradam reginam de vict. Avarica, ed. Migne, t. XCVIII, pág. 897.

⁴⁶ Ideler, Vita de Carlomagno, por Einhard, Introducción, original, explicación, págs.. 196-198, Hamburgo, 1839. Pertz, loc. Cit., II, págs.. 41, 754-755. ASbel Simson, loc. Cirt., II, págs.. 39-47.

y Condes volvieron, Carlotnagno usó una desacostumbrada blandura, aunque sin lograr resultado ninguno.

Cuando el año siguiente (795) el ejército reclutado entre los sajones debía dirigirse contra los ávaros, se negó. Entonces Carlos varió su plan y devastó Sajonia a hierro y fuego, dió orden a los obotrites de atacar por la espalda a los enemigos, y empleó medios decisivos contra el pueblo sajón. Según la relación de un contemporáneo, Carlos, para mantener la tranquilidad, se llevó de su patria una porción de sajones con mujeres e hijos, que trasladó a varias comarcas del Imperio, y repartió las tierras a sus fieles, clérigos y vasallos. Así se formaron los más de los lugares sajones en Alemania, vgr., Sachsenhausen, Grossachsen, Kleinsachsen, Sachsenfeld, etc. Algunos sajones se hallaron presto aclimatados en el fértil mediodía, que ofrecía ríos de vino, dinero y vestidos ricos.

El mismo año se reanudó la guerra contra los ávaros. El golpe que había recibido su poder había provocado discordias entre ellos. En luchas de partido fué asesinado *su* caudillo general, el Schakan, y una parte de los ávaros procuró unirse con el poder de los francos. Cuando Carlomagno, en su campaña contra los sajones, estaba en Luneburg, llegaron enviados de uno de los Príncipes secundarios de los ávaros, *Tudun*, y ofrecieron someterse y convertirse. De hecho, este Tudun y su comitiva fueron bautizados en Aquisgrán, y recibidos en la federación del Imperio ya en invierno de 795 a 796. Pero las otras tribus de los ávaros siguieron hostiles, y Erico de Friul se dirigió contra ellas en 795 unido con el Príncipe eslavo *Wonimir*, y después de violentos combates conquistó el gran recinto, o cerca de empalizadas y muros, principal baluarte de la nación, situado entre el Danubio y el Thais. Los tesoros que allí se encontraron fueron inmensos; fruto de latrocinios de muchos siglos⁴⁷. La abundancia de los metales preciosos hizo que en todo el Reino de los francos la plata perdiera un tercio de su valor. El año siguiente de 796, el rey Pipino con un ejército de lombardos, bávaros y alamanes, alcanzó nuevas victorias en el país de los ávaros, recibió el homenaje del Schakan recién elegido, destruyó enteramente su circuito y envió el resto de los tesoros de los ávaros a Aquisgrán. Los últimos movimientos de los ávaros fueron abatidos en 797 por Erico de Friul⁴⁸.

Einhard dice de esta guerra⁴⁹: "¡Cuántas batallas se dieron durante ella, cuánta sangre se derramó! De ello puede dar testimonio Panonia, des poblada del todo, y los sitios donde estaba entonces la ciudadela del Schakan tan desiertos ahora que no se puede descubrir en ellos vestigio alguno de habitación humana. Toda la

⁴⁷ Cf. Supra, págs.. 482 ss.

⁴⁸ Abel Simson, loc. Cit., II, págs.. 97-104, 117, 121-123 y 132.

⁴⁹ Einhardi, Vita Caroli, cap. 13. Carmen de Pipini victoria, pág. 35 de la edición escolar.

nobleza de los hunnos pereció en aquella guerra, toda su gloria se desvaneció. Todo el oro y los tesoros acumulados desde hacía largo tiempo, cayeron en manos de los francos, y en cuanto alcanza la memoria de hombres, en ninguna guerra se hizo un botín tan copioso. Pues mientras hasta entonces los francos casi podían llamarse pobres, hallaron ahora en la ciudadela regia tan grande cantidad de oro y plata, e hicieron en las batallas tan precioso botín, que se podía creer que los francos por derecho y justicia habían quitado a los hunnos lo que injustamente habían robado a los demás pueblos.”

En 803 se terminó la guerra contra los ávaros, pero también la exigencia de este pueblo. Ahora fueron oprimidos por aquéllos de quien habían antes sido opresores. En 805 pidieron protección contra los eslavos, y habitaciones entre Güns y Steinamanger. En 811, un ejército franco hubo de apaciguar su contienda con los eslavos: en 822 aparecen por última vez enviados ávaros en Francfort y ofrecen presentes. En adelante desaparecen entre los eslavos y francos inmigrantes. Un proverbio eslavo dice: “Han perecido como los ávaros, no se halla un primo suyo, ni un heredero, todos han muerto”⁵⁰.

⁵⁰ “Nestor” por Schlöger, II parte, pág. 117. Dümmler, Las marcas del Sureste, “Archivo para el conocimiento de las fuentes históricas de Austria, X, pág. 1-87.

La Marca Hispánica⁵¹

No parece probable que Barcelona y Gerona fueran ocupadas por los árabes mandados por Muza, sino más bien por su hijo Abdelazid, que llegó a la Narbonense (713-716). Se sabe de un Omaira, hijo de Almohachir, que vino con Muza y fué walí de Barcelona por los años 718-19. Mientras los árabes pelearon con los francos en Aquitania, hasta después de la batalla de Poitiers, fueron indudablemente dueños de Cataluña, si no es de alguno de los sitios más ásperas de sus montañas. El Sr. Codera asegura que la Cerdaña, Urgel y Pallars fueron asilo de los cristianos en la época de la invasión, aunque los árabes dominaron el Valle del Segre. El P. Villauueva habla ya del Príncipe *Quintiliano*, señor de Montgreny, muerto en 778, jefe indígena que se había mantenido ante los musulmanes. Hacia 819 eran independientes según Codera, los pueblos al norte de la línea formada por Tremp, Oliana, Solsona, Loadurs, Guixes, Cisguer, Gironella y Santa María de Merles.

En 778 Carlomagno pasó el Pirineo por dos partes; y la división de su ejército mandada por Guillermo de Tolosa que entró por el Rosellón, recibió los homenajes de los gobernadores de Gerona y Barcelona. En 785 quiso restablecer su autoridad en la frontera hispana y ordenó a los Condes limítrofes que sitiaran a Gerona, cuyo gobernador, Mohamed, después de haberle prestado homenaje, se había rebelado;

⁵¹ BIBLIOGRAFÍA: Diago, Fr. Francisco: Historia de los victoriosísimos Condes de Barcelona, Barcelona, 1603. Marca, Pedro de la, Marca Hispanica sive limes hispaniens, Paris, 1688. Pujades, Jerónimo de, Crónica universal del principado de Cataluña, Barcelona, 1609. Publicada en Barcelona en 1829-1832. Peña y Farrel, Narciso Feliu de la, Anales de Cataluña, 1700, 3 vols. Balaguer, Victor, Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón, Barcelona, 1862. Boro y fontestá, Antonio, Historia de cataluña, Barcelona, 1808. Aulestia, A., Historia de Cataluña, Barcelona, 1887-88, 2 vols. Bofarull y Mascaró, Próspero, Los Condes de Barcelona vindicados, Barcelona, 1836. Bofarull y Brocá, Antonio. Historia de Cataluña, 1876-78, 9 vols. Rubio y Ors, Joaquín, Consideraciones histórico-críticas del origen de la independencia del Condado catalán, 1886. Balari Jovany, José, Orígenes históricos de Cataluña, Barcelona, 1899. Baluze, Marca Hispánica sive limes hispanicus, Paris, 1688. Villanueva, Viaje literario a las iglesias de España, Madrid, 1806-51. Fita, P. Fidel, S. J., Los reis y la Seu de Girona, Barcelona, 1876. Massó Torrenta, J., Manuscrits catalans de la biblioteca nacional de Madrid, 1896. Botet y Sissó, Joaquín, Cartoral de carlesmany de la seu de Girona, Boletín de la Acad. De B. L. de Barcelona. Carolen, José, Documents historics catalans del s. XIV. Barrau-Dihigo, L., Fragments inédits des gesta Comitum Barcinonensium et Regum Aragoniae, Extr. De la revue Hispanique, t. X, Paris, 1902. Montsalvatge y Fossas, Francisco, Colección diplomática del Condado de besalú, Olot, 1901-6. Roig y Jalpi, Resumen historial de las grandezas y antigüedades de Gerona, Barcelona, 1678. Pi y Arimón, A., Barcelona antigua y moderna, 1854. Torrens Oriol, J., Barcelona histórica, 1908. Carreras y Candi, F., La ciutat de Barcelona, 1909. Morera y llaurado, Emilio Tarragona antigua y moderna, 1894. Martínez Mier, Julián, Memoria sobre la fundación y origen de la ciudad de la Seo de Urgel, Tortosa, 1884. Pella y Forgas, Historia del Ampurdan. O'Callaghan, Ramón, Anales de Tortosa, 1895. Serra y Vilaró, P. J., Historia de Cardona, 1906.

Gerona fué tomada por la cooperación de sus cristianos. Carlomagno expulsó a los musulimes y puso allí un Conde franco. En 796 Ludovico Pío y su hermano Carlos hicieron otra expedición por orden de su padre, en que hicieron prometer a Zeid, gobernador de Barcelona, que renovarí­a el juramento de fidelidad a Carlomagno. Por el privilegio de éste de 812 a favor de los *hispanos*, se ve que existían entonces los Condados de Rosellón, Ampurias, Besalú y Barcelona. El de Cerdaña existía ya en 815. En 819 fué consagrada la iglesia de Santa María de Seo de Urgel, y en el acta se mencionan los Condados de Pallars, Urgel y Cerdaña con *el Pago* de Berga; a que se añadió el Condado de Barcelona, fundado por Carlomagno en 785, y el de Ausona, de origen más obscuro. El Cronista de Ludovico Pío, que llaman el Astronomo, dice que en 800 entró en España, donde Zeid, gobernador de Barcelona, le reconoció por señor, pero no le dejó entrar en la ciudad; Ludovico se dirigió a Lérida que destruyó, taló los campos de Huesca y se volvió a Francia.

En 801 Ludovico volvió a acometer a los musulmanes españoles para recobrar Gerona, y llegó a tomar a Barcelona, que había estado 90 años en poder de los musulimes. En 809 Ludovico llegó a Tarragona, y devastó el territorio hasta Tortosa. Pero los musulmanes le obligaron a levantar el sitio de esta ciudad, que fué tomada en 811. En 822 los Condes de la *Marca Hispanica* pasaron el Segre, para hacer botín.

La historia de los *Condes de Barcelona*, dependientes de los francos, es muy confusa. Se menciona en primer lugar a *Bera*, que, acusado de traición, fué desterrado (820). El segundo fue *Bernardo* o Bernhard, a quien supone Balaguer, hijo de Guillermo de Tolosa, conquistador de Barcelona. Acusado en la Dieta de Thionville, fué substituido por *Berenguer*, a cuya muerte recobró su dignidad Bernardo (836). Luego fue Conde *Seniofredo* (844-848), en cuyo tiempo los musulmanes llegaron a sitiar a Gerona; *Aledran* fué Conde de 848 a 852. Complicada la Marca Hispánica en las guerras entre Carlos el Calvo y Pipino II de Aquitania, algunas veces fueron llamados los musulimes como auxiliares de una de las partes. A Aledrán sucedió *Udalrico* que gobernó hasta 857. El penúltimo Conde dependiente se llamó *Unfrido* o *Wifredo de Ria*. Calumniado ante Carlos el Calvo por Salomón, Conde de Cerdaña, fué asesinado al irse a justificar. Parece que su hijo *Wifredo el Velloso*, Conde en 871, mató luego a Salomón en Barcelona.

Restauración del Imperio de Occidente

Pero el mismo Carlos andaba todavía en Sajonia para reprimir las sublevaciones. Cuando un cantón quedaba apaciguado, se encendía la llama de la rebelión en otro; exigió, pues, que Ludovico se le juntara con todas las tropas que pudiera reunir; quería abatir a los sajones por la fuerza de la masa. Pero su fuerza fué presto atraída

hacia otro sitio: de Roma llegaban malas noticias. Allí había muerto el Papa Adriano en 795, y un romano distinguido había sido elegido Papa con el nombre de *León III* (795-816). Este pidió a Carlomagno que enviara a Roma a uno de sus magnates para recibir del pueblo romano el juramento de fidelidad y obediencia, y le mandó una bandera para significar su doble cualidad de *miles* o paladín de la Iglesia Apostólica, y supremo juez y potentado en todas las provincias sometidas a San Pedro⁵².

Pero presto el Papa mismo se dirigió como fugitivo a los bosques de Sajonia (Agosto de 799). Un partido de la nobleza romana, que le era hostil, le había sorprendido durante una procesión el 25 de Abril de 799 y le había derribado del caballo, tratándole bárbaramente y dejándole bañado en su sangre. León, empero, cuando sus heridas estuvieron curadas, huyó una noche y alcanzó a Carlomagno en Paderborn. El ejército dobló tres veces la rodilla delante del fugitivo, y el heroico Carlos le estrechó entre sus brazos. Arrodillados y con las espadas levantadas, los guerreros juraron restituir el Papa a Roma. León se quedó hasta el otoño con Carlos, luego con una comitiva de obispos y guerreros francos regresó a Italia, recibido en todas partes en triunfo por el pueblo, y el 29 de Noviembre de 799 fué llevado en Roma a San Pedro entre el canto de himnos. En nombre de su rey, los mensajeros de Carlomagno se sentaron como jueces para juzgar a Paschalis y Campulus, caudillos de la conjuración, y a sus secuaces, los cuales fueron condenados a ser decapitados; pero la ejecución se difirió hasta la llegada de Carlos (799).

Inútilmente había requerido Carlos a su amigo Alcuino que hiciera con él el viaje a Italia, y trocara las cabañas de Tours ennegrecidas por el humo, por los dorados palacios de Roma. Alcuino se excusó con la debilidad de su edad⁵³. Entonces el mismo Carlos se dirigió a Tours y parece que tuvo allí importantes conferencias con su amigo. En Octubre de 800, Carlos pasó los Alpes con su ejército, y mientras enviaba al rey Pipino con una parte de sus tropas contra el recalcitrante Duque Grimoaldo de Benevento, él mismo continuó su camino por Ravenna y Ancona hacia Roma. El Papa y el Clero, la Milicia y el Pueblo, le salieron al encuentro catorce millas romanas. En la Ciudad eterna fué recibido con cánticos encomiásticos. El 1º de Diciembre, en la basílica de San Pedro, celebró un juicio sobre los conjurados y el Papa, como acusado. Aquéllos no pudieron demostrar sus inculpaciones y este, voluntariamente, sin ser a ello compelido por nadie, prestó un juramento protestando su inocencia; los conjurados fueron inmediatamente

⁵² Einhardi, Annales ad 796.

⁵³ Alcuin opp. Epist. 96, ed. Migme, C, págs. 303 s.

condenados a muerte, pero indultados a petición del Papa y desterrados a Bizancio⁵⁴.

Un acto mucho más importante se realizó el 25 de Diciembre de 800: “El Rey Carlos con toda su comitiva fué en dicho día a la iglesia para la misa solemne, y se había arrodillado delante del altar para orar, cuando el Papa le puso en la cabeza una corona, y los romanos presentes exclamaron: “¡Vida y victoria a Carlos, el más piadoso Augusto, el Soberano grande y pacífico, coronado por Dios!”⁵⁵. Después de lo cual el Papa se inclinó ante él y le *adoro*, esto es, le besó en la boca. En adelante Carlos fué llamado *Imperator y Augusto* y se omitió el título de *Patricio*. El Papa le ungió después con el óleo santo, haciendo lo propio con su hijo Carlos; y Carlomagno dió espléndidos regalos a las iglesias; de Roma.” Así dicen los *Annales*⁵⁶. En la biografía del rey Carlos dice Einhard: “Entonces fué cuando recibió el nombre de Emperador y Augusto, que al principio le era tan repugnante, de suerte que aseguró que no hubiera ido aquel día a la iglesia, aunque era una fiesta solemne, si hubiera sabido de antemano los designios del Papa”⁵⁷.

Einhard, o estuvo mal enterado en este punto, o no quiso decir la verdad⁵⁸. Carlos simuló la sorpresa por motivos políticos: sus pueblos recibieron la noticia de la Coronación imperial más con admiración que con alegría, porque temían nuevas complicaciones por efecto del Imperio, y sin esto estaban ya cansados de tan continuas guerras. Los Emperadores romanos de Oriente llevaron muy a mal que Carlomagno hubiera recibido el título de Emperador, y con esto después de 324 años, desde que el enviado de Odoacro depuso las insignias del Imperio en manos

⁵⁴ Mansi conc. XIII, 1044.

⁵⁵ Carolo, piissimo Augusto, a deo coronato, magno, pacifico imperatori vita et victoria!

⁵⁶ Einhardi, *Annales* ad 801. Anastasius, *Bibl. Vita Leonis III. Theophanes, Chronographia*, ed. Bonn, págs. 732 s. Se disente si Carlomagno fue ungido en esta misma ocasión y si la unción se refiriese a la dignidad Imperial o real, Cf. Abel Simson, *loc. Cit.*, pág. 238.

⁵⁷ Einhardi, *Vita Caroli*, cap. 28.

⁵⁸ Otros tienen por auténtica la sorpresa de Carlos y juzgan que había quedado desagradablemente sorprendido por la forma, esto es: por la entrega de la dignidad imperial por parte del papa. Es cierto que Carlos había hacia tiempo pensado en tomar la dignidad imperial, pero no en un “Imperio por gracia del Papa”. Pero en esto pierden de vista (principalmente Dahn) el alto prestigio espiritual que gozaba entonces el papa en la Cristiandad, entre los pueblos germánicos, especialmente desde Bonifacio. Además se trasladan los modos de ver de una edad posterior, y aun moderna, sobre las relaciones entre el Poder temporal y el espiritual cristiano, a aquella época de la mutua confianza. Entonces por lo menos la Cristiandad germánica, miraba realmente en el papa, al Vicario de Dios en la tierra, y un estado creado por el papa, mediante un acto religioso, valía entonces como un estado de cosas por la voluntad de Dios (por la gracia de Dios). Si Carlos no hubiera pensado así, hubiera sido bastante hombre para protestar contra la sorpresa, por un “genuino rasgo papal”, como le place a Dahn expresarse. No hay vestigio ninguno de protesta. Cf. Gfrörer. *Hist. Eccles.*, III, págs. 677-678.

del Emperador Zenón, declarando que el Imperio de Occidente había terminado, pues no era ya necesario; se restableciera el Imperio de Occidente de una manera nueva y llena de pretensiones. El cronista Juan Diácono⁵⁹ se acerca más a la verdad que Einhard, declarando paladinamente que el Papa había prometido a Carlos la Corona imperial en Paderborn, si le protegía contra sus enemigos, y con alegría había aceptado Carlos aquella promesa que era muy conforme a sus deseos. Ya hacía tiempo que había aspirado a aquella dignidad, de la cual le hacían capaz su espíritu, sus victorias y su poder. Los *Libri Carolini*⁶⁰ tenían especialmente por finalidad preparar los ánimos al Imperio de Carlos. La dignidad imperial había sido el asunto de las últimas conversaciones con Alcuino, el cual ya antes le celebraba como Emperador, y el día de la coronación le hizo entregar una Biblia maravillosamente escrita como regalo votivo (se halla ahora en el Museo Británico); por tanto, sabía con mucha anticipación lo que iba a suceder en Roma el día de la Navidad de 800. Carlos no fue sorprendido; pues los príncipes de la Iglesia presentes, romanos y francos, y los Condes, nobles y pueblo, habían de antemano acordado con el Papa elegir Emperador a Carlos, y le habían dado noticia de esta resolución, por la cual alcanzaba el supremo objetivo de su ardiente ambición.

Pero aunque la política y los convenios hubieran tenido intervención en este acto de histórica transcendencia, ambos, el Papa y el Emperador, fueron allí instrumentos de la Providencia, impulsados por elevadas inspiraciones. El Papa, coronando a Carlomagno dió una consagración superior al poder temporal, y Carlos, jurando ser el amparo de la Iglesia, prometió al mismo tiempo emplear el poder político para la propagación de la fe. Con esto se expresó la idea de una Monarquía universal cristiana. Fue un momento grande y preñado de consecuencias, y Gregorovio⁶¹ tiene razón cuando dice: “No se puede negar que la creación de un principio superior a lo que habían sido el puramente político de la antigua monarquía universal romana, y el absolutismo del Estado Justiniano, fue una gran creación de aquel siglo. Se proclamaba para siempre la libertad de la Iglesia o del espíritu, que había impregnado aquel principio Justiniano, y había amenazado someter a la política. Frente al Estado oriental o bizantino, que debía convertirse en momia por efecto de su propio despotismo inorgánico, se elevó como *Imperio Cristiano* el Romano Imperio de Occidente, con espíritu germánico, y armoniosamente organizado. La vida de los pueblos se enlazó ahora con un doble sistema ideal: la Iglesia y el Imperio; fué reunido en un doble punto de unidad

⁵⁹ Chronicon Johannis Diaconi, en Muratori. Scr. Rer. Ital. I, 2.

⁶⁰ Libri carolini en Goldast, Collectio constitut. Imp., Francof, 1613, págs.. 23 ss.; ed. Migne, XCVIII, págs. 64-558.

⁶¹ Historia de la ciudad de Roma, II, pág. 544.

moral, y por eso se movió de un modo dialéctico; finalmente se le preservó de la grosera exterioridad y aislamiento. Este sistema produjo una gran corriente histórica, y creó un patrimonio común de la cultura, de la ciencia, el arte y el derecho. La elevada significación de la nueva creación política, se muestra aún en su título: *Sanctum Imperium Romanum*. La Cristiandad tenía ahora dos cabezas, una espiritual y otra temporal; por otra parte, se había disuelto la unidad del Oriente y el Occidente, y en el Oeste se extinguió del todo el título del Emperador de Bizancio.

Después que Carlomagno hubo ordenado las *cosas* de Italia, se dirigió al Norte. En Verceli, en Junio de 801 le halló el enviado del Califa de Bagdad, Harun al Raschid. Einhard dice⁶², que Carlos estuvo con Harun en tan amistosa inteligencia, que éste prefería su gracia a la amistad de todos los reyes y príncipes del Orbe de la tierra y le concedió la protección soberana del Santo Sepulcro. En señal de esto, el Emperador recibió del Patriarca de Jerusalén la llave del sepulcro del Señor, y del monte Calvario, con una bandera. Con estos símbolos se enlazó posteriormente la leyenda de la Cruzada de Carlomagno a Palentina⁶³. Harun y Carlos se enviaron mutuamente regalos: en 802 Harun envió incienso, bálsamo, unciones, sedas, un reloj magnífico (que señalaba las horas por la caída de globos sobre un plato de bronce, a las doce salían por las puertas doce caballeros y volvían a entrarse); y le envió el único elefante que entonces poseía, llamado Abulabaz, el cual despertó no poca admiración en Occidente; Carlos, por su parte, le envió caballos, mulos, paños de Frisia, perros de caza alemanes, que en Bagdad agradaron en gran manera.

Pero mucho más que la amistad del Califa interesaba al nuevo Emperador el reconocimiento de parte del antiguo Imperio de Bizancio, donde después de la muerte de León IV, el Cházaro, su viuda Irene (780-802) ejercía el gobierno por su hijo menor de edad, Constantino VI. Los esponsales entre éste y Rotrudis, de 781, fueron disueltos en 787, y el disgusto entre ambas cortes se manifestó por la ocupación de Istria en 788⁶⁴, hasta entonces bizantina, por parte de Carlomagno. Sólo desde 797, en que Constantino VI fue cegado, no sin complicidad de Irene, se cambiaron de nuevo embajadas. Así en 801 llegó una de Bizancio a Carlos, el cual correspondió con otra. El asunto de aquellas negociaciones nos es desconocido. Sólo las fuentes griegas refieren que Carlomagno abrigaba el deseo de casarse con Irene⁶⁵, y así juntar los Imperios de Oriente y Occidente. Irene fué derrocada el 31 de Octubre de 802 por Niceforo (802-811) y desterrada a Lesbos, donde murió el 9

⁶² Einhardi, Vita caroli, cap. 16, Annales ad 801.

⁶³ Marini Sanuti, Secreta fidelium crucis, III, pars 3, cap. 6 y 7.

⁶⁴ En todo caso antes de 791; Abel Simson, loc. Cit., I, pág. 642.

⁶⁵ Theophanes, ed. Bonn, I, págs. 736 s. No es inverosímil que sola Irene esparciera tal rumor.

de Agosto de 803. También Nicéforo envió en seguida una embajada, y Carlos dió a ésta un extenso proyecto de avenencia, junto con el deseo de que se reconociera expresamente su Imperio. Carlomagno aguardó inútilmente la respuesta; ésta se debía obtener por fuerza, atacando de nuevo las posesiones bizantinas, es a saber: Venecia y Dalmacia⁶⁶.

Venecia tenía hasta entonces una muy floja dependencia de Bizancio, lo cual ofrecía libre juego a las intrigas de los partidos. Uno de estos se inclinaba a la unión con el Imperio de los francos, derribó a los *dogos (duces)* que se inclinaban a Bizancio y nombró dogo a su propio cabecilla, *Obelierius*, y a su hermano *Beatus* (805). Estos atrajeron a su parte las ciudades de Dalmacia, y rápidamente realizaron su unión con el nuevo Imperio, que con esto oomenzó la guerra contra Bizancio. Nicéforo envió una flota, y logró volver a ganar a los inconstantes venecianos como a los dos dogos, con bellas palabras y títulos, (807). El rey Pipino sometió entonces a Venecia por la fuerza (810) y amenazó también a Dalmacia.

La pérdida de Venecia movió a Nicéforo a volver a las negociaciones interrumpidas en 803, y Carlos entró en ello de buena gana. Las prolijas actuaciones de sus embajadas condujeron finalmente a un tratado en tiempo de *Miguel I*, sucesor de Nicéforo, el cual suscribió Carlos en 812. Por él se le reconoció el título de Emperador de Occidente, pero, en cambio, se dejaron a los bizantinos Venecia y las ciudades marítimas de Istria, Liburnia y Dalmacia⁶⁷.

Pero cuando una nueva embajada de Carlomagno debía recoger los documentos redactados por los bizantinos, Miguel había sido ya destroñado (11 de Julio de 813), y cuando el documento, que se redactó en realidad por su sucesor *León V* (813-820), llegó a tierra de francos, Carlomagno había ya fallecido. Ludovico Pío lo recibió en 814.

Durante estas negociaciones con Bizancio, fueron necesarios todavía muchos serios esfuerzos para mantener unido el Imperio alcanzado y ponerlo en orden.

Los años 802 y 803 se pasaron pacíficamente. En 802 tuvo lugar en todo el Imperio un nuevo homenaje al Soberano; desde los muchachos de doce años en adelante todos hubieron de jurar fidelidad al Emperador, y los sacerdotes les debían instruir de antemano sobre cuántas y cuán grandes cosas se contenían en aquel juramento.

⁶⁶ Mühlbacher; Historia alemana bajo los Carolingios, págs. 214-218, Stuttgart, 1896.

⁶⁷ Einhardi, Annales ad 810; Vita Caroli, cap. 15.

En la *Capitular* de 802⁶⁸, Carlos expresa de esta manera la importancia de este juramento: Cada cual ha de perseverar con todo su pensar y querer en el servicio de Dios, ha de evitar el fraude, robo, violencia contra iglesias, viudas, huérfanos y peregrinos, pues el Emperador es su amparador. Antes, solo los altos vasallos, mas no los simples libres, juraban fidelidad; el juramento era, por tanto, una innovación que variaba la posición del hombre libre respecto del Estado: todos los súbditos quedaban ahora sujetos a la obligación militar.

Con el año 804 vuelven a comenzar las Guerras contra los sajones; los westfalios y los ostfalios permanecieron quietos, pero en el bajo Weser y Elba, en Wigmodia y Holstein, se peleó con violencia. Carlos dió algunos golpes tremendos, y la antigua Sajonia lanzó sus últimos sollozos. Muchos miles fueron trasladados, pero la tranquilidad se aseguró principalmente por cuanto Carlos supo separar a la nobleza sajona del pueblo; la nobleza, según refiere un cronista sajón, fué atraída por medio de honores y haciendas, y los hombres libres del pueblo fueron luego abatidos por las armas. Se les debía quitar el derecho de heredar a sus padres; cuando el padre moría, el hijo había de pedir al Conde sajón (que tenía entonces una grande autoridad sobre el pueblo libre, como funcionario regio), la herencia paterna como un feudo⁶⁹. A excepción de esta prerrogativa de la nobleza fiel al rey, las demás relaciones sociales anteriores siguieron sin mudanza. También las tradicionales normas jurídicas quedaron sin menoscabo para los sajones. La ordenación política y militar fué la misma que en el resto del Imperio Franco. Para asegurar militarmente el país, Carlos estableció dos fortalezas, Halle, junto al Saale, y *Magdeburgo*⁷⁰. También *Hamburgo* parece deber su origen a una fortaleza entonces construida.

Carlomagno consagro entonces principal atención a la organización eclesiástica en el país sajón⁷¹. Sólo desde el año 804, una formal división de diócesis substituyó a la anterior organización de centros misioneros. Uno de estos centros había sido *Brema*, donde *San Willehad*, anglosajón, que ya en 779 misionó en aquel país, se había establecido, y de una manera permanente, desde 785.

Pero hasta el tiempo de su discípulo y sucesor *San Willerich* (desde 789) se formó una diócesis de *Brema*, hacia 805. Por el mismo tiempo se fundaron los obispados

⁶⁸ Pertz, loc. Cit., I, pág. 261. *Capitulatio de partibus Saxoniae*. Baluze, cap. I. pág. 249. Pertz, Leg. I, pag. 75. Walter, Corp. Jur. Germ., II, págs. 104 ss. Ed. Migne, tom. XCVII, págs. 223 s.

⁶⁹ Una importante descripción de las antiguas circunstancias de Sajonia, en la *Traslatio S. Alexandri*. En Pertz, Monum., II, págs. 673-81. *Vita Hludovici*, cap. 24, ed. Migne, CIV, págs. 942 ss.

⁷⁰ Abel Simson, loc. Cit., II, pág. 356. Cf. Mühlbacher, loc. Cit., págs. 137-145.

⁷¹ Mühlbacher, loc. Cit., págs. 145 s.

de *Münster* (su primer obispo fue un frisio, San Liutgero) y *Paderborn* (primer obispo Hathumar, sajón, así como *Minden*, *Osnabrück* y probablemente también *Verden* y *Halberstad*, *Hildesheim* fué fundación de Ludovico Pío. La Metrópoli para la Sajonia occidental fué *Colonia*, para la oriental *Maguncia*. Desde el principio, Carlomagno se preocupó por sacar los clérigos del mismo pueblo sajón; primero se formaban en los monasterios francos. Al mismo tiempo que la obra de las misiones, comenzó la fundación de monasterios en la propia Sajonia. Junto con el monasterio de *Fulda*, que ya había sido fundado en 744, los de *Verden* (desde 799) y *Corvey*, alcanzaron la mayor importancia como centros de vida intelectual y no menor impulso económico. En la fundación de *Corvey*, a donde fueron muchos sajones formados en la antigua *Corbie*, trabajó especialmente como pobre monje, *Wala*, pariente del rey, el cual antes había peleado heroicamente contra los sajones⁷².

Las últimas guerras las hubo de hacer Carlomagno contra los eslavos (checos) y daneses.

En 805, causas desconocidas condujeron a una guerra contra *los checos*, apoyados por los weletabes y otras tribus eslavas. Tres columnas de tropas se reunieron en el valle del Eger, derrotaron a los bohemios, mataron al Duque Becho, y durante 40 días devastaron el país. Otro ejército castigó las pequeñas tribus de los eslavos. Einhard dice: “Finalmente Carlos sometió a tributo a las poblaciones bárbaras y salvajes que habitan en Alemania entre el Rhin y el Vístula, entre el mar y el Danubio, las cuales hablaban un idioma casi igual, pero eran muy diferentes entre sí en costumbres y trajes. Los principales de ellos son los weletabes, los sorbes, los obodrites, los boemanos, y con estos hubo de hacer la guerra; los demás, mucho más numerosos, se le sometieron voluntariamente”⁷³ (1). También el año siguiente de 806, un ejército imperial entró en Bohemia y la devastó, mientras otro ejército, al mando del joven Carlos, se dirigió contra los eslavos del Elba, y fundó al propio tiempo a Halle y Magdeburgo. Cosmas refiere que los bohemios fueron obligados por Pipino a entregar a Carlomagno cada año 500 hermosos bueyes y 500 marcos de plata.

La última guerra de Carlomagno fué provocada por el danés Gotfrido, o Göttrik. Carlos exigía la entrega de sajones que habían huido a Dinamarca, y el rey danés se negó, y atacó a los obodrites que eran aliados de Carlos en 808⁷⁴. Carlos, hijo del

⁷² Vita Adalhardi y Vita Walae, ed. Migne, CXX, págs.. 1507-1630 y CXLVII, págs.. 1045-1078.

⁷³ Einhardi, Vita Caroli, cap. 14; Annal. Ad 805: In terram Slavorum, qui vocantur Boheimi.

⁷⁴ Einhardi, Vita Caroli, cap. 14; Annal ad 809. Saxo Grammaticus. Hist. Dan., VIII, 47, ed. Holder, Estrasburgo, 1886, págs.. 297 s. Dahlmann, Historia de Dinamarca (al.), I, pág. 22. Abel Simson, loc. Cit., II, págs. 285-391.

Emperador, se dirigió contra él para proteger las fronteras de Sajonia, mas Gotfrido construyó, contra los francos y sajones, el *Danewirk* (o vallado de los daneses); que se extendía desde el Báltico hasta el Mar del Norte, desde el Schlei hasta el Treene, y era un terraplén con foso, de dos millas de largo, provisto de una sola puerta para dar paso a los carros y jinetes. En 809 se negoció para ajustar una paz, pero en vano; los francos establecieron fortalezas, mas Gotfrido invadió Frislandia, y habiendo derrotado a los frisios, les impuso un tributo de cien libras de plata. Entonces el Emperador fué personalmente contra Gotfrido, el cual se jactaba de que se sostendría en el campo de batalla contra el Gran Carlos, y entraría vencedor en Aquisgrán. Mas, a la sazón, llegó la noticia de que Gotfrido había sido muerto por uno de sus guerreros. Su sucesor ajustó la paz, y la fortuna de Carlomagno, así como la tranquilidad de las fronteras, quedaron aseguradas. Fué esta la última vez que el Emperador sacó la espada.

EL EMPERADOR, COLABORADORES Y LEYES.

Civilización Carolina

Legislación. Las Capitulares.

Desde el Vístula hasta el Mar Atlántico, desde el Adriático hasta el Mar del Norte, desde el Schlei hasta el Ebro, y hasta Calabria, se extendía el inmenso Imperio que había fundado la gigantesca fuerza de Carlomagno, y su poder era reconocido mucho más allá de las fronteras de su Imperio. Los reyes de Escocia le llamaban su Señor, y a sí mismos sus vasallos. Carlos había levantado la bandera de una idea, y por eso innumerables espíritus trabajaban por él espontáneamente en todas las partes de Europa. Los más diversos pueblos se inclinaban ante el poderío de Carlomagno, ante su grandeza y su gloria; su talento gubernativo supo conciliar los más diversos intereses, y emplearlos todos para sus fines. ¡Un Imperio de muchos idiomas! En el Danubio se hablaban el mongol y el eslavo, griego en el sur, árabe y vasconce al otro lado de los Pirineos, cada pueblo conservaba sus leyes, sus usos, sus formas de vida. Daban unidad al abigarrado conjunto la persona del Emperador, las Dietas y las Capitulares que en ellas se acordaban, y, finalmente, la Religión, cuya propaganda, confirmación y fomento consideraba Carlos como objetivo de su actividad y felicidad de sus pueblos.

Carlomagno hizo poner por escrito las leyes de los sajones (*Lex Eica Saxonum*), de los turingios (*Lex anglorum et werinorum*), de los frisios (*Lex frisiorum*) que todavía nunca se habían redactado por escrito (la *Lex salica* fue ya escrita bajo Clodoveo I, y la *Lex Ripuariorum* bajo Teodorico I, 511-534; la ley popular bávara, bajo Dagoberto I, la *Lex alamannorum* bajo Clotario II); y en 802 hizo proceder a una revisión de los derechos de los pueblos, con la que se procuró la rapidez en la administración de justicia, se aseguraron los derechos de las personas, y *por añadidura* se debían poner en mayor armonía las legislaciones especiales con las instituciones de los francos.

Se dieron leyes generales en las *Dietas*, de las que, durante el reinado de Carlomagno, se celebraron no menos de 65.

Estas Dietas nos las ha descrito el arzobispo Hincmaro de Reims (882) en un breve escrito interesante¹, por el cual vemos que eran asambleas deliberativas cuales las

¹ Hincm. Reim., De ordine palatii, ed. Migne, CXXV.

había descrito ya Tácito², sólo con las variantes exigidas por las circunstancias. Además vemos que, a pesar del título de Emperador, no había que pensar aún en una monarquía estricta. El Rey nada podía resolver ni llevar al cabo sin el asentimiento de sus gentes, ni la paz ni la guerra; sin *su* aquiescencia ni podía casar a sus hijos ni a sus hijas. Era el *senior*, *sus* gentes eran entre sí *pares*, para con él *consiliarii*, *adjutores*, *comités*, *familiares*; no querían obedecer tanto como mandar. Sólo la fuerza ingénita de Carlomagno podía adueñarse de aquella materia reluctantante. Dos veces al año se celebraban Dietas, en Mayo (o en Junio hasta Agosto) y en otoño. En esta sólo se presentaban los *seniores*; los consejeros del Emperador deliberaban sobre cuestiones de administración, de alta política, y preparaban propuestas para el Campo de Mayo, y resolvían las apelaciones. Las actuaciones eran secretas. A los Campos de Mayo acudían los principales funcionarios del Estado, y asimismo los libres del vulgo, pues se celebraba una parada del ejército. Los magnates (*seniores*, *optimates*, *majores*) se congregaban para proceder a las deliberaciones (*propter consilium ordinandum*); la gran masa, para admitir las resoluciones (*propter consilium suscipiendum*). Cuando hacía buen tiempo, se congregaban al aire libre. Los dignatarios del Clero se reunían en una sala aparte para los negocios puramente espirituales; para los asuntos puramente temporales había una Curia especial. Cuando el rey no estaba presente a las deliberaciones, se ocupaba en mezclarse con la muchedumbre, recibir sus presentes y los tributos de pueblos sometidos; en saludar a los cabecillas, conversar con los que de nuevo llegaban, enterarse de la salud de los ancianos y tratar jovialmente a los jóvenes. Allí se hablaba del estado de cada una de las partes del país; no sólo se permitía a cada cual expresarse con libertad, sino se le obligaba a dar relación de lo que pasaba en su propia comarca, en qué se ocupaban amigos y enemigos, si el pueblo estaba contento o descontento, y por qué.

Quando *los* deliberantes querían hablar con el rey, iba éste, y libre y amistosamente le exponían lo que sentían respecto de cada una de las propuestas. Cuando se había tomado una resolución, y con esto se añadía un nuevo *capitulo* al antiguo Derecho popular (de ahí el nombre de *capitulare*) y había, sido aprobado por el rey, se enviaba a las Provincias por medio de mensajeros especiales (*missi*) para obtener la aquiescencia de los hombres libres. Luego obtenía fuerza de ley. En 65 diversas asambleas se decretaron *Capitulares*; el número de los artículos es muy grande, 1126, prueba de la maravillosa actividad de Carlomagno, la cual *se* extendía a todo, a lo mayor como a lo menor. Se conservan de Carlomagno no menos de 257 documentos, y 878 compuestos durante su reinado. Como no había una Cancillería imperial especial y constante, las *Capitulares* estaban dispersas en los archivos de

² Tacitus, German. Págs.. 11-13.

los Palacios. La necesidad condujo presto a la formación de Colecciones privadas³. Donde dan leyes, su lenguaje es conciso y determinado, con el tono genuino de la legislación. Pero tampoco hay que creer que las Colecciones de Capitulares no contengan más que leyes. Hay también en ellas lecciones de Moral; así dice una vez Carlos, que cada cual se ha de consagrar al servicio de Dios y tener cuenta consigo mismo, pues el Emperador no puede tener a cada uno ante los ojos; otra vez se recomienda la hospitalidad, o se da un concepto de la avaricia, y se la llama raíz de todos los males. En una *capitulare* se establece un catálogo de precios para los víveres, una especie de *maximun*; otra procura poner coto a la mendicidad; otra prohíbe el duelo en el Palacio real; y declara que quienquiera esconda en Palacio a un fugitivo por asesinato, robo o adulterio, ha de llevar sobre sus hombros al fugitivo al tribunal y ser allí ahorcado en la misma horca que el. Prueba de la barbarie y grosería con que hubo de pelear Carlomagno. Una capitulare declara que era falso que sólo se pudiera orar en tres idiomas, pues Dios es alabado en todos, y el hombre es oído cuando pide algo justo; otra manda componer los sermones de suerte que aun el pueblo los entienda. Como los matrimonios se disolvían con facilidad, las leyes sostienen en esto las severas ideas de la Iglesia; como los ánimos eran aún groseros, se prohíbe el trato bárbaro de los subordinados.

Se suprime la antigua concepción germánica de que todo crimen se podía satisfacer por dinero, se ordena la pena de muerte, o en el miembro con que se ha pecado; vgr, al perjurio se le corta la mano. La severidad contra el hurto indica la barbarie del tiempo: el primer hurto se castiga con pérdida del ojo; el segundo, con la de la nariz; el tercero, con la vida.

Eran rigurosas las leyes de la guerra⁴. Todo hombre libre está obligado a guardar lealtad al rey, al servicio militar y a la defensa de su país, pero a las expediciones a país lejano sólo se obligan por una resolución de la Dieta imperial, y cuando posea los medios para armarse; el *que* posee doce jornales de tierra ha de llevar consigo un arnés. Los pobres que poseen poco aprontan un hombre cada tres. De dos que poseen cada uno dos jornales, el más capaz va a la guerra; pero la resolución depende del Conde. Cinco aprontan uno y le dan cinco ducados de oro si no tienen siervos ni tierras, pero cada *uno* de ellos posee una fortuna de cinco ducados de oro. Desde su Marca, todos se han de proveer con vestidos, armas y vituallas para tres meses; a las armas pertenecen: lanza, escudo, arco, doce flechas, dos tendones, peto y yelmo. La paja, forraje y leña son gratis. Los guerreros no cobran sueldo, pero sí premio por sus especiales valentías, y el botín que arrebatan al enemigo. ¡Así

³ Las del abad Ansegis del año 827, las del Diaconus Benedicto Levita de Maguncia de 845, las mejores ediciones son las de Baluze y Pertz.

⁴ Capitulare 803 de exercitu promovendo, Pertz, Leg., I, págs.. 118-120.

fueren posibles las continuas guerras de Carlomagno, sin gravamen del Fisco! Las colonias militares se formaban con voluntarios, y asimismo las guarniciones y la Guardia imperial. Las condiciones del reclutamiento variaban. La Capitulare Aquense de 807 dispone que en una guerra en España y en el país de los avaros, uno *por cada seis* sajones debía ir a campaña; en una guerra en Bohemia, un sajón por cada tres; en guerra contra los sorbes, todos los sajones obligados al servicio militar. El Conde, por el contrario, podía dejar, de su gente, dos para protección de la familia, y dos para cuidar del Condado; debía llevar consigo harina, tocino, hachas, azadones, picos y vestuario para seis meses. Las constantes guerras en países lejanos pesaban duramente sobre los hombres libres; por eso algunos se hacían siervos de un monasterio, pues entonces les daba en aparcería su hacienda, y en su lugar aprontaba un voluntario. Quien abandona las filas ante el enemigo tiene pena de muerte; quien llega tarde ha de ayunar; el que se embriaga, ha de beber agua hasta hacerse sobrio. El feudatario (*vasus*) que no sigue en seguida al ejército en una guerra ofensiva, pierde su feudo, el libre paga una multa de 60 monedas de oro. Cuando el país se halla en peligro, todos han de acudir so pena de la vida. Obispos y abades aportan al rey sus mesnadas, pero les está prohibido asistir personalmente con armas.

Cómo la mirada de Carlomagno abarcaba todo cuanto pertenecía al bien de su pueblo, lo echamos de ver por sus ordenaciones sobre la agricultura⁵, las cuales hacían de sus fincas granjas modelo. Vemos cuán altas estaban entonces la ganadería caballar, de cerda y la apicultura, cuántas plantas exóticas se cultivaban ya entonces en Alemania, de qué manera, a par de la utilidad, se procuraba el ornato (naranjales, aves raras, en los palacios de Carlos), y cuán racionalmente se ejercía la agricultura. El Libro de las fincas del abad Irminon⁶ demuestra cuán exactamente sabían entonces calcular el rendimiento de las fincas y bosques. Carlos fue personalmente un buen ecónomo, se enteraba hasta del número de los huevos. El comercio se elevó: las guerras afortunadas trajeron al curso cantidad de oro y plata. En los Países Bajos se construyeron puertos; en los Palacios se adoptó un sistema uniforme de pesas y medidas. En la feria de St. Denis se presentaban mercaderes griegos y sarracenos; los francos tenían a su vez sus despachos en Siria, a donde las caravanas llevaban los productos de la India.

⁵ Capitulare de villis del año 812 y Specimen breviarii rerum fiscalium Caroli M.

⁶ Guérard, Polyptique de l'abbé Irminon, Paris 1836-1844.

Gobierno. Los “missi dominici”.

Los antiguos Ducados no podían *ya* oponerse al progreso de la Monarquía, y fueron divididos en meros Condados. Estos no eran hereditarios ni vitalicios, y era un principio fundamental no someter a un funcionario más de un condado. El Conde era el representante del rey en un cantón, mandaba el ejército, administraba los bienes reales y la justicia; como tal, presidía los juicios en los tribunales, que se reunían tres veces al año (semejante juicio se llamaba *echtes ding, placitum generale o legitimum*; por requerimiento del acusador se podía tener también un juicio imperado, *bolding*); él mismo dirigía las actuaciones, ínterrogaba la sentencia y la ejecutaba; la sentencia misma, empero, era dictada por los hombres libres, los siete *scabini o rachimburgii*. Estos eran los jueces elegidos de entre el pueblo, en el *Malberg* (monte del tribunal), pero como a menudo el pueblo no acudía, se elegían jueces que determinadamente habían de acudir el día del juicio; estos eran los *scabini*, elegidos de entre los mejores del cantón, por el pueblo, confirmados por los *missi* del rey. Un número de *boni homines* se hallaban presentes para velar sobre el curso de las actuaciones, y suplir cualquiera falta de los jueces. Del proceso se sacaba un breve protocolo. Cuando el Conde no podía asistir, lo substituía el *sagibaron*⁷. El Conde debía celebrar juicio por lo menos una vez al mes. Al principio se hallaban presentes todos los hombres libres del cantón; pero cuanto más se desenvolvió la agricultura, los hombres libres acudían más escasos, y por fin solamente cuando eran jueces, partes o testigos. Dos veces al año, en primavera y otoño, todo hombre libre había de asistir al *Malberg*. El Conde cobraba los impuestos, administraba la policía, y mandaba el contingente del cantón.

Para impedir el abuso de su poder, Carlomagno nombró para cada cantón, dos *missi dominici*, uno eclesiástico (obispo o abad) y otro seglar. Los intereses de clase los separaban, y el Emperador quedaba asegurado de que se vigilarían recíprocamente. Empleados ya en una parte, ya en otra, habían de recorrer cada año con sus subordinados (*missi minores*) una diócesis (*missaticum*), indagar si se cumplían las leyes generales, si se dirigía bien el servicio militar; habían de evacuar las querellas contra los Condes y los subordinados (*centenarii, tungini, decani*), habían de inspeccionar las haciendas reales y los ingresos, promulgar las leyes y recibir de los hombres libres su aprobación, y dar cuenta al Soberano de la situación de las cosas. Los *missi dominici* representaban un medio principal para mantener el orden en la administración y la unidad del Imperio. En la Persona de los *missi* el Emperador se hallaba en todas partes, el Poder central estaba influyendo en todas ellas, aunque

⁷ Se explica este nombre en Pardessus, La Loi Salique, pág. 572.

variando las personas. Por lo demás, de los Condes se podía apelar al Conde *palatino*, al Archicapellán (*apokrisiario*) y, finalmente, al mismo Emperador. El tribunal supremo, *Curia palatina*, resolvía, además de las apelaciones, sobre todo lo que pertenecía a la paz pública, sublevaciones, compañías armadas. Cuando el condenado echaba el guante al juez, le redargüía de injusticia, y apelaba al rey. En casos graves, el rey presidía el Tribunal de la Corte; fuera de estos casos, el *comes palatinus*. Cuando la verdad no se podía probar por testigos y juramentados, se echaba mano del Juicio de Dios. Carlomagno fué enemigo de las ordalias, usadas por los francos, del juicio por el fuego y por el agua, y recomendaba el juicio de la cruz (*judicium crucis*), en el cual, ambas partes inmóviles y con las manos levantadas, debían estar delante de una Cruz o de un altar; el que primero movía las manos o las dejaba caer había perdido. A menudo, Carlos se opuso también al empleo de la pena de muerte.

Respecto al Clero, todas las ordenaciones de Carlomagno muestran el conato de hacerlo hábil y virtuoso, y darle una posición digna. Los clérigos debían ser monjes o canónigos⁸, éstos según la Regla del obispo de Metz, San *Crodegango* (h. 760), el cual obligó a sus clérigos, a ejemplo de San Agustín, al estudio y oración, a una conducta moralmente pura, y a la vida común en su casa. Para las necesidades del culto y edificación de las iglesias, para auxilio de *los* pobres y viajeros, y para sustentación del Clero, Carlomagno destinó el *diezmo*; los Merovingios habían ya querido introducirlo, Pipino lo ordenó, Carlomagno obligó a él. Quien no lo pagara, después de tres amonestaciones era privado de ingreso en la iglesia, luego se le imponía una multa de seis sueldos (*solidi*) y finalmente le cerraban la casa y le echaban en la cárcel⁹. El diezmo se exigía no sólo de todos los frutos, sino también de los animales, y generalmente de toda renta; pareció una carga intolerable, sobre todo para los nuevamente convertidos, pero Carlomagno fue inexorable; hasta Alcuino le escribió una vez: “Se bien que el diezmo es una institución excelente, pero preferiría perderlo que perder la fe ! Si los que hemos nacido y sido educados en la fe católica, pagamos el diezmo de mala gana, ¡cuánto más las gentes de fe débil, niños en el espíritu!” La visita anual de su diócesis se miraba como una de las principales obligaciones del obispo, y aun los monasterios estaban sujetos a su inspección. Los clérigos no estaban sometidos a otra jurisdicción que la eclesiástica¹⁰, podían ser llevados ante los jueces seculares sólo con aquiescencia del obispo. En todos los que de ella dependían, la Iglesia tenía derecho de vida y muerte. Pero del obispo se podía apelar al rey. Ante los missi del rey se debían presentar los obispos y abades, *asi* como los Condes; tenían derecho a investigar la

⁸ Clerici ut vel monachi sint vel vere canonici: Capt. Ad 789. N° 76.

⁹ Capit. Langob. Ad 803, N° 19.

¹⁰ Ibidem, N° 12.

economía tanto del obispo como del monasterio, y daban relación al rey sobre las costumbres y el celo del Clero. A su vez, el poder del Estado estaba a disposición de la Iglesia para la ejecución de sus decretos: Carlomagno amonesta a sus funcionarios como a sus pueblos a que obedezcan a la Iglesia; en cambio la Iglesia apoyaba al rey. Carlomagno hubo de reconocer el derecho a las guerras privadas, pero la Iglesia predicaba la paz, y so pena de excomunión determinaba ciertos días en que no se podía pelear, y cada siglo se fué extendiendo el tiempo de la *Tregua de Dios*, el tiempo en que aun los pobres y oprimidos nada tenían que temer de la guerra, y estaban seguros de que la Iglesia trazaba en torno de su choza un círculo protector, para que pudieran respirar entre los apuros de la vida.

Progreso intelectual

Carlomagno, vencedor en tantas batallas, genial ordenador del Imperio, tiene todavía otra gloria superior: la de haber avivado los entendimientos del Occidente, restaurando las ciencias. Como el gobernar y vencer, *asi* la vida intelectual era una necesidad personal de aquel hombre poderoso, cuyo reinado se parece a un hermoso día de primavera entre una noche precedente y otra siguiente. Con Carlomagno comienza un nuevo período en la Literatura de Occidente.

Si Italia o Inglaterra, y una parte de España, conservaron los tesoros intelectuales de la Antigüedad, la Europa central estaba pobrísima en esta parte. Es cierto que había todavía en Galia 20 escuelas episcopales, y los Merovingios tuvieron siempre una Escuela palatina, y alcanzaron de los Papas no sólo maestros de canto sino también libros: el *Concilio de Vaison* de 529 había mandado a los párrocos que instruyeran a los jóvenes en el canto y la lectura de la Biblia; pero es fáeil imaginar ¡cuánto padecería la enseñanza entre tan continuas luchas! Le vemos por las escasas noticias de las Crónicas, las cuales consignan los mayores acontecimientos con pocas palabras, vgr., la batalla de Poitiers que decidió la suerte de Europa, se menciona con estas palabras: “Carlos combatió a los sarracenos”. Eran tiempos ásperos; las palabras *”hiems dura, annus durus, fames durissima”*, se repiten con mucha frecuencia! los lazos sociales se disolvían, todo se deshacía, la vida era muy a menudo una carga, y resultaba demasiado verdadero el proverbio: *“Magnus est profectus lacrymarum”* ¡Grande es el provecho de las lágrimas!

A la verdad, la Iglesia continuaba siendo el foco de la civilización, pero Carlos Martel hubo de emplear los bienes eclesiásticos para sus guerras, y sus oficiales fueron recompensados con abadías y obispados. Con Pipino comenzaron a ir mejor las cosas, monjes extranjeros aportaron nuevos entusiasmos, los anglosajones Bonifacio y Alcuino trajeron la antorcha de la fe y de la ciencia. Lo que ellos

sembraron produjo las más bellas flores y frutos bajo el benigno sol del reinado de Carlomagno. Antes de éste se hallan acá y allá una escuela, un hombre distinguido; a su muerte, el Imperio estaba cubierto de buenas escuelas, y el número de los hombres hábiles era grande.

Sabemos poco de la historia juvenil de Carlomagno; ya Einhard no pudo hallar quién le diera noticias de ella¹¹. Hasta se discutía sobre el lugar de su nacimiento, si fué París, Ingelheim, Jupille junto a Lioja, Aquisgrán, Grossvargel junto al Unstrut, Carlsberg junto al Würmsec en Baviera¹², etc. Del pasaje de Einhard¹³: "También procuró escribir, y por eso solía llevar consigo, bajo la almohada de su cama, mesa y papel, para acostumar en las horas de ocio su mano al uso de la pluma; con todo, nunca llegó a adelantar mucho en esto, porque había comenzado demasiado tarde", se saca sin razón que no supo leer y escribir; pues aquel pasaje sólo se refiere a la caligrafía y decoración de las letras, que gozaban de tonto favor en la Edad Media. En la Vida de Adalhard se observa expresamente, que este nieto de Pipino había sido instruido en la Escuela palatina en todas las ciencias humanas, junto con Carlomagno¹⁴. En latín llegó *este* a tal facilidad, que lo hablaba como el alemán; pero el griego lo entendía mejor de lo que lo hablaba; según la noticia de un contemporáneo, en sus últimos años no le fué extraño ni siquiera el hebreo. Por naturaleza era muy elocuente.

La gloria de Carlomagno no consiste, pues, en haber subido al trono ignorante y haber aprendido a leer siendo ya Emperador, sino en que durante 40 años empleó todo su poder en favor de la ciencia, de la fe y del derecho, y entre todas las vicisitudes de su vida y aún en la cumbre vertiginosa de su felicidad, continuó fiel a los entusiasmos de su juventud, y no tuvo por indigno de su carácter imperial el adelantar en el saber. En su vida y en el desenvolvimiento del Occidente, hizo época su amistad con Alcuino, y desde el día en que por primera vez se hallaron ambos en Parma, comenzó para Europa un nuevo impulso literario.

¹¹ Einhardi, Vita Caroli, cap. 4.

¹² Hahn, Sur le lieu de naissance de Charlemagne, págs., 37 s. Henaux, Sur la naissance de Charlemagne à Liège, 1855. Danville, Momoire que Charlemagne est né en france et non pas en Allemagne, Paris, 1851. Cf. Abel simsozn, Annales del reino franco bajo Carlomagno, I, págs.. 14-17.

¹³ Einhardi, Vita Caroli, cap. 25.

¹⁴ Inter palatii tirocinia omni mundi prudentia erudita, una eum terrarum príncipe magistris adhibitus. Paschasius Radpertus, Vita Adalhardi, c. 7. Mabillon, Annal. O. S. B., IV, 1, págs.. 308-344; ed. Migne, CXX, pág. 1511.

Alcuino

*Alcuino*¹⁵ (1) (nacido h. 735, cuyo nombre significa “amigo del templo”, del anglosajón *Alh*, “templo”, y *wine*, “amigo”) procedía de una familia noble de York, la cual, como su pariente el misionero Wilbrord, refería su ascendencia a Hengisto, y por éste a Odín. Ya siendo niño se dedicó a la Iglesia, presto fué predilecto del arzobispo *Egberto*, cuya gloria atrajo a York muchos forasteros, luego de *Aelberto*; cuando éste fué elevado a la sede episcopal, fué el mismo Alcuino presidente de la escuela de York, que bajo su dirección alcanzó una gloria todavía mayor. Cuando murió Aelberto, Alcuino fué enviado a Roma para obtener de Adrián I el palio para Eanvaldo; en su regreso se encontró en Parma con Carlomagno (781), el cual, con su mirada de águila, reconoció la importancia intelectual de aquel varón, le supo ganar para su Imperio y atarlo consigo de una manera permanente por su índole noble y elevada, y al mismo tiempo siempre abierta a la verdadera amistad. Después que hubo obtenido la aprobación de su arzobispo, y del rey Alfwold de Northumbria, Alcuino vino con varios discípulos al país de los Francos (782). Su posición junto al rey fué al principio semejante a la de Voltaire con Federico II; sin cargo fijo, era el amigo, el consejero del rey, el compañero de sus horas libres, las cuales se pasaban en ensayos científicos. Pero Alcuino y Carlos no se desavinieron como Voltaire y Federico, no eran como éstos hombres vanidosos y malignos que sólo pretendían ser celebrados el uno por el otro; su entusiasmo por las ciencias era sincero, y el saber no los hinchaba, porque la religión llenaba al propio tiempo sus corazones de humildad; y hasta su último instante permanecieron amigos. Alcuino recibió primero los rendimientos de las abadías de Ferrières y St. Lupo de Troyes. A su vez Carlos, a pesar de constantes Dietas francas y campañas que decidían la suerte de Europa, aprendía con un fervor tal, que Alcuino juzgaba que si todos los soberanos se le parecieran, el Imperio Franco sería presto una segunda Atenas. El rey tenía deseo de saberlo todo, de dominarlo todo; constantemente tenía algo que preguntar, y Alcuino no podía contestarlo siempre; había de apaciguar su sed de saber, pero sin poder saciarla. El rey cursó el Trivium y el Quadrivium; las matemáticas y la dialéctica, la astronomía y el arte de cantar los salmos; todo le

¹⁵ *Vita Alcuini auctore anonymo*, ed. Migne, C, págs. 89-108. Lorenz, *Vida de Alcuino* (al.), Halle, 1829.

interesaba: el pasado como el presente. Una vez escribe a su maestro, que no siempre le podía acompañar en los campos de batalla, a donde se había ido el planeta Marte, pues hacía tiempo que no lo podía ver. Otra vez le preguntaba, por qué en ninguno de los cuatro Evangelios estaba el himno que el Salvador había cantado después de la Cena. El culto de Carlomagno por el arte y la ciencia era apasionado: “ ¡Sí yo tuviera doce sacerdotes — suspiraba un día — tan eruditos como los santos Jerónimo y Agustín!” — “Oh, contestó Alcuino; el Creador del cielo y de la tierra se contentó con *dos*, y tú quisieras tener doce!” Carlomagno compartió el gusto de la música y el canto eclesiástico que había distinguido a los Merovingios, los cuales llamaban los cantores de Italia (donde San Gregorio Magno había fundado dos Escuelas de canto, una junto a la basílica de San Pedro y otra en el Palacio Lateranense, y donde durante mucho tiempo se enseñaba el lecho desde el cual el Papa enfermo dirigía los ejercicios y hacían venir cantatrices de la melodiosa Irlanda. La *cappa* de San Martín era tenida por los Merovingios como objeto de devoción, y continuos cantos resonaban en el oratorio donde se conservó; de ahí la expresión de *capella*. Gontran era entusiasta de la música sagrada, en términos que hasta en la mesa pidió a los obispos convidados que le cantaran una misa. Carlos compartía esta afición, él mismo cantaba a menudo en el coro; llamó de Roma dos cantores. Pedro y Romano, para levantar en sus Estados el canto litúrgico. ¿Quién se burlaría de esto? Pues la religión es generalmente madre de las artes, y lo bello es naturalmente hermano de lo verdadero y lo bueno! Quien una vez comprende lo bello, no cae fácilmente en vicios vulgares.

La Escuela palatina

Con Carlomagno, sus hijos e hijas y su hermana Gisela, tomaban parte en la enseñanza los jóvenes distinguidos que se educaban en la Corte como rehenes de la fidelidad de sus padres para poder ser luego empleados en los más altos cargos. Esta era la Escuela cortesana (*schola palatina*), en la cual se enseñaba el saber espiritual y secular, como ya se hacía bajo los Merovingios¹⁶. ¡Cuán sano es todo lo que emprendió Carlomagno! Nada de retorcer, nada de jugar con palabras e ideas, nada de hacer misterios, como se halla entre los gramáticos de Tolosa, Virgilio Maro y Galbungo, que inventaron una escritura secreta, que hacían de los vocablos comunes ocho diversos idiomas, sólo para no ser entendidos por los no iniciados!¹⁷.

Según la voluntad de Carlomagno, había de haber en cada monasterio y en cada iglesia principal escuelas semejantes a los modernos gimnasios alemanes, donde se

¹⁶ La prueba de que también bajo los Merovingios hubo una escuela palatina la aduce Pitra, Histoire de St. Lèger). León Maitre, les ecoles episcopales, Paris, 1866.

¹⁷ Oxanam, Etudes germaniques, I, págs.. 424-433.

debía aprender, no sólo salmos y canto, matemáticas y el arte de computar las festividades eclesiásticas, sino también gramática, esto es, literatura clásica. Esto mandaba la Capitular de 789, pero Carlos no hace sino rogar¹⁸. ¡Cuán fervorosamente escribe a San *Lull*, discípulo de San Bonifacio, que haga todo lo posible para fomento de la ciencia, y ayude a muchachos pobres, pero de talento! Se ve que, para él, la ciencia no es solamente un ornato del trono, sino una cuestión vital para la Iglesia y el Estado.

Otras escuelas tenían algún parecido con nuestras universidades, aunque Carlomagno no fundó ninguna de las Universidades ahora existentes, pero sí obró con el espíritu de la universalidad de la ciencia. Alcuino le escribe sobre la *Escuela de Tours*: “Conforme a tu exhortación y voluntad, en la casa de San Martín procuro ofrecer a algunos la miel de las Sagradas Escrituras, me esfuerzo por embriagar a otros con el vino puro de la antigua erudición, alimento a otros con los frutos de la finura gramatical, instruyo a otros en los cursos de las estrellas y en el orden del cielo; me esfuerzo por educar a todos, para utilidad de la santa Iglesia de Dios, y para ornato de tu reinado”¹⁹.

Para que en la Corte el movimiento intelectual fuera libre y exento de las trabas del ceremonial, cada cual usaba un nombre literario, y con esto quedaba como eximido de sus circunstancias personales en un círculo ideal.

Carlos se llamaba *David*²⁰ (2), Alcuino *Flacco*, Einhard *Beseleel*, Teodulfo *Pindaro*, Adalhard *Augustino*, Arno *Aquila*, Riculfo *Flavius Damoetas*, Angilberto — del cual se esperaba una epopeya sobre la Vida de Carlomagno—, *Homero*, Riebod *Macario*, Adalberto *Magus Niger*, Gisela y Guntrada se llamaban *Lucia* y *Eulalia*. Como se manifiesta en Carlomagno la unión de la cultura clásica con el espíritu cristiano y germánico, así también en esta reunión: nombres del Antiguo Testamento, de la Historia griega y romana, como de la Historia de la Iglesia, están allí mezclados; lo que todos los pueblos tenían de grande y bello, quería juntarlo en derredor suyo este franco! Nada debía quedar perdido para la Humanidad, que hubiera existido en alguna parte en el decurso de los siglos! El tono en aquellas reuniones era libre: Warnefrido podía pedir que se tratara con más benignidad a los lombardos, Alcuino a los sajones, y Arno podía prevenir contra la introducción del diezmo en el país recién conquistado de los ávaros. Conversaciones alegres y llenas de agudezas sazaban la comida común, y Carlos tomaba en ellas la parte más

¹⁸ Capitulum ad an. 789, n. 71 en Baluze, I, pág. 201, ed. Migne, tomo XCVII, págs.. 176 s.

¹⁹ Epist. 43, ed. Migne, C, págs. 207 s. Launoy, De scholle celebrioribus, IV.

²⁰ Einhardi, Vita caroli, cap. 29. Philips, Carlomagno en el círculo de los eruditos, Actas de las sesiones de la Academia de ciencias de Viena, 1855. Ampère, Hist. Liter. De la France, III, págs.. 19-50.

alegre. Principalmente se gustaba de las enigmas; la literatura anglosajona, como los escritos de Alcuino, contienen todavía una porción de ellos.

Carlos se hizo discípulo, para poder ser maestro de su pueblo. Por mucho que fuera su entusiasmo por la cultura helénica y latina, su corazón continuo germano, y las cualidades de su pueblo no se debían mezclar. Carlos tenía sentido para la poesía heroica de su pueblo, y en su Corte resonaban las arpas de los escaldas como las liras de los clásicos.

Einhard nos refiere²¹, que Carlos hizo escribir los antiguos cantares germánicos en los que se celebraban las hazañas y guerras de los reyes antiguos, para que no se olvidaran. Por desgracia se ha perdido este tesoro de la antigua poesía heroica germánica, y hasta ahora no se ha podido volver a encontrar! También comenzó a componer una gramática de su lengua materna. ¿Qué nación se puede gloriarse de un más noble gramático? Además, dió a los meses nombres sacados de su propio idioma; entre los francos se usaban entonces los nombres latinos o bárbaros. Al Enero llamó *Wintarmanoth*, al Febrero *Hornung* (Hor, “lodo”), al Marzo *Lentzinmanoth*. al Abril *Ostarmanoth*, al Mayo, *Winnemanoth*, al Junio *Brachmanoth*, al Julio Heuvimanoth, al Agosto *Aranomanoth*, al Septiembre *Witumanoht* (Witu, “leña”), al Octubre *Windumemanoth* (*Windemon*, “vindemia”), al Noviembre *Herbistmanoht*, al Diciembre *Heilagmanoth*. Asimismo dió nombres alemanes a los doce vientos de los que antes sólo tenían nombre los cuatro principales. Carlomagno estableció su capital en Aquisgrán, no en Italia ni en el bello mediodía de Francia. Su título era primero *Rex Francorum invictissimus*, y solo luego *et Romani Rector Imperii*.

Bajo Carlomagno se reunieron los primeros talentos de todas las naciones. Toda buena cabeza era bien recibida.

Eruditos extranjeros

Así refiere el monje de St. Gall²² (2), de qué manera dos irlandeses conocedores sin rival de las ciencias humanas como de la Sagrada Escritura, desembarcaron en las costas de Francia, y luego en el puerto exclamaron: “Quienquiera tenga deseo de la sabiduría venga a nosotros y recíbala, pues se puede comprar de nosotros.” La noticia de esto llegó a oídos de Carlomagno, el cual sentía constante deseo y amor de la sabiduría; los hizo venir a su presencia y les preguntó si de veras traían consigo

²¹ Einhardi, *Vita caroli*, cap. 20.

²² Einhardi, *Vita Caroli*, cap. 29.

la sabiduría. “Verdaderamente, la poseemos, y estamos dispuestos a dársela a aquellos que dignamente la desean en nombre del Señor.” A la pregunta de Carlos, ¿qué pedían por ella? contestaron: “Sólo sitios aptos y almas dispuestas, y sustento y vestido, de que no se puede carecer en esta peregrinación!” Carlos se alegró extraordinariamente, y durante mucho tiempo los tuvo consigo, y cuando luego se hubo de marchar a la guerra, dió al uno, llamado *Clemente*, que luego fué presidente de la Escuela Palatina después de Alcuino, un gran número de muchachos nobles y plebeyos, para que les educara; al otro le envió a Italia al monasterio de San Agustín de Pavía. Se llamaba *Dungal*, y después combatió a Claudio de Turín. Otra vez en una gran reunión de la Corte, un irlandés se acercó al rey. Los nobles llcgaron y ofrecieron presentes de oro y plata, piedras preciosas y telas de púrpura, caballos lujosamente enjaezados; el poeta cruzó por entre ellos y desarrolló un pergamino con letras hermosamente pintadas: Era un poema heroico que celebraba las hazañas de Carlos. A una señal de éste callaron todos; sólo se oyeron los melodiosos versos del poeta, hasta que le interrumpió un entusiasta aplauso, por su elogio de los francos, y de la familia real, “que viniendo de los altos muros de Troya, sometió a Dios tierras, ciudades y naciones y ahora llena el mundo con su gloria.” Una que otra vez se manifestó también la envidia de los francos contra aquellos extranjeros que obtenían los puestos mejores. Como Agilulfo visitara un día a Alcuino, hubo de escuchar junto a la puerta: Cuándo nos veremos libres de estas abejas británicas, que revolotean en tomo del viejo abejorro!”; díjolo a Alcuino, el cual prudentemente salió con un cántaro de su mejor vino donde estaban los francos y los obligó a beber a la salud de los anglosajones²³.

Una brillante carrera se abría para los eruditos de donde quiera que viniesen.

Leidrado de Nórica, formado en Italia, del cual todavía poseemos algunas cartas y tratados teológicos, fué arzobispo de Lyón, y como enviado real (*missus dominicus*) hubo de inquirir cómo andaba la administración de justicia en el sur; en su poema *Paraenesis ad judices*, describe todos los intentos de soborno, y dice: “Mortal, está siempre dispuesto a tratar blandamente a los mortales, la ley natural es para ellos como para ti; todos, altos y bajos, tienen un mismo principio y el mismo fin; el Salvador murió por ellos como por ti, y un dia los juzgará como a ti, según vuestros merecimientos.” Se confiaron a hombres eruditos los negocios del Estado y los hombres de Estado fueron eruditos; así el gramático *Smaragdo* fué empleado en negociaciones con Roma. *Teodulfo*, godo español, en cuyos cantos agrada tanto la fina burla como la profunda seriedad, y del que todavía hoy canta algunos himnos

²³ Versus hibernici exulis apud mai Scrip. V, pág. 405. Oxanam, Etudes germaniques, II, págs.. 516-519.

la Iglesia de Francia, fué arzobispo de Orleans²⁴. El gramático *Paulino* ya antes ricamente obsequiado, fué arzobispo de Aquilea²⁵. *Arno*, apóstol de los carantanos y ávaros, arzobispo de Salzburgo, se llamó el ojo de Carlomagno; con tanta frecuencia fué consultado por él sobre los más importantes negocios temporales y espirituales. El poeta *Angilberto* fué el primer consejero de Pipino, rey de Italia, y abad de St. Richier; *Adalhardo*, asimismo consejero del rey de Italia, fué abad de Corvey. *Pedro Pisa*, prisionero de Pavía, donde había brillado por sus disputas, fué maestro de gramática en la Corte, esto es, explicó allí la Literatura clásica.

Paulo Diácono.

En la conjuración de Hrodgaud de 776 estuvo complicado un distinguido lombardo, *Arichis*, el cual fué llevado a la prisión, su hacienda fué confiscada y su pobre mujer con sus cuatro hijos cayó en la mayor miseria. Entonces el hermano del preso se acercó al rey de los Francos con un poema, y sus versos rompieron las cadenas y devolvieron al desventurado su libertad, su hacienda y su familia. El poeta era *Paulo Diacono*²⁶, nacido en 720 en Forum Julii, educado en Pavía, luego profesor de Athalperga, esposa del Duque Arichis de Benevento, para el cual escribió su Historia romana, en la que prosiguió la Historia de Eutropio hasta el fin del Reino de los Godos, y luego se hizo monje en Monte Casino; todavía hoy la Iglesia canta su himno a San Juan Bautista. Paulo era maestro en el griego y por eso fué un hallazgo para Carlomagno, el cual le sujetó a su Corte. Pero el monje suspiraba por la tranquilidad de su monasterio: “La Corte *es* para mí una cárcel comparada con la quietud de mi celda, la vida es aquí un viento tormentoso.” Pensemos en la barbarie de los francos, la abigarrada mezcla de la Corte, donde se encontraban tan diversas naciones, tantos idiomas, costumbres, trajes e intereses, y de qué manera hubo de prohibir Carlomagno asilar asesinos en su propio palacio! Paulo intercedió también por otros prisioneros y Carlos nada le negó, pero en broma le ponía condiciones, vgr., que debía por ello o llevar pesadas cadenas o yacer en dura prisión, o ir a los normandos y bautizar al rey Sigfrido!²⁷ Como Paulo se decidiera finalmente a permanecer en la Corte, Carlos se alegraba de que este poeta eruditísimo quisiera echar raíces en el suelo de su amistad, y no añorara ya su patria. Entonces el lombardo enseñó griego en la Corte, escribió la historia de los obispos de Metz, y, por encargo de Carlomagno, compuso una Colección de Homilías que se debían leer en todas las iglesias del Imperio. Una Colección de modelos era muy necesaria; pues en tiempo de San Bonifacio había aún clérigos que bautizaban: “ In *nomine*

²⁴ Caefigue, Charlemagne, II, pág. 330.

²⁵ Praeceptum Caroli M. pro paulino artis grammaticae magistro, ed. Migne, XCVII, pág. 957.

²⁶ Wattenbach, loc. Cit., págs.. 163-171.

²⁷ Anonymus Salernitanus, Chron., 9, en Muratori, Rer. Ital., II, 2, pág 179. Pauli Diaconi erga príncipes suos regno destitutos fidelitas.

patria et filia ; Paulo debía recorrer, — según mandaba Carlomagno— , los escritos de los Padres católicos, y escoger las más bellas flores como en un florido prado, y todo lo más útil lo debía entretejer en una guirnalda.” Pero le volvió a invadir la añoranza de su país, el anhelo de la tranquilidad de su monasterio se hizo demasiado poderoso, y Carlomagno no pudo retener más a su predilecto! Pero los coloquios íntimos, en los cuales él hablaba de sus antepasados y el lombardo de las antigüedades, fueron para Carlos inolvidables. A sí le escribía: “ Rápidamente por ciudades y aldeas, por montes, bosques y ríos, la epístola ha de llevar las palabras del rey a la presencia del venerable Paulo, y cuando haya hallado al anciano, le ha de decir con palabra amigable: “El Rey Carlos le envía a saludar”²⁸. En Monte Casino escribió Paulo su “ Historia de los Lombardos”, cuyo Reino vió perecer; inestimable sobre todo por las importantes leyendas del principio de la obra, las cuales, según la justa expresión de Grimm. constituyen una pieza conexas de la más bella poesía heroica, penetrada de espíritu verdaderamente épico²⁹.

Cuanto medraran en la Corte los estudios clásicos, nos lo muestra la *Vita Caroli de Einhard*, el cual debió a Carlos su educación, y fué su favorito, y según la leyenda hasta esposo de su hija Imma. Einhard fué ministro de Obras públicas. Probablemente dirigió la construcción de la catedral de Aquisgrán, de los palacios de la misma ciudad y de Ingelheim, edificios magníficos que debían manifestar la grandeza y dignidad del Imperio, y además el puente del Rhin en Maguncia. En el círculo de los amigos se le llamaba Beseleel, porque éste, según la Biblia “fué hábil para trabajar en oro, plata, bronce y piedras preciosas.” Einhard vivió también en íntimas relaciones con el Emperador Ludovico Pío, luego entró en el estado eclesiástico, y en 840 murió en Seligenstadt o Michelstadt, que le pertenecían. En su “Vida de Carlos”, escrita en hermoso latín, que agradó a toda la Edad Media y aún hoy ha de agradar, y en la que ofrece una imagen trazada con rasgos enérgicos, del gran Emperador, tenía como dechado ante los ojos la biografía de Augusto por Suetonio³⁰. — *Angilberto y Benito de Aniano*, como Wala y Einhard pertenecen a

²⁸ Glesebrecht, Die literarum studiis apud ítalos primis medii aevi saeculis, Beral, 1845.

²⁹ La forma alemana del nombre lomgobargo no pasó generalmente a la forma latinizada longobardos hasta el siglo XII, de donde luego se formó lombardos. El Monje de Salerno habla de la lingua todesca, quam olim langobardi loquebantur. Además del copioso tesoro de leyendas de su pueblo utilizó paulo Diacono especialmente los escritos de San Gregorio magno, la Vita Severiani de Eugippio. Marcus Casinensis, Venantius Fortunatus, la Vita Paldonis, Tatonis et Tasonis de Anspert. Plinio, Hist. Natur., Justinus, Donatus, Comment. Ad Virgil., Aurel, Victor, Isidorus, Jordanis, Codex Justin., Cf. Jacoby, Fuentes de la Historia de los lombardos de paulo Diacono, Halle, 1877. Además, Berhmann, Vida y escritos de Paulo Diácono, Archiv, X, págs. 247-414. Abel, Paulus Diac., Berlín, 1849. Wattenbach, loc. Cit., págs.. 169-171.

³⁰ También caracterizan al hombre las cinco cartas que baluze editó en las Obras Opp. Lupi abbatís Ferrariensis, Paris, 1664-8. Ed. Migne, CIV, págs.. 509-538.

los hombres de Estado que gustaron las ciencias y después de una juventud belicosa, finalmente buscaron la paz del alma en un monasterio.

Alcuino regresó a Inglaterra en 789, con encargos diplomáticos de Carlomagno; sin duda hemos de agradecer a su influencia la aquiescencia de la Iglesia anglosajona a los acuerdos del Concilio de Francfort (794). En 793 a 796 le volvemos a hallar en la Corte de Carlomagno como una especie de Ministro de cultos e instrucción pública. Probablemente proceden de su pluma los *Libri Carolini*³¹, que se enviaron al Papa, a las Cortes y a los obispos de Occidente, los cuales debían preparar los ánimos para el Imperio de Carlomagno; pues en cuanto se propone como obligación del verdadero Soberano, el amparo de la Iglesia de Dios y la conservación de la fe ortodoxa, se indicaron no menor resolución, que la Corte bizantina había quebrantado descaradamente este deber por su herejía iconoclasta; y que el Soberano de los Francos era el verdadero Defensor de la fe y el amparo de la Cristiandad. La conclusión de que con esto el Imperio debía pasar de la degenerada nación de los griegos al devoto pueblo de los francos, no se expresa, pero se pone de manifiesto a todo lector.

Como defensor de la fe ortodoxa, Carlos salió a la liza contra la secta de los *adopcionistas*, y Alcuino manejó también aquí la pluma.

Los adopcionistas — a cuya cabeza estaba el Primado de Toledo, *Elipando* y el obispo *Felix de Urgel* — enseñaban que Cristo, en cuanto a su naturaleza humana, era Dios solamente en el nombre (*Deus nuncupativus*), y lo mismo que nosotros, era siervo del Eterno y en su bautismo su Humanidad había sido adoptada por Hijo de Dios; por tanto, era tal solamente por adopción; forma de arrianismo en la que se vino a parar en España por la convivencia con los musulmanes, los cuales hacían escribir en sus mezquitas: “ Cristo es enviado de Dios, Allah no engendra ni es engendrado.” En el Concilio de Francfort fue condenada esta doctrina (Félix se retractó en 799 en Aquisgrán) y presto desapareció; mas Carlos como defensor de la fe ortodoxa, se había ganado las simpatías de aquellos cristianos que vivían en España bajo la dominación agarena³².

Carlomagno profesaba la Religión cristiana con una devoción íntima y no simulada: no sólo por la mañana y la tarde, sino a menudo por la noche, acudía a la iglesia, Hizo algunas guerras por la propagación del Cristianismo, no rehusaba ningunos gastos para el esplendor del cullo divino. Su biógrafo dice: “ Empleaba una gran

³¹ Hauck, Historia eclesiástica de Alemania, (al.), II, págs.. 283-290. Leipzig, 1890.

³² Gams, Historia eclesiástica de España (al.), II, 2, págs.. 261-298.

solicitud para mejorar la lectura y canto en la Iglesia, pues era muy instruido en ambas cosas, aunque el mismo no leía públicamente, y sólo cantaba en el coro en voz baja." En la Iglesia miraba el foco de la civilización, y por ella quería elevar al pueblo: escuela e Iglesia, Estado e Iglesia, van mano a mano en sus leyes. Por eso urge para la formación del Clero, por eso da ordenaciones por las que los sacerdotes que no quieren estudiar pierden sus prebendas³³; por eso hizo publicar buenos textos de predicación, por eso puso coto a las aficiones belicosas de los clérigos por una ordenación de 806³⁴.

En estas cosas, Alcuino fué la mano derecha de Carlomagno³⁵. Ante todo, había falta de buenos libros, los últimos siglos habían destruido muchos manuscritos, los habían mutilado y desfigurado, por eso Alcuino tuvo una pasión por los buenos libros: no sólo él mismo copió algunos, sino formó una escuela de crítica de los textos; por eso hallamos a Carlomagno hasta en sus últimos días, ocupado en corregir, con ayuda de griegos y sirios, un ejemplar de los Cuatro Evangelios. En 791 el ministro de instrucción de Carlos había terminado su revisión de los textos de la Sagrada Escritura. Pero principalmente Alcuino trabajó como maestro, y al principio del siglo siguiente hallamos escuelas excelentes en Aniano, Ferrières, Fontenolle, Fulda, Reichenau, escuelas parecidas a universidades, como en Lyon. Metz, Toul y Verdún. Hasta el Emperador no tenía por indigno de su carácter ejercer el oficio de Visitador de las escuelas, y el monje de St. Gall refiere, de qué manera aseguraba su gracia a los niños pobres que contestaban bien, que mostraban buenas composiciones o poemas; al contrario, cuán ásperamente trataba a los hijos de príncipes ignorantes: “¡Por el Señor del cielo! yo no doy nada por vuestra nobleza y vuestra bella presencia; si no reparáis presto lo que habéis descuidado, nunca debéis esperar cosa buena de Carlos”³⁶. En el bullicio de la Corte, Alcuino añoraba la quietud del monasterio. Carlos le licenció de mala gana, pero con imperial liberalidad, le dió la abadía de San Martín de Tours, en cuyas haciendas había 20,000 siervos. Allí brilló Alcuino con el esplendor de su saber y de sus dotes de maestro, los hombres más hábiles de la época siguiente, procedieron de su escuela. En vano Carlomagno le invitó de nuevo a su Corte, en vanó a un viaje a Roma. “¿Qué tiene que hacer la liebre entre los jabalíes, qué la oveja entre los osos fieros?” le contestó su amigo; “te ruego que me dejes en mi tranquilo curso en San Martín, está ya quebrantada la fuerza de mi cuerpo.” Pero amaba a Carlos y a veces

³³ Capitulare generales (an, 769-771), N° 16, ed. Migne, XCVII, pág. 124.

³⁴ Caroli Magni Capitulare primum. Baluze, I, pág. 189. Walter, Corp. Jur. Germ., II, pág. 53. Constitutio de scholis per singula episcopia et monasteria instituendis, del año 787. Ibid., II, pág. 62. Ademas Monachus Engolismensis. Luego Capitula data presbyteris del año 806. Walter, loc. Cit., II, pág. 64, 190-199, Ibidem II, págs.. 200, 244.

³⁵ Constitutio de emendatione librorum et afficiorum ecclesiasticorum, Baluze, I, pág. 143.

³⁶ Monachus Sangallensis, loc. Cit., I, cap. 3.

deseaba alas de águila para que le llevaran a su regio amigo, para volver a ver sus ojos centelleantes y oír de nuevo los suaves acentos de su voz. Se enorgullece de su gran discípulo: “Tú eres la gloria y esperanza de tus pueblos, le escribe; tú eres la alegría del Imperio, el honor, el amparo y el amor de la Iglesia”³⁷. Alcuino murió el 19 de Mayo de 804; las 232 cartas que se cambiaron él y Carlos sirven para gloria de ambos varones, y forman una importante contribución para la historia de aquella época. Sus libros de gramática, dialéctica, ortografía, retórica, contienen un extracto de lo mejor de Aristóteles, Cicerón, Donato, Prisciano, Cassiodoro. En sus tratados teológicos se descubre un gran conocimiento de los Padres de la Iglesia y un espíritu claro. Su manera de enseñar es el diálogo; juntamente procura desarrollar en sus discípulos aquel sentido que, alejado de la vanidad, considera en la ciencia la fuente de los más altos deleites y la educadora del alma. A menudo dice a los Príncipes que le escuchan como discípulos, que la ciencia hace más nobles a los nobles, y más brillante la gloria.

Personalidad de Carlomagno.

Kinhard³⁸ nos muestra la personalidad de Carlomagno más de cerca; imagen original de fuerza germánica. “Era de cuerpo grande y robusto, de siete pies de alto; la parte superior de su cabeza era redonda; sus ojos muy grandes y vivos; tenía hermosos cabellos blancos y el rostro amigable y alegre. Ya estuviera en pie o sentado, siempre su figura ofrecía una apariencia por extremo digna e imponente. Su paso era firme, sus actitudes varoniles, su voz clara.” En aquella figura heroica se derramaba un espíritu alegre; el monje de St. Gall refiere que quien se había llegado triste a Carlomagno, se separaba de él serenado por su misma presencia y algunas palabras. La frescura y claridad de su índole confortaban a todos los que se ponían en contacto con él. La Majestad no consistía en él en soberbia tiesura, ni en sombría reserva, sino en la serena grandeza de su personalidad, que lo superaba todo, y, no obstante, carecía de pretensiones, y reposaba en sí misma. Aun cuando bromeaba con sus comensales, resplandecía, no obstante, según las palabras del monje de St. Gall, como el sol matutino al salir. De índole sociable, no quería nunca gozar solo. Cuando se bañaba, invitaba en caso necesario a los guardias a nadar, de suerte que a menudo se movían cien hombres en el agua. La terrible impresión que producía como guerrero al frente de su ejército, en los corazones de sus enemigos, nos la describe el monje de St. Gall; como Priamo en los muros de Troya, hace que Desiderio pregunte en los muros de Pavía a Otger, por los héroes que se acercaban y principalmente por Carlos. “Entonces vió él mismo al férreo Carlos, cubierta la

³⁷ Tu prosperitas regni tu salus populi, tu decus ecclesiae, tu ómnium protetio fidelium Christi. Alcuin epistola ad dominum regem quem ab expeditione Beneventana dehortatur.

³⁸ Einhardi, Vita Caroli, cap. 22.

cabeza con un yelmo de hierro, los brazos cubiertos de brazales férreos, el férreo pecho y los anchos hombros protegidos por un arnés de hierro; la izquierda llevaba la férrea lanza, levantada en alto, pues la diestra estaba preparada para el acero siempre victorioso, los muslos cubiertos de escamas de hierro, el escudo no era sino hierro. Entonces resonó el alarido de dolor de los de Pavía: “ ¡Oh, el hierro, oh, el hierro!”³⁹.

Este hombre de hierro tenía un corazón que sentía hondamente. Carlos lloraba como un niño en la muerte de un amigo; el vencedor en cien batallas cuidaba paternalmente de los pobres. El hombre bajo cuyos pasos de gigante retemblaba Europa, por cuyos grandes planes acaso cayó un millón de hombres, era el más tierno padre de familia que en su casa nunca podía comer sin sus hijos, nunca hacer sin ellos un viaje, y se los llevaba a la caza; a *sus* hijas las tuvo consigo hasta su muerte porque no podía vivir sin ellas⁴⁰. La educación de sus hijos fué en el fondo germánica, aunque los hizo introducir en la literatura griega y latina⁴¹.

Einhard refiere⁴²: “Sus hijos, tan luego como lo permitía la edad, habían de cabalgar según la castumbre de los francos, y ejercitarse en las armas y en la caza; y las hijas habían de trabajar la lana y ocuparse en hilar, para que no se acostumbraran a la ociosidad.” Carlos fué fiel a su patria en sus recreaciones como en su manera de vestir; constantemente se ejercitó en cabalgar y cazar como era costumbre de su pueblo, “ pues no es fácil hallar en la tierra un pueblo que se pudiera medir en estas artes con los francos.” — “ Se vestía según la costumbre de su patria, es a saber, a la francesa; en el cuerpo usaba una camisa de lino y calzoncillos de lo mismo; encima una veste adornada con pasamanos de seda, y calzas; luego se envolvía las piernas en polainas de tiras y los pies con zapatos, y en invierno protegía hombros y pecho con una piel de foca y de marta, finalmente llevaba un manto verdemar y constantemente la espada al cinto. Los vestidos extranjeros los rehusaba en absoluto por muy bellos que fueran y nunca se los dejó poner: sólo en Roma se vistió una vez según el deseo del Papa Adriano, y otra vez a ruegos de su sucesor León, y se puso la larga túnica y clámide y zapatos romanos.”

De sus tres hijos legítimos, perdió a *Pipino*, que murió en 810; en 811 murió también *Carlos*, su predilecto e imagen suya, en quien tenía sus esperanzas y que debía sucederle en el Imperio. El padre quedó hondamente abatido y abrigó el

³⁹ Monachus Sangallensis, loc. Cit., II, cap. 26. Pertz, loc. Cit., II, pág. 759.

⁴⁰ Einhardi, Vita caroli, Caroli, cap. 19.

⁴¹ Angilberti Carmen. Lib. III v. 137-266. Pertz, loc. Cit., II, págs.. 395-398, ed. Migne. XCVIII, págs. 1433-1444.

⁴² Vita Caroli, cap. 19, 23.

pensamiento de retirarse del mundo y hacer penitencia de sus pecados (pues se echaba en cara sus seis hijos naturales). En 812 compuso su testamento y en 813 hizo venir de Aquitania a su hijo *Ludivico*, y los francos le prestaron homenaje en Aquisgrán como a su rey. Luego preguntó a los grandes si querían que se le entregara también la dignidad del Imperio romano, y ellos lo otorgaron. Por eso, al siguiente domingo, el Emperador amonestó en la iglesia a su hijo, delante de todo el pueblo, a servir a Dios y cumplir sus mandamientos, honrar a la Iglesia, amar al pueblo, mantener enfrenados a los malos y ser un padre para los pobres. En seguida le mandó tomar del altar la Corona imperial, y ponérsela él mismo, Ludovico regresó a Aquitania, el padre y el hijo se separaron con lágrimas con el sentimiento de que se veían por última vez. — Carlos se fue debilitando de día en día; su remedio ordinario contra los ataques de fiebre, es a saber: el ayuno, no aprovechó. El 27 de Enero de 814 recibió la Comunión, el 28 falleció⁴³. Parece haber sido enterrado en un nicho de la catedral de Aquisgrán en posición erecta, sentado en un trono, ceñido con la espada, y en la mano el libro de los Evangelios⁴⁴.

Tal fué el primer Emperador de nacionalidad germánica, hombre de ideas y de acción; erudito y heroico, prudente y osado, terror de sus enemigos y padre amoroso de los pobres, grande y afortunado, lleno de la alegría del vivir en medio de los más serios conatos, espíritu poderoso y hombre de Estado, y corazón noble, sobre todo un cristiano ferviente; su grandeza se apoyó, en parte, en haber concebido la importancia de la Iglesia⁴⁵. La religión dió el más noble impulso a su espíritu fuerte y fecundo, dió consagración a su poder, y tomó bajo su amparo a los pueblos que su espada había sometido, y le hizo reconocer allí a donde su poder no llegó; pues el poder solo nada duradero funda, lo que los guerreros de Carlos no alcanzaron lo hizo la palabra de sus obispos y misioneros, y éstos sanaron las heridas que aquellos habían abierto. Lohuerou dice hermosamente: "La Iglesia está llena de mansedumbre y compasión para con los que sufren; les reparte sin reserva todos los tesoros de su amor, y llama a su corazón a la Humanidad doliente, y los pueblos que se consumen corren a ella para beber a grandes tragos, de la copa que les ofrece, la fe y la esperanza. Pero su *Reino* no se limita ya a los intereses del espíritu, todo el hombre le pertenece; pues en el instante en que el Poder temporal se hizo intolerable por sus violencias, la Iglesia extendió sus brazos para abarcar con ellos a la

⁴³ Einhardi, *Vita Caroli*, cap. 3-33. Thegani, *Vita Ludovici imperatoris*, cap. 6. Pertz, loc. Cit., II, pág. 591, ed. Migne, CVII, págs.. 401-430.

⁴⁴ Según una fuente del siglo XI, Ademarum Cabannensis, ed. Migne, CXLI, págs.. 47 ss.

⁴⁵ Epist. Caroli M. ad Garibaldum Leodiensem episcopum de cura quam instrumendis populis praecipue ante baptismum adhibere debent pastores – en Martene, *Amplissima collectio*, VII, pág. 19. Luego Epist. Caroli ad episcopos de septiformis spiritus gratia – en Mabillon, *Analecta*, VI, pág. 512. Epist. Caroli Magni ad Odlbertum episcopum – en Mabillon, *Analecta*, I, pág. 21. Juntos en la edición de Migne, XCVIII, págs.. 914, 917 y 933.

Humanidad que padece, para consolarla y calentarla de nuevo con su amor. Este fue el papel, esta la misión de la Iglesia en la Edad Media, esto constituye todavía hoy su derecho a una eterna gratitud⁴⁶.

Así salió Carlomagno del círculo de sus héroes y obispos y entró en la tranquila morada de la muerte. Pero su imagen sobrevivió en el corazón de sus pueblos. Porque su cuerpo descansaba en la catedral de Aquisgrán, se coronaron allí los reyes de Alemania; porque había llevado corona, espada, manto, ceñidor, guantes y sandalias, fueron estas las sagradas reliquias del Imperio. Su ejemplo resplandeció a los ojos de algunos de sus sucesores; él empujó a Otón I al otro lado de los Alpes, y movió a Barbarroja a solicitar su canonización. Cuando el Occidente se puso en movimiento para libertar el Santo Sepulcro, todos creyeron que Carlomagno había navegado allá en otro tiempo como modelo de la genuina caballería. Y así sobrevivió su memoria en los siglos, pues el tiempo y la muerte habían perdido su poder sobre la grandeza espiritual.

⁴⁶ Lohse, *Institutions Carolingiennes*, págs. 512-513, Paris, 1843.

DESTRUCCIÓN DEL IMPERIO CARLOVINGIO (814-887)

I.—Luis el Bondadoso¹ y los primeros repartos

Causas de disolución en el Imperio.

El reino de los francos se había convertido, bajo la dinastía carlovingia, en una monarquía universal; al comienzo real, después imperial, y sobre todo cristiana. Era una extraña monarquía. Carlomagno, como rey germano, tenía mando y jurisdicción sobre los hombres libres; como rey y emperador consagrado, ejercía una magistratura moral y religiosa, y como emperador romano, tenía la idea de un poder general, ordenador de la sociedad, colocado por encima de las costumbres y de las leyes especiales de cada nación.

Esta monarquía, apenas sobrevivió a su fundador. Cincuenta años después del emperador ya no existía. Las causas de su desaparición fueron numerosas.

Hemos hablado ya de la formación de los grupos que se interpusieron entre el rey y el pueblo. Carlomagno reconoció su legitimidad, según se infiere del capitular de los lombardos (789). De este modo evitaba un peligro para la unidad del Imperio, o, mejor dicho, lo aplazó merced a una enérgica vigilancia. Sus sucesores no pudieron hacer lo mismo por su debilidad de carácter, y porque las instituciones se fortalecieron. Ya había gran número de hombres que no estaban sometidos directamente al rey ni a sus funcionarios, sino a los nobles eclesiásticos o laicos, para quienes tenían obligaciones. Estos nobles, sin ser funcionarios reales, se convirtieron de este modo en personajes públicos.

El Imperio estaba dividido en condados; pero hasta los condes, agentes del poder público, eran peligrosos para este poder; el cúmulo de atribuciones militares, judiciales y administrativas los convirtió en pequeños soberanos. Los obispos, en aquella monarquía cristiana, eran también representantes del emperador; pero se entendían muy mal con los condes, y sus disensiones debilitaron la organización política del Imperio.

¹ «Debonario» (Debonnaire) es una traducción inexacta y reciente de Pius (el Piadoso).

Tales grupos eran en todo el Imperio muy semejantes, y habían de ser sus herederos, pues constituían el feudalismo, que atravesó todas las fronteras. Pero pasemos del Imperio en general a sus diversas partes. Las nacionalidades que en él estaban confundidas, persistían, y había de llegar un día en que reclamaran contra la unidad. Conservaron sus leyes particulares, sus recuerdos y la preferencia por sus costumbres, distintas de las de sus vecinos. Se había podido suprimir sus duques nacionales, despertar y mantener en las almas la idea de una patria cristiana común, pero no se destruyó el sentimiento de la «patria chica».

Curioso es, por ejemplo, examinar lo que sucedió en Alemania. En 395, los germanos permanecían aún en estado de tribus. La idea de nacionalidad no existía en Alemania antes de Carlomagno, ni existió cuando él vivía, aunque sea indudable que él contribuyó a crearla, reuniendo a todas las tribus germánicas bajo su cetro. En esta unión, las tribus encontraron los sentimientos de la comunidad de intereses, pero comprendían que eran diferentes de las demás partes del Imperio por el idioma, por el derecho y por las costumbres. Lo que aconteció a los alemanes, aconteció, asimismo, a los franco-galo-romanos y a los italianos. Ya Alcuino llamó a Carlomagno, en una de sus cartas, rey de Germonia, de Galia y de Italia; título demasiado largo y de mal agüero.

Carlomagno quiso mantener la unidad del Estado merced a la comunidad de la fe. Sajones, galos e italianos profesaban la misma religión, y teniendo un mismo jefe espiritual parecía lógico que tuviesen un mismo jefe temporal. Era sin duda una idea muy elevada la de unir a los hombres a despecho de las fronteras por el vínculo de una fe común; pero no era una idea práctica. El Estado no tiene la misma misión que la Iglesia; ésta cuenta con la suya absoluta, inmutable, de la cual no se resigna a sacrificar ni un ápice a los intereses del Estado. Ya hemos visto cómo se mostró indiferente y luego hostil al imperio romano, y lo mismo había de suceder con el imperio carlovingio. El carácter eclesiástico de este Estado era evidentemente un elemento que había de debilitarle mucho.

Las causas de la disolución del imperio carlovingio fueron la desmembración feudal, la diferencia de nacionalidades y la confusión de relaciones entre el Estado y la Iglesia. Añádase a esto que la guerra había disminuido las fuerzas de Austrasia, cuna de conquistadores. Finalmente provocó la crisis la costumbre germánica del reparto entre los hijos, que hizo necesaria la desmembración, poniendo frente a frente ambiciones igualmente poderosas. De allí surgieron conflictos y una anarquía que aceleró, el vencimiento de la autoridad real y de las fuerzas materiales.

Luís el Bondadoso.

Por su pereza o al menos por su falta de actividad y de rapidez en la acción, fué muy inferior el heredero de Carlomagno. Su cuerpo no tenía el vigor del de su padre, y necesitaba descansar mucho. Era gran cazador, pero mediocre soldado. Sentía miedo al pecado, y esto es un mal consejero para los reyes, pues una cosa es atender a la salvación del alma y otra gobernar un gran reino. No fué adúltero como Carlomagno, pues guardó fidelidad a la emperatriz Ermengarda y cuando ésta murió quiso hacerse monje.

Discípulo de San Benito de Aniano, reformador de los conventos, fué piadoso como un monje. En sus comienzos realizó varios actos de energía. Reformó la iglesia y los monasterios, formó también la corte de Carlomagno y puso orden en su familia. Procedió severamente con las concubinas de su padre; enclaustró a varias de sus hermanas a quienes Carlomagno no había querido casar; mandó que mataran a un cuñado suyo, y expulsó del servicio de palacio a las mujeres inútiles. Tal vez haya que elogiarle por haber disminuido los terribles rigores del régimen en Sajonia, devolviéndole el derecho de herencia y haciéndola igual a los demás pueblos del Imperio. Permitió que el papa Esteban IV, elegido en 816, a la muerte de León III, se consagrara a toda prisa sin esperar la confirmación imperial, cosa que Carlomagno no hubiera tolerado. Luis recibió en 813 la corona imperial de manos de su padre, pero no bastándole esta consagración, dispuso en 816 que le coronara otra vez el papa en la iglesia de Reims, prosternándose tres veces seguidas ante el pontífice. El emperador no confirmaba ya al papa, y el papa coronaba todavía al emperador. El equilibrio estaba roto.

El reparto de 817 y sus modificaciones.

Sin embargo, a Luis le agradaba la autoridad y la unidad del Imperio. Le han censurado que lo repartiera entre sus hijos, pero lo mismo había hecho Carlomagno en 817 y Luis se manifestó mucho más cuidadoso que su padre de los derechos imperiales.

Este reparto fué ordenado en Worms, ante los nobles eclesiásticos y laicos, después de un ayuno de tres días y de haber rezado «por la salud de todos, por la tranquilidad de la Iglesia y por la unidad del Imperio». En virtud de la carta de división, como se la llamó, Lotario, el mayor de los hijos, fué asociado al Imperio con el gobierno del Norte; a Pipino se le dió Aquitania, y a Luis, Baviera; Bernardo, hijo de un bastardo de Carlomagno, conservaba Italia como subordinado y como vasallo. El emperador estipuló las relaciones de sus hijos y de su sobrino, con Lotario, de este

modo: Todos los años acudirían a su hermano mayor para pedirle consejo, llevándole regalos. Lotario, «a quien Dios había concedido mayor poderío», les daría, en cambio, su amor paternal y ricos presentes, auxiliándoles con sus ejércitos, contra los enemigos exteriores. No podrían hacer la guerra sin consultar a Lotario, quedando asegurada la unidad del Imperio contra los de fuera. En el interior eran verdaderamente reyes, y disponían con toda libertad de los cargos, de las rentas y de la justicia soberana. El derecho de vigilancia correspondía al hermano mayor (senior frater). Si le parecía que uno de sus hermanos gobernaba mal o no cumplía sus deberes con las iglesias o con los pobres, tenía que amonestarle hasta tres veces, en secreto, y después obligarle a comparecer ante el otro hermano, para amonestarle con más solemnidad. Si era ineficaz esta última amonestación resolvería lo que procediese, de acuerdo con su pueblo. (Communi omnium sententia de illo, quid agendum sit, decernatur, ut, quem salubris admonitio a nefandis actibus revocare non potuerit, imperialis potentia communisque omnium sententia coerceat.) Queríase conciliar la unidad del Imperio con la costumbre germánica del reparto y es muy importante que en la misma acta se solicitara la ratificación pontificia.

Bernardo de Italia, protestó, presentándose en abierta rebeldía. Como no tuviera fuerza para luchar acabó por someterse y fue condenado a morir, pero le indultaron de la pena capital. Le arrancaron los ojos y a consecuencia de esto murió (818).

Era la primera tentativa contra la unidad imperial. Luego hubo otras que se reprimieron también. Los esclavos habían sido rechazados al otro lado del Elba, los bretones a su península; los vascos y los ávaros rebeldes habían sido castigados y se había librado a la Septimania de una invasión de los árabes de España. Las costas del Sur estaban protegidas contra los sarracenos, y las del Norte y del Oeste contra los normandos.

Debilidades y faltas del emperador.

La conciencia de Luis no estaba tranquila; le remordían sus rigores del año 818; se arrepintió de los pecados que había cometido; se asustó ante el estado del Imperio; y declaró públicamente sus faltas y su turbación. Esta confesión pública, seguida de una penitencia impuesta por la Iglesia, fué un acto de una inmensa gravedad. Luis el Bondadoso, no solamente humillaba en su persona a la autoridad monárquica, sino que parecía invitar a sus súbditos a que discutieran las órdenes de un poder que se acusaba a sí mismo. En la capitular de Attigny, dió a conocer a todos aquella confesión de impotencia. (Confitemur nos in pluribus locis... tam in vita quam in doctrina et ministerio negligentes exstitisse.)

Al año siguiente, Lotario fué a Roma para que le coronara emperador el papa Pascual I, elegido en 817. Como para acentuar más el alcance de este acto, el papa mandó o dejó matar a dos consejeros de Lotario, jefes del partido franco en Roma.

Luis aparecía más subordinado cada vez a la Iglesia. A ella consultaba, a ella pedía remedios y por ella era dirigido en su vida privada. Cuando perdió a su primera mujer quiso hacerse monje, pero los obispos le aconsejaron que se volviera a casar. Los grandes temían que esta retirada amenazase al Imperio y convocaron a un concurso de belleza entre las jóvenes². Fué elegida Judit, hija de Welf, conde de Baviera. Luis, a semejanza de los reyes de España que fueron tan apasionados en el amor permitido, la idolatró con la debilidad de un marido viejo hacia su joven esposa, adorando a Carlos, el hijo de que de ella tuvo, con la pasión de un padre anciano hacia su Benjamín. El temor al pecado, el inmoderado amor a su esposa y a su hijo, y su modo de ser, nada a propósito para el mando, le privaron del respeto, del afecto y de la admiración que tuviera Carlomagno y que había sido la razón más sólida de la existencia del Imperio.

Su matrimonio había de ser causa de grandes desdichas. Ocurre frecuentemente en la historia que a las causas generales se unan circunstancias particulares para precipitar sus efectos. Judit quiso un reino para su hijo y tuvo una corte en la que brilló mucho Bernardo de Septimania. La aristocracia y la Iglesia estaban contra la reina, pues deseaban la unidad del Imperio a fin de gobernarlo a su gusto. Una de las figuras de esta oposición era el abad Wala, de noble origen, consejero muy estimado en los últimos años de Carlomagno. Luis, después de desterrarle, le volvió a llamar, aumentando con esto su importancia. En las asambleas eclesiásticas convocadas en París, Maguncia, Lyon y Tolosa, desempeñó Wala un gran papel exponiendo su juicio sobre el estado del Imperio. Luis se humillaba más cada vez. En una carta dirigida al pueblo (quae generaliter populo Dei est legenda) se acusó nuevamente de haber pecado (desidia et ignorantia) y prometía enmendarse para lo sucesivo. Cuanto más se humillaba el penitente más alto hablaba la Iglesia. En la asamblea de Worms (829) comunicaron al emperador una especie de manifiesto en que la Iglesia exponía su opinión sobre el gobierno del mundo. «La Santa Iglesia universal forma un solo cuerpo, cuyo jefe es Cristo, pero se divide en dos ilustres personalidades: la persona sacerdotal y la persona real...»³. Trataremos primero de

² Undicumque adducias procerum filias, dice el Astrónomo. Los concursos de belleza para los matrimonios de los emperadores eran una costumbre bizantina que se perpetuó en Rusia durante los siglos XVI y XVII.

³ In duas eximias personas, sacerdotalem videlicet et regalem.

los eclesiásticos y después de la persona real⁴. Es muy significativo que en la primera parte se tratara de los derechos eclesiásticos, y en la segunda de los deberes del emperador para con la Iglesia. Y aún es más extraño que la Iglesia, que en aquella ocasión mezclaba lo espiritual y lo temporal, recordase al emperador el grave peligro que entrañaba incurrir en semejantes confusiones.

Por bondadoso que fuera Luis, no toleró el tono en que Wala le comunicó las quejas de la Iglesia. Le desterró con sus partidarios, ordenando autoritariamente un nuevo reparto, en virtud del cual Carlos recibió Alemania con Alsacia, Recia y parte de Borgoña. Esta fué la señal de una inmensa confusión. La acción de los rencores personales; la ambición de los reyes, la de los nobles, eclesiásticos y laicos, que a pesar de todo estaban en desacuerdo; el despertar de las nacionalidades, todo, en fin, se mezcló en los acontecimientos que iban a producirse. El Imperio se derrumbaba por todas partes, al mismo tiempo que aparecían las nuevas nacionalidades.

Todos los hijos de Luis, hasta Lotario, a quien aquel reparto perjudicaba, se rebelaron. La Iglesia estaba con Lotario, que casi se había asociado completamente al Imperio, al extremo de que las monedas llevaban los nombres de Lotario y de Luis.

Wala, según dice su biógrafo, no quería dejar que el Imperio se desmembrase (*monarchiam tum ire in partes non permisit*). Todo el mundo había abandonado a Luis, que tuvo que revocar lo que había hecho. Parece que en aquel momento habían ido a buscarle unos monjes encargados de reprenderle. Lo cierto es que Lotario quiso hacerle fuerza, y asustó a sus hermanos. Wala se declaró entonces partidario del emperador. La asamblea popular de Compiégne había sancionado las pretensiones de Lotario, asociándole al ejercicio del poder y enclaustrando a Judit; pero otra gran asamblea, reunida algunos meses después en Nimiégue (Octubre 830), restableció a Luis en su plena autoridad. La asamblea de Aix-la-Chapelle (Febrero de 831) consumó la derrota de Lotario y sus principales partidarios cayeron en desgracia siendo desterrados o presos. Lotario les abandonó, y esto había de perjudicarle mucho en lo porvenir. Se había restablecido el orden, pero el daño causado era muy grande. Lotario, desterrado en Italia, había perdido la primacía sobre sus hermanos, y en adelante había de ser muy difícil la transmisión del poder imperial.

⁴ Cum haec quippe ita se habeant, primum de sacerdotibus, deinde de regali persona dicendum esse statuimus.

Sublevaciones de los hijos del emperador.

El ejercicio de la autoridad imperial se hacía más difícil cada vez. Luis se había dejado engañar por su triunfo.

Judit, que acababa de regresar, seguía siendo hermosa, y su hijo Carlos era más amado que nunca. Se le devolvió su parte de Alania. Luis de Baviera y Pipino protestaron, pero fueron vencidos. Luis destronó a este último, y dió a Carlos la Aquitania, originándose una nueva guerra. Pipino, que había sido hecho prisionero, pudo evadirse y los aquitaños se sublevaron en su favor. El emperador tuvo que retirarse a Mans (832). Sus adversarios habían recobrado, todas sus fuerzas y la coalición iba a ser formidable. Agobardo, arzobispo de Lyon, protestó contra la desmembración de la monarquía y excitó al papa, Gregorio IV, para que se asociase con Lotario, a fin de salvar a la Iglesia y al Imperio. Lotario pasó los Alpes seguido de un ejército, acompañándole el papa. Lotario llamó a sus hermanos. El emperador había reunido un sínodo en Worms. Los obispos se habían pronunciado en su favor, pero el papa entró en correspondencia con ellos y con Luis, planteándose de este modo la gran cuestión que tanto había de perturbar a la Edad Media. El papa, al que acompañaban Agobardo y Wala, reclamó que se restituyera el pacto del año 817; negó a los obispos el derecho de apelar contra la autoridad pontificia, y habló audazmente de la superioridad de la Iglesia sobre el Estado. Era inevitable el combate y los dos ejércitos se encontraron entre Colmar y Basilea, en el Rothfeld. Luis aún quiso entrar en negociaciones. El papa fué a verle, su presencia produjo un efecto tan extraordinario sobre los obispos y sobre los germanos y sobre los sajones, que todo el ejército, excepto algunos leales, se pasó al campo de los rebeldes. Indignó tanto esta traición, que se llamó a aquel sitio Campo de la Mentira (Lügenfeld). Luis, pidiendo gracia para Judit y para Carlos, se aprestó a acudir también, mientras que exclamaba: «No quiero que por mí muera nadie.»

Bien caro había de pagar su perdón. Había hecho la penitencia voluntaria de Attigny, y tuvo que hacer la involuntaria de San Medardo de Soissons. Le leyeron la lista de sus pecados, acusándole de escándalos, de haber perturbado la paz y de haber violado los juramentos. Depositó el tahalí sobre el altar, se despojó de sus vestiduras y se puso un hábito de penitente. Declaráronle incapacitado para volver a la vida secular⁵; pero nadie se atrevió a tonsurarlo ni a obligarlo a que profesara.

⁵ Habitum poenitentis per impositionem manuum suscepit ni post tantum talemque poenitentiam, nemo ultra ad militiam saecularem redeat. (Episcoporum de exauciatione Ludovici imperatoria relatio. Leges, I, p. 366.)

Habían creído los obispos que así restablecían la unidad del Imperio, pero advirtieron prontamente su error. Habían debilitado la dignidad imperial y el nuevo reparto sólo beneficiaba a Luis y a Pipino. El papa, al regresar, atravesó los Alpes muy contristado. Lotario, emperador en lugar de su padre, vió coaligarse contra él a sus hermanos, que habían acrecentado sus dominios en Colmar. Luis añadió a Baviera todo el resto de la Germania, que formó por primera vez un grupo aparte. Pipino poseía Aquitania y el país situado entre el Loira y el Sena. Como los acontecimientos de Soissons habían sido en cierto modo dirigidos contra ellos, tomaron las armas y libertaron a su padre, que una vez más recobraba el poder (834). Lotario, aunque vigorosamente apoyado por los suyos, no se atrevió a dar la batalla contra su padre y se sometió. En Febrero del 835 logró Luis que los obispos le absolvieran solemnemente en Metz y que le coronaran de nuevo.

No tardó en cometer nuevas faltas. Su obsesión de no dejar a Carlos sin herencia le hizo realizar nuevos repartos, a fin de darle Bélgica y el país comprendido entre el Meusa, el Sena y el Yona.

Quiso limitar a Baviera el dominio de su hijo Luis y a Aquitania el de Pipino, despojándoles de los países que se habían apropiado, y en Septiembre de 838 hizo que se coronara rey a Carlos. Mientras tanto había muerto Pipino, dejando dos hijos de corta edad. Entonces el emperador quiso entenderse con Lotario. Concedió a Carlos, Aquitania, Séptimania, Provenza y la mitad de Borgoña, y a Lotario todo el resto, a excepción de Baviera, que dejó a Luis. Lotario había recobrado su preeminencia. Los aquitanos, queriendo conservar su autonomía bajo el mando de los hijos de Pipino, apelaron a la rebelión. Luis se sublevó también y toda Germania le reconoció por soberano en la primavera del 840. Cuando el emperador se disponía a luchar acabó su vida. Sus últimos momentos fueron muy tristes. Refiriéndose a Luis el Germánico, decía a los obispos que le rodeaban: «Le perdono, pero que sepa que muero por él» (20 de Junio del 840).

II.—Desmembración del Imperio en reinos

La batalla de Fontanet.

A los tres años, todo estaba consumado. En vano reivindicó Lotario la monarquía. Tenía a su lado a la Iglesia, a los austrasianos de las dos orillas del Rhin, verdaderos fundadores del Imperio y sus últimos defensores, y además a los aquitanos. La indecisión y la debilidad de Lotario fueron causa de su derrota. No se atrevió a combatir, separadamente, a Luis el Germánico en Francfort, ni a Carlos en Orleans; y en 841 juntaron sus ejércitos cerca de Chalons-sur-Marne. Libróse la batalla

decisiva en Fontanet, junto a Auxerre, el 20 de Junio de 841. Lotario llevaba consigo austrasianos, frisones, sajones e italianos; Pipino, hijo de Pipino, le había llevado aquitanos, que fueron sus mejores soldados. León contaba con bávaros, alemanes y sajones; Carlos con neustrianos y gente de Aquitania. Todas las partes del Imperio hallábanse representadas allí. A medio día, ya estaba vencido Lotario, haciéndose una tremenda matanza en sus soldados. Agilberto, que asistió a la batalla, pudo ver muy bien sus consecuencias: *Et regnum unitum cecidit sorte triformi. | Induperator ibi prorans am nemo putatur. | Pro rege est regulus, pro regno fragmina regni.*

Carlos y Luis renovaron su alianza contra Lotario, que proseguía la lucha y reclutaba otro ejército en Sajonia y en Austrasia. Reuniéronse en Estrasburgo (Febrero 842) para prestar su famoso juramento y Luis juró en lengua romana y Carlos en alemán. Los jefes principales de cada ejército juraron en su propio idioma. Consérvase este documento, que es el más antiguo de ambas lenguas, el acta de nacimiento de dos nacionalidades y el signo de su distinción. Los grandes representaban al pueblo, y se comprometieron a no prestar auxilio a cualquiera de los dos príncipes que faltase a su fe. Fué una manifestación de nacionalidad consentida por los pueblos.

Hasta la Iglesia abandonó la causa imperial, viendo en la batalla de Fontanet como un juicio de Dios. Lotario tuvo que ceder y los tres hermanos se vieron en Macón, en una isla del Saona (Junio 842).

El tratado de Verdún.—Lotaringia, Francia y Germania.

Después de largas negociaciones, seguidas en Metz, Coblenza y Verdún, y después de discusiones a las cuales puso término el cansancio de todos, se celebró el tratado de Verdún (Agosto 843). Lotario conservó el título de emperador, pero sin ninguna preeminencia de soberanía efectiva ni teórica. Se quedó con Italia y el país comprendido entre el Rin al Este, el Ródano, el Saona, el Mosa y el Escalda al Oeste. Correspondieron a Luis el Germánico las comarcas al Este del Aar y del Rin, y a Carlos las del Oeste. Hay que hacer notar, sin embargo, que Lotario conservaba a Uzés, Viviers, Lyon, al Oeste del Ródano, y el país ripuario y frisón al Este del Rin hasta las bocas del Weber. La línea de demarcación con el reino de Carlos le dejaba, entre el Escalda y el Mosa, la selva Carbonera, que tenía empeño en conservar. En cambio, había cedido a su hermano Luis, en la región de Maguncia, Spira y Worms y los viñedos de la orilla izquierda del Rin. La parte de Lotario abarcaba demasiada diversidad de pueblos (italianos, provenzales, borgoñones, austrasianos y frisones) para formar un conjunto homogéneo, mientras

que sus hermanos reinaron sobre un dominio en que iban a formarse dos naciones. Desde 843 hubo una Francia y una Alemania.

En 395 existía en Occidente un gran imperio en el cual las nacionalidades estaban confundidas como lo estaban los individuos. Allí sólo había unidad. En 800 existía en Occidente un gran imperio, en el cual las nacionalidades (que se agrupaban en los cuadros geográficos renovados por la invasión) empezaban a señalarse, mandando un jefe único, apoyado en la Iglesia y en una jerarquía bien determinada; había, pues, unidad de otra especie; pero, al fin y al cabo, unidad. En 843 existieron tres reinos que iban a dividirse y a subdividirse.

La Iglesia, queriendo regir el Imperio, había contribuido a su ruina, teniendo que aceptar este resultado. En cada reino, la aristocracia iba a luchar contra la realeza; las subdivisiones iban a subdividirse nuevamente, entrando así en el Estado feudal.

LO QUE QUEDÓ DE LA UNIDAD DEL IMPERIO.

No se dió por definitivo inmediatamente el reparto de Verdún. Se consideró más bien como una reorganización provisional destinada a acabar con la guerra civil. Todavía subsistía el reino de los francos: cada hermano se encargaba de gobernar especialmente una parte de él, pero conservando cierto derecho sobre el conjunto. Los tres eran reyes de los francos en general y habían de ponerse de acuerdo en cuantos casos interesaran a todo el Imperio. No se habían olvidado todavía los convenios de 817, y, sin embargo, las diferencias eran grandes. Lotario debía a su primogenitura y a su título de emperador una especie de primacía, pero simplemente honorífica. Su poder era de la misma naturaleza y del mismo grado que los de Luis el Germánico y Carlos el Calvo. Los partidarios de la unidad no consideraron el tratado de Verdún como una demostración del Imperio que creara tres Estados nuevos, ni tampoco lo creyeron así los súbditos de los tres hermanos.

No debe olvidarse que muchos grandes, especialmente austrasianos, enriquecidos por la conquista, tenían propiedades en diversas partes del Imperio, en dos y hasta en las tres zonas asignadas a los tres hermanos. Merecen mención entre aquellos grandes: el conde Adalardo, suegro de Carlos el Calvo; la rica familia de los Welfs, que se extendía por Alemania y Borgoña; Bernardo de Septimania, en Borgoña y Septimania; el margrave Eberhardo de Fruil, yerno de Luis el Bondadoso, emparentado con el margrave Ernesto de Baviera, pariente éste del conde Adalardo. Estos personajes habían de contribuir a sostener la unidad, siendo de hecho súbditos de Lotario, lo mismo que de Carlos o de Luis. No consideraban jefe a uno solo, con exclusión de los otros dos. La Iglesia procedió lo mismo. No había dejado de defender la unidad del Imperio y además tenía un interés inmediato y tangible en

no dar demasiada importancia al reparto. Los límites adoptados en Verdún no coincidían con los de las circunscripciones eclesiásticas, pues varios arzobispados quedaban repartidos entre dos hermanos: Colonia, entre Lotario y Luis; Reims y Lyon, entre Lotario y Carlos. En las otras diócesis, como Maguncia y Besançon, tampoco coincidían los límites eclesiásticos con los reales.

Pudo entonces acariciarse la ilusión de que la monarquía franca subsistía y podía permanecer o volver a encontrarse como en tiempo de Carlomagno, pero aquello sólo era una apariencia. Continuaban obrando las causas que habían provocado el reparto y consumóse la desmembración en menos de medio siglo. Los príncipes carlovingios, cuando poseyeron un tercio del Imperio, no se entendieron mejor de lo que se habían entendido antes. La aristocracia laica tenía mucho que ganar con aquellas luchas., pues como los reyes tenían necesidad apremiante de sus servicios, les pagaban en derechos y en tierras. Los carlovingios se iban debilitando de año en año, se despojaban de su autoridad, se arruinaban moral y materialmente, lo mismo que los merovingios. Lejos de poder encargarse del gobierno general del Imperio, ninguno era amo de su casa, y se pasaba la vida combatiendo a los rebeldes.

Los reyes trataron de proporcionarse, emparentando con grandes familias aristocráticas, el punto de apoyo que cada vez les era más necesario. A no ser por los padres de su madre Judit, difícilmente se habría defendido Carlos el Calvo contra sus hermanos; se casó con la hija del conde Adalardo, y después con la hermana de Boso, futuro rey de la Borgoña cisjurana. Carlomano, hijo de Luis el Germánico, establecido en Baviera, casó con la hija del margrave Ernesto, y Lotario II con la hermana de Huberto, el terrible abad de San Mauricio, dueño de los pasos de los Alpes. Aquellas uniones no dieron el resultado que deseaban los reyes: acrecentaron mucho la influencia de las familias a las cuales honraban, pero no les inspiraron mayor fidelidad. Luis el Germánico tuvo que proceder con rigor contra el margrave Ernesto. Carlos el Calvo encontró a su suegro al frente de cuantas intrigas se dirigieron contra él, y acabó por despojar de todos sus bienes a la familia de su mujer. Lotario II, reñido, a consecuencia de su divorcio, con el abad de San Mauricio, hubo de luchar con su implacable hostilidad. Todos estos parentescos contribuyen a explicar las incesantes sublevaciones de los hijos de los reyes contra sus padres, pues con harta frecuencia sirvieron de instrumento a sus parientes maternos, que se sublevaban en su nombre en cuanto aquéllos entraban en la adolescencia.

La costumbre del reparto entre los hijos, promulgado en vida del padre y reglamentado previamente por éste, siguió produciendo en cada reino sus funestos efectos. Los hijos de Luis el Bondadoso vieron a los suyos coaligarse contra ellos y combatir después unos contra otros, subdividiendo cada una de las tres partes del

Imperio y llevando a todos lados la anarquía. A los cincuenta años de la muerte de Carlomagno, su Imperio se encontró entregado casi sin defensa a los ataques de los enemigos exteriores: normandos, dinamarqueses, eslavos y árabes.

La señal más tangible de la unidad de la monarquía franca era la convocatoria, casi anual, de asambleas en que los tres hermanos acudían a deliberar en común.

Aquellas asambleas generales del pueblo franco conservaban el carácter que habían tenido en tiempo de Luis el Bondadoso; los príncipes deliberaban con sus principales consejeros y luego anunciaban al pueblo sus conclusiones. Añadamos que cada uno celebraba en su reino sus asambleas y que aquellas en que se reunían los tres hermanos eran menos frecuentes e importantes. Habría sido de desear una acción común contra los rebeldes y contra los normandos, el enemigo de todos, pero los reyes, después de haber afirmado su unión fraternal y después de haberse comprometido a proteger a la Iglesia y a los oprimidos, se limitaban a ofrecer socorros recíprocos que nunca llegaban. Así se hizo en 844, en el congreso de Thionville. Luego regañaron Carlos y Lotario: Carlos protegió a Giselberto, seductor de una hija del emperador, y éste sostuvo a los adversarios de Carlos en Aquitania.

Aparente nada más fué su reconciliación en el congreso de Mersen (Febrero 847), en que Lotario, Luis y Carlos garantizaron recíprocamente su herencia a sus hijos. Renovóse en el congreso de Perona (Enero 849) y en el otro de Mersen (primavera de 851), afirmándose solemnemente la concordia, debiendo entregar unos reyes a otros los violadores de la paz que huyeran de uno a otro reino. Lotario perdonó a Giselberto y dejó de alentar a los descontentos de Aquitania.

En 852, Lotario y Carlos atacaron juntos a los normandos del Sena. Luis el Germánico (a quien la desconfianza contra Lotario había tenido de acuerdo con Carlos) riñó entonces con éste y aceptó la corona de Aquitania, que los adversarios de Carlos le ofrecían. Mandó a su segundo hijo con un ejército para que la tomara, pero el fracaso fué completo, y los dos hermanos se reconciliaron.

LOS REPARTOS DE LA LOTARINGIA.

Poco después murió Lotario en el convento de Prüm, al cual se había hecho llevar (29 Septiembre 855).

Había dividido su reino entre sus tres hijos Luis, Lotario y Carlos. Luis había sido coronado rey de Italia por el papa Sergio en 844, y después emperador por León IV en 856, de modo que se quedó con Italia. Lotario II tuvo la región del Norte, con

Aquisgrán por capital. Este país, entre el Escalda y el Rin que representaba la parte mayor de la antigua Austrasia, conservó su nombre de Lotaringia, de donde procede Lorena. Carlos, tercer hijo de Lotario, era aceptado por los grandes de la cuenca del Ródano: llamaronle sus hermanos a una reunión en Orbe, junto al lago de Neufchâtel, para ponerse de acuerdo y les faltó poco para batirse. Los grandes de Carlos tuvieron que arrancarle de las manos de su hermano Lotario II, que quería mandarlo tonsurar. Sin embargo, se le dejó la Provenza y el «ducado de Lyón», el Sur del antiguo ducado de Borgoña (856).

El emperador Luis II residía en Italia, más sensible a las intrigas romanas que a los intereses generales del Imperio, cuya unidad no tenía ya representante.

Los hijos de Lotario vivieron poco y no se mostraron muy aptos. Carlos no supo sostener su poder real frente a una poderosa aristocracia, que acabó entonces de apoderarse de los derechos y bienes de la corona. Murió Carlos en 863, y su reino, con el cual había querido engrandecerse Carlos el Calvo, se repartió entre los hermanos Lotario II y Luis II. Correspondieron al primero los condados de la derecha del Ródano, y al segundo el país entre el Ródano y los Alpes. Lotario II, menos débil quizá que su hermano, se vió muy amenazado entre sus dos tíos Carlos el Calvo y Luis el Germánico, que codiciaban su reino. Sostuvo una contienda con la Iglesia, que fué el asunto más importante de su reinado. Repudió a su mujer Teutberga, para casarse con Waldrada, a la cual amaba, y que le dió un hijo. El clero, y sobre todo el papa, el enérgico Nicolás I, se alzaron contra él. Los obispos del reino de Lotario II se reunieron en Metz, presididos por los arzobispos de Colonia y de Tréveris, sancionando el acto del rey al repudiar a Teutberga. El papa los citó ante su tribunal y ellos mostráronse dispuestos a resistir, poniendo en juego sus prerrogativas. Lotario II no los defendió y sus irresoluciones ofrecieron un triste espectáculo.

Sus tíos invirtieron los últimos veinte años de su reinado en discordias y en luchas que evidenciaron su impotencia. Se había renovado en el congreso de Mersen la afirmación de la unidad del Imperio, declarando que los súbditos de un reino, si eran víctimas de una gran injusticia, podrían reclamar la intercesión de otro rey. Aquello fué origen de nuevos disturbios. Varios grandes del reino de Carlos el Calvo se dirigieron a Luis el Germánico, que se aprovechó de ello para invadir los estados de su hermano, mientras Carlos se ocupaba en combatir a los normandos. Este marchó contra Luis, y los dos ejércitos se encontraron en Brienne. Hubo negociaciones, y Luis consiguió sobornar el ejército de Carlos, que se retiró a Borgoña (Noviembre 858). Luis el Germánico hizo que le juraran obediencia los francos occidentales y se alió con Lotario II. Los obispos, aunque descontentos de Carlos, se mostraron muy reservados. Carlos el Calvo, ayudado por los padres de

su madre, Judit, reunió un ejército y expulsó fácilmente a su hermano. Durante los primeros días del año 859, Lotario II acudió con él al concilio de Metz, en el cual trabajó la Iglesia para poner paz entre ambos hermanos. Se reconciliaron en Coblenza (Junio 860), y los jefes que habían llamado a Luis recobraron sus bienes y dignidades. En Noviembre de 862 se reunieron los tres reyes en Sablonnières, cerca de Toul. Es de notar que los dos reyes de las tierras meridionales nunca acudían a aquellos congresos, y que ninguna asamblea general de Francia reunió a los cinco monarcas carlovingios.

Igualmente interesados en dificultar el reconocimiento del divorcio y del segundo matrimonio de su sobrino Lotario, para descartar al hijo de Waldrada y repartirse eventualmente a Lotaringia que separaba sus reinos, Carlos el Calvo y Luis el Germánico celebraron en Tousey, cerca de Toul (Febrero 860) una alianza, mediante la cual garantizaban a sus hijos su herencia respectiva. En 868, la renovaron en Metz. Lotario II murió durante un viaje emprendido a Italia para que le alzasen la excomunión y reconocieran su segundo matrimonio (Piacenza, 8 Agosto 869). El heredero legítimo parecía ser su hermano el emperador Luis II, que se había repartido con él la parte de Carlos de Provenza, recién fallecido; pero Luis el Germánico y Carlos el Calvo se aprovecharon de que estuviera muy ocupado en los asuntos de Italia, y a pesar de las protestas del papa se repartieron la herencia de Lotario II. Carlos el Calvo empezó por quererse apoderar de todo, pero no le fué posible dejarla de dividir con Luis el Germánico. El convenio se celebró en Mersen, cerca de Maestricht, en una península del Mosa (Agosto 870). De los 65 condados de Lotario, 30 correspondieron a Carlos el Calvo, 31 a Luis el Germánico y cuatro se repartieron. La línea fronteriza venía a seguir el Mosela y la corriente inferior del Mosa. El límite entre ambos reinos casi coincidía con el de las lenguas románica y alemana. El emperador Luis II conservaba el país entre el Ródano y los Alpes.

No fué el pacto de Mersen más definitivo, pero señaló un progreso en la desmembración. Ni Carlos el Calvo ni Luis el Germánico se cuidaron para nada de la unidad imperial, cada cual parecía exclusivamente atender al engrandecimiento de su reino. Ya era evidente que no podría restaurarse la unidad de la monarquía carlovingia. Los distintos reinos se habían diferenciado excesivamente para que, ni aun mandados por un solo jefe, pudieran abdicar su individualidad y formar de nuevo un Estado único. La misma Iglesia tuvo que renunciar a este sueño. Más fácil le era intentar recoger la sucesión del Imperio y dar al papa la dirección política de la cristiandad de Occidente.

III.—El reino de Francia desde 843

Extensión y límites.

El reino de Carlos el Calvo correspondía a la Francia de hoy, pero se extendía más al Norte y al Sur, faltándole en cambio toda la zona oriental. Formaba su frontera del Este, el Escalda, y luego una línea irregular, que siempre quedaba más acá del Mosa, no alcanzándole sino hasta muy cerca de sus fuentes, al Este de Langres. Desde allí, esta línea ganaba el Saona, hasta la confluencia con el Doubs. El territorio de Chalons llegaba hasta el Este del Saona, pero la diócesis de Macón pertenecía a Lotario, y una parte de la corriente del Loire quedaba fuera del reino de los francos occidentales. La frontera seguía por los Cevennes, señalando una línea entre Uzés y Nimes, desde la montaña hasta el delta del Ródano. Al Sur de los Pirineos, la Marca de España, que comprendía la mitad del territorio situado entre el Ebro y los Pirineos, contando Barcelona, dependía de Carlos el Calvo.

Pero ni siquiera en estos estrechos límites era verdadero amo el último hijo de Luis el Bondadoso; había allí vastas regiones casi autónomas, que aparecían como vigorosos enemigos: Bretaña, Septimania y Aquitania.

Bretaña y sus reyes.

Bretaña, la antigua Armórica, antes céltica, aparecía distinta completamente a la Francia latina. Se había repoblado por una emigración llegada de la Gran Bretaña, que había llevado allí su lengua, sus leyes y su modo de ser religioso y eclesiástico, que no admitía los ritos, ni la disciplina, ni apenas la supremacía de la Iglesia romana. Ante aquel pueblo homogéneo y valiente, los francos parecían retroceder desde los tiempos merovingios. Rennes, Nantes y a veces Vannes, estaban ocupados por los francos, pero los cuatro condados bretones (León, Cornuailles, Domnenée y Vannes) poseían el Oeste y el Norte de la Península.

Su resistencia no había sido completamente domada, ni aun por Luis el Bondadoso, que dirigió dos campañas contra ellos. En 818 estableció en sus iglesias la disciplina romana y la regla de San Benito en los conventos. En 822 tuvo que volver y devastar al país durante cuarenta días. Lamberto, poderoso conde de la frontera y formidable enemigo de los bretones, se entendió con ellos cuando vió que el Imperio se disolvía.

Los bretones, dirigidos por sus reyes nacionales tan inteligentes como valerosos, hicieron grandes progresos. El primero de aquellos reyes fué Nomenoe, que hizo

resistencia a Luis el Bondadoso, que le había nombrado. Apoyándose en el clero indígena, expulsó a los obispos francos, aunque colmó de bienes a la abadía de Redón y al obispado de Dol. Negóse a obedecer a Carlos el Calvo, y aliado con Lamberto le derrotó en Ballón (22 Noviembre 845). Nuevamente le rechazó en 846, y conquistó a Rennes, Nantes, el Anjou, el Maine y el Vendomois, penetrando hasta en Chartres. «Nada se resistía a la furia bretona.»

Al morir Nomenoe, en 851, le sucedió Erispoe. Carlos el Calvo le atacó con un ejército de jinetes francos y de mercenarios sajones y después de combatir durante dos días, al amanecer del tercero tuvo que huir porque su ejército estaba destrozado (22 Agosto 851). Carlos negoció, cediendo a Erispoe los condados de Rennes, Nantes y Retz y reconociéndole el título de rey. Los obispos expulsados no volvieron a las iglesias bretonas. Según dicen sus constituciones, el reino de Erispoe se extendía hasta el Maine. Erispoe venció también a los normandos. En 856, casó a su hija con Luis, hijo de Carlos el Calvo, y poco después fué asesinado por Salomón, que le sucedió y conservó lo conquistado. Salomón fué muerto a su vez por los condes de Vannes y de Rennes, y desde entonces, dividida Bretaña por una guerra civil, dejó de engrandecerse, resistiendo penosamente a los normandos.

Ducado de Septimania y Marca de España.

La Septimania mostrábase casi tan refractaria a la unidad como Bretaña. Era la región de los siete obispados comprendidos entre los Cevennes, el Mediterráneo, el Ródano y los Pirineos: Nimes, Beziers, Maguelonne, Lodeve, Agda, Carcasona y Elne. Este país había vivido aparte desde el tiempo de los merovingios. No habiéndola conquistado los francos siguió perteneciendo a los godos, y por eso se le solía llamar Gotia. Los árabes se instalaron allí y se defendieron contra Pipino, especialmente en la plaza fuerte de Narbona. Después las victorias de los francos unieron a la Septimania la Marca de España, cuya capital era Barcelona.

En el siglo IX la Septimania tuvo por jefe a Bernardo, hijo de Guillermo el Santo, duque de Tolosa y uno de los principales personajes de la aristocracia carlovingia. Bernardo, nacido en 790, conde en 807, fué duque de Septimania y conde de Barcelona en 820. Después del segundo casamiento de Luis el Bondadoso, Bernardo se adhirió al partido de Judit y se le acusó de ser su amante, de haber fascinado al emperador y a la emperatriz con sortilegios y de haber querido asesinar a los hijos del primer matrimonio.

En 830 cayó en desgracia y volvió a su ducado, donde pretendió crearse una posición autónoma, luchando contra los grandes. Aunque bajo juramento se declaró inocente de las acusaciones que se le dirigieron en las dietas de Thiouville, fué

destituido en 832. Su hermano Gaucelmo, conde del Rosellón, fue destituido también. Bernardo se retiró a sus tierras de Borgoña, contribuyó en 834 a la restauración de Luis el Bondadoso y recobró su valimiento. Lotario se vengó de él mandando matar a su hermano Gaucelmo, y ahogar a su hermana. Bernardo, habiendo recobrado el ducado de Septimania, se sostuvo en él contra el duque de Tolosa y rechazó a los árabes. Cuando la guerra de 840, se abstuvo por no querer ayudar a Pipino ni a Carlos el Calvo, sin que le pagaran su adhesión, y hasta trató de hacerse independiente. En sus rescriptos no mencionaba al monarca reinante. En 844, Carlos el Calvo le atrajo a una dieta convocada frente a Tolosa y le mandó matar. Esto redundó en perjuicio de Carlos, a quien muchos suponían hijo de Bernardo. La crónica de Bardin reproduce un rumor popular, afirmando que lo degolló con sus propias manos.

Guillermo, hijo de Bernardo, le vengó. Destrozó un ejército del rey en el paso del Agout y mató o prendió a numerosos señores francos. El abad Hugo y el abad de Santa Inés, nieto de Carlomagno, fueron muertos, y los obispos de Poitiers y Amiens quedaron prisioneros. Guillermo conservó el condado de Barcelona y luchó en Septimania hasta el año 850, en que pereció asesinado.

No por eso se sometió Septimania. La Aquitania la separaba de las regiones en que Carlos el Calvo mandaba como amo. En 865, después de una rebelión del marqués Hisufrido, el rey la dividió, separando la Marca de España del marquesado de Gotia. Más adelante, Luis el Tartamudo había de ostentar el título de rey de las Galias, de Aquitania y de España o Septimania, y en un rescripto de 904 encontraremos el nombre de reino de Septimania.

Ducado de Aquitania.

La Aquitania era en la Galia un país romano por excelencia. Clodoveo expulsó de allí a los visigodos, pero no estableció a los francos: Los reyes merovingios se la repartieron como tierra de explotación. Dagoberto la convirtió momentáneamente en un reino que duró muy poco. Los vascos, pueblo pequeño de guerreros procedentes de los Pirineos, la hicieron un ducado hereditario, cuya capital fué Tolosa. Aquella Aquitania vasca fué prosperando hasta el día de las invasiones sarracenas. Iba a destacarse del Norte cuando Carlos Martel, librándola de los árabes, empezó a imponerle el yugo franco. Pipino y Carlomagno, para asegurar su conquista, tuvieron que emplear esfuerzos tan grandes y emprender guerras tan terribles como en Sajonia. Reinando Carlomagno, constituyóse rápidamente para Luis el Bondadoso un virreinato de Aquitania, que después se concedió a Pipino al reinar Luis. Cuando fué transferido a Carlos el Calvo, se resistieron los aquitanos,

sosteniendo a Pipino II. Después de la derrota de Fontanet, Pipino fué abandonado por su tío Lotario, y el tratado de Verdún otorgó la Aquitania a Carlos el Calvo.

Esta denominación abarcaba entonces las cuencas del Loire y del Garona, teniendo el Loire al Norte, los Cevennes al Este y los Pirineos al Sur. Llegaba Aquitania hasta el nacimiento del Sena (condado de Auxois), pero perdió muy pronto toda la parte Nordeste con el Berry. Lo mismo ocurrió con el Orleanés, el Blevís y los distritos del Loire inferior, anexionados al Anjou o a Bretaña. Más adelante se incluyó a la Aquitania de la Edad Media la antigua Septimania, que pasó a manos de los duques de Tolosa como en tiempos de Carlomagno.

Cuando Carlos el Calvo quiso tomar posesión de Aquitania, tropezó con una gran resistencia (844). Tolosa le cerró las puertas, y durante su asedio mandó decapitar a Bernardo de Septimania; pero esta violencia le dió muy mal resultado. La derrota de Agout le debilitó de tal modo que tuvo que levantar el sitio de Tolosa, y al año siguiente se decidió a transigir con Pipino. Por el tratado de Fleury-sur-Loire (Junio 845) le cedió la Aquitania, menos los condados de Poitou, Saintonge y Angoumois, siendo este reparto el punto de partida de la división de Aquitania entre los condes de Poitiers y Tolosa que más adelante se disputaron el título ducal. Pipino no cumplió muy bien sus promesas de fidelidad, y Carlos el Calvo se aprovechó de ello para hacer coronar a su hijo Carlos en Limoges, apoderándose de Tolosa. En 850 los aquitanos llamaron de nuevo a Pipino, que luchó aliado con los sarracenos y los normandos. Habiendo caído en manos de Carlos en 852, se le encerró en un monasterio, y el hijo de Carlos el Calvo fué entonces reconocido rey de Aquitania. Los descontentos, a quienes ya no sostenía Lotario, se dirigieron a Luis el Germánico, que se apresuró a enviar a su hijo Luis con un ejército (854), pero fué derrotado. Pipino, que se escapó otra vez, reanudó la lucha auxiliado por los infieles hasta que lo cogieron y encerraron otra vez en un monasterio, del cual no volvió a salir. Vese, pues, que la Aquitania, queriendo vivir independiente, estuvo entregada a la anarquía. Los disturbios favorecieron la formación de poderosos señoríos.

Dificultades de Carlos el Calvo con su familia.

Hasta en Neustria, única región que le había obedecido, le costó mucho a Carlos mantener el orden. Ya hemos visto a sus grandes acudir a Luis el Germánico. Tuvo también discusiones con su familia, fomentadas, probablemente, por la ambición de sus subditos.

Aleccionado por el ejemplo de sus hermanos, trató de evitar las competencias entre sus hijos. Había tenido ocho, cuatro de ellos muertos de tierna edad. De los otros cuatro sólo a dos destinó a sucederle: a Carlos, en Aquitania, y a Luis el Tartamudo,

en Neustria. Los otros dos profesaron; Clotario fué abad de Moutier Saint-Joan y Carlomán, abad de San Medardo. Carlos murió el 29 de Septiembre de 865 y Lotario, al año siguiente. Luis el Tartamudo, nacido en 846, fué el único que quedó para recoger el reino de los francos occidentales. Su padre le mandó coronar rey de Aquitania, en 867; pero Carlomán, que tenía un carácter enérgico y batallador, no se resignó a seguir siendo monje y conspiró contra su padre.

En una asamblea celebrada en Attigny le despojaron de sus abadías y le encarcelaron. El papa Adriano II intercedió en favor suyo, y fué puesto en libertad. Carlomán reunió gente y saqueó a Neustria, a la diócesis de Toul y a Borgoña. Entonces el arzobispo de Reims, Hincmaro, y el rey, adoptaron para los partidarios de Carlomán enérgicas medidas pena de muerte, confiscación de bienes y excomunión. Descontento el papa desde el reparto de Mersen, hecho en detrimento del emperador Luis II, intervino de nuevo, ofreciendo su mediación y prohibiendo a los obispos que excomulgasen a Carlomán. Hincmaro reivindicó contra el papa los derechos de los metropolitanos y de los concilios provinciales. Cedió el papa; pero su sucesor Juan VIII (872-882), que contaba con el apoyo de Carlos el Calvo, abandonó a Carlomán, que, hecho prisionero, y rechazado de la Iglesia por sentencia de los obispos (Enero 873), fué condenado a muerte por los laicos. Su padre le mandó sacar los ojos y le internó en Corbia. Carlomán se escapó, refugiándose cerca de Luis el Germánico, que le dió la abadía de Echternach, donde no tardó en morir (874).

Carlos el Calvo tropezó con parecidas dificultades originadas por su hija Judit, que había contraído matrimonio con Ethelwulfo, anciano rey de los anglo-sajones. Después de morir su marido, se casó con su nieto Ethelberto; pero el pueblo y el clero la expulsaron. Regresó a la corte de su padre y se hizo raptar por Baduino, Brazo de Hierro, fundador del condado feudal de Flandes. Huyeron a los dominios de Lotario y, a pesar de la excomunión, Carlos el Calvo no los pudo dominar acabando por perdonarlos. A fin de evitar que su hijo Luis sirviera de instrumento a los descontentos de Aquitania, le rodeó de grandes cuya fidelidad le era muy segura.

Destrozos de los normandos.

Los enemigos más formidables del reino, y los agentes más eficaces de su decadencia, fueron los normandos. Sus estragos, aunque no pusieron en peligro la existencia del reino, lo arruinaron por completo. Gran parte de la población fué degollada o murió de hambre; ciudades y monasterios fueron saqueadas e incendiadas, y dejóse de cultivar inmensa extensión de campos. Como sus hermanos de Lorena y como los italianos y provenzales, los francos occidentales,

atacados por los sarracenos, fueron víctimas del enemigo exterior y de la interior evolución de aquella sociedad. La seguridad había desaparecido.

Los normandos que durante tres cuartos de siglo devastaron la Europa Occidental, eran escandinavos. Habitantes de la región más septentrional de Europa, pertenecían a la gran familia germánica, especialmente a los godos. Desde el principio se señalaron tres grupos: suecos (suiones), noruegos y daneses. No tomaron parte alguna en las grandes invasiones de los siglos IV y V, porque vivían aislados, conservando el régimen patriarcal y una organización social análoga a la de los germanos de César y de Tácito. Estaban divididos en numerosos distritos, mandados por jefes hereditarios o nobles (iarls). La asamblea (thing), formada por todos los hombres libres, era la autoridad suprema en materia política y religiosa, y los reyes que los mandaban no disponían de gran poderío. Vivían como los escandinavos en un país poco fértil, que no pudiendo alimentar a numerosa población, les obligaba a emigrar en cuanto su número aumentaba. Eran belicosos, imbuidos de sentimientos heroicos por la religión de Odin (que prometía los goces del Walhalla a los valientes muertos en el combate) y por los cantos de sus poetas (skaldas). En aquel país intensamente recortado por los fiords (Noruega) o formado en gran parte por islas (Dinamarca), abundaban los marinos. Aquellos que se sentían animados por el espíritu de aventuras, los segundones excluidos de la herencia paterna por el primogénito, los hombres libres a quienes repugnaban el trabajo o la obediencia, los ambiciosos jefecillos deseosos de sustraerse al poder real y los desterrados, embarcábanse en busca de fortuna. Algunos se dedicaban al comercio, pero la mayor parte iba a saquear a los ribereños de países más ricos, como Rusia, Gran Bretaña, Irlanda, Frisia, Neustria, Aquitania y España. Cuando la anarquía les entregó el reino de los francos, organizaron grandes expediciones, mandadas por «reyes del mar».

Sus barcas sin cubierta, dirigidas a vela y remo, eran lo bastante ligeras para penetrar en los ríos. Agrupadas en escuadrillas de 100 a 300 barcos y a veces más (dícese que un rey suyo reunió hasta 3.000), los normandos aparecían de improviso, remontando el curso de los ríos, saqueando y robando los pueblos ribereños y huyendo en caso necesario ante el peligro. Su condición de paganos y la animosidad que demostraban contra iglesias y conventos, respetados en otras guerras, contribuían a aumentar el terror. Alentados por el buen éxito se fortificaban en las islas próximas a las desembocaduras de los ríos, formando estaciones permanentes donde amontonaban su botín y donde invernanaban y se defendían contra los ejércitos que iban en su persecución. No temían internarse tierra adentro, alejándose a gran distancia de sus barcas, montados en caballos que habían tomado al enemigo, y extendiendo así el campo de sus devastaciones.

Ya habían aparecido en las costas de Frisia en tiempo de Carlomagno, pero sus grandes expediciones no empezaron hasta después de muerto Luis el Bondadoso. Sus puntos de ataque fueron las desembocaduras de los ríos desde el Elda al Guadalquivir, estableciendo, sus principales centros de operaciones en el Escalda, el Sena y el Loire.

Sajonia, pobre y belicosa, no los atraía mucho, y no la atacaron hasta que la civilización carlovingia hubo creado ciudades y monasterios. En 888 mataron al duque Bruno, a dos obispos y once condes. Cuatro años después, los sajones tomaron el desquite en Westfalia.

Mas frecuentemente padeció Frisia los asaltos de los normandos, pues todas las ciudades de esta región: Durstede, Amberes y Utrecht, fueron destruidas repetidas veces. La aristocracia implantada por los carlovingios desapareció, y los frisones, antepasados de los holandeses, no pasaron de ser durante la Edad Media una democracia. Sus reyes no los defendieron mucho. Lotario asistió impotente al saco de Dresde. La principal plaza de armas de los normandos en aquella región fué la isla de Walchesen, en las bocas del Escalda y del Mosa, donde se encontraban a fines del reinado de Luis el Bondadoso, que había concedido a Haroldo, jefe normando bautizado, su establecimiento en Frisia. Haroldo llamó á sus compañeros y durante cincuenta años asolaron el país entre el Mosa y el Escalda, siendo sus principales jefes Rorik, Rollón y Godofredo.

Carlos el Calvo concedió a Rorik el título de duque de Frisia. Rollón, después de muchas victorias, llegó hasta el Sena. Godofredo, hijo de Haroldo y sobrino de Rorik, expulsado de Estanglia por Alfredo el Grande, llegó hasta el Rhin, y vencido en Thuin (880), junto al Sambre, por Luis el Joven, de Germania, mató con su propia mano al hijo de este rey. Los normandos se fortificaron en Nimega y en Courtrai. En 881 habían sido derrotados en Saucourt de Vimeux por Luis III de Neustria; pero inmediatamente después, asoló Godofredo el valle del Mosa, saqueando e incendiando a Tongres, Colonia, Bonn, Maguncia, Worms, Juliers, Tréveris, Metz y Aquisgran. La Basílica de Carlomagno sirvió de cuadra a los caballos de los normandos. En 882, Carlos el Gordo fué a sitiarlos en su guarida de Elsloo, entrando en negociaciones con ellos. Godofredo recibió el bautismo, alcanzando el título de duque de Frisia, y su hermano Sigfredo se llevó en 200 barcos el botín de los hombres del Norte. Godofredo se alió con Hugo, hijo de Waldrada y de Lotario II, casándose con su hija. Había reclamado a Coblenza y Andernach para poseer sus viñas, pero el conde Enrique de Franconia le atrajo a una emboscada y le asesinó (Mayo 885). Su hermano Sigfredo devastó el valle del Oise y tomó parte en el sitio de París. Los normandos del Escalda derrotaron a un ejército franco cerca de Maestricht, quedando muerto en el campo de batalla el

arzobispo de Maguncia. Aquella fue su última hazaña. En 891, el rey Arnolfo se puso a la cabeza de los francos orientales y tomó por asalto el campamento de los normandos en Lovaina, junto al Dyle. Dícese que Sigfredo se hallaba entre los muertos. La colonia normanda del Escalda quedó exterminada.

La del Sena tuvo un fin más afortunado. El año de la batalla de Fontanet se habían establecido los normandos en la isla de Oisseil, cerca de Rouen, después de tomar esta ciudad. No transcurre un año sin que los anales mencionen hazañas de estas turbas. París las vió en 845, 857 y 861, siendo su jefe principal Sidroc. En 858, Carlos el Calvo y Lotario II le sitiaban en Oisseil, lo mismo que al formidable rey de los suecos Bjoern, Costilla de Hierro.

Un ataque de Luis el Germánico les obligó a levantar el sitio, comprándose una vez más la retirada de los invasores. En 861 se obtuvo a alto precio el auxilio del rey de mar Welando, que acababa de penetrar en el Somme, y que mediante 5.000 libras de plata, prometió expulsar del Sena a los normandos. Comenzó saqueando a Winchester, en Inglaterra, y luego sitió a Oissel; pero sus compatriotas le pagaron con más esplendidez, y todos juntos se llevaron el botín a su país. Algo más tarde, los normandos se instalaron en San Dionisio, derrotando a Roberto el Fuerte en Melun y nuevamente hubo de cobrarse el impuesto normando, a fin de pagarles las 4.000 libras que pedían para retirarse. Mientras que estos bárbaros saqueaban a Inglaterra, se trató de organizar la defensa contra ellos; pero volvieron mandados por Rollón y se apoderaron de Rouen. Carlos el Calvo, ocupado en Italia, compró la paz abonándoles un tributo de 5.000 libras de plata en la orilla derecha del Sena. La gente de la orilla izquierda pagaba a los piratas del Loire. En 882, los normandos expulsaron de Reims a Hincmaro, fortificándose en Amiens y ocupando a Laon y Soissons. Carlomán, a pesar de haber logrado sobre ellos dos victorias, les pagó 12.000 libras de plata para que se retirasen.

En Julio de 885, el rey de mar Sigfredo, hijo de Godofredo, remontó el Sena con 700 barcos, saqueó a Pontoise y sitió a París, reducido a la isla de la Cité. Este sitio, que duró un año, es uno de los grandes hechos militares de aquella época. El conde Eudes, hijo de Roberto el Fuerte, el abad Hugo y el obispo Gozlin dirigieron la defensa. Dos veces les llevó socorros el conde Enrique de Franconia. El abad Hugo y Gozlin murieron, y el conde Enrique fué muerto por los normandos. Por fin, en Octubre de 886, llegó el emperador con un numeroso ejército, acampando en Montmartre; pero en vez de combatir a los normandos les prometió un tributo, dejando mientras tanto que saqueasen Borgoña septentrional. Las orillas del Yonne y del Oise quedaron devastadas. Los normandos del Sena prosiguieron sus asaltos hasta el día que se establecieron para formar un ducado poderoso, llamado a grandes destinos.

Los normandos del Loire se habían establecido, reinando Luis el Bondadoso, en la isla de Her (Noirmoutier). En 841 saquearon a Nantes, Amboise y Blois. En 843, mandados por Bjoern y el sanguinario Hasting, emprendieron una de sus expediciones más terribles: el obispo de Nantes fué muerto en el altar, la ciudad quemada y la población pasada a cuchillo. Luego remontaron el Gironda, tomaron a Burdeos, amenazaron a Tolosa, y no fueron batidos hasta Tarbes. El mismo año se fortificaron en el Loire, en la isla de Biere, cerca de Saint-Florent. Durante los años siguientes, subieron varias veces por el Loire, el Charente, el Garona y el Adour y saquearon a Nantes, Tours, Blois, Orleans, Bourges, Poitiers, Saintes, Burdeos, Bayona, Perigueux, Bigorre y Oloron. Cuando cesaron los disturbios de Aquitania, ya no aparecieron en ella los normandos, y desde la ruina de su aliado Pipino, no se vuelve a hablar de ellos. El jefe de los normandos del Loire que ha dejado fama más siniestra es Hasting. Después de la gran razzia de 843, emprendió en 844, siempre de acuerdo con Bjoern, el saqueo de España, riquísima bajo la dominación árabe. Los normandos subieron por el Guadalquivir hasta Sevilla, derrotaron al emir Abd-er-Rhaman después de una batalla de tres días y saquearon la ciudad. Varias veces hicieron lo mismo en Lisboa y en las costas de Cataluña, pero la vigorosa resistencia de los reyes godos de Galicia, y de los árabes, que tenían marina, alejó a los normandos. En 859 apareció Hasting en las castas de Italia, donde saqueó a Pisa y a Luna. Habiéndole arrojado una tormenta a la desembocadura del Ródano, remontó por este río hasta Valence. La fuerza de la corriente le impidió llegar más lejos.

En 866 una turba de normandos subió por el Loire, y tomando caballos, se internó tierra adentro, queriendo saquear el Mans. Los hombres de aquella región se reunieron para perseguirlos, mandándolos dos grandes guerreros: Rainulfo, conde de Poitiers y Roberto el Fuerte, jefe de la marca entre Loire y Sena. Los normandos se encerraron en una iglesia de Brissarthe, y allí resistieron todo un día. Rainulfo fué herido mortalmente, pereció Roberto y los demás se dispersaron, dejando libre el camino. Puede que no haya un monasterio en la región bañada por el Loire que no fuese visitado por los normandos. El territorio se iba quedando desierto y sus moradores apenas se atrevían a sembrar.

Gobierno de Carlos el Calvo: progresos de la anarquía.

La lucha mantenida constantemente contra aquitanos y bretones, los espantables destrozos de los normandos y la ambición de Carlos contribuyeron a debilitar la monarquía. Fácil es seguir su decadencia en los documentos oficiales.

En Noviembre de 843, en la asamblea de Coulanies, Carlos prometió dejar a las iglesias cuanto les había dado, y aún les ofreció repartirles más, esperando que todos rindieran los homenajes debidos al rey. Declaró que no privaría a ninguno de sus fieles de los honores que mereciera, y les encomendó que velaran por que nadie influyese en él arbitrariamente, llegando a decir que si le arrancaban alguna concesión injusta, debían advertírselo, guardando las consideraciones a la majestad real. La realeza estaba ya bajo tutelas. Amenazó a quienes se resistieran a tributarle homenaje, con sus obispos (episcopalis auctoritas) y con sus fieles (fidelium unanimitas). Había allí una realeza humillada, que dudaba de sí misma, una aristocracia cada vez más poderosa y una Iglesia que ocupaba el primer término.

En Diciembre de 844, en la asamblea de Vern, los obispos trataron de sustraerse del servicio militar. Las iglesias se quejaban amargamente de ser saqueadas, recordando que quienes les habían dado sus bienes salvaban su alma, y que quienes se los tomaban la perdían. Como Carlos no cesara de repartir los bienes de la Iglesia, hubo las mismas lamentaciones en el sínodo de Beauvais (Abril 845). Dos consejos celebrados en Meaux y París (846) decretaron más imperiosamente la restitución de los bienes eclesiásticos. Pedíase al rey que decretara una información sobre los bienes concedidos desde el tiempo de su abuelo, a fin de que recuperase cuanto hubiera sido mal dado o se hubiese usurpado, pudiendo hacer frente de este modo a las obligaciones de su casa y de su séquito.

Esto equivalía a decir que la realeza estaba a punto de verse arruinada por aquella constante necesidad de repartirlo todo, hasta que nada le quedase. La Iglesia, a fin de precaverse contra los despojos de que era víctima, invitaba al rey para que recuperase los bienes de los laicos; pero éstos se levantaron contra los obispos, y en una asamblea celebrada en Epernay, rechazaron los cánones del concilio de Meaux que les perjudicaban.

En Febrero de 847, Carlos adoptó disposiciones muy importantes en uno de los congresos celebrados con sus hermanos. Es lo que se llamaron los capitulares de Mersen. Se disponía que todo hombre libre eligiera un señor, no pudiendo abandonarle y teniendo que seguirle en la guerra. Este texto, uno de los más conocidos de la historia del feudalismo, no es tan nuevo como parece, pues ya Carlomagno había prohibido al vasallo abandonar al señor. Carlos el Calvo parangonó los derechos del rey sobre sus fieles con los de los señores sobre sus hombres, como si ya existiera la jurisdicción señorial. Parecía que la obligación militar del vasallo hacia su señor existiese también como instrumento de guerra privada, pues la obligación hacia el Estado ya no existía más que para la defensa de la patria. Esto era lo nuevo y lo trascendental del documento.

En Abril de 853, el concilio de Soissons obtuvo del príncipe que ciertos crímenes, como el incesto, se sometieran al juicio de la Iglesia, y se redactó una capitular acerca de los missi, que es una prueba de lo desdichado de aquel tiempo. El rey, simple intérprete de la Iglesia, mandaba que los missi, acompañados por el obispo, visitaran los monasterios, informándose de su estado moral y material, averiguando cuántos monjes había en tiempo de Carlomagno y cuántos a la sazón, especialmente en los lugares invadidos por los normandos. Dispuso también que se formara una estadística de los bienes de la Iglesia dados en alodio, a fin de reparar en lo posible los daños que se hubiesen causado.

En Noviembre de 853, Carlos tuvo una entrevista con Lotario en Valenciennes. Su mensaje (adnuntiatio) prueba cuán difícilmente podía sostenerse el rey en su corte. Pedía a sus condes y a sus fieles que vieran el modo de proveer sus necesidades sin oprimir a sus vecinos ni a los pobres.

El mismo mes celebró en Servais una asamblea para promulgar las decisiones acordadas con Lotario. Hay en ellas numerosos testimonios que pintan el deplorable estado del reino. Hablan de vírgenes raptadas, de viudas perseguidas, de sacerdotes flagelados y arrojados de las iglesias sin el consentimiento de los obispos, de inmunidades violadas, de pagos negados a las iglesias. Hay un artículo contra los que incendian, contra los que asesinan y contra los que asaltan las casas. Otros varios artículos van contra el bandidaje: a cualquiera de estos bandidos se le podía matar impunemente, lo mismo que a quien les diese asilo; los missi debían comunicarse los nombres de los bandidos que fuesen pregonados, a fin de que en todas partes se les persiguiera. Háblase asimismo de los desdichados a quienes los bretones y normandos arrojaron de sus hogares, y prohibía que se les esclavizase. El artículo 2º es muy curioso: Carlos manda distribuir a los missi un ejemplar de los capitulares de su abuelo y de su padre, como si hubiera querido unirse a su gran recuerdo. Termina el capitular pidiendo a los vasallos el juramento de no entregarse al bandidaje ni amparar a quienes lo practiquen, viniéndose a demostrar con esto lo enormemente desarrollado que estaba el bandolerismo.

Después de la asamblea de Attigny (Junio 854), un nuevo capitular reprodujo estas disposiciones, añadiendo a las víctimas de los normandos y bretones las de los aquitanos. Mandaba que no se castigase a los bandidos que no causaran ningún mal, y recordaba a los hombres libres sus deberes para con el rey, haciéndoles prestar nuevo juramento.

En Julio de 856, Carlos dirigió otro capitular a los francos y aquitanos que habían llamado a Luis el Germánico. Prometíales justicia, el olvido de las faltas que se

justificasen y la amnistía a quienes la pidiesen. El rey y señor rogaba a sus fieles que sin temor a su cólera definieran los deberes del rey, pues cuando se le demostrara que había hecho lo que no debía, estaba dispuesto a la enmienda, con la ayuda de Dios y el consejo de sus leales. El artículo 10 prevé el caso de que el pacto fuese violado por el rey, pudiendo advertírsele respetuosamente los leales. Si quien faltaba a él era un oficial, se le juzgaría por sus compañeros, y si se resistía, sería excluido de entre los fieles y desterrado. Si el rey, después de haber violado el pacto, no atendía a las advertencias, podía ser desobedecido. Carlos había convocado una asamblea a fin de que el pacto se conservase durante su vida y se transmitiera al monarca sucesor⁶. Por si alguien dudase de su fe, lo confirmaban los missi con la suya y con la de los clérigos y obispos. Si no bastaba con esto, y francos y aquitanos solicitaban otra garantía, estaba dispuesto a dársela.

El documento es muy instructivo. La realeza, apuradísima, trataba de reconquistar a sus fieles. La convocatoria era para el mes de Agosto en Verberie, pero los fieles no acudieron. Reuniéronse unos cuantos en Bonneuil para dirigir al rey lo que entonces se llamaba un consejo, una imperiosa intimación pidiéndole que cumplierse las promesas que había hecho en concilios, asambleas y mensajes. Enumerábanlas escrupulosamente, advirtiéndole que velarían por su cumplimiento, y le recordaban las amenazas del Espíritu Santo a los malvados.

Como los aquitanos y los francos no habían acudido a Verberie, Carlos les dirigió en Octubre un nuevo capitular, de tonos más suplicantes. Les rogaba que se acordasen de Dios, de su cualidad de cristianos, de la fidelidad que le debían y del peligro que podía correr el reino, invitándoles a compadecerse de la Iglesia, víctima de los paganos. Convocábales para otra asamblea en Chartres, donde debía verificarse la reconciliación.

Un capitular del año 857 se contrajo exclusivamente al bandolerismo. El rey tenía que confesar su impotencia. Privado de fuerza material, sólo contaba con la fuerza moral, y mandaba a los obispos, a los condes y a los missi que celebraran asambleas en sus circunscripciones, dándose lectura en ellas por el obispo a los preceptos del Evangelio, de los Santos Padres y de los Profetas contra el bandolerismo, señalándolo como pecado enorme, sujeto a severísimo castigo. Al efecto de esta lectura se habían reunido los textos necesarios que se acompañaban al capitular. Mandaba también a los missi y a los condes que leyesen las leyes de Carlos y de Luis, para lo cual se les proveía de los extractos principales. Si no bastasen estas

⁶ Ut ista convenientia, quam teste Deo confirmabimus, inante diebus vitae suae et diebus vitae nostrae conservetur, et ipse suis successoribus contra successores nostros et nos nostris successoribus suis successoribus conservandam in Dei nomine relinquamus.

lecturas, se amenazaría al culpable con la sentencia de los obispos, con las leyes del reino y con la vindicta de los fieles. Si se negaba a obedecer, el rey le ordenaba comparecer ante su presencia, y si no accedía, sería excluido de la santa Iglesia en la tierra y en el cielo, declarado enemigo de ella, devastador del reino y perseguido hasta su expulsión. Véase a qué rebajamiento había llegado el gobierno. ¿Qué decir del artículo 8.º, que prevé el caso de que un conde ejerciese el bandidaje?

En Marzo de 857, Carlos I y Lotario se encontraron en San Quintín y se prometieron auxilio recíproco contra los bandidos. En Marzo de 858, hubo en Kiersy cambio de juramentos entre el rey y sus fieles, y en él se observa la fórmula de «cómo un rey fiel debe honrar a sus leales».

En Julio de 860 se publicó el edicto de Kiersy contra los que rechazaran la moneda del rey.

En Junio de 862, el concilio de Pistes prorrumpió en largas lamentaciones sobre las desgracias de la guerra normanda, achacándola a los pecados de los francos.

En 864 se promulgó el edicto de Pistes. Congratulábase el rey de que desde las prescripciones del último concilio, la mayor parte de sus leales hubiesen obedecido las leyes, atribuyendo a esto los triunfos sobre los normandos. Todo parecía mejorar; la realeza recobraba la conciencia de su fuerza, y volvían a estar en vigor disposiciones mucho tiempo olvidadas. El rey ordenaba formar el censo de los obligados al servicio militar según las reglas establecidas por Carlomagno, prohibiéndoles que se amparasen en la Iglesia, ni en nadie, a fin de que no les perdiese el Estado (respublica). En tal olvido se tenía al Estado, que asombra verlo reaparecer. Sin embargo, en el mismo capitular no tardan en presentarse los signos de disolución. Los hombres de los condados invadidos por los normandos declaraban que no venían olvidados a nada, pues la justicia real y el destierro no podían ser aplicables a quienes carecían de casa y hogar.

Se dedicaban al bandidaje en los condados vecinos y luego regresaban tranquilamente al suyo. El capitular habla también de los traidores que vendían armas y caballos a los normandos. Respecto a los refugiados de los países invadidos, colócalos al amparo de los señores a fin de salvar el orden. Luego viene el texto ordenando la demolición de las fortalezas señoriales. «Queremos y mandamos expresamente que cualquiera que en estos tiempos haya erigido castillos, fortificaciones y vallados sin nuestro consentimiento, los haga de demoler antes de las calendas de Agosto, porque los vecinos y gentes de los alrededores son víctimas de muchas depredaciones y molestias. Si se negare, los condes se encargarán de demolerlos. Si alguien resiste, que se nos comunique. Los condes

que descuidaran el cumplimiento de este mandato sabrán que con arreglo al contenido de esta orden y las de nuestros antecesores, buscaremos y nombraremos para sus condados, condes que quieran y puedan ejecutarlas.» El tono de este documento no se parece al de los anteriores. Carlos recordaba la tradición de sus padres; pero no hay que forjarse ilusiones: sus mandatos fueron letra muerta.

Carlos había encontrado en Roberto el Fuerte y en Rainulfo, conde de Poitiers, dos servidores enérgicos que rechazaban a los bretones y a los normandos e imponían la fidelidad al rey. Por eso pudo privar de sus feudos al conde Adalardo y a su poderosa familia, y juzgar como traidor y decapitar a Guillermo, hijo del conde de Orleans. Pero este renacimiento de energías había de durar muy poco. En 866, Roberto y Rainulfo fueron muertos por los normandos.

Un capitular dirigido a los missi en Febrero de 865, presenta la guerra feudal como completamente organizada. Puesto que los “infiel⁷” se apoyaban entre sí, los leales debían proceder lo mismo. Si uno de ellos averiguaba que otro se hallaba en peligro, no debía aguardar órdenes del rey, sino ir espontáneamente a auxiliarle. Si se reunían los infieles para devastar el reino, los leales, obispos, abades, condes y vasallos de un missaticum tenían que reunirse también, cuidando los missi de que los abades, abadesas y obispos enviaran sus hombres al mando del gonfalon (guntfanonarius). Tal era el ejército feudal con su jefe. Si no bastaban las fuerzas de una circunscripción, había que pedir refuerzos a la más cercana, y si se necesitaban más, las mandaría el rey o sus hijos.

Citemos otro texto del año 869, que comprueba la existencia de la jurisdicción señorial: “Querernos que los vasallos de los obispos, abades y abadesas, de los condes y de nuestros vasallos, se dirijan a sus señores para obtener justicia, como sus antecesores hacían con los antecesores de estos señores.»

El capitular de Kiersy.

El último y más célebre de los capitulares de Carlos el Calvo fué el de Kiersy (Julio 877).

Disponíase a marchar a Italia después de haber comprado la retirada de los normandos, y reunió a sus fieles para dictar disposiciones y obligarles a una serie de compromisos. “¿Cómo podré contar con mi hijo y con vosotros, mientras dure mi ausencia? ¿Cómo podréis contar con mi hijo, y mi hijo con vosotros, y tener una confianza recíproca?» Los grandes contestaron, en substancia: «Podéis contar con

⁷ Es decir, los que eran infieles o desobedecientes al rey.

un hijo a quien habéis engendrado y educado; podéis contar con nosotros, porque os hemos jurado fidelidad en tal y cual parte, y nos hacéis un buen presente. Contamos seguramente con vuestro hijo y no le pedimos más que lo que nos acabáis de dar. Puede contar con nosotros, que hemos jurado serle fieles.»

Carlos pidió garantías para su esposa y sus hijas, y se le dieron. Acordóse después el famoso texto consagrando el derecho hereditario.

Si moría un conde cuyo hijo estuviese con el rey, el hijo de Carlos, de acuerdo con los fieles, confiaría la administración del condado a los parientes, los cuales la atenderían con el obispo y los oficiales hasta que, enterado el rey, transmitiese al hijo los honores del padre. Si el conde tuviere un hijo de corta edad, se procedería lo mismo. Si no dejaba descendencia, el hijo de Carlos, de acuerdo con los fieles, encargaría a alguien que administrase el condado con los oficiales y el obispo, hasta que decidiese el rey. El administrador provisional no podía ofenderse si daban el condado a otro. Estas mismas reglas habían de aplicarse a los vasallos.

El rey, con motivo de su partida a Italia, hacía constar en este capitular el hecho de la herencia. Esta no se extendía únicamente a los condes, sino también a los vasallos provistos de beneficios. Los grandes contaban ya con un texto legislativo y podían agradecer al rey el regalo que les hacía, que no era otra cosa que la misma realeza. Este famoso texto va extrañamente acompañado. Carlos encargaba que no se creyera en su muerte mientras no estuviese plenamente confirmada. Para el caso de que muriera, dejaba dispuesto una distribución de limosnas y el reparto de su biblioteca. Mandó que las guerras se reprimiesen desde su principio; que nadie se alojara en sus ciudades ni en las de su esposa; que le escribieran; que se terminara su castillo de Compiègne, y que se conservaran las fortificaciones del Loire y el Sena. Prohibía a su hijo cazar en determinados montes, y el último artículo dice así: “Nuestro montero averiguará exactamente el número de piezas cazadas por nuestro hijo en cada uno de nuestros bosques.» Después de la redacción de este capitular, Carlos el Calvo otorgó licencia a sus fieles para que se retirasen, y tranquilo acerca de su hijo, su mujer, sus hijas y su caza, salió para su expedición, de la cual no había de volver.

Estado del reino de Francia: el feudalismo.

Acabamos de analizar los principales actos de Carlos el Calvo, cuyas consecuencias son fáciles de deducir. En aquel reino de los francos occidentales, abierto a todos los enemigos y víctima de todos los males, guerra extranjera, guerra civil, hambres y epidemias, la autoridad real era impotente por completo. Aquel reino se disolvía en señoríos grandes y chicos. Había hombres de quienes dependían otros muchos:

propietarios que disponían de siervos, poderosos con vasallos obligados a seguirles en la guerra y sometidos a su justicia, y una Iglesia con grandes dominios, defendidos por la inmunidad. Había numerosos jefes de grupos protegidos por el rey.

El señor era verdaderamente el salvador de aquellos tiempos de guerras y disturbios, daba demoler el rey. Diariamente aparecían nuevos señores, y cualquiera que ocupase un lugar fortificado, cualquier bandido podía convertirse en señor.

El reino seguía dividido en condados, y los condes continuaban siendo oficiales del rey, pero oficiales desobedientes. Teóricamente el rey tenía el derecho de separarlos, pero en la práctica aquellos cargos eran hereditarios, siendo la autoridad del rey sobre ellos una vana autoridad. Los condes, grandes propietarios, disponían de hombres suyos, vasallos o beneficiados, y ejercían todos los poderes del rey, pero practicándolos sólo en beneficio propio.

¿Cuál era la consecuencia de todo eso? La anarquía. Ya no había gobierno. El rey estaba reducido a gobernar por la persuasión. No había perdido la memoria de lo que fue su autoridad en tiempo de Carlomagno y hasta en el de Luis, pero en realidad ya no era el rey que desde arriba gobernaba en virtud de un derecho hereditario y de la consagración divina, sino un señor entre otros señores el primero de ellos. Así como un verdadero pacto con obligaciones recíprocas unía a los jefes de grupo con sus hombres, había una especie de pacto, todavía mal definido, pero con tendencias a precisarse, que unía al rey con sus fieles. En realidad, ya no había súbditos, sino fieles e infieles. El rey sólo parecía gobernar con el consentimiento de los fieles y mediante este consentimiento. Si procedía contra los derechos de los fieles, era legítima la insurrección.

Ya no había fuerza pública organizada. El rey veíase reducido a suplicar a sus fieles que se coaligaran contra los infieles. No podía hacer nada por sí mismo, porque estaba arruinado.

Aquella realeza era una especie de poder vago que, habiendo perdido su antiguo carácter, no había encontrado otro nuevo, y flotaba sobre el mundo feudal, en vías de organización.

IV.—Los reinos de Germania é Italia desde 843

Luis el Germánico y su reino.

Luis el Germánico era, en apariencia, el menos favorecido de los tres copartícipes de 843. Su reino era el más pobre. Aquella Germania, bárbara poco antes, casi no contaba con ciudades, salvo junto al Rhin y al Danubio; sólo tenía algunas grandes abadías, como San Gall, Lorsch, Fulda y Corvei (la nueva Corbia), que habían de conservar y propagar la cultura. Entre sajones y bávaros había tan poco sentimiento de unidad nacional como entre provenzales y frisones, neustrios y aquitanos. En el fondo, Luis el Germánico era el menos débil de los tres sucesores de Luis el Bondadoso y reinaba en el territorio más unido y más a propósito para fundar una nación. Excepto Recia, no encerraba más que países de lengua alemana. Los bávaros y sajones, llegados más recientemente a la civilización, estaban menos gastados que los francos de Neustria, los lombardos y los galo-romanos. Había más propietarios, más hombres libres acostumbrados a combatir a las órdenes del rey. La base de la organización política y social había de formarla aquel gran número de propietarios libres. El feudalismo se desarrolló en Alemania como en Francia, pero mucho más lentamente. La realeza continuaba apoyándose en el pueblo, y aunque la unidad nacional no estaba terminada, la organización establecida por los conquistadores carlovingios era más fuerte y estaba menos combatida por la multiplicidad de pequeños grupos. La alianza entre la realeza y la Iglesia era indispensable en un país como aquél, recién conquistado, y hasta antiguos enemigos como Otgar y Raban Mauro, arzobispos de Maguncia, sirvieron a los intereses de Luis. Esta alianza fué tan provechosa para la Iglesia como para el poder real. El clero pudo proseguir la instrucción de los germanos; los obispos, poco numerosos, mandaban en vastas diócesis, y no tuvieron tan grandes conflictos con los señores laicos como en el reino de los francos occidentales. Hubo casi una Iglesia nacional. Las actas de los tres concilios de Maguncia son muy elocuentes. En el primero (Octubre 847) se acordó instruir al pueblo en la religión cristiana habiéndole en su propio idioma, proteger a los hombres libres y evitar que los grandes laicos y eclesiásticos los despojasen de su libertad. El segundo (Octubre 848) condenó al hereje Gottschalk. El tercero tuvo todo el carácter de un concilio nacional. No sólo asistieron los obispos de Maguncia y Salzburgo con sus sufragáneos, sino también varios obispos cuya metrópoli no dependía de Luis, como los de Münster y Osnabruck, sufragáneos de Colonia.

Luis el Germánico estableció su principal punto de apoyo en Baviera, siendo su residencia favorita Ratisbona. Sin embargo, estimó mucho a los francos adictos a

la dinastía (valle del Mein, del Weckar al alto Weser), y fue muchas veces a Francfort. Los sajones, que habían sido reprimidos, cesaron en su resistencia, ocurriendo lo mismo con los alamanes. Los primeros años del reinado de Luis transcurrieron en plena tranquilidad.

Luchas contra los eslavos.

Los sajones contendían en el Norte a los daneses y a los normandos. En la larga frontera del Este había que luchar con los eslavos, pero éstos sólo formaban núcleos importantes al Norte del Elba (obotritas), en Bohemia y en Moravia. Los obotritas fueron vencidos; los bohemios quedaron alternativamente vencidos y vencedores, y sólo los moravos fueron peligrosos a últimos del reinado de Luis. En 855, su jefe Rostilav, se sublevó y devolvió devastación por devastación a sus enemigos. En 862, se aprovechó de la rebeldía de Carlomán para matar a Pribina, jefe de los eslavos cristianos de Panonia (eslovenos) y aliado de los francos. Los germanos acabaron por entenderse con su sobrino Svatopluk o Zeventiboldo, que les prometió fidelidad y les entregó a Rostilav cargado de cadenas. Condenado a muerte por los francos, le sacaron los ojos; pero nada se ganó al sucederle su sobrino. Carlomán, hijo de Luis el Germánico, que administraba la Marca oriental, le acusó de traición. Svatopluk exterminó al ejército bávaro, e hizo que le devolvieran los rehenes moravos (871). Al año siguiente venció de nuevo a Carlomán y hubo que reconocerle como príncipe de los moravos a cambio de un tributo. A los pocos años Svatopluk empuñó de nuevo las armas, derrotó a los alemanes junto al Raab y estableció en la Marca oriental⁸ a uno de sus protegidos (884). Extendió su reino hasta el Vístula y sometió a los checos de Bohemia.

Guerras civiles y repartos.

Los ataques de los eslavos y hasta los de los normandos no llegaban más que a las fronteras de Luis el Germánico, pero su reino fué perturbado como los demás, por la ambición de los hijos del rey.

En la dieta de Ratisbona, de Abril de 862, Luis el Germánico despojó de sus cargos al marqués Ernesto de Baviera y a todos sus parientes. De acuerdo éstos con Adalardo, negociaron con el rey de los francos occidentales, e impulsaron a Carlomán (yerno del marqués Ernesto y encargado desde hacía cinco años de la Marca occidental) a sublevarse contra su padre. Nombró otros condes para Carintia y Panonia, pero sus amigos se pasaron al partido de su padre, que fué a buscarle a Carintia, y le obligó a someterse en 862. En 865, Luis el Germánico repartió sus

⁸ Hoy Alta y Baja Austria.

Estados entre sus tres hijos: Carlomán, que era el mayor, obtuvo Baviera, con Carintia, y la soberanía sobre los eslavos de Panonia y Moravia; a Luis, el segundo hermano, le correspondió el mando de los francos orientales, y a Carlos el Gordo, el de los alamanes. Luis se reservó la autoridad para mientras viviese y no dió la corona real a sus hijos. Sólo el segundo de éstos, descontento de su parte e impulsado por los parientes del conde Adalardo, se sublevó en 856, pero pronto vino la reconciliación. Después del engrandecimiento alcanzado en el Congreso de Mersen (870), Luis el Germánico hizo un nuevo reparto, y como resultase beneficioso para Carlomán, los otros dos hermanos se sublevaron. Un año después, Luis se decidió a repartir entre sus hijos sus nuevas adquisiciones (dieta de Forcheim, 872). En 873, Carlos y Luis el Joven conspiraron para apoderarse de su padre y obligarle a abdicar; pero Carlos el Gordo, hombre de ánimo apocado, se aterrorizó, y con su actitud lo reveló todo. Luis, después de perdonarles, puso en manos de sus hijos toda la administración de sus futuros reinos, reservándose únicamente la resolución de los asuntos de mayor importancia.

El reino de Italia: estado político, religioso y social.

No era mejor la situación en Italia que en la Galia y Germania.

En la Italia nueva, la realeza tenía menos que temer de la aristocracia laica, cuyo ascendiente estaba equilibrado con el de un clero rico e independiente; pero tenía que luchar con otras dificultades. El rey franco, como el rey lombardo, no era verdaderamente dueño más que de la cuenca del Pó, y en la península tenía que contar con el papa, con los duques de Spoleto y de Benevento, con los bizantinos, dueños todavía de la costa, y con los invasores sarracenos, que se la disputaban. Sus energías gastáronse casi sin resultado en implantar su autoridad en la Italia meridional.

Sus relaciones con el papa habían de perjudicarle, pues cuando vacase la dignidad imperial, aquellos que la desearan tendrían que ir a pedirla a Roma. Italia estaba dividida entre el poder laico y el poder eclesiástico, sin cuyo acuerdo no era posible la unidad.

Lotario había encargado a su hijo Luis del gobierno de Italia, con título de rey, dándole por capital a Pavía. Había que conservar el ascendiente logrado en 823 sobre Roma; pero desde el primer año, Luis no estuvo a la altura de su misión. Los romanos, sin aguardar el consentimiento del emperador, eligieron al papa Sergio. Lotario envió entonces un ejército mandado por su hijo y por Drogo, obispo de Metz y bastardo de Carlomagno. Luis se dejó ganar por el papa, que le amenazaba con no dejarle entrar en Roma, y habiendo ido a deponerlo, o si acaso para

confirmarlo, le fué necesaria a él una confirmación .de su poder y se mandó ungir y coronar rey de Italia. Drogo obtuvo el título de vicario general del papa en la Galia y en Germania, pero el ejército franco no entró ni siquiera en Roma y los arzobispos de Reims y de Narbona, depuestos a causa de su adhesión a Lotario, no consiguieron su reposición (844). Desde aquella época los papas se sustrajeron a la dependencia del emperador, y les correspondió la primacía. León IV, consagrado sin la venia imperial (847), coronó emperador a Luis II en 855. La corona imperial se iba separando de la monarquía franca para acercarse a Roma.

Estragos de los sarracenos.

Los enemigos más formidables de Italia eran los piratas sarracenos, que salían para devastarla, de las costas septentrionales de Africa.

Acababan de conquistar Sicilia, donde habían desembarcado el año 827; asaltando Mesina en 831 y Palermo en 832; Siracusa resistió hasta 878. Cuando los bizantinos hubieron perdido Sicilia, sus escuadras no pudieron rechazar los pillajes de los corsarios musulmanes, que atacaron la Italia meridional y hasta pensaron en apoderarse de la ciudad del «anciano Pedro». La capital de la cristiandad veíase directamente amenazada. Gregorio IV reedificó las fortificaciones de Ostia, cuyos arrabales fueron incendiados en 847. El papa León IV asistió valerosamente a la batalla de Ostia, en que los de Campania destruyeron una escuadra sarracena (849). Amuralló el arrabal del Vaticano, resguardando San Pedro (848-853), y aquel barrio ha seguido con el nombre de ciudad Leonina.

Salerno, Amalfi, Nápoles y Gaeta, ricas ciudades de Campania, volvieron a ver muchas veces al enemigo. Tales fueron los progresos de los sarracenos, que en 866 el emperador Luis II mandó un alistamiento en masa. Cualquiera que poseyese en bienes muebles el valor de su wergeld tenía que acudir al ejército; los pobres habían de defender las costas y las plazas de la frontera. Sólo de este modo pudo reducir a Capua, Nápoles, Salerno y Benevento. La Pulla (Apulia) fué arrebatada a los sarracenos, a quienes se bloqueó en Bari; pero la retirada de la escuadra bizantina retrasó la toma de aquella fortaleza, que resistió hasta el año 871. Pronto volvieron a perderse todas estas ventajas. Los duques lombardos llamaron a los bizantinos, que recobraron su superioridad en la Italia meridional. Las ciudades de Campania se aliaron con los sarracenos para resistirse a los francos. Los 900 frailes del Vulturio perecieron degollados, siendo incendiado el célebre convento del Monte Casino. En 875 no se pudo segar ni sembrar en la campiña romana.

Tal era la situación en el momento de morir Luis II (12 Agosto 875).

V.—Últimos ensayos del imperio carlovingio.

Carlos el Calvo, emperador.

Bien se comprenderá ahora que la principal preocupación del papa Juan VIII (872-882), que disponía de hecho de la corona imperial, fuera la de buscar un protector. Creyó encontrarlo en Carlos el Calvo, y éste se apresuró a marchar a Italia; pero como la emperatriz había querido reservar el Imperio para Luis el Germánico, estalló entre ambos hermanos la guerra. Carlos el Calvo se adelantó a sus sobrinos Carlomán y Carlos el Gordo, encargados de detenerle, y en Navidad de 875, se hizo coronar emperador por el papa. Esta vez, quien daba el imperio, reducido a un simple título, era el pontífice. Carlos el Calvo se ceñó en Pavía la corona de hierro de los reyes lombardos (Febrero 876), e hizo que los grandes y el clero le juraran fidelidad como rey de Italia. Dejó en ella a Boso como administrador, y volvió a su reino de Francia, que habían invadido su hermano, Luis el Germánico, y su sobrino, Luis el Joven. Carlos no encontró resistencia y pudo ostentar a su gusto el manto imperial, celebrándose las pompas del ceremonial romano. El 28 de Agosto de 876, murió en Francfort Luis el Germánico, y entonces Carlos quiso recuperar la orilla izquierda del Rhin, la Lotaringia, pero fué derrotado por su sobrino Luis el Joven, en Andernach. Amenazados por su tío, se entendieron los tres hijos de Luis el Germánico, conviniendo en conservar cada cual su parte. Luis y Carlos el Gordo se repartirían Lotaringia, y Carlomán se apoderaría de Italia, donde contaba con un partido poderoso dirigido por el marqués de Friul y los duques de Toscana y Espoleto. Carlos el Calvo arregló los asuntos de Francia en la dieta de Kiersy, y volvió a Italia, llamado por el papa contra los sarracenos. Entrevistóse en Rávena con Juan VIII y salieron contra el rey de Baviera; pero ni Carlos el Calvo ni Carlomán se atrevieron a combatir; ambos se apresuraron a pasar de nuevo los Alpes, y el emperador murió al atravesar el Cenis (11 Octubre 877).

El desorden llegó entonces a su colmo. Luis II el Tartamudo, hijo de Carlos el Calvo, rey de Aquitania, encontró serias dificultades para que le aceptaran como rey los francos occidentales. Había cometido la falta de repartir mercedes y títulos entre sus partidarios, y los demás grandes se mantuvieron a la expectativa, dispuestos a llamar a Luis el Joven. Aconsejado por Hincmaro, y sostenido por el papa Juan VIII, pudo al fin ceñir la corona (8 Diciembre 877). Murió en 879, dejando dos hijos muy jóvenes, Luis III y Carlomán, que tuvieron que luchar contra un partido dirigido por Conrado Welf, adicto a Luis el Joven.

Mientras tanto, Carlomán, rey de Baviera, no había podido conseguir del papa la corona imperial. Atacado de una parálisis, no hizo más que defenderse como pudo.

Su hermano Luis el Joven le despojó del gobierno de sus Estados en 879. Falleció en 880.

Carlos el Gordo, único emperador y rey.

Carlos el Gordo se hizo coronar rey de Italia en el momento en que surgían dos pretendientes más: Hugo, hijo de Lotario y de Waldrada, que intentó reconquistar el reino de su padre, y Boso, suegro de Carlos el Calvo y protegido del papa, que aspiraba a darle el imperio y el reino de Italia.

Boso se hizo coronar en Mantaille (entre Vienne y Valence) con ayuda de los arzobispos de Aix, Arlés, Lyon, Vienne, Tarantaise y Besançon, y de los obispos de Marsella, Tolón, Riez, Apt, Valence, Grenoble, Vaison, Die, Gap, Orange, Aviñón, Viviers, Uzés, Belley, Lausanne, Mauriana, Macón y Chalón. Era, pues, dueño de casi toda la cuenca del Ródano. Luis III y Carlomán, que acababan de repartirse la herencia paterna, reinando el primero en Neustria y el segundo en Aquitania, Borgoña y Septimania, se entrevistaron en Gondeville con Carlos el Gordo y con los delegados de Luis el Joven, marchando juntos contra Hugo y después contra Boso (Julio 880). Tomaron a Macón y sitiaron a Vienne. Carlos el Gordo tuvo que marchar a Roma para hacerse coronar emperador (Febrero 881), y Carlomán se vio obligado a marchar también por haber muerto su hermano Luis III (4 Agosto 882). Ricardo, duque de Borgoña y hermano de Boso, fué quien terminó el asedio. Vienne se rindió el 4 de Diciembre de 882; pero Boso se sostuvo en su reino y volvió a Vienne antes de su muerte, acaecida el 11 de Enero de 887. Hugo de Lorena tuvo que entregarse en Mayo de 885, y después de sacarle los ojos, lo encerraron en Prüm. Luis el Joven, que murió el 20 de Enero de 882, no pudo disfrutar de aquel triunfo. Carlos el Gordo, ya emperador, y rey de Alemania y de Italia, recogió el resto de Germania, Franconia, Sajonia y Baviera. El 6 de Diciembre de 884, la muerte de Carlomán de Francia (que tenía diez y ocho años), le dió el resto de la monarquía franca, y hasta el hijo de Boso se sometió en 887. Ya no quedaban de la familia carlovingia más que Carlos el Simple, un hijo póstumo de Luis el Tartamudo, y Arnulfo, bastardo de Carlomán de Baviera, duque de Carintia. Carlos el Gordo, reconocido como rey de los francos occidentales en la asamblea de Ponthion (Junio 885), reunió casi todo el imperio de Carlomagno.

Apocado de espíritu y desprovisto de valor, ni siquiera supo conservarlo. Su cobardía ante los normandos que sitiaban París (886) y sus esfuerzos por dejar como sucesor a su bastardo Bernardo, decidieron su ruina. Arnulfo de Carintia se sublevó y no encontró resistencia. Carlos el Gordo fué depuesto en la dieta de Tribur (Noviembre 887), y murió dos años después. La desmembración de la monarquía carlovingia estaba consumada. Tocó a Arnulfo el antiguo reino de Luis el

Germánico. Los francos occidentales eligieron rey al conde de Eudes, hijo de Roberto el Fuerte, que fué al fin reconocido por Rainulfo, conde de Poitiers, el principal señor de Aquitania. Luis el Ciego, se hizo reconocer como rey de la Borgoña cisjurana o Provenza (Enero 890). Rodolfo, jefe de la familia rival de los Welfs, emparentados también con la de los carlovingios, se proclamó como rey de Borgoña transjurana (Franco Condado y Suiza occidental). Berenguer de Friul y Guido de Espoleto se disputaron la corona de Italia. El segundo se hizo coronar emperador el 21 de Febrero de 891.

Antes de seguir los destinos ulteriores de los Estados fundados sobre las ruinas del imperio de Carlomagno, es decir, la historia de casi toda la Europa cristiana, es necesario volver atrás y dedicar el espacio conveniente a una raza de hombres cuyo nombre se ha escrito ya en esta obra, y cuya aparición modificó hondamente el aspecto de gran parte del antiguo mundo romano, influyendo en la suerte de varios pueblos cristianos y favoreciendo indirectamente el progreso del pontificado. Tenemos que hablar de los árabes y del islamismo.

BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFIA.—A. Potthast, Dahlmann-Waitz, Monod, etc.

DOCUMENTOS. — Los historiadores principales reunidos en los Monumenta Germaniae, son: Thegan, Vita Sancti Ludovici; el Astrónomo, Sancti Ludovici imperatoris vita, biógrafos de Luis el Bondadoso, traducidos por Guizot en sus Memorias.— Nithard (el primer laico historiador de la Edad Media) cuenta en su Historiae las guerras entre los hijos de Luis el Bondadoso.— Los Anales de Lorsch, hasta el año 827; después los Anales de Saint-Bertin, singularmente para el reinado de Carlos el Calvo.— Los Anales de Fulda.— Los Anales de Saint-Vaast.— La Crónica de Reginon para Alemania.— Abbon, Bella parisiacae urbis, relata en verso el sitio de París por los normandos (en Poetae latini medii aevi, 1899).

Hay referencias esparcidas en las biografías de los personajes de aquel período, singularmente en Paschase Radbert, Vie d'Adalard el de Wala, abbes de Corbie (este abad desempeñó un papel político muy importante como consejero de los reyes). También las hay en las obras de los personajes eclesiásticos. Hincmar, obispo de Reims (Opera, en Migne, Patrologie latine, tomos 125-126).— Servat Loup, abad de Ferrières, Epistolae en Monumenta Germaniae, 1888; edición de la Escuela de Altos Estudios, fascículo 77.

La colección de Capitulares (véase el cap. VII), contiene las actas de los reyes carolingios. Las de Carlos el Calvo son muy instructivas y muestran el desorden general y la impotencia del rey.

El sentimiento político de los partidarios de la unidad se expresa en los poemas de Floro, Diácono de Lyón, y Angilberto (Monum. Germ.: Scriptores, tomo II.)

LIBROS.— Simson, Jahrbucher des fränkischen Reiches unter Ludwig dem Frommen, dos volúmenes, 1874-76, y Dümmler, Geschichte des ostfränkischen Reiches, tres volúmenes, 1887-88, sirviendo el uno para todo el Imperio y el otro de 840 a 918 solamente para la Alemania.

La principal historia de conjunto es Mühlbacher, Deutsche Geschichte unter den Karolingern, tomo II, 1896, para el reinado de Luis. Respecto a Francia, en 840, no hay todavía un trabajo completo.

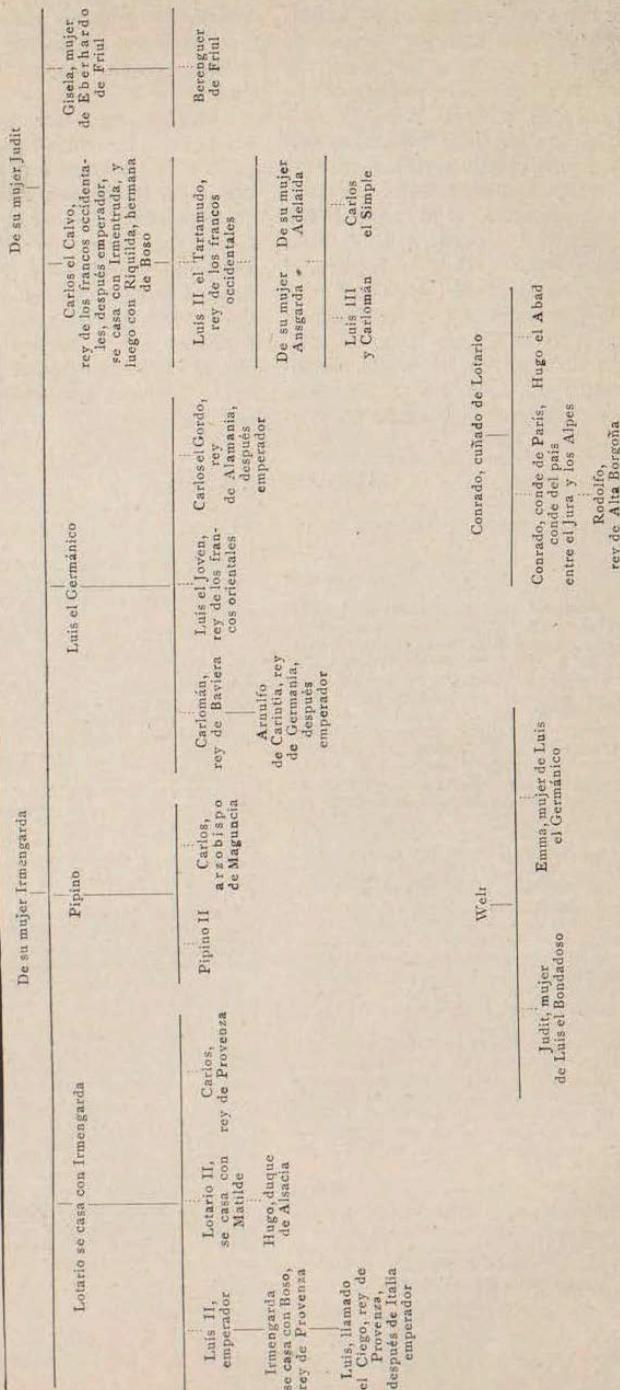
Las historias generales de Bordier, H. Martín y Michelet son insuficientes respecto a este periodo.— Las principales monografías en francés son: A. Himly, Wala et Louis le Débonnaire, 1849.— E. Bourgeois, Le Capitulaire de Kiersy-sur-Oise, 1885, estudio sobre el estado social al final del reinado de Carlos el Calvo.

Sobre Hincmar: Von Noorden, Hincmar, 1863. Schroers, Hincmar, 1884. Para Alemania, después de 843, Zeller, Histoire d'Allemagne, tomo II, 1873.—Parisot, Le royaume de Lorraine sous les carolingiens, 1898.—Poupardin, Le royaume de Provence sous les carolingiens, 1901.— Calmette, La diplomatie carolingienne, 1901.

Respecto á los orígenes de Bretaña y de Aquitania, véase la bibliografía del capítulo VII. Sobre las invasiones de los normandos: Depping, Hist. des expéditions maritimes des normands, 1884.— Steenstrup, Introduction a la hist. des normands et de leurs invasions, 1876, traducción del danés, 1881, fragmento de una colección de trabajos.— Favre, Eudes, comte de Paris et roi de France, 1893. Las transformaciones de la organización social han sido estudiadas por Waitz y Fustel de Coulanges (ya citados en los capítulos VII y VIII). Hay tres monografías muy importantes sobre los beneficios y el vasallaje: P. Roth, Geschichte des Beneficialwesens, 1850; Feudalitat und Unterthanenverband, 1863. — Faugeron, Les bénéfices et la Vassalité au IX siècle, 1868. Respecto a la historia de la organización eclesiástica: Loening, Hauck, Hefele, etc., ya mencionados en los capítulos V y VI. Se encuentran textos muy escogidos en Thomassin, La Discipline de l'Eglise, tres volúmenes in folio, 1725, obra que puede consultarse todavía a pesar de su fecha.

LOS DESCENDIENTES DE LUIS EL BONDADOSO

LUIS EL BONDADOSO



NOTAS SOBRE LUDOVICO PÍO Y SUCESORES

Ludovico Pío.

El Emperador Ludovico Pío, a quien pasó después de la muerte de Carlomagno la gigantesca incumbencia de dominar el Imperio inmenso, tenía 36 años, era benigno, de blando corazón, grave, sobrio y casto, muy instruido, poseía una grande experiencia de los negocios y la estimación del Clero no menos que de los hombres de guerra¹.

Su contemporáneo *Thegan*², obispo auxiliar (Corepíscopo) de la iglesia de Tréveris, nos describe de esta manera la persona de Ludovico: “Tenía una figura de regular grandeza, grandes ojos claros, faz abierta, nariz larga y recta, pecho fuerte, hombros anchos, brazos muy robustos, de suerte que nadie se le llegaba en tirar el arco o arrojar la lanza; voz varonil. El latín le era tan corriente como su lengua nativa, y aun en griego estaba bien instruido. En todas las Escrituras conocía el sentido espiritual y moral, así como la significación mística. Pero menospreciaba los cantares populares que había aprendido en su juventud y no quería leerlos, ni oírlos, ni enseñarlos. Difícilmente se movía a la ira y con facilidad a la compasión. Cuantas veces iba cada día a la iglesia para orar, doblaba las rodillas, y tocaba el suelo con la frente, orando largo tiempo con humildad, y a veces con lágrimas, y siempre le adornaron todas las buenas costumbres. Era tan liberal, cual nunca se oyó en libros antiguos ni en tiempos recientes, de suerte que dió en perpetua posesión a sus fieles, las aldeas reales, que habían poseído su padre, abuelo y bisabuelo. Diariamente antes de la comida repartía limosnas a los pobres, y donde estaba, cuidaba de que se les amparase. En la comida y bebida era templado, y en el vestido sencillo. Nunca brilló con vestidos dorados, excepto en ocasiones solemnes. En tales días usaba además de la camisa y los calzones bordados de oro, una túnica de oro, un ceñidor del mismo metal, una espada que relumbraba con el oro, polainas de oro y un manto bordado de oro y una corona de oro en la cabeza, y en la mano un cetro de oro. Nunca rió a carcajadas, y aun cuando en las grandes fiestas se ponían en su presencia bufones, comediantes y mimos oon cantores y citaristas, para diversión del pueblo, el cual interrumpía con risotadas cada pasaje, él no mostraba nunca en la risa sus blancos dientes.”

¹ Fuera de *Thegan* poseemos una *Vita ludovici* de un desconocido, que es generalmente designado con el nombre de el Astrónomo. Pertz, loc. Cit., II, págs.. 604-48, ed. Migne, CIV, págs.. 927-78. Simson, *Annales del reino franco bajo Ludovico Pío*, tomo II exc. 2, págs. 294-301., Leipzig, 1874. *Sobre Thegan*, Wattenbacha, loc. Cit., I, págs.. 208 ss. Funk, *Ludovico Pío*, Frankfort, 1832.

² *Thegani, Vita Ludovici*, cap. 19. Pertz, loc. Cit., II, pághs. 585-604, ed. Migne, CVI, págs.. 405-428.

Ludovico I tenía un pasado interesante: había nacido en 778; ya siendo de tres años, fué consagrado rey por Adriano I, luego le colocaron armado sobre un caballo y le enviaron a su Reino de Aquitania, que gobernó con fortuna hasta 814. Carlomagno rodeó a su hijo, no sólo de buenos educadores, sino le inició él mismo en la vida militar. Así le hallamos en Paderborn en 785, donde Carlos se hallaba entonces en campaña contra los sajones, llevando vestido vasco, es a saber: una veste redonda, anchas mangas de camisa, calzones bombachos, botas con espuelas, y en la mano la jabalina.” Así en 789 en los cuarteles de invierno de su padre en Worms, en 791 en la campaña contra los ávaros en Ratisbona, donde fué armado caballero, en 793 en una expedición contra Benevento, en 799 en Sajonia, en 800 hizo una expedición afortunada a España, en 801 forzó a entregársele Barcelona, en 809 penetró hasta Tortosa, la tomó en 811, en 810 su padre le confió la defensa del Ródano y el Garona contra los normandos, en 804 llegó a Ostfalia, y Carlomagno le besó y le dió gracias y elogios, y se llamó dichoso por tener tal hijo.

Cuando Ludovico se hizo cargo del gobierno, Aquitania era una Provincia corrompida, “pues todo el Clero, viviendo bajo tiranos, se dedicaba más a cabalgar, guerrear y manejar la lanza, que al culto divino. Por impulso de Ludovico, se llamaron de todas partes maestros, y el conocimiento de la lectura y el canto, y el de las ciencias sagradas y profanas floreció más rápidamente de lo que se hubiera podido creer”³. Entre los muchos monasterios que él fundó, fueron especialmente centros de cultura en el sur de Francia, Concha, Galuña y Aniano. — Cada semana Ludovico se sentaba tres veces en el tribunal, y Carlos lloró una vez de gozo por la experimentada prudencia del joven, cuando recibió noticia de las dichosas y florecientes circunstancias de Aquitania.

Cuando, pues, Carlomagno sintió la proximidad de su muerte, pensó en asegurar la sucesión en el Reino de los Francos, y asimismo en el Imperio, de acuerdo con los magnates. El 11 de Septiembre de 813, Ludovico fué proclamado rey y sucesor de su padre, en la iglesia de Santa María de Aquisgrán. Al mismo tiempo tomó también el título de Emperador, y por mandato de su padre se puso él mismo la corona con sus manos. Después de la muerte de Carlomagno, ocupó sin más su puesto, y desde entonces debía mantener unido lo que aquél había creado con fuerzas gigantescas y rara fortuna⁴. — En esta forma de la Coronación imperial se manifestó ya una mudanza en la idea del Imperio de Occidente. Ahora estaba éste reconocido por el

³ Astronpm., 19 (migne, pág. 938).

⁴ Simson, Anales del reino franco bajo Ludovico Pío, (al.), págs.. 3-11, Leipzig, 1874.

legítimo Emperador bizantino, y así no se acudió ya al Papa. A pesar de toda su religiosidad, el Imperio pareció entonces expresión y fruto de la posesión del poder temporal universal. Lo que León III dijo sobre esto, no lo sabemos; pero su sucesor, *Esteban IV* (desde 22 de Julio de 816 a 817), se interesó en seguida por el asunto, dirigiéndose ya en 816 al país de los francos, donde logró que Ludovico se hiciera ungrir y coronar por él como Emperador (probablemente el 5 de Octubre)⁵.

Ludovico había gobernado muy bien la Aguitania, pero el Imperio era demasiada carga para sus hombros, y aun otra índole más robusta hubiera sucumbido, pues la situación era por extremo difícil. Por una parte, el espíritu de los diferentes pueblos resistía a la unidad del Imperio. Carlos Martel, Pipino, Carlomagno, habían tenido que pelear constantemente contra las sajones, frisios, bávaros y aquitanos, y los monasterios estaban siempre llenos de presos políticos. ¡Cuán salvajes fuerzas fermentaban en los tan diversos pueblos del gigantesco Imperio, que se extendía desde el Ebro al Elba, desde el Océano hasta el Raab, desde el Tíber hasta el Eider! Y con todo esto, el poder del Estado no era independiente, no tenía la energía callada del absolutismo, sino todo se debía someter a las Dietas de los francos y dirigirse conforme a la voluntad de la nación. Y los Grandes que debían apoyar la autoridad política, se sentían ellos mismos Príncipes, tenían sus tropas de vasallos, que no juraban fidelidad al rey, sino sólo a ellos. Las fuerzas destructivas no habían sido absorbidas por el Poder central, sino sólo doblegadas; la prudencia y energía de Carlomagno no había hecho sino sujetarlas a su servicio. Su contemporáneo Nithard dice con razón⁶: “Ante todo, es digno de admiración que Carlomagno domó los ánimos bárbaros y férreos de los francos y germanos, por el poder, bien calculado, pero no desmedido, de suerte que paladinamente nada se atrevían a emprender, mas que lo que se compadecía con el bien universal y mayor; obra que ni siquiera Roma pudo llevar al cabo.” Y, no obstante, en los últimos años de Carlos, el desorden era grande, los débiles eran oprimidos por los fuertes, y se atribuye a Ludovico como gloria suya, que desde el comienzo de su reinado “devolvió a los oprimidos su herencia paterna, y a los que contra derecho habían sido reducidos a servidumbre, su libertad”⁷. — Pero no sólo la memoria de la antigua libertad amenazaba a la unidad del Imperio, sino también el uso, heredado de los germanos, de dividir el país, a la muerte de un rey, entre sus hijos.

La solicitud de Ludovico se dirigió primero a la reforma de la Iglesia, y ésta influyó a su vez para la unidad del Imperio.

⁵ Theganus, loc. Cit., cap. 16-17.

⁶ Nithardi, *Historiarum libri IV*, I, cap. 1, ed. Migne, CXVI, pág. 45.

⁷ Thegani, *Vita Ludovici*, cap. 13.

La elección de los obispos y abales se dejó libre, el Clero fue mantenido en severa disciplina, en todos los monasterios del Imperio fue introducida la Regla benedictina. "Entonces, finalmente, comenzaron los obispos y clérigos a deponer el cinturón adornado de oro y piedras preciosas, y cayeron en desuso entre ellos los trajes preciosos y las botas con espuelas"⁸. Ya al comienzo de su reinado, Ludovico restituyó a los sajones el derecho de heredar.

En la Dieta imperial de Aquisgrán, la influencia eclesiástica obtuvo el derecho de primogenitura en la Dinastía⁹. Según esto, de los tres hijos del Emperador, *Pipino* debía poseer la Aquitania con el título de rey, así como la Vasconia, la Marca de Tolosa y cuatro condados en Septimania y Borgoña; y asimismo como rey, el otro hijo de Ludovico, Luis, poseería Baviera, Bohemia, Carintia y las Provincias de los ávaros y eslavos; todo lo demás, o sea, más de tres cuartas partes del Imperio, debía pertenecer a *Lotario*, el primogénito, con el título de Emperador. Respecto de éste, los hermanos tenían la posición de gobernadores; sin su asentimiento no podrían ni declarar la guerra, ni ajustar la paz, ni recibir embajadores extranjeros, ni casarse; fuera de esto, tenían en sus Estados autoridad real. Una vez cada año debían ir al Emperador con presentes, para prestarle su homenaje. Sus territorios no podían ser divididos en adelante: si uno de ellos dejaba hijos, su Reino no se repartiría entre estos con igualdad, sino sólo uno de ellos sería elegido rey y confirmado por el Emperador. Si uno de los hermanos muriera sin dejar sucesión masculina, su reino recaería en el Emperador. Si uno de los hermanos se rebelara contra el Emperador, primero sería amonestado; en caso de reincidencia sería depuesto. Esta era, por tanto, una gran disposición: la unidad y la indivisibilidad del Imperio estarían por encima de la práctica anterior de la repartición por partes iguales entre los hijos legítimos del soberano. Un porvenir lleno de grandeza y una rica floración de la Iglesia y la cultura se presentaban, si el Soberano ponía suficiente fuerza, ánimo y constancia. La Dieta de los francos juró esta gran resolución, los obispos y el Papa la suscribieron; con júbilo de los barones, Lotario se ciñó la corona imperial en Julio de 817¹⁰.

Una revolución en Italia fué la consecuencia inmediata de este Tratado. El hijo ilegítimo de Pipino, *Bernhard*, desde la muerte de su padre había gobernado con

⁸ Astronom., 28 (ed. Migne, pág. 976). Hefele, Historia de los Concilios, IV, págs.. 9-29.

⁹ Pertz, Lees, I, págs.. 197 ss. Chronicon Moissiacense ad annum 817. Pertz, Leges, I, pag. 312, ed. Migne, XCVIII, pág 1432. Carta de Agobardo, en Gallandil, Bibliotheca patrum, XIII, pág. 91. Simson, loc. Cit., I, págs.. 100-110.

¹⁰ La bibliografía en Simson, loc. Cit., I, págs. 102 ss. El proceso en esta coronación imperial fue el mismo que en 813 en la primera coronación de Ludovico Pío. Pero lo mismo que este, Lotario más tarde fue de nuevo coronado emperador por el Papa Pascual I, el 5 de Abril de 823. Astronom., loc. Cit., pág 952. Einhardi, Annales ad 823.

aplausos en Italia, — era hombre hábil a quien Carlomagno había por mucho tiempo pensado en nombrar su sucesor; en este caso Ludovico hubiera sido enviado a un monasterio. Ahora en el Tratado se había prescindido de Bernhard, y con todo creía él poder pretender una parte igual en el Imperio: pues era de más edad que Lotario, y su padre, Pipino, asimismo mayor que Ludovico. Por eso Bernhard ocupó en seguida los pasos de Italia y se hizo prestar juramento de fidelidad, en el cual no se mencionaba el nombre del Emperador. Pero el levantamiento fracasó. Los mismos italianos que le habían excitado a la rebelión, se separaron de él aun antes que se llegara a una batalla, y Bernhard se hubo de someter, y pidió perdón a los pies del Emperador. Ludovico lo concedió la vida, pero le hizo cegar para hacerlo incapaz del gobierno. Bernhard murió de las heridas a los pocos días, el 17 de Abril de 818, “porque no toleró con paciencia la operación de cegarle”¹¹, y su muerte fué causa de constantes remordimientos y acerbos reproches para Ludovico. “Cuando éste lo supo, lloró amargamente, por no haberlo impedido, e hizo penitencia”¹². Por semejante manera fueron entonces rapados como monjes los hijos naturales de Carlomagno, Drogo, Hugo y Teodorico.

En el verano de 818, Ludovico hubo de emprender una campaña contra el caudillo de los bretones, *Morman*, que había negado el homenaje y el tributo tradicional, y proyectaba erigir un reino independiente. Francos, borgoñones, alamanes, sajones y turingios, siguieron las banderas de Ludovico, y después de un mes, Morman estaba muerto y la Bretaña había sido forzada a prestar homenaje¹³.

Segundas nupcias de Ludovico, y principio de las turbulencias

En esta campaña la Emperatriz *Irmingarda* había acompañado al Emperador; pero en Angers fué acometida de una grave enfermedad, y poco después de la victoria de Ludovico murió el 3 de Octubre de 818. Ludovico se mostró tan impresionado por esta pérdida, que su comitiva temió que se retiraría a un monasterio. Para encadenarle al mundo, le excitaron a un nuevo matrimonio (819). “Finalmente, después de haber examinado todas las hijas de los nobles, que de todas partes le llevaban, eligió por esposa a *Judit*, hija del noble Conde Welpo”¹⁴. Este matrimonio fué una desdicha para Ludovico y para el Imperio; pues Judit era no sólo muy bella, sino también prudente y ambiciosa, y en breve adquirió un completo dominio sobre el Monarca, el cual era uno de aquellos caracteres débiles que no gustan de dirigirse por sí mismos, sino de ser dirigidos por otros. En 823 Judit dió al Emperador un

¹¹ Thegani, *Vita ludovici*, cap. 22-23. Pertz, loc. Cit., pág. 623.

¹² Thegani, *Vita ludovici*, cap. 23. Simson, loc. Cit., I, págs.. 177 ss.

¹³ Simson, loc. Cit., I, págs. 128-136.

¹⁴ Astronom., *Vita Ludovici*, ed. Migne, CIV, pág. 949.

hijo, *Carlos*, llamado más adelante el *Calvo*, el cual fué presto objeto de la predilección de Ludovico Pío; su Benjamín. Para proporcionarle una herencia igual a la de sus hermanos, Ludovico procuró desde entonces derogar la Ley política de 817. En vano el Clero, principalmente Wala, se pronunció por la unidad del Imperio; los antiguos consejeros fueron alejados, y un pariente, *Bernhard*, hasta entonces Conde de la *Marca Hispanica*, fué nombrado Camarero mayor, el cual, hábil y resuelto, tuvo presto en sus manos todo el poder. Entre Judit, que dominaba al Emperador, y Bernhard, se formó muy pronto una relación tan íntima que se hablaba de adulterio y enloquecimiento del Emperador por medio de bebedizos. Con la conciencia de su posición omnipotente, Bernhard se hizo tan arrogante, dando y quitando a su arbitrio los feudos, que Nithard le echa en cara que debilitaba el reino con su imprudencia, en vez de robustecerlo como era su obligación¹⁵.

Después que de una Dieta de Worms de 829 se asignaron a Carlos¹⁶, a la sazón de seis años, la Suabia, Alsacia, Retia y parte de Borgoña, en 830 estalló la discordia en la Familia real y en el Estado¹⁷. Los perjudicados, los descontentos, los adversarios de Bernhard, se habían dirigido con sus querellas principalmente a Pipino: él, como buen hijo, sublevado por la afrenta de su padre, debía devolver al Emperador su libertad y prestigio: Entretanto Ludovico se armaba en Compiègne, para una expedición contra los bretones; pero entonces se reunió un ejército contra él en París en Abril de 830. Primero se pensó en deponer simplemente al Emperador, contra lo cual se pronunció resueltamente su hijo, Luis el Germánico. Entonces se contentaron con apartar a los malos cortesanos del Emperador: Judit fué encerrada en el monasterio de Santa Radegunda, sus hermanos Conrado y Rodolfo fueron rapados como monjes; Bernhard había huido, su hermano Heriberto fué cegado¹⁸. Lotario, que había acudido desde Italia, había pronunciado esta sentencia; en aquel momento tenía todo el poder; retuvo presos a su padre y a Carlos y procuró persuadirlos que se metieran en un monasterio. Pero este poder de Lotario no duró mucho tiempo: gobernó tan mal, y la exasperación por el mal tratamiento del Emperador se expresó con tanta viveza, que Luis y Pipino negociaron secretamente con su padre, el cual, en Octubre de 830, en la Dieta de Nimega recobró la supremacía con auxilio de los franconios y sajones. Así fracasó aquel levantamiento; Lotario volvió a jurar fidelidad al Emperador, abandonó cobardemente a sus partidarios, hizo juicio contra ellos, y hasta los condenó a muerte; los obispos que habían seguido su partido fueron depuestos, Wala fué enviado al monasterio de Corbie. En Febrero de 831 Judit fué a la Dieta de

¹⁵ Nithard, loc. Cit., cap. 3.

¹⁶ Ver el árbol genealógico de los Carlovingios o Carolingios de Ludovico Pio y sucesores. Que damos al final de estas páginas.

¹⁷ Dümmier, Historis del reino franco oriental (al.), I, 2ª ed. Págs. 50 ss, Leipzig, 1887.

¹⁸ Nithard, loc. Cit., I, cap. 3.

Aquisgrán, y por medio de un juramento se purificó de las acusaciones que se le habían imputado, y el Emperador envió a cada uno de sus hijos a sus respectivos reinos. Todo parecía de nuevo arreglado: en Junio de 831 hasta Bernhard regresó a la Corte y asimismo se purificó con un juramento¹⁹.

Pero las relaciones entre el padre y los hijos del primer matrimonio siguieron tirantes. No porque Bernhard hubiera vuelto a dominar en la Corte; pues el monje *Gundbald* era entonces la mano derecha del Emperador, y Judit sacrificó su inclinación hacia Bernhard, a los intereses de su hijo, y aquél, enojado por la ingratiitud de la Corte, se volvió a su Condado, se aproximó a Pipino y le estimuló a hacerse independiente en Aquitania. Pipino fue por esta causa llamado a Aquisgran (Diciembre de 831), desde donde presto volvió a huir a Aquitania. Poco después se volvió a mover Luis; Lotario lo había espoleado a ello, y, además, la circunstancia de que Alamania, que pretendía, había sido dada a Carlos. Luis acampó frente a Worms, el ejército del Emperador se hallaba en Tribur. Pero como los franconios y sajones no quisieron abandonar al Emperador, Luis el Germánico se hubo de retirar a Augsburgo y allí pedir perdón a su padre, el cual se lo concedió; y hubo de prometer una conducta mejor. Entretanto, también Lotario había venido de Italia a su padre, e igualmente cobarde, desleal y codicioso había jurado que no tenía parte ninguna en aquella sublevación (832).

Judit se acercó ahora a Lotario; su odio se dirigía contra Pipino, al cual no podía perdonar su anterior prisión, y a cuya costa quería aumentar los dominios de Carlos, con aquiescencia de Lotario, Aquitania fué prometida a Carlos, y Pipino recibió la orden de dirigirse a Tréveris. Pero no obedeció sino en apariencia, y presto se levantó en Aquitania contra el Emperador, el cual se dirigió contra él, pero en Diciembre de 832 perdió una gran parte de sus hombres y caballos.

Mediacion del Papa. Humillacion de Ludovico Pio

Apenas el Emperador había regresado a Aquisgrán, cuando en Enero de 833 llegó la noticia de que sus tres hijos del primer matrimonio estaban en marcha contra él desde Italia, Baviera y Aquitania, cada uno con un ejército; y que también el Papa *Gregorio IV* estaba en camino procedente de Italia, para mediar para la paz entre el padre y los hijos. En Alsacia se reunieron los tres hermanos, y junto al monte Siegwald²⁰ pusieron su campamento entre Basilea y Estrasburgo. El Emperador venía con su ejército desde esta ciudad, y pareció se iba a trabar una batalla.

¹⁹ Nithard, loc. cit., I, cap. 3. Simson, loc. Cit., I, págs.. 333-363.

²⁰ Nithard, loc. Cit.,. En el pueblo Sigolsheim, junto al río Weiss, a dos horas al NO. De Colmar. Strobel, Historia de la Alsacia, I, pág. 144.

Pero entonces llegó el Papa como medianero y habló en pro del Tratado de 817; con él, Wala, Agobardo de Lyon (discípulo de Leidrado y elocuente escritor), procuraron la unidad del Imperio. Al contrario, los obispos francos de linajes aristocráticos, amenazaron al Papa con la deposición, si pretendía excomulgarlos; pues había venido a la Galia sin haber sido llamado; y le echaron en cara que había quebrantado su fidelidad al Emperador, al paso que él los acusaba de perjuros contra el Tratado de 817, el cual habían jurado, y ahora procuraban quebrantarlo. El Papa halló un recibimiento frío por parte del Emperador, pero presto supo convencerle de sus intentos conciliadores; permaneció varios días con él y se volvió después de haber dado consejos a los hijos. Pero todo fué inútil, pues entre tanto “casi todo el pueblo, parte movido por regalos, parte atraído con promesas, o intimidado por amenazas, se había pasado al partido de los hijos, y el Papa ni siquiera obtuvo permiso para volver a ver al Emperador”²¹. El *Rothfeld*²²), donde acampaba el Emperador, se llamó desde entonces el *campo de la mentira*²³, por la defección de sus barones. El 29 de Junio el Emperador, abandonado de los suyos, se vió amenazado hasta de un ataque del pueblo y hubo de rogar a sus hijos que no le entregaran a merced de la furia popular. “Ellos le contestaron, *que se marchara del campamento y se pasara a ellos, que en seguida irían a su encuentro. Cuando se encontraron unos a otros, el Emperador amonestó a sus hijos, que habían echado pie a tierra y se le habían acercado, a que se acordaran de su promesa y guardaran inquebrantablemente lo que en otro tiempo le habían prometido a él, a su esposa y a su hijo. Después que hubo dicho esto, los abrazó y fué llevado a su campamento. Pero a su llegada, su esposa fué alejada de él y llevada a la tienda de Luis, y desde allí a Tortona. Lotario tomó consigo a Ludovico y al joven Carlos, y les mandó permanecer en una tienda que les señaló, con algunos pocos. El anciano Emperador no se llamó ahora sino *Senor Ludovico o Su Gracia, Venerable Varón*. Después obligaron al pueblo a prestarles juramento y se repartieron el Imperio en tres partes”²⁴. Mas Lotario se portaba como Emperador, y se contaba su primer año de Imperio entre los francos.*

Así quedó desengañado el partido que había trabajado para la unidad del Imperio. Se había atrevido a todo: pero no había hecho sino promover la división. Lleno de

²¹ Astronom., 48 (ed. Migne, loc. Cit., pág. 963. Dümmier, *Historia del reino franco oriental*, Luis el Germánico, págs.. 73 ss-

²² ¿Acaso Rothfeld, como suponen Warnkönig y Guérard?. Los annales de Bert. Dicen: In loco, qui dicitur Rotfellth, id est, rubeus campus

²³ Campus mentitus, en los Annales Bert, Campus mendacii según Thegani, cap. 42. Más tarde se llamaba “Der Lugner”, el mentoroso. Schöpflin, *Monum. Germ. Sacra*, 426, 13. Simson, loc. Cit., II, pág. 17-75.

²⁴ Astronom., 48.

arrepentimiento, el Papa regresó a Italia, y Wala fué a ocultar su dolor en el monasterio de Bobbio. Los inconsiderados hijos fueron desleales con sus partidos como con su padre y no menos lo fueron entre sí. Mientras Luis regresaba a Baviera, y Pipino a Aquitania, Lotario quedó dueño del campo, y procuró sacar provecho de ello. Separó de su padre a su hermanastro Carlos, con gran dolor del primero, y le envió al monasterio de Prüm, mientras tenía al padre en estrecha cárcel en un monasterio de Soissons. Poco después, en una *Dieta de Compiègne* (Octubre de 833), le obligó a hacer públicamente penitencia y deponer las armas. Un penitente no podía ya en adelante desempeñar un cargo público, ni llevar armas: Lotario quería, por ende, hacer irrevocable la renuncia del Emperador al trono y sucederle desde luego. Por eso Ludovico, en la iglesia del Monasterio de S. Medardo, se hubo de arrodillar con un hábito mísero de penitencia, y con ríos de lágrimas hubo de leer un catálogo de sus pecados: que había turbado la paz del Estado y de la Iglesia (sacrilegio), que había sido perjuro, que había provocado la guerra civil, homicidios, latrocinios e incendios, que había hecho morir a Bernhard, y había metido a sus hermanastros en un monasterio. Luego el Emperador se desciñó su tahalí, lo colocó en el altar y los obispos declararon que en adelante se debía dedicar solamente al culto divino y a la oración continua²⁵; se hubo de poner el hábito de penitencia y fué encerrado en una casa que pertenecía al Monasterio de San Medardo.

La desgracia del Emperador despertó en todas partes la más profunda compasión, y todos los corazones nobles se encendieron en ira. ¡ Por qué le sostienes, oh tierra, y no has abierto tus fauces para tragarle! — exclama Thegan, hablando del obispo de Reims, Ebbo, que había desempeñado un papel principal en aquella escena²⁶. “ ¡Acaeció lo inaudito! Quitaron al Emperador la espada del cinto, y, conforme al juicio de sus esclavos, fué vestido con un mísero saco.” La opinión pública, así como el temor a los planes de Lotario, obligaron a los hermanos Luis y Pipino a llamar sus tropas y dirigirse contra Lotario. Este se armó en Paris para la guerra, a donde llevó a su padre, el cual, a pesar de todos los tormentos, permaneció firme contra la insinuación de que renunciara enteramente al mundo y se hiciera monje; pero presto perdió Lotario el ánimo para pelear; el 28 de Febrero de 834 dejó en libertad a su padre, y huyó a Viena, para tener a su espalda los pasos que llevan a Italia y ganar tiempo para armarse o negociar.

El 1º. de Marzo de 834 el Emperador Ludovico fué llevado a la iglesia de San Dionisio, por los obispos y el pueblo; “y ofrecieron allí a Dios humildemente sus

²⁵ Exauctoratio Hludowici (el protocolo firmado por Ludovico) y Agobardi cartula. Pertz, Leg., I, pág. 369. Cf. Simson, loc. Cit., págs.. 63-74.

²⁶ Thegan., loc. Cit., cap. 44.

cánticos de alabanza; pusieron al Emperador la corona y le devolvieron sus armas.” En adelante se llamó: “Emperador por la gracia restituida de Dios”²⁷. Se urgió al Emperador para que persiguiera al fugitivo Lotario, pero su benignidad no lo consintió, sólo le envió la orden de dirigirse a Italia. A Pipino y Luis se les dieron cordiales gracias, Judit regresó a la Corte. La debilidad de Ludovico dió nuevos ánimos a Lotario; cuando por un golpe de mano se hubo apoderado de Chalons, se encruelció allí como un bárbaro contra los partidarios de su padre, y se armó para la lucha. Pero cuando Luis y Pipino se juntaron rápidamente con sus ejércitos a su padre, Lotario volvió a perder ánimo y se sometió al viejo emperador, el cual le envió en seguida a Italia (Verano de 834)²⁸.

Luego siguieron tiempos de paz que fueron de nuevo turbados por la debilidad de Ludovico respecto de Judit y Carlos. En 837 se dieron a éste, con aprobación de Luis y Pipino, toda Frisia, luego los Condados de Moilla, Hattuaría, Hamaland, Mosagau, además el país entre el Mosa y el Sena hasta Borgoña; en Quierzy, al reconocerle como mayor de edad en 838, se le dieron una parte de Neustria, es a saber, el Ducado de Mans y las tierras galas occidentales entre el Loire y el Sena. Cuando Pipino murió el 13 de Diciembre de 838, se omitió a su hijito, y en 839 se dividió el Imperio, exceptuada Baviera que se quería dejar a Luis, pero no Alsacia, Sajonia, Franconia y Almania; y entre las dos mitades²⁹ se dejó elegir a Lotario, y encogió Italia, una parte de Borgoña y todo el país al oriente del Mosa; y en cambio prometió amparar a Carlos contra todos sus enemigos. Con razón Luis se creyó perjudicado, y tomó las armas, mientras el Emperador tenía que abatir en Aquitania un partido que había proclamado soberano a *Pipino II*³⁰. ¡A marchas forzadas el Emperador se dirigió contra el hijo rebelado, y le rechazó hacia Baviera, pero ya enfermo y desanimado murió en su regreso, en una isla del Rhin (20 de Junio de 840). Cuando se temía que moriría lleno de odio contra su hijo, dijo el bondadoso Emperador: “ Como Luis no se puede presentar para justificarse, yo le perdono, en cuanto de mí depende, y en cuanto ha pecado contra mí, y Dios sea testigo de ello. Pero a vosotros os pertenecerá recordarle que ha llevado a la tumba con dolor de corazón las canas de su padre, y ha despreciado los mandamientos de Dios y sus amenazas”³¹. Fué enterrado en Metz, en la antigua tumba familiar del linaje de los Arnulfos.

²⁷ Divina propitiante gratia imperator. Dümmier, loc. Cit., págs. 94 ss.

²⁸ Nithard, loc. Cit., I, cap. 4. Simson, loc. Cit., II, págs.. 79-92.

²⁹ Nithard, loc. Cit., I, cap. 7.

³⁰ Ibidem, I, cap. 8. Simson, loc. Cit., II, pág. 211.

³¹ Astronom., 63 (ed. Migne, pág. 978). Dümmier, loc. Cit., pág. 137. Simson, loc. Cit., págs.. 228 ss.

¡ Así acabó el infeliz Emperador Ludovico! Como no pudo ser el martillo, hubo de ser el yunque en aquel tiempo tremendo. Cuando se hizo cargo del Gobierno, el Imperio poseía toda su grandeza; a su muerte lo dejó en ruinas. Principalmente había debilitado el poder de la Monarquía dando en propiedad los bienes de la Corona, por tanto, por su bondad inoportuna³². Ahora presenciarnos un repugnante proceso de disolución; no aparece ya un héroe ni un gran carácter.

Guerras entre los hijos de Ludovico y Tratado de Verdun³³

Lotario estaba en Italia y Luis en Baviera, Carlos estaba en campaña en Aquitania contra Pipino II, cuando murió el Emperador. Apenas había fallecido el padre comenzó la lucha entre los hijos. Lotario se apoyó en el Tratado de 817, aunque él mismo lo había quebrantado tan a menudo, y reclamó para sí el Imperio, pensando con el tiempo destronar a todos sus hermanos; por eso envió a todos los distritos mensajeros a los servidores del Imperio, y por su adhesión les prometió no sólo todos los bienes y honores que les habían sido concedidos por su padre, sino también nuevas y grandes recompensas, amenazó con la muerte a los inseguros, y Luego, cuando llegaron noticias favorables, se lanzó primero contra Luis, que era el que por lo pronto estaba en su camino, arrojó su guarnición de Worms, y se dirigió contra Frankonofurth; al propio tiempo procuró atraerse a Carlos para apartarlo de una alianza con Luis, y ocupándole en Aquitania por medio de Pipino II³⁴.

Pero Luis estaba todavía armado desde la guerra contra su padre, y los sajones, que por fidelidad habían sido antes adictos al Emperador Ludovico, hacían poco caso de Lotario. Junto al Main se vieron frente a frente ambos ejércitos, y Luis se preparó para la batalla, pero Lotario, que nunca había sido un héroe, sino más bien astuto y desleal que osado, entabló súbitamente negociaciones: se convino en que el 11 de Noviembre se volverían a reunir en el mismo sitio; si entonces no se podían avenir, deberían remitir la resolución a las armas. Lotario esperaba poder derrotar rápidamente a Carlos, y luego con sus fuerzas y las de Neustria, oprimir a Luis; y por eso se dirigió en seguida al Oeste³⁵.

Carlos tuvo miedo y envió a Lotario al historiador *Nithard* y a *Adalgar*, para evitar la batalla: debía dejarle lo que su padre le había dado, y a cambio de ello le sería luego fiel y subdito; y le recordó sus juramentos. Lotario dió una respuesta amistosa, para mecer a Carlos en la seguridad; pero su verdadero designio lo

³² Thegan., loc. Cit., cap. 19.

³³ Dümmier, Historia del reino franco oriental, I. Luis el Germánico, pág. 139 ss.

³⁴ Nithard, oloc. Cit., II, cap. 1.

³⁵ Ibidem, II, cap. 1-2.

descubrió por el intento vano de atraer a su bando a los enviados; bien que logró mover a la defección a la mayor parte de los grandes vasallos entre el Sena y el Loira. Para evitar este peligro, Carlos dejó una parte de su ejército para pelear contra Pipino, en Aquitania, bajo la dirección de su madre; él mismo, con la otra parte del ejército, corrió a Quierzy, confirmó a sus partidarios en su fidelidad, regresó luego rápidamente y derrotó y puso en huida a Pipino II. Entre tanto, Lotario avanzó hasta el Sena, y ganó a muchos, y luego se volvió hacia el Loira procurando inducir también a la defección a los barones entre el Sena y el Loira. Entonces avanzó Carlos con presta resolución, y se iba a trabar la batalla cerca de Orleans, pero de nuevo vaciló Lotario, esperando más del soborno que de la pelea, y a fines de 840 ajustó una tregua: Carlos debía por lo pronto conservar Aquitania, Septimania, diez Condados entre el Loira y el Sena, hasta que se hubieran puesto de acuerdo en Attigny para una *paz* definitiva, el 8 de Mayo de 843. Lotario no tomó en serio esta paz; durante las negociaciones procuró sobornar a los leales de Carlos y le suscitó todas las dificultades imaginables³⁶.

Entre tanto, Lotario había hecho todo lo posible para socavar el poder de Luis, contra el cual ahora se dirigió de nuevo. Otgar, arzobispo de Maguncia, y Adalberto, Conde de Metz, fueron en esto sus más celosos auxiliares. Luis no sólo fué rechazado a Baviera, sino también se atrajo a la defección a una parte de su ejército. Lotario tuvo *por* seguro el éxito, dejó a Adalberto en Alemania como Duque de Austrasia, para que sujetara al pueblo por el juramento de fidelidad a Lotario, e impidiera la reunión de Carlos con Luis, y luego se dirigió de nuevo hacia el Oeste.

Carlos llegó a Attigny el día convenido, pero Lotario no, y sus hostiles designios quedaron ahora manifiestos. El apuro era apremiante, y Carlos pidió auxilio a Luis, el cual se lo prestó por *su* propio interés bien entendido; el 13 de Mayo de 841 sorprendió en el Ries al Duque Adalberto cuyo ejército fué dispersado, y el mismo Adalberto muerto, luego Luis pasó rápidamente el Rhin, y en Toul se unió con su hermano duramente apretado. Ahora ofrecieron a Lotario una división por igual del Imperio, y, como regalo todo lo precioso que se hallara en su campamento, a excepción de los caballos y armas. Con palabras engañosas los entretuvo Lotario hasta que Pipino II se le unió con sus aquitanos; luego rechazó orgullosamente el ofrecimiento y se trabó la batalla³⁷.

El 25 de Junio de 841 se libró el combate en Fontanetum (hoy *Fontenoy* o *Fontenailles*), el cual resolvió la suerte del Imperio Franco. Lotario fué vencido y

³⁶ Nithard, loc. Cit., cap. 4-6.

³⁷ Nithard, loc. Cit., II, cap. 7-9.

con esto se asentó la división del Imperio. La batalla fué muy sangrienta, 40,000 guerreros parecen haber caído³⁸.

La espada hizo estrago especialmente entre los francos y aquitaños. La crónica de Regino dice: “En esta batalla las fuerzas de los francos quedaron tan debilitadas, y su alabado valor tan quebrantado, que en lo sucesivo no bastaron para ampliar los límites, y ni siquiera para defenderlos.” Al fin vencieron Carlos y Luis, no sin grandes pérdidas por su parte³⁹. Los mismos vencedores se asombraron de su buen suceso: el sentimiento de que habían derrotado a hermanos y compañeros del mismo Imperio, se impuso ahora con toda su fuerza. Horrorizados por la cantidad de la sangre derramada, Carlos y Luis interrumpieron la pelea hacia el medio día, prohibieron la persecución, hicieron enterrar sin diferencia a amigos y enemigos, curar solícitamente a los heridos y ofrecer perdón a los fugitivos. Para apaciguar la conciencia de sus propios barones, se juntaron sus obispos y declararon solemnemente que sólo habían peleado por el derecho y la equidad; la victoria se había ganado por juicio de Dios, y por eso cada uno de los que habían tenido parte en aquel acaecimiento, así el consejero como el ejecutor, debíanse considerar como siervos e instrumentos de Dios. Mas de qué manera los partidarios de la unidad del Imperio miraban aquella jomada, se echa de ver por la elegía del lorenés Angilberto, el cual peleó por Lotario en las primeras filas y quedó único entre muchos caídos. “El hermano daba muerte al hermano, el tío al sobrino, el hijo peleaba contra su padre, se horrorizaba el campo y se espantaba el bosque; aquella batalla no es digna de ninguna gloria, de ninguna canción. ¡ Maldita sea aquella jornada no sea contada en adelante en la serie de los años, sino borrada de la memoria; ningún rayo de sol la ilumine jamás, y ningún alba siga a su crepúsculo!”⁴⁰.

La matanza de Fontanetum parodió al principio haber sido inútil; los vencedores no utilizaron el infortunio de Lotario, el cual huyó a Aquisgrán para reorganizar de nuevo su ejército; los austrasios volvieron a adherirse al Emperador, pues el Imperio era la obra de su sangre, era su orgullo, su ventaja, su amor. Luis se volvió al otro lado del Rin, Carlos a Aquitania. La causa de su proceder se hizo presto clara. Pues Lotario se había aliado con los paganos normandos, los cuales atacaron entonces los dominios de sus hermanos, y los devastaron horriblemente. Luego había prometido a los sajones del vulgo su libertad y el restablecimiento del Paganismo, si le seguían, y estalló una tremenda sublevación: el levantamiento de los *Stelingos*. “Llenos de anhelo por su paganismo, los frilingos y lassos se dieron

³⁸ Ibidem, II, cap. 10. Cf. Dümmier, loc. Cit., I, págs.. 154 ss.

³⁹ Reginonis, Chron., ad 841, ed. Migne, CXXXII, pág. 77.

⁴⁰ Angilberti Carmen de pugna Fontanetica, a continuación de la edición escolar de Nithard por Pertz.

un nombre nuevo, el de Stelingos; y unidos en un fuerte ejército, expulsaron del país a casi todos los señores, y vivían a la antigua usanza, cada cual conforme a la ley que prefería⁴¹.

Lotario pasó el Rin para juntarse con los sublevados, pero presto supo que Carlos había atacado el núcleo de sus dominios, y luego se dirigió contra él, pero éste se retiró detrás del Sena y se juntó con Pipino. Por otra parte, Luis y Carlos lograron reunirse en Estrasburgo el 14 de Febrero de 842, y allí se realizó aquella notable negociación que muestra hasta qué punto los francos de Neustria se habían ya asimilado el idioma latino, y eran considerados como *güelfos* por los alemanes del otro lado del Rin⁴²; además, muestra de qué manera los vasallos de Carlos y Luis tenían tanta desconfianza de la ambición de ellos como de la avaricia de Lotario, y los obligaron por un juramento a contentarse con una parte equitativa. Los alemanes y los *güelfos* estuvieron allí unánimes como bajo Carlos, pero sólo para poder realizar seguramente su separación.

Nithard refiere al año 842 sobre esta reunión⁴³: “Así, el 14 de Febrero Luis y Carlos se juntaron en la ciudad que se llamó Argentaria (*Argentoratum*), y ahora se llama comúnmente Estrasburgo; y se prestaron los juramentos que abajo se expresan, Luis en idioma románico y Carlos en alemán. Y antes que juraran, hablaron al pueblo congregado, el uno en lengua alemana y el otro en la románica. Luis, como el mayor, comenzó y dijo: “ Sabéis cuán frecuentemente ha procurado Lotario, después de la muerte de mi padre, perder hasta aniquilarle del todo, a mi hermano, y le ha perseguido. Mas como ni el amor fraternal ni los sentimientos cristianos, ni otro medio, han podido lograr que reinara la paz entre nosotros bajo condiciones justas, finalmente hemos dejado el asunto al juicio de Dios omnipotente, pues nos hemos de contentar con su resolución sobre lo que pertenece a cada cual. Y, como sabéis, hemos quedado vencedores por el juicio de Dios; mas él ha sido vencido y ha huído con los suyos donde cada cual ha podido. Pero, movidos por el amor fraternal y por compasión al pueblo cristiano, no le hemos querido aniquilar, sino ahora, como antes, le hemos requerido a que reconociera a cada uno su derecho. Pero él no se ha sujetado al juicio divino, sino persiste en perseguir a mi hermano

⁴¹ Nithard, loc. Cit., IV, cap. 2. Stelling, de stel =viejo, y ling = hijo: pero mejor se explica como conexo con upstallinc = masovero, labrador libre, propietario. Leo deduce Stelling de stell, ara deorum, por tanto, stellingos, plural antiguo sajón, stellingo, antiguo alto alemán, partidarios de los antiguos altares de los dioses.

⁴² Weischen se llaman entre los alemanes, en adelante todos los occidentales, no sólo los galeses o galos, sino también los italianos; también hallamos aquí por vez primera el nombre deutsche de d diut o thind, pueblo.

⁴³ Nithard, loc. Cit., III, cap. 5.

con fuerzas hostiles, y devasta nuestros territorios con fuego, robos y homicidios. Por eso nos hemos reunido ahora, forzados por la necesidad, y hemos resuelto prestar en vuestra presencia este juramento, para que no dudéis de nuestra fidelidad y de nuestra concordia fraternal. Y esto lo hacemos no inducidos por injusta codicia, sino para que, si Dios nos da con vuestra ayuda, paz y tranquilidad, tengamos entonces una segura garantía de la quietud y paz del Estado. Pero si yo, lo que Dios no permita, quebranto el juramento que he prestado a mi hermano, os declaro a todos vosotros libres del juramento que me habéis prestado.” Y cuando Carlos dijo las mismas palabras en lengua románica, juró Luis el primero, como mayor, hacer lo que sigue: “Pro Deo amur, et pro Christian poblo, et nostro commun salvament, d'ist di in avant, in quant Dens savir et podir me dumat, si salvarai eo eist meon fradre Carlo, et in ajudha ed in eadhuna cosa, si cum om per dreit son fradre salvar dist, in o quid il mi altresi facet: et ab Ludher nul plaيد numquam prindrai, qui meon vol eist meon fratre Carle in damno sit.” “Por el amor de Dios y por el pueblo cristiano, y nuestra común salvación, desde *este* día en adelante, en cuanto Dios me dará saber y poder, tendré a éste por mi hermano Carlos, ayudándole en todas cosas, de la manera que por derecho uno ha de defender a su hermano, con tal que haga conmigo otro tanto: y con Lotario no haré ningún convenio que, por mi voluntad, sea en perjuicio de este mi hermano.” Y cuando Luis hubo terminado, juró Carlos lo mismo en lengua tudesca diciendo: “In Godes minna, ind in thes Christianes Folches ind unser bedhero gehaltnissi, fon thesemo dage frammordes, so fram so mir Got gewizci indi mahd furgibit, so haldih tesan minan Bruodher soso man mit rethu sinan Bruodher seal in Thiu thaz er mig sosoma dúo, indi mid Ludheren in nohheiniu thing ne gegango, the minan willon imo ce seadhen werdhen.”

Pero el juramento que hicieron cada pueblo en su idioma decía en romance: “Sí Lodhuvigs sacrament, quae son fradre Carlo jurat, conservat, et Carlus meos sendra de suo part non los tanit, si io returnar non l'int pois, ne io ne neuls cui eo returnar int pois, in nulla aiudha contra Lodhuvig non li iv er,” (Si Luís guarda el juramento que ha jurado a su hermano Carlos y Carlos mi señor, por otra parte no lo guarda, si yo no le puedo apartar de ello, ni yo ni a quien pueda prohibirlo, le daré ayuda contra Luis). En tudesco decía: “Oba Carl then eid then er sinemo bruodher Ludhuwige, gesuor, geleistit, indi Ludhuwig, min herró, then er imo gesuor forbrihchit ob ih inan es irwenden ne mag, noh ih noh thero nohhein the ih es irwenden mag, widhar Carle imo ce follusti ne wirdhit.”

Nuestro historiador describe con esta ocasión asimismo juegos guerreros, que se pueden considerar como principio de los torneos medioevales⁴⁴: “Carlos y Luis eran ambos de mediana estatura, hermosos y bien formados, y hábiles en todo ejercicio;

⁴⁴ Nithard, loc. Cit., III, cap. 6.

ambos eran animosos, liberales, prudentes y elocuentes; y todas las mencionadas buenas cualidades las sobrepujaba la santa y respetable unidad de los hermanos. Pues casi siempre estaban juntos, y lo que tenían, por valioso y elevado, se lo regalaban uno al otro con fraternal amor. Comían y dormían en una casa. Sobre los asuntos públicos y privados deliberaban juntos, y ninguno exigía del otro algo que no creyera que le había de ser de provecho también a él. Para ejercicio corporal proponían a menudo certámenes, luego se iban juntos a un sitio de antemano escogido, y mientras el pueblo se agrupaba en derredor, venían de todas partes en veloz carrera catervas de sajones, vascos, austrasios y bretones; luego unos volvían sus caballos, y protegiéndose con los escudos procuraban evitar los ataques de los contrarios por la huida, al paso que estos perseguían a los fugitivos; al fin, ambos reyes, rodeados de toda la juventud, se lanzaban uno contra otro blandiendo las lanzas, y ya de una parte ya de otra se volvían huyendo, imitando las vicisitudes de una batalla. Y era un espectáculo admirable por el esplendor y por el orden que allí reinaban, pues ni uno de aquella gran muchedumbre y de tan diversos pueblos, se atrevía a inferir a otro una herida, o hacerle afrenta; cual suele acaecer entre menor número de hombres y conocidos.”

Ambos hermanos se dirigieron luego a Worms, y como Lotario rechazara sus proposiciones, se fueron a Aquisgrán, desde donde aquél huyó apresuradamente a Lyon, pues muchos barones le abandonaron porque no cedía. Esta ventaja hizo olvidar a Carlos y Luis su juramento de Estrasburgo, y comenzaron a repartirse los dominios de Lotario. Tal injusticia empujó de nuevo a muchos barones al partido de Lotario, y, finalmente, los vasallos forzaron a los tres hermanos a ajustar la paz, y dar a los pueblos del Imperio una Constitución común.

Así se formó el 10 de Agosto de 843⁴⁵ el *Tratado de Verdún*. Carlos conservó la Aquitania, Luis Baviera, Lotario Italia. Todo lo demás se distribuyó en tres partes iguales, del modo siguiente: Lotario obtuvo Frisia y, a excepción de las tres diócesis de Maguncia, Worms y Espira, el país entre el Rhin y el Aar, por una parte, y el Escalda, el Mosa y el Saona y los Cevennes por la otra parte. Luis obtuvo, a excepción de Frisia, todas las tierras de la orilla derecha del Rhin, y en la izquierda las tres diócesis mencionadas. Carlos obtuvo el territorio al oeste del Escalda, del Mosa, del Saona y de los Cevennes, hasta los confines de España. Maguncia fué, por tanto, la metrópoli de Alemania; la fundación de San Bonifacio salvó la orilla izquierda del Rhin; pero el obispado de Estrasburgo, así como Basilea, tocaron a Lotario; en Suiza el Aar formó los límites, y la cordillera de los Alpes calcáreos del sur hasta Fiume, dividió a Italia de Alemania. El territorio de Lotario, al otro lado

⁴⁵ Dümmier, Luis el Germánico, (al.) I, pág. 200. Berlin, 1862. Waltz, La fundación del imperio alemán, (al.), pág. 16.

de los Alpes, se llamó *Lotharingia* o Lorena; el territorio de Luis se llamó Alemania, y el de Carlos Francia. El nombre de Franconia o antigua Francia, substituyó al de Francos orientales⁴⁶. Como Emperador, Lotario conservo a Roma y Aquisgrán, la capital de la Iglesia y del Imperio, y la sede del linaje real. Por lo demás, su territorio no formó un propio núcleo y por eso su reino se deshizo pronto, al paso que los reinos de Carlos y de Luis permanecieron, porque tenían una base nacional. El territorio estrecho entre Galia y el país nativo de los Carlovingios no era más que un puente que ofreció, no obstante, a Lotario ocasión para inmiscuirse en los asuntos de sus hermanos, pues no abandonó sus antiguos planes, y estaba firmemente resuelto a destronarlos a ambos si se le ofrecía ocasión.

La idea del Imperio no se había extinguido del todo: hallamos en adelante Dietas generales de los francos, en las que el Emperador tenía la presidencia y los vasallos de un rey podían presentar querellas contra él ante los demás hermanos. Ciertamente, Lotario pensaba utilizar las Dietas del Imperio para llevar al cabo sus antiguos planes. Pero, en general, el Imperio de Carlomagno quedaba desgarrado, y en su lugar se habían formado tres nuevos pueblos: los franceses, alemanes e italianos.

Cuántos espíritus se dolieron de la ruina del Imperio, lo vemos por los lamentos de los contemporáneos. Así se dice en la Vida de Wala⁴⁷: “¡ Oh día eternamente lamentable, que trajo a este orbe de la tierra, perpetua obscuridad y peligros indecibles, que destruyó un Imperio pacífico y uno, que rasgó el sagrado derecho entre los hermanos, y los lazos de la sangre; que por todas partes sembró enemistad y dispersó a los conciudadanos, que suprimió la lealtad y puso fin al amor y todo lo corrompió!. Desde entonces comenzaron las continuas guerras civiles llenas de acerbidad, y se desvaneció la gloria del ejército patrio, y los extranjeros desolaron las aldeas, ciudades y provincias.” Y el Diácono Floro dice⁴⁸ : “En otro tiempo había un grande Imperio, con diadema radiante, un Príncipe y un pueblo. Las naciones paganas se inclinaban humildemente ante el yugo de la fe, la herejía no había todavía levantado su frente. Pero hoy, el soberbio edificio ha caído de su base, como una guirnalda de flores de la frente de que era adorno. El Imperio único se halla ahora dividido en tres pedazos, y para el Emperador no hay ya lugar; en vez de un rey tenemos un reyezuelo; en lugar de un Imperio, una miniatura de él !” — Pero era todavía tan poderosa la memoria de Carlomagno, que cada una de estas

⁴⁶ Francia nova. Francia quae dicitur antiqua, según distingue el monje de san Gall.

⁴⁷ San gall, Vita Walae, II, 7, ed. Migne, CXX, pág. 1615.

⁴⁸ En su quereta de divisione imperii, en Bouquet, loc. It., VIII, pág. 320, ed Migne, CXIX, págs.. 240-253.

naciones, tan hostiles y diversas entre sí en idiomas y costumbres, tomó, no obstante, por señor, a un miembro de su familia.

Los Carlovingios desde el Tratado de Verdún

Ninguno de los tres hermanos pensó en observar a la larga el Tratado de Verdún; cada cual tenía ante los ojos como ideal, el Imperio universal de los Carlovingios, y cada uno procuraba debilitar al otro⁴⁹ para encumbrarse por la caída del vecino. Ningún vestigio de amor fraternal, de principios de honor; todos los medios parecían lícitos si conducían al fin. La historia del tiempo siguiente forma una imagen ingrata de mutuas intrigas y fraudes. Lotario se alió primero con los *normandos*, y los estimuló a devastar las tierras de sus hermanos; Carlos y Luis aprendieron presto de él este funesto medio y lo emplearon contra él, como uno contra el otro; cada cual procuró seducir a los hijos y vasallos del otro para que se rebelaran. La debilidad de Carlos era Aquitania, donde Pipino II, defraudado por él de su derecho, procuraba, sostenerse, y fué apoyado por Luis; la parte flaca de éste era la frontera oriental. Desde Francia los eslavos eran estimulados a perennes sublevaciones contra él. Se cree estar de nuevo en la época de los Merovingios, principalmente por cuanto los pueblos, cansados de las constantes intrigas y guerras de sus reyes, comenzaron a despreciar el reino, y a debilitarlo. También las mujeres volvieron a desempeñar un papel, porque los varones de la Dinastía Carolingia fueron débiles. Una gran figura se presenta a nuestros ojos entre la confusión de aquella época; la del Papa Nicolás I, el cual, firme y grande en su entusiasmo religioso, ejecuta sin miramientos las elevadas exigencias de la moral cristiana contra los reyes sín honor, y apoyado por la opinión pública, temido por los gobernantes, admirado por el pueblo, abre, para la Sede Romana, un nuevo período de grandeza y poder.

Muchas personas que desempeñaron un papel en la división del Imperio, desaparecieron presto de la escena: así en 843 murió Judit en Tours, privada por su hijo de todos *sus* bienes y recompensada con ingratitud; *asi* el Duque Bernhard de Septimania fué ejecutado por mandato de Carlos en 844; su hijo Guillermo, que se había apoderado de Barcelona, cayó en manos de Carlos y fue ajusticiado en 846. En 844 tuvo lugar la primera Dieta de los Francos en Juditz (aldea Yutz, junto a Diedenhofen)⁵⁰; Lotario había colocado en ella grandes esperanzas de recuperar la supremacía, pero no alcanzó su objeto, porque Los obispos alemanes, bajo Otgar de Maguncia, se agruparon tan resueltamente en torno de Luis, como los francos en

⁴⁹ Gfröcker, Historia de los Carolingios orientales y occidentales, 2 t-, Friburgo, 1848.

⁵⁰ Pertz, Leges, I, pág. 830. Walter, Corp jur. Germ., III, pág. 87. Dümmier, Historia del reino franco oriental, pág. 255.

derredor de Carlos. Exasperado por su decepción, Lotario indujo a los normandos a invadir los territorios de Luis y Carlos, por lo cual ellos se vengaron a su vez por medio de los mismos normandos. — En 846, el conde *Gisilbert* raptó a la hija de Lotario y huyó al territorio de Carlos; Lotario ardía en deseos de venganza y quiso hacer la guerra a Carlos; pero Luis, temiendo el engrandecimiento de Lotario, se alió con Carlos. Luis hubiera probablemente derrotado a ambos hermanos (pues era tan perito en la guerra y enérgico, como Lotario imbele y comodón; y Carlos fué las más veces infortunado en la lucha), si el poder creciente de *Moravia* no le hubiera llamado constantemente la atención. Así peleó contra los moravos en 846 y en 848 contra los bohemios, obligándoles a pedir la paz. Cuando una tribu eslava había alcanzado algún éxito, se levantaban luego todas las demás a lo largo de las fronteras orientales alemanas. En 848 Carlos dirigió el poder de los normandos contra Aquitania, e indujo a los aquitanos a que le pidieran a él por rey, ya que Pipino no los podía proteger. *Pipino II* sólo se pudo sostener en los montes de Aquitania. Su hermano Carlos huyó a Lotario y luego quiso dirigirse secretamente a Aquitania por Francia; pero fué preso, y para salvar la vida se hubo de dejar rapar como monje. Luego logró huir a Alemania, y Luis le hizo arzobispo de Maguncia. — Eran tiempos muy desdichados; en 850 hubo una terrible hambre.

En 851 se vuelve a congregarse una Dieta general de los Francos en *Mersen*⁵¹, no lejos de Maestricht. Allí se juntaron los tres hermanos como del todo iguales, por ende, se había terminado la supremacía de Lotario. Es notable que allí se aseguraron a los vasallos los derechos de Estamentos territoriales. La Iglesia debía gozar en los tres Reinos los mismos honores, bienes y derechos que poseía bajo el Emperador Ludovico. El idioma oficial y comercial era en todas aquellas dietas de los francos el germánico. La más débil era la posición y autoridad de Carlos, el cual estaba más dependiente que los otros, de sus vasallos; después que en las anteriores guerras contra Pipino II había tenido que conceder, que todo hombre libre (cuya protección era por lo demás negocio del rey), se podría elegir un señor feudal, y seguirle a la guerra en cualquiera de los tres reinos donde su señor feudal viviera. Con esto cosechó Carlos los frutos de su injusta conducta con Pipino. Pues, para sostenerse, Pipino II había tenido que concederle todo a sus vasallos de Aquitania, y ahora los de Neustria pedían otro tanto a su rey. Esta concesión produjo presto amargos frutos. En poco tiempo los más de los hombres libres habían quedado enredados en los lazos feudales, y la Corona estaba impotente, en cuanto tenía en contra a la nobleza. Ludovico fomentó los intereses de Pipino, como de los vasallos de Carlos, para obtener partidarios en Neustria. Intimidado por el séquito que Luis, como rey de la nobleza, obtenía entre los vasallos del oeste, Lotario ajustó con Carlos una

⁵¹ Conventus apud Marsuam, Pertz, Leges, I, págs.. 393-505. Además Dümmier, loc. Cit., I, págs.. 347 ss.

alianza contra Luis. El de Neustria temió un ataque de éste, y otorgó a los bretones Rennes. Nantes y Rez, sólo para no ser molestado por ellos.

En 852 hallamos pruebas de cómo los Marquesados se habían ya convertido en Ducados, y cómo el oficio ducal se había formado del de marqués. Después que Carlomagno, en provecho de la unidad del Imperio, hubo deshecho los Ducados nacionales, comenzó el poder de los Duques a rehacerse bajo su débil hijo. Así fué nombrado Duque de Sajonia en 852, Liudolfo, patriarca de la Casa de los Otones, y antes solamente marqués. Luis el Germánico favoreció esta elevación de clase de las familias nobles, y la utilizó como cebo para traer a su lado a la alta nobleza de los territorios de sus hermanos. En su apuro, Carlos procuró formar contra la nobleza un gobierno de funcionarios burgueses, y excluyó a los Condes del cargo de missi. En provecho de la monarquía favoreció la introducción del Derecho romano. En 853 se mostraron los primeros frutos de las intrigas de Luis: enviados de Aquitania le ofrecieron la Corona, y Luis envió a aquel país a su hijo de su mismo nombre; mas Carlos sacó de la cárcel a Pipino II, preso en 852 y rapado como monje, para, que un pretendiente echara al otro. El joven Luis no logró nada y presto se hubo de volver a su patria.

A pesar de las anteriores hostilidades, se aliaron Luis y Carlos, pues Lotario estaba enfermo. Y ahora Luis abandonó a su protegido Pipino II y éste se fué a los normandos, al paso que los aquitanos recibieron por rey al hijo de Carlos, llamado también Carlos. Lotario iba visiblemente a la muerte: atormentado por la imagen de su padre, por la enfermedad y el arrepentimiento, se hizo monje; y murió luego, al sexto día de su entrada en el monasterio de Prüm, el 29 de Septiembre de 855. Había llevado la Corona 38 años, y nada había hecho en pro del Imperio; no había obtenido victoria ninguna de los enemigos del nombre cristiano. El Imperio estaba arruinado, y ahora él mismo había dividido su reino en tres partes iguales, por tanto, había destruido toda posibilidad de restablecer el Imperio. Lamentable Emperador, dejaba en todas partes confusión, y hallamos comprensible su arrepentimiento por su existencia prodigada, y su retirada a un monasterio. Sus tres hijos litigaran por su herencia, los dos mayores quisieron rapar y hacer monje al menor, Carlos; sólo en 856 se avinieron sobre la herencia, en Orbis, en el Cantón de Waudt. El primogénito, Luis II (844), ya ungido como rey de los lombardos por el Papa Sergio, en 850 coronado Emperador por León IV, conservó la Italia; el segundo, *Lotario II*, obtuvo Frisia y el país entre el Rhin y el Escalda, la propia *Lotaringia*, el menor, Carlos, obtuvo la Provenza y una parte de Borgoña.

En 856 Pipino II se volvió a levantar en Aquitania, y los Condes de Neustria, que fácilmente hubieran podido aniquilar a los normandos, pero nada hicieron contra ellos, porque la inclinación de Carlos hacia el Clero y los funcionarios los enojaba

(y Carlos por su parte, había de estribar en ambos, si quería tener un apoyo contra la nobleza indomable), solicitaron a Luis el Germánico que viniera y salvara el país. Luis hubiera acudido de buen grado, pero los eslavos le ocupaban: Carlos los había azuzado, y desde entonces vió en la guerra de los eslavos *su* salvación. Luis vendría: esto lo sabía demasiado ciertamente Carlos, por eso ajustó paces con Pipino, dándole algunos condados y monasterios en Aquitania; por eso compró con grandes sumas la retirada de los normandos, por eso ajustó una alianza con Lotario II. ¡Y Luis vino! En 858 el Germánico juntó en Francfort tres ejércitos, aparentemente contra los eslavos, pues la opinión pública en Alemania estaba contra todo intento de restablecer el Imperio universal de los Carlovingios, pero no contra una expansión hacia el Oriente⁵². Entonces se presentaron de súbito, según lo convenido, enviados de Neustria, y solicitaron la salvación del pueblo cristiano; pues lo que dejaba la espada de los normandos, lo echaba a perder la tiranía de Carlos. Y Luis declaró que no podía dejar que se arruinara el pueblo cristiano⁵³, y llevó los tres ejércitos hacia el Oeste, y el 1º. de Septiembre pasó los límites de Neustria, cuya nobleza corrió a él de todas partes. En Brienne Carlos quiso presentar la batalla, pero súbitamente se vió abandonado de sus vasallos, y hubo de huir a Borgoña, y Luis el Germánico pareció estar próximo al objetivo de sus aspiraciones: el Imperio universal de los Carlovingios.— El 7 de Diciembre de 858 decía en un documento: “Dado el año 26 de nuestro gobierno en Alemania, y el primero de nuestro gobierno

franco.” Pero presto se mostró el amargo reverso de la expedición: ahora los neustrios tenían lo que querían; en la primera alegría, Luis había repartido entre ellos a manos llenas condados, castillos y monasterios; pero no querían tener un Señor poderoso, sino un servidor: por eso Luis hubo de licenciar su ejército germano. Los magnates le pusieron delante el dechado de Carlos Martel: así debía también él secularizar todos los bienes de la Iglesia. Pero los obispos francos fueron fieles a su rey, y llegó a Luis una Carta aplastante del gran arzobispo *Hincmaro de Reims*⁵⁴, en la cual se estigmatiza todo su proceder, y se lo profetiza que sus propios hijos le retribuirían un día lo que él había hecho antes con su padre y hacía ahora con su hermano. El proceder de los obispos fue eficaz; la masa del pueblo permaneció fiel a Carlos. En 859 Luis hubo de huir, pasando las fronteras sin canto ni música. Al propio tiempo le amenazaba la excomuni3n de parte del Papa Nicolao I.

⁵² Roodolfus Fuld., 858.

⁵³ Epist. Synodi Carisiac., cap. 5, 8. Walter, Corp. Jur., Germ., III, pág. 83

⁵⁴ Hincmari opp. II, pág. 126, ed. Migne, CXXVI, `ags. 9-25.

Los Carlovingios desde el Tratado de Mersen

Entre tanto, Luis el Germánico, aún después del tratado de Mersen, hubo de luchar contra las intrigas de su hermano, así como contra la rebelión de sus hijos, pero no estaba entre ellos Carlomán. Al contrario, probablemente persuadido de la capacidad de este y de la idea, de cuán poderosa sería una Alemania unida y cuán débil desunida; Luis se separó cada día más de la determinación que se había tomado en Ratisbona en 865, según la cual, Carlomán debía recibir Baviera con las Marcas fronterizas, Luis la Franconia, Turingia y Sajonia; Carlos Alemania y Retia; y abrazó la idea de acomodar a sus hijos menores; con posesiones de poca importancia. Por eso se rebelaron Luis y Carlos contra su padre, al cual le fué tanto más difícil rendirlos, cuanto Luis II corría visiblemente a la muerte, y era inminente la lucha por su herencia. En 871 el Emperador Luis II había vencido a los sarracenos en Bari, apresado a su sultán y salvado el Mediodía de Italia; mas poco después el desleal Duque Adalgiso de Benevento, le había sorprendido descuidado, y sólo le había puesto en libertad, mediante la promesa de renunciar a la venganza y no volver nunca más a Benevento con un ejército. En el norte se esparció la noticia de que el Emperador había sido muerto. En seguida Carlos el Calvo salió para apoderarse de Italia y del Imperio. Sublevado por esta rapacidad de su tío, el Emperador, por el Tratado de Trento, concedió la expectativa de Italia a Luis el Germánico. El Papa *Juan VIII* (872-82) por temor de los alemanes, prometió la Corona imperial al de Neustria.

El 12 de Agosto de 875 el Emperador Luis II murió en Brescia. Los magnates italianos se congregaron en Pavía, una parte estaba por entregar la Corona a los alemanes, la otra se pronunció en favor del de Neustria. Luis envió a su hijo menor, Carlos, a Lombardía para reunir en torno suyo a sus partidarios, mas Carlos el Calvo salió en seguida a campaña con un ejército, pasando a Italia por el Monte San Bernardo. Carlomán pasó asimismo los Alpes con otro ejército, pero atraído por Carlos por medio de promesas se retiró, mientras su padre avanzaba en Francia hasta Attigny.

Carlos el Calvo, por su parte, corrió a Roma, donde el Papa, el día de Navidad de 875, le ciñó la corona imperial⁵⁵. Así, pues, Carlos había alcanzado el supremo objetivo de su ambición; pero ¡ a costa de cuán enormes concesiones!; ¡cuánto había caído el poder imperial y cuánto había ascendido la autoridad del Papa! Los funcionarios imperiales fueron alejados de Roma, el Poder supremo en la Ciudad se dejó enteramente al Papa; la elección de este quedó del todo libre, y en Francia se puso en vigor el Derecho Seudoisidoriano. La crítica moderna ha demostrado

⁵⁵ Dümmler, Reino franco oriental, II, pág. 397.

que este derecho se formó primero en Francia, de donde pasó a Italia, cf. Marx, *Hist. eccle.* § 69. Carlos derrocho entre la nobleza romana enormes sumas que había reunido como un judío; de suerte que se le comparó con Yugurta. Lombardia y Neustria se hicieron de Reinos hereditarios, electivos; la Corona imperial se designó como concesión del Papa.

En Febrero de 876, los magnates italianos reunidos en Pavía eligieron a Carlos el Calvo rey de Italia. El nombró gobernador imperial al hermano de su mujer Richildis, *Boso*, y le adornó con la corona ducal — medida peligrosa, pues el ambicioso Boso alimentaba extensos planes, y poco después tomó por mujer a Irmingarda, hija única y heredera del Emperador Luis. Atravesando el San Bernardo, Carlos corrió a *Pontkion* (Junio de 876), donde en una asamblea del Imperio recibió de los magnates el reconocimiento explícito de su dignidad imperial y el renovado juramento de fidelidad, y al mismo tiempo promulgó la nueva ordenación eclesiástica. Su privado, el arzobispo Ansegiso de Sens, había sido nombrado por el Papa Primado y Legado pontificio en Galia y Germania, con plenos poderes para convocar sínodos y llevar a la Sede Pontificia todos los asuntos más importantes. Carlos esperaba, por medios eclesiásticos, hacer valer en Alemania su dignidad imperial. Hincmaro de Reims contradecía este nombramiento, en el cual veía con razón la introducción del Seudo-Isidoro, y el anquilamiento de la autoridad de los metropolitanos.

Con exasperación se miraron en Alemania todos aquellos acaecimientos, y se oyó que Carlos se llamaba rey y *augusto* de todos los reyes de acá del mar, y cómo se jactaba de que iba a reunir un ejército de tal grandeza que los caballos se beberían el Rhin y podría pasar a Alemania a pie enjuto; se supo que se presentaba con vestiduras griegas y corona de forma bizantina. Entre tanto, murió el rey Luis el Germánico el 28 de Agosto de 876 en Francfort. Rápidamente el de Neustria se dirigió a Aquisgrán y desde allí a Colonia para hacer, por lo pronto, el Rhin límite oriental de su Reino. Pero Luis el Joven le derrotó el 8 de Octubre de 876 en *Andernach*, y dispersó todo su ejército poniéndolo en huida; con trabajo se salvó Carlos en Lieja.

Los hijos de Luis el Germánico se repartieron entre sí los Estados de suerte que *Carloman* obtuvo la Baviera, la Marca de Panonia, Carintia y la soberanía feudal sobre los países eslavos; *Luis el Joven* obtuvo Franconia, Turingia, Sajonia, Frisia y la Lorena oriental; *Carlos el Gordo*, Alamania y Alsacia; en Italia debían tener igual participación. A este país hubo de emprender Carlos el Calvo otra expedición en 877. El Papa pedía socorro, el partido alemán se removía en todas partes, en

Roma estalló una conjuración, los sarracenos avanzaban por todas partes, hasta el Papa les hubo de pagar un rescate.

Para mover a los barones a acompañarle, Carlos les concedió en la *Dieta de Querzy*, en Junio de 877, la *herencia de los feudos*; con lo cual la Monarquía abdicaba sustancialmente. La victoria de la aristocracia feudal era completa, los feudos como los cargos quedaban hereditarios, comenzaba un nuevo orden de cosas: la *epoca feudal*.

Carlos y el Papa se encontraron en Vercelli (Septiembre de 877), en Pavía supieron que Carlomán avanzaba con un numeroso ejército de bávaros y eslavos; por eso se retiraron a Cortona, donde Carlos quería esperar la llegada de sus vasallos, es a saber, principalmente de Boso. Pero estos le dejaron en el atolladero; estaban cansados de su Imperio. El Papa huyó a Roma, el Emperador a Francia, pero ya no llegó a su país, sino sucumbió a la fiebre (o al veneno, que quizá le había dado el médico judío Sedecías, sobornado por los vasallos), en una cabaña de labradores de Brios, al pie del Monte Cenis (6 de Octubre de 877).

Carloman quedó en Italia, en Octubre de 877 se ciñó la Corona lombarda, y negoció con el Papa para obtener el Imperio. En Diciembre de 877 regresó de Italia, pero enfermó, y durante un año se consumió en su palacio de Altötting; en Marzo de 880 falleció.

En Francia siguió al Calvo el único hijo que sobrevivía (Carlos había sido herido mortalmente por un descuido, y Carlomán, cegado por orden de su padre, había muerto en Alemania). *Luis*, llamado el *Tartamudo (Balbus)*, tan incapaz en el consejo como en el campo de batalla, el 8 de Diciembre de 877 fué coronado en Compiégne, después de haber otorgado a sus vasallos lo que pedían, especialmente a Boso, la administración de la Provenza. El Papa Juan VIII no le debió conocer, pues en otro caso difícilmente hubiera otorgado la Corona imperial a aquel menguado. Huyendo de la irrupción de los sarracenos y apremiado por el partido alemán de Roma, el Papa se dirigió a Francia en demanda de auxilio; pero no obtuvo su objeto; nadie quería ya dirigirse a Italia. El Papa puso entonces sus esperanzas en la capacidad de Boso; a su regreso le tomó en lugar de hijo, probablemente con el designio de darle luego la Corona de Lombardía, acaso la Imperial. Mas Luis el Tartamudo murió el 10 de Abril de 879 en Compiégne, en una expedición contra el rebelde Marqués Bernhard von Gothien, dejando dos hijos: *Luis III* y Carlomán; cinco meses después de su muerte, la viuda dió a luz un tercero, *Carlos el Simple*. Una parte de los magnates ofreció la Corona de Neustria, a Luis el Joven, rey de Sajonia, el cual en seguida se dirigió con un ejército a Verdún (879), pero de nuevo

se volvió cuando los magnates le dejaron también la mitad neustrica de Lorena. Los magnates de Neustria nombraron reyes a ambos hermanos, Luis III y Carlomán a este por impulso de Boso, cuya hija estaba desposada con este príncipe.

Carlos el Gordo

Los apuros del Papa continuaban en Italia. No sólo sarracenos sino también bizantinos o italianos desolaban la Italia meridional; *Lamberto de Spoleto* oprimía al Santo Padre; Pandolfo de Capua, que debía reconocer la soberanía del Papa, llegó a llamar en su ayuda a los musulimes. Deslealtad, ambición, rapacidad, avaricia y soberbia, afrentaban a la nobleza italiana de esta época. Con razón dice un escritor, que el Infierno de Dante no era más que una pálida imagen de las pasiones humanas e intrigas, en comparación de las realidades políticas de los italianos. El Papa se dirigió en demanda de socorro a los Carlovingios germánicos, y *Carlos el Gordo* pasó los Alpes con un ejército (879); en Ravenna, fué elegido rey de Lombardia y probablemente coronado el 6 de Enero de 880. Poco antes, en Octubre de 879 y con aquiescencia del Papa, los magnates de Provenza se habían congregado en el castillo de Mantala, junto a Viena, y habían proclamado a Boso rey de Provenza, porque el pueblo no tenía otro amparador.

Esta osada acción de separar un territorio de sus dominios, unió a todos los Carlovingios en una acción concorde; en 880 se reunieron todos en Gondreville y resolvieron atacar mancomunadamente a Boso, a los normandos y a Hugo, hijo de Lotario II y de Waldrada, que se había apoderado de Lorena. El alemán Carlomán no se halló en aquella reunión, pues murió el 22 de Marzo de 880, y el rey de Sajonia, Luis el Joven, tomó a Baviera, pero hubo de dejar la Carintia a Arnulfo, hijo natural de Carlomán.

Hugo fue derrotado; luego los dos reyes franceses (Luis poseía el norte de Francia; Carlomán Borgoña, Aquitania, Gothia, con la Marca hispánica) y Carlos el Gordo, con un ejército del rey de Sajonia, Luis, entraron en la Provenza y acamparon delante de Viena, la cual defendía Irmingarda, mujer de Boso, con prudencia, ánimo y constancia; Boso, desde los montes burlaba el ejército sitiador. La ciudad no fué tomada. Carlos el Gordo se marchó súbitamente con su ejército a Italia, y mientras con esto salvó a Boso, adquirió el favor del Papa. En Febrero de 881, Carlos el Gordo fué en Roma coronado Emperador. También el neustrio Luis III se marchó presto de Viena, el clamor de sus vasallos le llamó a una campaña contra los normandos. En Saucourt, en el cantón de Vimeux (Picardía); atacó a aquellos horribles enemigos, y el 3 de Agosto de 881 obtuvo una brillante victoria; 8,000 jinetes normandos cayeron. Un antiguo epinicio alemán, dice sobre esto: “El rey avanza a caballo osadamente, y entona un sagrado himno, y entonces todos cantan

a una (según era antigua costumbre germánica cantar al comienzo de la batalla). El himno fué cantado, la batalla comenzó, la sangre parecía en las mejillas, los francos se regocijaban en el certamen. Todos los héroes se señalaron igualmente, pero ninguno como Luis; rápido y atrevido, por su nativa índole. Algunos derribó, algunos enjertó, brindó a sus enemigos un amargo cáliz de dolor”⁵⁶ (1).

La nube normanda se dirigió entonces contra Alemania, el norte de Austrasia se convirtió en un mar de llamas; Lieja, Maestricht, Tungres, Colonia, Bona, fueron reducidas a humo y cenizas; la catedral de Aquisgrán fué transformada en cuadra de caballos. Luis el Joven reunió un ejército, pero no pudo dirigirlo, pues una enfermedad le arrebató el 20 de Enero de 882. Su hijo, y de Liutgarda, había muerto ya en Ratisbona, cayéndose de una ventana. El 5 de Agosto murió también el rey de Neustria, Luis III, hondamente llorado por los francos, mientras precisamente se armaba para una nueva campaña contra los normandos. Desde Italia se enviaron mensajeros a Carlos el Gordo para que tomara posesión de la herencia alemana; otros llamaron al rey Carlomán, que estaba todavía delante de Viena, a tomar posesión de toda la Neustria; después de su retirada, Viena se entregó presto por un tratado (882).

Toda Francia estaba ahora bajo Carlomán; toda Alemania e Italia, bajo Carlos el Gordo, al cual aun Arnulfo prestó homenaje como Duque de Carintia. En Mayo de 882, Carlos el Gordo celebró una Dieta en Worms, y con un enorme ejército de francos, bávaros, alamanes, turingios, sajones y lombardos, se dirigió, bajando el Rhin, contra los normandos, que estaban en un campo fortificado en Aeshloh (Elsloo). La plaza fué atacada durante doce días; los sitiados se vieron muy apretados, su aniquilamiento hubiera sido fácil; no obstante, se ajustó con ellos una paz vergonzosa, o, mejor dicho, criminal, pues seguramente sulvó el Emperador a los apurados para enviarlos contra los dominios del de Neustria, que trataba de juntar a su Imperio, restableciendo de esta manera el Imperio universal de Carlomagno. Uno de los sitiados ”reyes del mar”, Gotfrido, se hizo bautizar y recibió como feudo el país de Keunem en Frisia; el otro obtuvo inmensos tesoros (que Carlos arrebató a las iglesias), por la promesa de nunca más atacar los dominios de Alemania. En seguida se dirigió con su ejército hacia el Somme; San Quintín fué incendiada, Laon y Reims tomadas por asalto, el anciano metropolitano Hincmaro murió en la fuga (21 de Diciembre, 882). Inútilmente el joven rey Carlomán procuró rechazar a los normandos por fuerza de armas; en 884 fué derrotado en el Somme, y hubo de comprar la paz por 12,000 libras de plata, a razón

⁵⁶ Müllenhoff y Scherer, Monumentos de poesía y prosa alemana (al.), N° 11, 3ª ed... por Steinmeyer, Berlín 1892. Kögel, Historia de la literatura alemana (al.), t. I, 2ª parte, págs.. 86-95, Estrasburgo, 1897.

de mil cada año. Poco después, Carlomán fue herido en la caza del jabalí, por la imprudencia de un compañero, y murió el 12 de Diciembre de 884. Por su energía y ánimo, él y su hermano Luis no fueron indignos nietos de Carlomagno.

Todavía había dos descendientes legítimos del linaje imperial: Carlos el Simple y Carlos el Gordo (*Grassus*).

Los neustrios hubieran de buena gana llamado al trono al primero, pero era todavía niño, y los normandos los vejaban terriblemente: “Todos los caminos, dice un contemporáneo, estaban llenos de cadáveres de nobles y plebeyos, el luto era sin límites, y toda la población de la Galia parecía condenada a la destrucción!” Sólo el Emperador alemán podía salvarla. Por eso los magnates de Francia ofrecieron la Corona a *Carlos el Gordo*, y él la tomó con ambas manos. Por ende se volvió a reunir en una cabeza todo el Imperio de Carlomagno, en otro Carlos, pero que, por desgracia, no era el *Grande*, sino sólo el *Gordo*, y no poseía ni una de las altas dotes del noble ascendiente. Era ambicioso, codicioso de ganancias, falto de miramientos, y juntamente imbele, indigno en los medios que empleaba, de entendimiento boto y voluntad floja, suspicaz por el sentimiento de su debilidad, y a tiempos sometido a ataques de epilepsia. Su reinado fue una época de afrenta y humillación para sus pueblos.

Carlos supo la noticia de su elección en Italia. Juan VIII no era ya Papa. En 882 unos conjurados habían dado veneno al anciano, y, como no hiciera efecto, le quitaron la vida con un martillo⁵⁷. Así acabó el mayor espíritu político de aquella época: en Carlos se vió engañado, pues el nuevo Emperador ni dominó los partidos de Italia, ni puso coto a los sarracenos. Tampoco en Alemania supo estorbar el creciente poder de Arnulfo, sino dejando Bohemia a su adversario Swatopluk⁵⁸. El Duque de Moravia devastó una vez tras otra el territorio de Arnulfo; con lo cual se hizo más poderoso que nunca, aunque en apariencia prestaba homenaje al Emperador. En 885 Carlos se dirigió a Neustria; y recibió el homenaje en Ponthion. Los normandos declararon que, habiendo muerto Carlomán habíase extinguido también el tratado ajustado con él, y el nuevo rey debía pagar otra suma igual por la quietud de Francia. También Gotfrid, cuñado de *Hugo* de Lorena, se volvió a agitar, el país de Kennem no le bastaba ya, pues no se producía allí vino, por lo cual pedía Coblenza, Andernach y Sinzig. Carlos le inutilizó de una manera indigna; le hizo quitar de en medio asesinándole; a su cuñado Hugo, hijo de Lotario y Waldrada, lo hizo cegar y rapar como monje.

⁵⁷ Gfrörer, Los Carolingios (al.), II, pág. 232: Historia eclesiástica, III, págs.. 1003-1125.

⁵⁸ CVf. Supra, pág. 878-9 al tratar de la gran Moravia

El ejército principal de los *normandus* acampaba en Lovaína, los neustrios se dirigieron contra él, pero regresaron cubiertos de oprobio. En Julio de 885 los normandos ocuparon a Rouen, poco después, en Noviembre, estaban delante de París. La ciudad se defendió con el mayor heroísmo al mando del Conde Eudo, hijo de Roberto el Fuerte, y su gloria brilló tanto más espléndida cuanto más negligente se mostró el Emperador; París fué desde entonces cabeza y corazón de Francia. Dos veces un pequeño ejército alemán procuró hacer levantar el cerco de la pobre ciudad, donde se encruelcían el hambre y el tifus, ¡pero en vano! Los normandos contaban con 20,000 yelmos y no se los podía echar⁵⁹. Finalmente en Septiembre de 886 se acercó el Emperador con un gran ejército, pero no ofreció al enemigo ninguna batalla, sino negoció con él, y les compró la paz, bajo condición de que devastarían la Borgoña, porque los habitantes de esto país le habían hasta entonces rehusado el homenaje. Los normandos lo hicieron perfectamente, y un contemporáneo dice⁶⁰: “El rey normando, Sigfrido, llevó la tea del incendio delante del Emperador que regresaba a su país, y le alumbró en su vuelta”.

En adelante, Carlos obró con el sentimiento de su debilidad, y de que el peso del Imperio universal era demasiado grave para sus hombros. Nombró administrador del Imperio en Neustria, al valeroso hijo de Roberto el Fuerte, Eudo; a Luis, hijo del difunto Boso (m. 887) y de Irmingarda, lo confirió la dignidad real de Provenza. Como su matrimonio con Richarda era estéril, procuró hacer capaz de la herencia a su hijo natural Bernharo, que entre tanto había crecido, para poderle dejar el Imperio.

Para eso le debía ayudar el Papa *Marino I* (882-84), elegido por influencia del partido alemán, favorecía a Carlos, por lo cual este depuso al Duque *Guido de Spoleto*, antiguo enemigo de la Sede Romana; pero Marino I murió ya en 884. — *Adrian III*— que parece haber dispuesto que el Papa electo se debía consagrar en adelante sin la asistencia de los enviados imperiales, y que después de la muerte del Emperador, que no tenía hijos, había de recibir la Corona lombarda un italiano — había sido llamado a Alemania, para favorecer los planes del Emperador en favor de Bernharo; pero murió en el viaje en 885. *Esteban V* (885-91) fué elegido por los romanos sin aquiescencia imperial, y no pertenecía tampoco al partido alemán. El Emperador procuró entonces valerse de otro medio por extremo innoble, para librarse de un lance de su mujer y de su Canciller Liutward, obispo de Verceli, contra el cual tenía fundada sospecha de que le traicionaba. Acusó, pues, a Liutward de tratos criminales con la Emperatriz, y le desterró; al mismo tiempo declaró que nunca había tenido comercio sexual con la Emperatriz, que, por tanto,

⁵⁹ Annales Vedastini; Pertz, loc. Cit., II, págs.. 201-203.

⁶⁰ Ibidem, II, pág. 203.

el matrimonio no era consumado⁶¹. Para salvar *su* honor y corresponder al deseo de su miserable cónyuge. Richarda declaró que todavía era virgen, y se retiró al monasterio de Andlau, fundado por ella. Liutward huyó al lado de *Arnulfo* de Carintia, y le excitó a obrar con rapidez. Si un Carlovíngio ilegítimo podía ascender al trono, Arnulfo tenía el mejor derecho, pues era el nieto mayor de Luis el Germánico. Arnulfo se armó apresuradamente, ajustó la paz con Swatopluk, al cual aseguró al propio tiempo la Bohemia, y con un ejército de bávaros y eslavos se dirigió contra Carlos. Sólo era menester este golpe para que todo se desplomara en torno del incapaz Emperador (Noviembre de 887), el cual acabó indignamente pidiendo al fin sólo algunas tierras para tener algo de que vivir; y las recibió en Alemania. Dos meses después de su deposición, Carlos murió en Neidingen, junto al Danubio, el 13 de Enero de 888. Según la relación de un contemporáneo fue estrangulado. Gfrörer tiene por verosímil esta noticia; “pues no está en el carácter de un nuevo soberano dejar en vida a un predecesor destronado”⁶².

Arnulfo

Arnulfo repartió al principio bienes a manos llenas, para ganarse secuaces, y muchos se dejaron sobornar por sus presentes. Las prolijas turbulencias habían acarreado un espíritu de egoísmo, y una decadencia moral incomparable. Pero todavía había hombres de altos ideales. Cuando el güelfo *Eticho II* supo que su hijo Enrique se había dejado ganar por Arnulfo, por 140,000 jornales de tierra, tuvo esto por una mancha imborrable de su casa, dejó para siempre su castillo y fue a esconder su dolor en la soledad. Por Navidad de 887 los magnates prestaron homenaje en Ratisbona al nuevo rey Arnulfo; el cual no era soberano hereditario sino electivo⁶³.

La miseria de la época era grande, en todas partes devastaciones, decadencia moral, inquietud y bandas de ladrones, ¡Cómo se debía dar nueva unidad a la nación? ¿Cómo se había de allanar el camino para una vida más elevada y pura? La Iglesia acometió este intento⁶⁴, y salvò a la Nación alemana en aquella época difícil. En un *Sinodo de Maguncia* de 888 los obispos de Alemania se congregaron con algunos de Neustria. Allí se encargó a los obispos que hicieran penitencia, pues la Iglesia no había cumplido con su deber; la disciplina eclesiástica estaba por el suelo. Así

⁶¹ Gfröcer, Los Carolingios, II, págs.. 282-286.

⁶² Gfröcer, loc. Cit., II, pág. 285. Al contrario Dümmier, Historia del reino franco oriental, II, pág. 209.

⁶³ Lo contrario defiende entre otros Dümmier, loc, cit., II, págs.. 303 ss- Por las indefinidas palabras de las relaciones originales no se puede resolver esta cuestión. En realidad, Arnulfo estaba frente a los magnates del Imperio de un modo del todo diferente que vgr los inmediatos sucesores de Carlomagno.

⁶⁴ Gföcer, loc. Cit., II, págs.. 287-297. Hefele, Historia de los concilios, IV, págs.. 546-549.

comenzó la Iglesia por la penitencia, la concentración y mejoramiento; luego exhortó al rey a cumplir sus deberes. "El Cristianismo había ennoblecido la realeza, un rey cristiano debía preceder a sus vasallos en el ejercicio de todas las virtudes; debía ser casto, justo, manso, no tener varias mujeres; debía amparar a las viudas y huérfanos, y castigar la injusticia, cuidando también de que sus funcionarios hicieran lo que es justo. Los obispos tenían todavía en el corazón otras cosas tocantes a la dignidad real, pero por el dolor se contentaron con las dichas. No las habían consignado en las actas del Sínodo, pero en las negociaciones secretas lo habían dicho paladinamente al rudo y esforzado Arnulfo, que vivía con concubinas y tenía dos hijos naturales, Zwentibold y Ratold. En adelante, los obispos fueron los principales apoyos del rey, y en lo sustancial dirigieron su política. No querían oír hablar de la renovación del Poder universal de los Carlovingios, antes querían que se observara el Tratado de Verdún, que Neustria e Italia fueran gobernadas por reyes propios. Si a pesar de esto Arnulfo ejerció una especie de soberanía sobre los reyes de los demás países del Imperio Carolingio, esto dependía del gran poder de Alemania unida.

Todos los pueblos reclamaron ahora su derecho electivo y en todas partes se levantaron nuevas dinastías. Formáronse cinco reinos.

En *Italia* eran entonces los Duques más poderosos *Berengario*, Marques de Friul, hijo de Gisela, hija de Ludovico Pío; y *Guido de Spoleto* y Camerino, el cual en 885 había derrotado a los sarracenos junto al Liris. Guido dejó la Italia a Berengario, porque esperaba ser rey de Neustria, y en 888 Berengario fué coronado por rey de Lombardía. En Langres, Guido fué reconocido por rey por un partido de los franceses, y coronado, pero la mayoría se adhirió al valiente defensor de París, *Eudes* u Odo, y en Enero o Febrero⁶⁵ de 888 le nombró rey en Compiègne. Según los Anales de Metz superaba a todas los varones "en belleza del rostro, altura de la talla, fuerza y prudencia". Guido sintió presto que no se podía sostener, y Eudo robusteció su partido por medio de una brillante victoria sobre los normandos en Montfaucon (24 Junio 888). Como sus adversarios llamasen a Arnulfo para que interviniera en Francia, Eudo fue a verse con el rey alemán en Worms, se profesó su vasallo y fué confirmado en su dignidad por la entrega de una corona real. Guido regresó a Italia; en 888 derrotó a Berengario en dos sangrientas batallas, y en 889 fué coronado en Pavía por rey de Lombardía. Berengario, por su parte, conservó la Marca de Verona.

Rodolfo o Rodolfo, nieto de Conrado, hermano de la Emperatriz Judit, que se hizo proclamar y coronar rey en Enero de 888 en St. Maurice, se apoderó del país entre

⁶⁵ Dümmier, loc. Cit., II, pág. 316.

el Jura y los Alpes, de la Alta Borgoña, o Borgoña Transjuránica, que, comprendía la Saboya, y los Cantones suizos de Ginebra, Vaud, Valis, Friburgo y Soleure, y parte del de Berna; y el mismo año prestó homenaje a Arnulfo en Ratisbona. Sólo bajo el Emperador Conrado II, el Reino de Borgoña se volvió a unir con la Corona alemana⁶⁶.

En 890 los arzobispos de Lión, Arlés, Embrún y Viena, oprimidos por la necesidad del país desolado por normandos y sarracenos, y con aprobación de Arnulfo, elevaron por rey, en Valence, al hijo de Boso, Luis *el Ciego*⁶⁷. Ramnulfo, Duque de Aquitania, se levantó por Carlos el Simple y procuro hacerse independiente; pero se sometió a Eudo en 889, y solicitó su benevolencia para su protegido.

La relación de Arnulfo con estos nuevos reyes era sin duda de supremacía. Esta nacía ya de pertenecer Arnulfo a la Casa de los Carolingios, ya de la preponderancia de Alemania aunada. Esta supremacía de Arnulfo halló la expresión adecuada y el sello natural en la adquisición de la dignidad imperial. De hecho, Arnulfo aspiraba a ella y la consiguió más adelante cuando las circunstancias se lo permitieron⁶⁸. Mas, primero, Arnulfo vió reclamada su atención por los normandos y moravos.

Arnulfo era un soberano energético. Desde 890 comenzaron las luchas contra Swatopluk, el cual hubo de pedir la paz y dar en rehenes a su hijo. Arnulfo puso asimismo coto a las invasiones de los normandos en Alemania. Mientras en 891 peleaba contra Swatopluk, un ejército alemán fué derrotado por los normandos junto a Maestricht. Entonces se dirigió el mismo Arnulfo al Rhin inferior. Pero durante la expedición, los alemanes se volvieron, porque se había producido una revuelta; Bernhard, hijo de Carlos el Gordo, debía ser elevado como Duque o rey de Alemania; pero la sublevación fracasó, y en 892 Bernhard fué quitado de en medio por Rudolfo de Retia. Arnulfo avanzó con el resto del ejército contra los normandos atrincherados junto a Lovaina, tomó el campamento por asalto y alcanzó una brillante victoria.

⁶⁶ Alta Borgoña o Reino Transjurásico.

⁶⁷ Baja Borgoña o Reino Cisjuránico (Arlés, Delfinado, Lionésado; parte del Franco Condado.

⁶⁸ Sólo sobre las relaciones entre Berengario y Arnulfo, está a nuestra disposición una noticia de los *Annales Fuldenses* al año 888: "Berengarius a rege est elementer susceptus nihilque et antequaesiti regni abstrahitur excipiuntur curtes, navum et sagum". Por una interpretación sin duda ingeniosa, y generalización de las distintas palabras, llega Gfröcer (*Karolinger*, II, pág. 304) a la conclusión de que Berengario, como los demás reyes dependientes, hubo de renunciar a los bienes de la Cámara que había en su país (curtes), al traje regio de gala (navum) y al derecho de hacer la guerra y la paz (sagum). Pero en este pasaje se trataba probablemente de dos mansos reales Navum y Sagum, en el Tirol (Nave en el valle de Adige) o en Carniola. Cf. Riexler, *Historia de Baviera*, I, pág. 235 y Dümmier, *Reino franco oriental*, III, pág. 325.

En 892 Arnulfo atacó la Moravia por tres lados: con un ejército alemán de franconios, bávaros y alamanes por el occidente, y con otro eslavo por el sur; por el oriente fueron sus aliados los húngaros.

Los últimos Carlovingios

Imperio de Arnulfo

Todavía durante la lucha contra el Reino Moravo, Arnulfo fue reclamado por las cosas de Italia. En 893 emprendió una expedición a Italia. Allí Guido de Spoleto había forzado al manso Pontífice Esteban V (885-91) a coronarle Emperador el 21 de Febrero de 891. La Corona imperial había ido a parar, por ende, a un pequeño Duque italiano. De 891 a 896 fué Papa *Farmoso*, Cardenal obispo de Porto, espíritu político, prudente y enérgico. Aunque había sido adalid del partido alemán, hubo de reconocer a Guido como Emperador, y en 892 hubo de coronar como corregente en el Imperio a su hijo *Lamberto*. Cuando Guido, a pesar de esto, arrebató los bienes del Estado de la Iglesia, el Papa llamó en su auxilio a Arnulfo.

Este pasó los Alpes en 893, y tomó por asalto a Bérgamo, ciudad de Guido; Milán y Pavía le abrieron las puertas, los grandes vasallos de la Italia septentrional y central le prestaron homenaje. A pesar de esto, Arnulfo no llegó a Roma, pues los alamanes de que constaba su ejército se negaron a más largo servicio, y Arnulfo se hubo de volver.

Guido murió en 894, el Papa hubo de coronar de nuevo a Lamberto, y de nuevo Formoso invocó el auxilio de Arnulfo. En inteligencia con los obispos, que en la Dieta de Worms, junto con los príncipes, habían aprobado que se diera la Lorena a Zwentibold⁶⁹, hijo natural predilecto de Arnulfo; el rey de Alemania resolvió cumplir el deseo del Papa. En Octubre de 895 Arnulfo estaba junto al Po; entre constantes combates contra los soldados de Berengario y de Guido, llegó en Abril a vista de Roma; sus barones escalaron los muros, libertaron al Papa, que estaba encerrado en el Castillo de Santángelo, y coronó *Emperador a Arnulfo* el 22 de Febrero de 896. Pero Arnulfo enfermo regresó de Italia, dejando como gobernador de Lombardía a su hijo Ratolfo, y ya no volvió a sanar⁷⁰.

Apenas se había marchado el alemán, comenzó en el Estado de la Iglesia, con la muerte del Papa Formoso, un tiempo bárbaro y lleno de turbulencias. El Papa

⁶⁹ Regino ad an. 805; ed. Migne, CXXXII, pág. 441. Annales Fuldenses ad an. 895.

⁷⁰ Liutprand. Antapod., T. 28. Regino ad an. 896.

nuevamente elegido, *Bonifacio VI* (896), murió ya a los 15 días. *Esteban VI* (896-97), fanático secuaz del partido de Spoleto, mandó hacer un juicio contra Formoso, declarar nulos todos sus actos, y arrojar su cadáver al Tíber. Baronio dice de esta afrenta, que hasta el sol se cubrió varias veces de nubes, para brillar luego con más claridad. Esteban acabó en 897 estrangulado en la cárcel en un levantamiento popular. Su sucesor, *Romano*, murió ya a los 4 meses, y *Teodoro II*, que dió sepultura al cadáver de Formoso, sólo llevó la tiara 20 días (897).

Juan IX (898-900), de origen alemán, honró a su país por su inteligencia y moderación: rehabilitó la memoria de Formoso; pero su política fué hostil a Alemania, se adhirió a Lamberto y declaró nula la coronación de Arnulfo.

El Papa y Lamberto procuraron seriamente salvar a Italia del caos, y pareció fundada la esperanza de un porvenir mejor. Entonces murió inesperadamente el bello y heroico Lamberto de una caída de caballo en la caza, en el bosque de Marengo (15 de Octubre de 898), y el Papa Juan IX le siguió al sepulcro en Julio de 900. Berengario de Friuld se apoderó rápidamente de la Lombardia ; ya parecía que le estaba preparada la Corona imperial cuando llegaron los húngaros (899), que avanzaron asesinando y saqueando hasta el monasterio de Nonántula. En 900 volvieron; en el Adda, Berengario les salió al encuentro con un gran ejército, los húngaros se asustaron y huyeron. Encerrados en el Brenta, ofrecieron a Berengario la devolución del botín y los prisioneros, y juraron no volver más a Italia si se les dejaba marchar libremente; pero Berengario rechazó su propuesta. Entonces los magyares, en su desesperación, se armaron para la lucha y obtuvieron una brillante victoria, 20.000 italianos cayeron. Italia fué botín de los vencedores, a los cuales ya nadie se atrevió a resistir en campo abierto, y contra los que sólo se defendían detrás de las murallas; los barbaros se atrevieron hasta a atacar a Venecia, pero sus barcas fueron echadas a pique por los buques hábilmente manejados. Todavía se conservan cantares latinos que entonces, durante la noche, cantaban los centinelas en las ciudades italianas, para mostrar que no dormían.

Arnulfo hubo de tolerarlo todo, pues estaba enfermo de muerte. El cuidado de sus últimos años era procurar a Zwentibold la sucesión en el Imperio. Su hijo legítimo, *Luis*, habido de Ota, no tenía más de 6 años. El 1º. de Enero de 898 Eudo de París había fallecido, y al morir había exhortado a los suyos a ser fieles a Carlos. Así, pues, *Carlos el Simple* era el único rey de Neustria, y Arnulfo temía que, como único Carlovingio legítimo, se apoderaría de todo el Imperio. Por eso se afanaba en favor del fuerte Zwentibold, por eso procuraba hacer imposible la sucesión de Luis, acusando a Ota de infidelidad. Pero a la sazón se le opuso resueltamente Hattón, hasta entonces amigo cordial del rey; en una Dieta de Ratisbona la Emperatriz fué

declarada inocente, y Arnulfo murió el 8 de Diciembre de 899⁷¹. Era de hermosa figura y valiente; mantuvo la paz del país con todas sus fuerzas. Las quejas sobre inseguridad y latrocinios enmudecieron en su tiempo. Solícitamente conservó sus derechos, pero su severidad no estuvo siempre acompañada de justicia, y su fe no fué bastante pura y fuerte para apartarle del desamor hacia su esposa y del trato con concubinas.

Luis el Niño

En la Dieta de Forchheim de 21 de Enero de 900⁷² los magnates reconocieron por rey a *Luis el Niño*. Se prescindió de la sentencia: “ ¡Ay del país cuyo rey es un niño!”, porque se temía de la ambición de los magnates la escisión del reino, si no se elegía a un Carlovingio. El propio rey fué el arzobispo *Hattón de Maguncia*, él y Otón el Ilustre recorrieron con el joven rey el país, y establecieron cuanto les fué posible el orden todavía gravemente amenazado. En Lorena los magnates peleaban contra Zwentibold, el cual cayó en una batalla junto al Mosa el 13 de Agosto de 900. En todas las tribus había luchas, y algunas familias eran tan fuertes que trataban de desgarrar el Imperio y erigir reinos de los diversos linajes. Hattón procuró entonces hacer en cada tribu tan poderosa a una familia, que pudiera defender su país; pero por otra parte limitarla de suerte, por medio del poder episcopal o de otro, que no se pudiera emancipar del Imperio. Por la unidad trabajaban los obispos, cuya posición en el Imperio era mucho más libre y digna que en un reino de una familia. Como sobre los obispos particulares se eleva el Metropolitano, se debía levantar sobre los duques el rey; los duques debían ser columnas del trono⁷³.

Así *Liutpold*, hijo de Engildeo y de una hija de Luis el Joven, ejerció en Baviera y en las Marcas del SE. el oficio ducal; esto es, mandaba los contingentes de las provincias y ejercía las atribuciones del *Missus fiscalinus*. Su hijo Arnulfo le siguió en 907, y ya en un documento de 908 se llamaba “por la divina providencia Duque de los bávaros y de las tierras vecinas”⁷⁴. Así fué Duque en Sajonia el hijo de Liudolf, *Oton el Ilustre*. En Lorena fué elevado a la dignidad de Duque el Conde Gebhard del cantón Niederlahn. En Franconia la lucha entre los *Babenberg* y los *Conradinos* se resolvió en favor de esta familia, y la primera fué duramente oprimida. En Suabia (Alamania) cierto Burkhard Marqués de Retia, procuró apoderarse de la dignidad ducal. Sobre esto se enredó en una lucha y fué muerto en una asamblea tormentosa en otoño de 911; sus bienes fueron confiscados y sus hijos

⁷¹ Dümmler, reino franco oriental, III, págs.. 461-474.

⁷² Ibidem, III, pág. 496 se decide por el 4 de febrero de 900.

⁷³ Gfröcker, los carolingios, II, págs.. 405-449.

⁷⁴ Riezler, Historia de Baviera, I, págs.. 314 s. Gotha, 1878. Dümmler, loc. Cit., III, pág. 549.

Burkhard y Udalrico desterrados. Con esto quedaba impedida de antemano la dignidad ducal en Suabia⁷⁵. Los obispos mantuvieron compacto el Imperio, los partidarios de Hattón: el sabio Salomón de Constanza, Adalberón de Augsburgo, nutricio, padre espiritual y educador del rey; Theodmar de Salzburgo, Erchanbald de Eichstädt, Tuto de Ratisbona, Walto de Frisinga, Zacharías de Seben, Einhard de Espira, Radbod de Tréveris. Era un tiempo difícil; Salomón de Constanza lamenta: “En todas partes las leyes son pisoteadas, y los que debían defender la patria y el pueblo dan el peor ejemplo. Pues los magnates, cuyos padres habían en otro tiempo robustecido la autoridad real, atizan la guerra civil”⁷⁶.

Otro peligro todavía mayor amenazaba de parte de los húngaros. Después que hubo caído Moravia, parecían cada año en Baviera o Sajonia, llamados por los eslavos. En 907 Luis el Niño empleó contra ellos todas las fuerzas militares de Baviera; los húngaros debían ser arrojados de las Marcas del Este. En tres divisiones avanzó hasta Wratislawia (Presburgo), pero el 5 de Julio de 907 sufrió una tremenda derrota. El Duque Liutpold y varios obispos cayeron. Esta victoria arraigó a los húngaros en Europa; desde entonces fueron una nación independiente, y ahora percibían tributos de los pueblos germanos o cruzaban sus territorios devastándolos. En 908 se hallan en Turingia y Sajonia, en 909 en Alamania, en 910 al occidente de los Montes de Bohemia; Luis les pagó tributo. El joven rey murió en verano de 911 y con él se extinguió en Alemania la Casa de los Carlovingios, en su línea masculina.

El rey Conrado I (911-918)

A la muerte de Luis el Niño el Imperio parecía iba a disolverse en meros Ducados, y hasta los vecinos echaban mano a los territorios alemanes.

Rodulfo de Borgoña tomó la ciudad de Basilea. Carlos el Simple, con ayuda del antiguo Missus Reginar, se apoderó de Lorena, y en 911 hizo donación de la Normandía a *Rollón*, sólo para no verse estorbado por los normandos en sus planes sobre Alemania, pues pretendía toda la herencia Carolina, y un partido de Alemania apoyaba sus planes. En Baviera Arnulfo era del todo independiente y se llamaba Duque de los bávaros y de los países vecinos.

Sólo una Alemania unida podía repeler las incursiones de los húngaros, la dispersión amenazaba a los más vitales intereses de la Iglesia: causas bastantes para,

⁷⁵ Annales Alamanici ad an. 911.

⁷⁶ Canigius Basnage, II, lect. Ant., c., págs.. 241 y 242. Dümmler, loc. Cit., II, págs.. 496-500, 527 s.

mover a la elección de un Jefe capaz. Sostén de la idea de unidad era principalmente el Clero, principal apoyo del nuevo rey. En Forchheim de Franconia se hizo la elección regia los días 6 a 10 de Noviembre⁷⁷, y osciló entre Otón el Ilustre⁷⁸, Duque de Sajonia, y Conrado, cabeza de los Conradinos de Franconia, del linaje de los condes de Wetterau.

El fundador de la dignidad ducal en Sajonia era Liudolfo, ya citado arriba, suegro de Luis el Joven⁷⁹ (m. 865 u 866). Su hijo Bruno cayó en 880 peleando contra los daneses, su hijo segundo, Otón, vencedor de los rebeldes Dalemincios, fué con Hattón el propio gobernante bajo Luis el Niño. Después que Burkhard, Marqués de Turingia, hubo caído en 908 peleando contra los húngaros, Otón ejerció autoridad ducal asimismo en Turingia. A él le ofreció⁸⁰ la Corona todo el pueblo de los sajones y franconios. Pero Otón la rehusó por causa de su avanzada edad, y dió el consejo de que eligieran a *Conrado*, hasta entonces *Duque de Franconia*, y así éste fué rey.

Conrado, emparentado por línea femenina con los Carlovingios, y mirado por los más de los escritores⁸¹ contemporáneos como último descendiente de Luis el Germánico, era joven, robusto, valiente, circunspecto, piadoso, liberal, bondadoso, afable, lleno de alegre humor. A pesar de todas estas atrayentes cualidades, su gobierno fué una constante e infructuosa lucha para el restablecimiento del Imperio, al cual sacrificó su felicidad y su vida, y, al morir, las pretensiones de su Casa, con abnegación magnánima.

El poder de Conrado se extendía más allá de la propia Franconia, al Hesse alto y bajo, y Nassau; por tanto, en la guerra no era superior ni a los bávaros ni a los sajones. Pero tenía a su disposición los contingentes de los obispos, principalmente del de Maguncia (Hattón continuó siendo el alma del gobierno), luego los del obispo Salomón de Constanza, que representaba a su lado el papel de canciller. — Cuando el rey Conrado recorría por vez primera la Alamania (Suabia), el monje Ekkehard⁸² describe de qué manera el afable soberano compartió en St. Gall con los monjes su

⁷⁷ Boehmer, *Regesta regum atque imperatorum Romanorum inde a Conrado I usque ad Henricum VII*, Francfor, 1831.

⁷⁸ Widukindi, *Res gestae saxonicae*, I, 16; ed. Migne, CXXXVII, pág. 138.

⁷⁹ La antigua opinión según la cual Liudolfo debía descender del famoso Duque sajón Widukind, y sería hijo de Egberto de Westfalia y de Sta Oida, fue por lo menos puesta en duda por Waitz, *Anales del Imp.*, alemán bajo Enrique I, nueva edición, Ex. I, págs.. 185-94, Berlin, 1863.

⁸⁰ Según la relación del monje sajón, Widukind, loc. Cit.

⁸¹ Los pasajes respectivos en Dümmler, *Historia del Imperio franco oriental*, III, págs. 574-6. Phillips, *Escritos miscell.*, III, págs.. 213-7, y I, págs.. 269-288, Viena, 1856.

⁸² Pertz, *SS.*, II, pág. 84.

sencilla comida, que consistía en pan duro y judías malas; de qué manera levantaba a cada uno de los pequeños alumnos del monasterio y les ponía en la boca una moneda de oro; y como uno de los niños la escupiera, exclamó: “¡Tú serás un día un buen monje!” De qué manera para examinar a los muchachos echóles en el corredor hermosas manzanas, mas la disciplina era tan severa que ninguno de ellos alargó la mano para cogerlas, y cómo consiguió para los niños tres días de asueto, que en adelante, durante siglos, se celebraban como feriados en memoria suya. En 912 y 913 Conrado emprendió dos expediciones para recobrar la Lorena, pero sin resultado; con dificultad se conservó la Alsacia. — Presto el rey tuvo también contra sí a Sajonia. En 30 de Noviembre de 912 murió Otón el Ilustre, y le siguió su hijo *Enrique*, capaz y de altas aspiraciones, el cual, según Widukind, estaba adornado ya en la tierna infancia de todas las virtudes, y según Thietmar, obispo de Merseburgo, crecía como un árbol *con* oculta vida y brillaba como las flores en la primavera; índole enérgica y rápidamente resucita, pues había tomado por esposa a la bella Matilde, nieta de Widukind, la primera vez que la vió en el monasterio de Herford, después que la Iglesia le obligó a separarse de su primera esposa Hathaburga; hombre caballeroso, completo, clarividente y osado⁸³. Conrado le dejó la Sajonia, pero seguramente por temor de que Enrique le sobrepusiera, separó de Sajonia los cantones norte de Turingia, aspirando a ampliar su poder ducal asimismo sobre ésta, y los entregó a los hijos de Burkhardo. Pero Enrique no era hombre para renunciar a algo sin lucha, y los sajones murmurando por la ingratitud, le invitaron a que conservara por la fuerza lo que su padre había poseído⁸⁴. De ahí la guerra y el ataque a los dominios de Hattón, al cual se atribuía el plan de elevar el Poder real debilitando a los Duques hereditarios. Presto Enrique se hubo apoderado de toda Turingia, donde gobernó como Duque.

Además se levantaba en otra parte una nube amenazadora. En 913 comenzó una sublevación en Alamania. Erchanger y Berthold hasta ahora *nuntii Camerae* o administradores de la hacienda imperial, la cual querían aprovechar para su propio engrandecimiento, se rebelaron al mismo tiempo que los sajones, y oprimieron al leal partidario de Conrado, el obispo Salomón de Constanza. En 913 habían derrotado a los húngaros⁸⁵ en Passau junto al Inn, en unión con Arnulfo de Baviera. Esta victoria llenó su corazón de orgullo, contumacia y ambiciosos planes. Conrado, al contrario, procuró hacérselos adictos con los bávaros, por medio de un enlace de familia, y él, que era joven, se casó con la vieja Cunigunda, hermana de los *nuntii Camerae*, y viuda del Duque Luitpoldo, madre de Arnulfo ; y así sacrificó a la razón de Estado su felicidad doméstica. No el amor sino la política ajustó este

⁸³ Waitz, *Annales del reino alemán bajo Enrique I*, págs.. 9-35.

⁸⁴ Widukindi, *Res gestae Saxonicae*, I, 21-24, ed, migne, CXXXVII, págs.. 140-144.

⁸⁵ *Annales Alamannici* ad an. 913.

matrimonio; que no tuvo hijos. Pero él no alcanzó con todo esto su fin. Cuando los *nuntii Camerae*, por mandato de Conrado, debían ceder a Salomón el castillo de Stammheim, se rebelaron en 914, atacaron al obispo de Constanza y le hicieron prisionero. Conrado, apoyado por el Clero bávaro, acababa de sujetar a Arnulfo, el cual con su mujer e hijos había huido a los húngaros⁸⁶, y de 914 a 918, con auxilio de ellos emprendió frecuentes ataques contra el Imperio. El rey sojuzgó a los *nuntii Camerae*. Erchanger fué hecho prisionero y hubo de marcharse al extranjero entre los húngaros (914). Salomón fué puesto en libertad⁸⁷.

Pero apenas había el rey regresado a Franconia, comenzó de nuevo en Alania la rebelión (915). *Burkhard*, el hijo desterrado del asesinado Marqués de Retía, Burkhard, había regresado a su patria en 914 y en el burgo de Hohentwiel se armó para resistir al rey. Conrado llegó y sitió el castillo, pero presto se hubo de marchar, para rechazar a los sajones de Franconia. Su hermano Eberhard, Marqués de Franconia, al cual había enviado contra los sajones con un ejército, fué derrotado por Enrique en Eresburgo (915). La derrota había sido tan tremenda, que ciertas canciones populares preguntaban dónde se halla el hondo barranco que había podido tragarse tantos muertos. Enrique, después de su victoria sobre Eberhard, invadió la Franconia, pero ante el ejército que se acercaba, se retiró y fué sitiado en Grona cerca de Gottinga. Un ejército que venía de Lorena libró de su apuro al sajón, el cual parece haber reconocido por rey a Carlos el Simple. Al mismo tiempo, los húngaros penetraron hasta Fulda. Parece que Conrado se reconcilió con Enrique dejándole la Turingia⁸⁸.

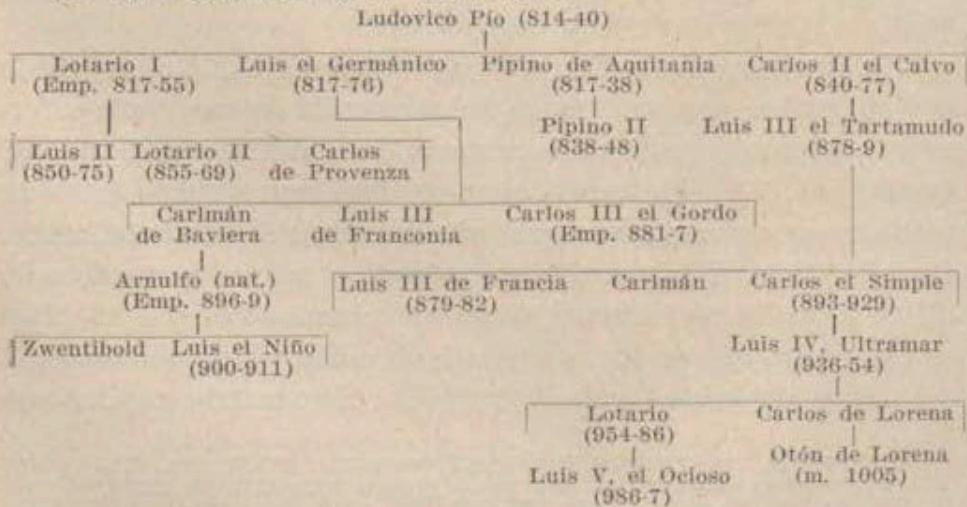
Ahora el rey se dirigió de nuevo hacia el sur. Allá había regresado de su destierro Erchanger, y junto con Berthold y Burkhard el Joven, había derrotado en Wahlwies a los que eran adictos al rey, y se había hecho Duque; pero poco después fué derrotado por los realistas y preso. También Arnulfo en 916 había regresado a Baviera, y tomado a Ratisbona. La situación del rey era peor que nunca, pero entonces la Iglesia fulminó sus anatemas contra sus enemigos, evidentemente con el sentimiento de que el Poder real alemán debía, a su vez, dar libertad a la Iglesia.

⁸⁶ Riezler, loc. Cit., I, pág. 320. Düdinger, Historia austriaca, I, pág. 234, Leipzig, 1858.

⁸⁷ Dümmler, loc. Cit., págs. 5900 ss. Waitz, Rey Enrique I, pág 25.

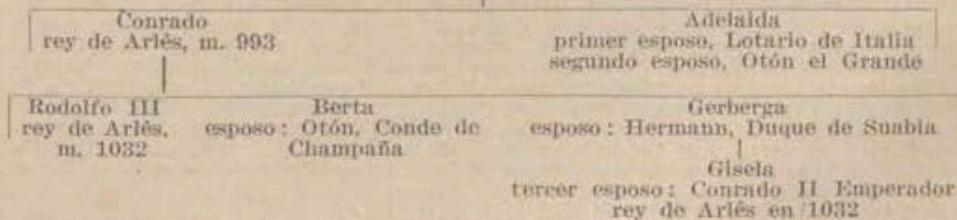
⁸⁸ De un ardid bélico habla Widukind, loc. Cit., I, 24.

- (1) Nithard, *loc. cit.*, cap. 3.
 (2) Arbol genealógico de los Carlovingios:

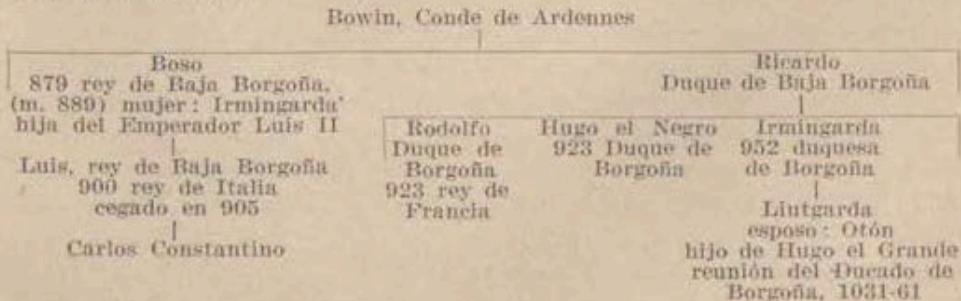


Rodolfo I
de linaje gáelfo: en 888 rey de Alta
Borgoña, m. en 912

Rodolfo II
rey de Alta Borgoña, en 923 rey de Italia, la cual cedió a Hugo, Conde de Arlés,
a cambio de la Baja Borgoña. Rey de ambas Borgoñas o de Arlés, m. 937



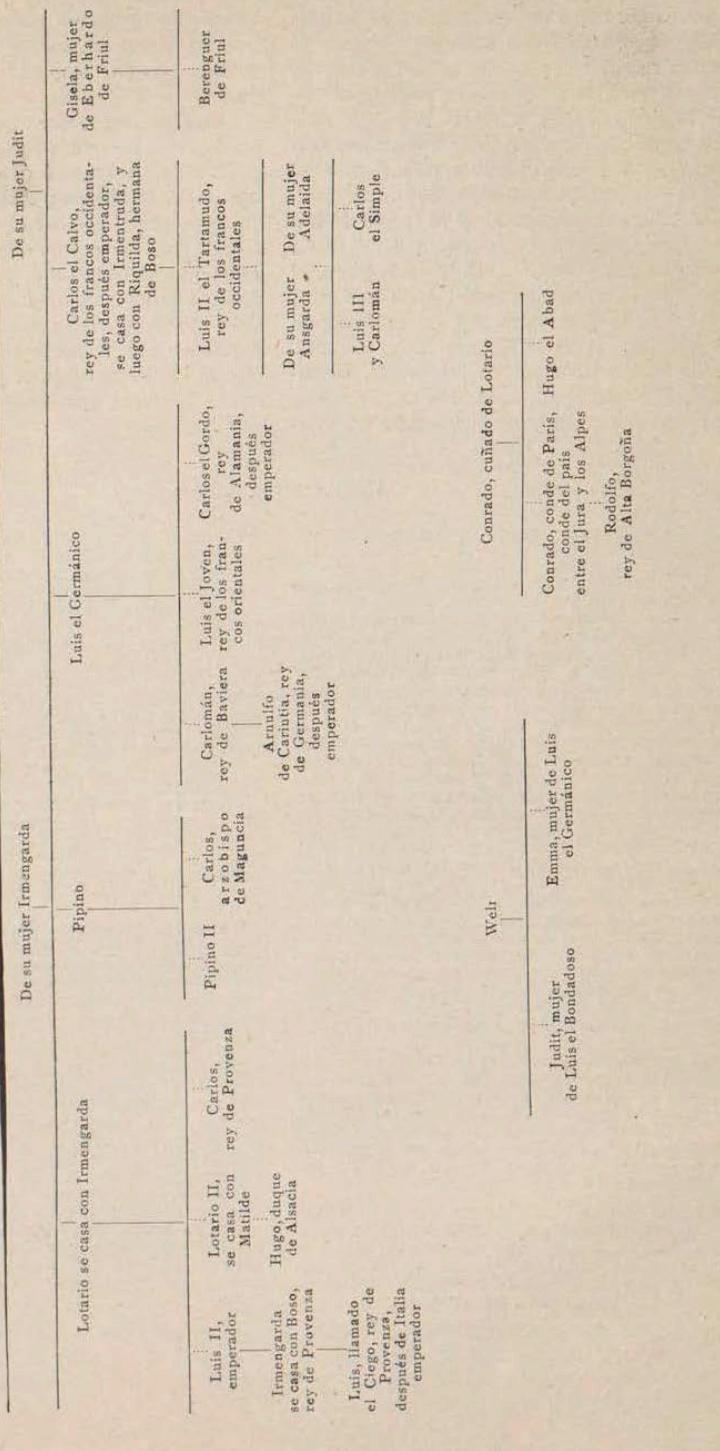
(2) Baja Borgoña o Reino Cisjuránico (Arlés, Delfinado, Lionesado; parte del Franco Condado):





LOS DESCENDIENTES DE LUIS EL BONDADOSO

LUIS EL BONDADOSO



LITERATURA GERMÁNICA DEL SIGLO IX. HISTORIOGRAFÍA, PERSONALIDADES Y MONASTERIOS

La descripción *de* la literatura anglosajona nos conduce a la consideración de la actividad intelectual en el Continente durante el siglo IX.

Alfredo llamó hombres doctos de Francia, Carlomagno los había, en otro tiempo, llamado de Inglaterra: ¡tanto se habían trocado las cosas, y tan grande fruto había producido el celo del Emperador! Aun entre las turbulencias de la guerra civil floreció la Escuela, protegida por la Iglesia, la cual rara vez deja pasar un sínodo sin tomar alguna resolución para fomentar las escuelas existentes y fundar otras nuevas; así dos sínodos de Neustria, en 855 y 859; así un sínodo de París en 829 ruega a Ludovico Pío que funde tres escuelas en tres sitios oportunos, y por estas escuelas sólo se pueden entender establecimientos de enseñanza superior; pues en todas partes había escuelas claustrales y catedrales.

El idioma de la literatura de aquella época es el latín, pero, como en Inglaterra, comienza juntamente una literatura germánica¹.

Ya Carlomagno, a pesar de todo su entusiasmo por la Antigüedad clásica, había dado para esto el primer impulso así por su solicitud por la poesía heroica germánica, como por los sermones y gramática alemanes. Carlomagno fue el fundador de la literatura germánica. Verdad es que hubo antes de él modestos intentos literarios, pero no fueron más allá de la forma de sencillas *glosas*: es a saber: al texto de las Colecciones legislativas, así como a la Sagrada Escritura, se añadía en algunos sitios la palabra germánica correspondiente, en cuanto era necesaria para una comprensión lo más clara posible y uniforme de la norma legal, o de la doctrina de fe. El poderoso impulso que procedió de Carlomagno en todas direcciones, produjo de una parte aquel más hondo estudio de la literatura clásica antigua, que con justicia se ha designado como el primer renacimiento; y de otra parte, el heroico conato de los espíritus instruidos de dominar el tosco lenguaje del pueblo para hacerlo servir a la expresión de las ideas superiores. Estos esfuerzos fueron coronados por un copioso resultado. La literatura de las *glosas* se amplió y profundizó, y juntamente aparecen ya en gran número trozos conexos en el idioma virgen del pueblo. Muchas de estas cosas se nos han conservado todavía²; así, vgr.,

¹ Paul, Compendio de la filología germánica, II, t., 1ª sección, Estrasburgo, 1890. Kögel, Historia de la literatura alemana, tomo 1, 1ª y 2ª sección, Estrasburgo, 1894 y 1897. Müllenhoff y Scherer, Monumentos de poesía y prosa alemanas de los siglos ocho a doce, 3ª edición refundida por Steinmayer, 1892.

² Müllenhoff y Scherer, loc. Cit., N° 51-58.

una profesión de fe bautismal en franco y en sajón; una serie de oraciones, traducciones del Paternoster y del Símbolo de la fe, el llamado Catecismo de Weisenburg, y traducciones de himnos latinos y de trozos de la Sagrada Escritura, principalmente de los salmos. Además, se nos ha conservado aun en gran parte una traducción de San Isidoro que se considera como el más antiguo monumento del idioma antiguo alto alemán en general³. Entre los monumentos literarios puramente seculares de aquel tiempo, recordemos, los Preceptos de Basilea, traducción de la ley Sállica, y las Glossas reales de Cassel, que tratan 1º. de las partes del cuerpo humano, 2º. de los animales domésticos, 3º. de la casa y sus partes. 4º. de las piezas de vestir, 5º. de los utensilios caseros, y 6º. de otras varias cosas⁴. Junto a esos monumentos de la prosa de Carlomagno, brilla como magnífico monumento de la poesía germánica de entonces, el fragmento, compuesto de nueve versos, de un poema sobre la Creación del mudo, que se acomoda a la Biblia. Este poema fué compuesto en dialecto sajón durante las guerras de los sajones, y poco después fué copiado como primera parte de la llamada oración de Wessobrunn⁵.

Como amigo y discípulo de Alcuino, *Hrabanus Maurus* difundió desde Fulda el amor al idioma y literatura alemanes en el sentido del Emperador; el cual no se extinguió aunque Ludovico Pío con celo indiscreto por la literatura solamente ascética, volvió las espaldas a las memorias juveniles y a la poesía germánica. Pero el deseo de Ludovico de que el Cristianismo se diera a conocer mejor al pueblo alemán en su propio idioma, dió todavía ocasión a algunos trozos valiosos de literatura alemana antigua. Así se tradujo en Fulda la Harmonía evangélica de Tatiano; en los Países Bajos se formó una versión interlinear de los Salmos; además se nos han conservado todavía una serie de fórmulas para la confesión, de diferentes partes del Imperio Carolingio, y otros monumentos escritos⁶. Por impulso de Ludovico Pío se produjo además una obra de especial grandeza. Pues el Emperador encargó a un sajón, *que* pasaba por notable poeta entre los suyos⁷, que tradujera poéticamente al idioma germánico el Antiguo y Nuevo Testamento. Por los fragmentos conservados que tratan la Vida del Salvador, *El Heliand* editado por Schmeller, podemos colegir cuán grandioso debió ser el conjunto. Vilmar⁸ llama este poema la verdadera Epopeya popular cristiana, y aun la única verdadera, y prueba que el cantor, por un feliz artificio, transformando la verdad cristiana en otra análoga, popular, humana, por su visión altamente poética, comunicó al poema

³ Kögel, loc. Cit., I, 2ª parte, pág. 483.

⁴ Ibidem, págs. 418-523.

⁵ Ibidem, I, 1ª p., págs. 269-276. Paul, loc. Cit., 195-198.

⁶ Kögel, loc. Cit., I, 2ª parte, págs. 524-577.

⁷ Cuidam viro de gente Saxonum, qui apud suos non ignobilis vates habebatur. Cf. Schmeller, *Heliand*, 2, XIII. Paul, loc. cit., pág. 203.

⁸ En su hermoso tratado "Sobre antigüedades alemanas en el Heliand.

aquella firmeza, solidez, claridad, y aquella dignidad sin ornato e imponente, que posee solamente la verdadera Epopeya. El Evangelio es el alegre anuncio de las hazañas heroicas del Rey del Imperio celeste; Cristo es el Rey popular, poderoso, manso, germano, rodeado de sus hombres del pueblo fieles hasta la muerte, y de innumerables tropas populares a los cuales es necesario su regio auxilio. La religión es *helpa*, o sea *hilfe*, auxilio. Cristo es el *Heliand* que sana las heridas (*heilen*, curar), *Neriand*, que libra de la miseria del cautiverio en la guerra; y muestra a sus barones el camino de la espléndida sala del cielo. Así va con sus servidores, con sus guardias ligeros, de aldea en aldea, para aconsejar y juzgar, para enseñar y pelear, para morir por sus discípulos y vencer con su muerte. El diablo es el enemigo, en Judas la codicia vence a la lealtad. Tanto es más pura y firme la conducta de los leales, los Apóstoles. “El sentir sólido y fresco del pueblo alemán, un sentimiento enérgico e inquebrantable, un corazón puro, fuerte en el amor y el odio, un afecto hondo, una conciencia dueña de sí, se manifiesta en todas sus partes; un carácter heroico, sencillo y resuelto, es también el más capaz de recibir el Evangelio.” Juntamente nos sale al paso un espíritu guerrero, un hondo sentido para la vida de la Naturaleza, y el recuerdo del antiguo concepto del mundo. El Poema nos muestra, de una manera única, la transición desde el mundo espiritual antiguo, al nuevo.

Después que el Tratado de Verdún había sellado jurídicamente la separación de los pueblos según sus idiomas, la política sólo podía aconsejar a Luis el Germánico que fomentara la literatura teutónica (*thiuda*, pueblo), *thiudisca* (lengua del pueblo). Pero parece que el rey tenía además de suyo inclinación a la poesía alemana.

Schmeller halló el fragmento de un poema por aliteración en idioma alto-alemán, compuesto por un bávaro, que trata del fin del mundo, y que el mismo Luis el Germánico transcribió de memoria en el libro de oraciones de su esposa⁹. Este poema, llamado por su descubridor y primer editor, “*Muspilli*” (*Incendio del mundo*), empapado de la fuerza fresca y elevación de la antigua poesía popular, muestra que los germanos del Sur precisamente como los del Norte, se servían de la *Stabreim*, que la descripción gntífica de **Völuspa**, de la ruina del mundo, sobrevivía aún entre los alemanes. Sólo que se representaba a Elías en lugar de Thor, y al Antieristo en lugar de Surtur. Los versos: “Cuando la amplia lluvia lo enciende todo, cuando el fuego y el aire de tempestad lo purifica todo, ¿dónde están entonces las Markas, por las que peleaban con los estómagos?” parecen hacer referencia a las guerras de los hermanos Lotario, Luis y Carlos.

⁹ Paul, loc. Cit., Las dificultades contra ello en Kögel, loc. Cit., I, 1ª sección, pág. 318. Müllenhoff y Scherer, loc. Cit., N° 3.

Del “Christ” de Otfred se han intercalado aquí en el poema los versos: “Las Markas están incendiadas, el alma está abatida, no sabe cómo expiar para no irse al infierno.”

Luego continúa el poema en su forma de aliteración; “Por tanto es bueno para el hombre, cuando viene al sitio del tribunal, resolver justamente todo litigio. Luego no necesita estar solícito, cuando se presente ante el Juez! No sabe el hijo de la tierra, lo que cosechará, si tuerce el curso de la justicia por causa de un donativo, ni sabe que el señor del infierno está allí junto tan ocultamente, el cual computa las palabras y las obras, todos los males que uno ha cometido antes, y que lo castiga todo cuando viene a juicio: ¡ oh ¡ que el mortal no se deje sobornar! Cuando resuena alto el cuerno celestial, y el que pronuncia el juicio se levanta, y reparte sus recompensas a los vivos y a la; muertos, entonces se levanta con él el mayor de los ejércitos, el cual es tan osado, que nadie le puede combatir. Entonces se vuelve al sitio del juicio, el que ponía los límites; luego pronuncia la sentencia de la cual se hablaba siempre, luego los ángeles andan por la tierra, despiertan a los pueblos y los conducen al sitio del juicio”¹⁰.

El alemán *Otfredo* dedicó a Luis el Germánico en 868 su “Christ”¹¹, una Vida de Jesús en 15,000 rimas, compuesta por deseo de una venerable señora Judit, para desterrar las canciones populares ofensivas para los oídos devotos, y sustituirlas. Otfredo había sido educado en St. Gall y en Fulda, luego fué benedictino en Weissenburg. Según esto la rima que fué promovida por el canto eclesiástico latino, existía ya antes en los cánticos populares alemanes, aunque el “Christ” es la más antigua obra rimada en antiguo-alto-alemán¹². Por desgracia se echa de menos con demasiada frecuencia el puro tono épico, a menudo el poeta se extiende demasiado en *sus* descripciones, recae en el tono de sermón, su talento es más bien lírico. Donde halla lugar para manifestar sus sentimientos se hace ferviente; así cuando se dirige a los extranjeros, él, que probablemente nació en el Lago de Constanza y padecía añoranza en Weissenburg: “¡Ay, oh, ay! tú extranjero, tú eres demasiado áspero. Oh, tú eres muy pesado; esto te puedo bien decir. El consumirse por la patria, vivir en solicitudes; esto lo he experimentado bien en mí. En ti nada hallo de amor. No hallo en ti ningún otro bien, sino un ánimo lleno de cuidados, sino un dolor lleno de solicitudes, en un corazón gravemente afligido!”

Otfredo es llamado padre de la rima, porque abandonó la simple aliteración que expresaba las ideas paganas y empleó la rima pero no riman en él los extremos de

¹⁰ Traducido por Etytmüller, *Tardes de otoño y noches de invierno*, I, pág. 80.

¹¹ Kögel, loc. Cit., t. I, secc. 2ª, págs. 1-34.

¹² La mejor edición es de Kelle.

los versos, sino de los hemistiquios. La rima no es pura: pueden combinarse consonantes con asonantes y también sílabas de diferente vocal *o* iguales consonantes. Más cuidadoso es el poeta de la pureza de la doctrina, y así comienza su poema: “ Concédeme, oh Señor (dice en el primer canto), que no falsee la relación y mis palabras no yerren en los argumentos *que* son tan delicados.”. “ Los griegos y romanos (dice Otrfido en el Canto primero) componían tan excelentemente y con tanto ornato, que daba gusto; componían como marfil, con tanta unidad y oportunidad, que recrea y aviva el espíritu; ya se trate de la simplicidad de la prosa, o del ornato del metro, no falta sílaba ninguna, las breves y las largas están bien medidas, todo está limado. Pero ¿por qué no procurarían los francos cantar en alabanza de Dios en su propio idioma, aunque no esté tan cultivado con reglas? Cuando uno se expresa en esta lengua, sólo se procura la rectitud y la bella simplicidad, y luego suena también hermosamente. Tampoco en las otras cosas los francos son inferiores a algún otro pueblo, tienen corazón como los romanos, y son inventivos como los griegos, son intrépidos en el monte y el campo, en general heroicos, y ricos con un país verdaderamente bueno. Se cavan allí minerales y cobre y plata, y se saca oro de las arenas. Todo pueblo es vencido por los francos cuando pelea con ellos, no vive alma humana que no les sirva. Un rey los gobierna con prudencia y valor, en todas las cosas los precede veloz como debe ser un héroe; en su pecho se halla un corazón libre de toda mudanza, lleno de muchas clases de bondad, por eso es tan grato a los suyos.”

De qué manera aun los monjes no olvidaban fácilmente los cantos populares se ve por la canción de Hildibrand y Hadubrand, fragmento en versos aliterados de un poema épico que pinta una escena de la época de la irrupción de los bárbaros, el combate del padre Hildibrand (que se había dirigido a Italia con Dietrich von Bern), a su regreso, con su hijo Hadubrand que, entre tanto, había crecido y guardaba la Marka. El poema fué copiado por un monje en un libro latino¹³. Durante tanto tiempo sobrevivieron entre el pueblo cristiano¹⁴ expresiones mágicas paganas y nombres de los dioses gentílicos. Lo cual prueban ciertas leyendas y proverbios, vgr., *Idisi* y *Phol en di Woden*. En todo caso, a menudo están transformados dioses paganos en santos cristianos, pero si se considera más detenidamente, se ve presto el substratum gentílico. Tales fórmulas mágicas pretenden sanar, proteger y salvar, y pueden también hacer daño: se llaman entre los sajones *goldor*, *galdru*, entre los alto-alemanes *galstur*, y los llamaban “cantantes” o “ murmurantes”, *galari*, *galstaran*, y el arte *galdoreraft*¹⁵ (de *gol*, cantar). Como poseedoras de este arte se

¹³ Müllenhoff y Scherer, loc. cit., tomo I, pº 2. Kögel, loc. Cit., tomo I, secc., 1ª págs. 214 ss. Cf. Supra págs. 423-424.

¹⁴ Müllenhoff y Scherer, loc. Cit., Nº 7-9.

¹⁵ Etmüller, Tardes de otoño y noches de invierno, I, pág. 107.

miraban ciertas mujeres sabias, *Hagatusi*, “mujeres del bosque”, acaso las “doncellas del deseo” de Odín, las Walkirias¹⁶. Tales fórmulas están compuestas con aliteración, y todavía se conservan en la literatura germánica¹⁷ y en la anglosajona; así dice una fórmula angrosajona de bendición, que debía defender a un guerrero contra todo daño en su expedición militar: “Me encierro en este cinturón, y me encomiendo en manos de Dios, contra la punta mortal, contra el golpe mortal, contra el horrible terror, contra el temor espantoso, contra la grande angustia del miedo que todos temen (la muerte), y contra todo dolor que puede sobrevenir a uno en la tierra. Entono un cántico de victoria, llevo un cinto de victoria, victoria de palabra y de obra, que me ha de servir de seguridad. No me dañe el mar, ni me perjudiquen las olas, ni me acometa temor ninguno de mi vida, sino el Omnipotente, el Señor del Cielo me conserve sano, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, digno Señor de todo milagro. Me marchó, amigos; hallo el amparo de todos los ángeles, la protección del Eterno. Ahora ruego al dios de la victoria (Wodan) me dé su gracia, que me dé un camino alegre, viento fresco y blando, desde la costa; claridad del tiempo, aguas navegables, deseables para los héroes. En todas las navegaciones halle amigos, el auxilio del Rey del cielo que me proteja contra el dolor. El bien de la vida me sea confirmado; el aliento en la respiración de los ángeles, y el favor del Reino de los cielos en mano sana, mientras haya de vivir en este cuerpo”¹⁸.

La “Canción de Luis”, compuesta por el monje flamenco *Hugbald*, en 882, después de la victoria de Saucourt (881) muestra de qué manera el idioma alemán era también hablado en el Norte por los de Neustria¹⁹. Era uno de los más grandes eruditos de aquella época, el amigo del rey Germánico, *Hrabanus Magnentius Maurus*, nacido en 776 en Maguncia, educado en Fulda, durante un año discípulo de Alcuino en Tours, y en adelante su amigo; desde 803 director de la escuela de Fulda, desde 822 abad, ferviente partidario de la unidad del Imperio y, por eso, de Lotario, aliado con Otgar y desde 842 fugitivo, pero luego reconciliado con el rey alemán, y desde 847 a 856 arzobispo de Maguncia. Este varón excitó a componer Vocabularios germanos, así como a la mayor precisión en la escritura del alemán, al estudio de las *runas* y del *gotico*. Con su espíritu trabajaron sus discípulos, como *Walafrido Strabon*, desde 842 abad de Reichenau, y otros.

Lo que Carlomagno fue para la teología, fué *Carlos el Calvo* para la *filosofía*.

¹⁶ Ibidem. Sobre prudentes mujeres de los Germanos.

¹⁷ Müllenhoff y Scherer, loc. Cit., Kögel, loc. Cit., tomo I, secc. 1ª, págs.. 259-267.

¹⁸ Engia and Scaxna. Scopas and boceras; ed. Ettmüller, pág. 303, Leipzig, 1805.

¹⁹ Cf. Supra, pág. 884.

Las cuestiones filosóficas le ocuparon mucho, como la de la incorporeidad del alma; en su Corte reinaba la mayor libertad intelectual. El mismo Carlos estaba muy bien educado, Judit había confiado la formación de su predilecto al historiador *Frekolfo* y a *Lupo de Ferrieres*. “Grecia, dice un contemporáneo, envidia a Francia y ésta no tiene razón ninguna para envidiar a Grecia. Ya no se habla de una Escuela palatina, sino de un Palacio de la escuela.” Carlos llamó especialmente eruditos irlandeses, y trataba con libertad con ellos: “Irlanda nos envía catervas enteras de filósofos”, dice un contemporáneo²⁰.

Scoto Eriúgena

Entre estos irlandeses fué el prodigio de aquel tiempo, admirado y temido igualmente por su saber, su agudeza y profundidad, por sus contemporáneos, *Juan Scoto Eriugena*, llamado Scoto por su linaje, Eriúgena por su país natal²¹. En 810 Eriúgena recibió la primera educación en su patria docta y abundante de monasterios; y su perfeccionamiento, en largos viajes, pues participó en alto grado del espíritu nómada de su nación. Según una tradición antigua, Eriúgena estuvo en Grecia y en Oriente; y un antiguo manuscrito de Oxford dice: “No dejé sin visitar ningún sitio, ningún templo, donde los filósofos proponían su arte secreto, y no dejé de interrogar a ningún hombre docto, que me prometiera un conocimiento profundo de la literatura filosófica²². Nuestro filósofo conoce de hecho, no sólo a los Padres de la Iglesia, sino también la doctrina de Pitágoras, los escritos de Platón, de Aristóteles y Eratóstenes, Ptolomeo, Cicerón, Plinio, Marciano Capella y Boecio; llama a Platón el mayor filósofo del mundo y a Aristóteles el más agudo escudriñador de la Naturaleza; su discípulo y sucesor en la dirección de la escuela palatina, *Manon*, escribió declaraciones de las *Leyes* y *La Republica* de Platón, y de la *Ética* de Aristóteles. Rogerio Bacón alaba al Eriúgena de que no sólo explica muy clara y fielmente los escritos de Aristóteles, sino también ha conservado algunos escritos genuinos de este gran pensador. Eriúgena sabía hasta el hebreo. La impresión que produjo fué extraordinaria; el bibliotecario Anastasio felicita a Carlos el Calvo por poseer un varón tal. A su vez escribe Floro de Lyon: “Ya Eriúgena hable o escriba, le pone a uno en duda, a otros arrastra a error, y por la vana y corruptora abundancia de sus palabras, se apodera de suerte de los oyentes y admiradores, que ya no se someten humildemente a la Sagrada Escritura y a las sentencias de los Santos Padres, sino siguen de mejor gana sus imaginados

²⁰ Hericus Antisiodorensis annales, ap, Pertz, XIII, pág. 80.

²¹ La mejor edición de sus obras por Floss: Joannis Scoti opera, quae supersunt. Paris, 1853. (migne, Patrol., T. CXXII). Huber, Juan Scoto Eriúgena, págs.. 36 ss. MUnich, 1861.

²² De Joanne scoto Eriúgena commentatio auctore anonymo en Floss, págs.. 1-100.

ensueños.” Sínodos de Neustria condenaron sus opiniones, Nicolao I se quejó al rey de que no le había enviado antes de su publicación los escritos de aquel filósofo, para revisarlos (*juxta morem ecclesiae*). Berengario de Tours y los Albigenses se fundaban en los escritos del irlandés y Honorio III mandó que se destruyeran.

Todavía *hoy* están divididas las opiniones sobre aquel hombre extraordinario: unos le cuentan entre los jefes del Panteísmo, otros veneran en él al filósofo cristiano, fundador de la Escolástica y la Mística, y Schlüter²³ dice: “Armado con un conocimiento exacto del punto de vista de las Ciencias físicas, de las Matemáticas, de la Astronomía, de su época (el siglo IX), y de los precedentes; enteramente familiarizado con la literatura antigua, con la filosofía griega y las obras de los Padres de la Iglesia; procura Eriúgena conocer el puro contenido de la verdad en el Cristianismo, con un espíritu severamente científico, por el camino de la filosofía. Obtiene los resultados más extraordinarios y generalmente de una manera excelente no alcanzada por ninguno de los filósofos escolásticos posteriores, excepto Santo Tomás de Aquino, en que mira a la agudeza; muestra de qué manera la verdadera relación de la Filosofía con el Cristianismo no es de hostilidad, sino que ambos pueden alcanzar su finalidad solamente en íntima alianza, para conocer la verdad, de suerte que por el conocimiento viva en nosotros y nosotros en ella de un modo penetrativo. Si, al contrario, la Filosofía y el Cristianismo se separan entre sí y viven alejados, la Filosofía no alcanza más que infructuosas cumbres berroqueñas donde, cuanto más allá va, tanto más pierde la verdad concreta, y en el aire enrarecido no hace más que sutilizar sobre su propia sombra. En el Cristianismo, por su parte, el dogma queda yerto como si se le materializara en una forma exterior, y los ojos de los contempladores, que en el lugar sagrado se quitan los zapatos de los pies, pero se echan un velo sobre los ojos, ya no pueden reconocer en él su rica vida interna, ni percibir la revelación que contiene acerca de las cuestiones supremas de nuestra existencia y la abundancia de su verdad. Pero la verdad no puede vivir en nosotros y libertarnos de suerte que la conozcamos a nosotros mismos cuanto a lo que eramos, somos y hemos de alcanzar; ni cual sea la finalidad de nuestro ser, en qué relaciones eternos con el mundo y con Dios. La rara unión de la suma agudeza y profundidad que se halla en Eriúgena, se expresa en su notable estilo, que respira en todas sus partes entusiasmo, de suerte que al leer se halla uno constantemente en un estado de ánimo, como si estuviera en un templo o en un recinto sagrado lleno de maravillosas imágenes y voces divinas, que profetizan acerca de los más íntimos secretos de la vida”.

²³ Schlüter, en el prólogo a su edición de la obra de Eriúgena: “De divisione naturae”, Cf. Floss, loc. Cit., pág. 107.

Por su traducción de *Dionisio Areópagita*²⁴, fue Eriúgena fundador de la Mística en Occidente. Cuando el Apóstol San Pablo estaba en Atenas, convirtió uno de los primeros a Dionisio, miembro del Areópago; según la leyenda fue mártir. Justino elogia sus escritos. En el siglo V se esparcieron con su nombre²⁵ escritos que no pudieron componerse antes de la completa formación del Neoplatonismo. En ellos se respira un espíritu profundo y grandioso, y su finalidad principal es explicar de qué manera Dios lo es todo en todas las cosas. Dios es el superesencial, el autor de todo ser, antes de todo ser, que no existe sino en él y por él. Dionisio usa todas las frases características del Neoplatonismo, y no faltan todavía hoy eruditos que juzgan que por él la Mística neoplatónica se inoculó en la Iglesia. Pero la doctrina de las ideas de Dionisio no es en absoluto panteística, no enseña emanación ninguna. Las ideas son las razones del ser que preexisten en Dios y forman la esencia de las cosas. Dios lleva en sí, de antemano, todo ser conforme a su idea; su Bondad es la causa de todo ser, su Omnipotencia hace que el no ser pase a ser. Dios, en su eternidad, conoce lo futuro como voluntad suya. El Logos divino lleva en sí, antes de todo tiempo, el mundo ideal. "La divinidad de Cristo, que es la causa de todo, y lo llena todo, llena también las partes que concuerdan con el todo harmónicamente. Pero ella misma no es parte ni todo, y, no obstante, es todo y parte, en cuanto lo comprende en sí todo, las partes y el todo, y a pesar de esto, se halla levantada sobre ambos, y los contiene en sí de antemano en cuanto a las ideas. Pues en lo imperfecto es perfecta; porque es la causa radical de la perfección. Mas en lo perfecto está inacabada, pues en lo superperfecto y lo preperfecto. Es el Principio formador, pero sin forma ella misma, porque está elevada sobre toda forma. Es la medida de las cosas, y su tiempo; pero sobre todo y ante todo tiempo. En lo indigente está llena, en el lleno sobreabunda." Contra los sistemas místicos panteistas de los neoplatónicos, cautivados por el Poder de la Naturaleza hallamos ya aquí adoptado el tono de la Mística posterior.

En Francia se tuvo falsamente al Areopagita Dionisio por el Apóstol de la Galia y primer obispo de París; él abad *Hilduino de St. Denis* escribió en pro de esta opinión en 835, y presto fue esta la fe nacional de los franceses²⁶. Por eso el Emperador Miguel el Tartamudo, envió a Ludovico Pío un ejemplar del Areopagita, cuya autenticidad ya discutió en Constantinopla un rotórico, *Hyppatius*. Carlos el Calvo excitó a Eriúgena a traducirlo, y así el Areopagita fué conocido en Occidente y más adelante explicado por los mayores teólogos y filósofos.

²⁴ Hilfer en el Kirchenlexicon, vol. III, págs.. 1789 ss.

²⁵ De divinis nominibus. De hierarchia coelesti. De hierarchia ecclesiastica, Theologia mystica, y Epistolae 10.

²⁶ Sobre la con tienda de donde descansan los restos del Areópagita, si en St. Denis o en St. Emmeran de Ratisbona, cf. Hefele, Historia de los concilios, IV, págs.. 760-761.

Obras principales y originales del Eriúgena son: *De praedestinatione*, y *De divisione naturae*. Propositiones panteísticas, como Dios lo es todo, Dios obra en todo, son frecuentes en ellas. Por eso Eriúgena todavía hoy es generalmente designado como panteísta. Pero Staudenmaier²⁷ ha demostrado con grande agudeza, la inexactitud de esta apreciación, por la teoría del conocimiento de aquel varón y su distinción entre la manera de decir propia e impropia. Dios es todo, dice, esto es: todo es *por* él, en todo se halla la Omnipotencia de Dios, su Sabiduría y Omnipresencia. El mundo es manifestación de Dios, por él le conocemos. Pero el mundo es siempre otra cosa que el mismo Dios, un pensamiento de Dios, y *por* cierto eterno, pero ejecutado por él al principio del tiempo. Dios y la criatura no se han como el género y la especie, como el todo y las partes; Dios con conciencia personal está por encima del Mundo. La creación no es necesaria, sino obra de la libre voluntad, del libre amor, de la Omnipotencia. Tampoco pone nuestro pensador el entendimiento humano en lugar del divino; nuestro amor a Dios no es para él jamás el amor con que Dios se ama así mismo. El hombre está unido con Dios intelectual y moralmente, por la verdad y el amor, pero substancialmente persevera una eterna distinción. El hierro sigue siendo hierro aún cuando está encendido por el fuego; el aite es aire aun cuando está iluminado por el sol, y parece no ser sino luz. También en la vida futura conoceremos a Dios, no como él mismo se conoce. La vida huamana nunca es un mero momento de la divina. También en la theosis o deificatio, esto es: en la vida bienaventurada y la eterna paz en la intuición de Dios, donde dios es todo en todo, por tanto también en cada individuo: donde el hombre no mira ya otra cosa sino a Dios, ni la piensa, conoce o abraza: no deja de existir substancialmente por sí²⁸.

Eriúgena con su doctrina de las ideas excitó el *realismo* de la Edad Media. Las ideas son para él los pensamientos divinos del mundo y de las cosas, los dechados, los principios, las causas y formas de todos los seres. La idea es lo verdaderamente existente. Nuestro pensador combina la doctrina platónica de las ideas con la aristotélica y la cristiana, pues para él las ideas son los pensamientos de Dios. En su obra *De divisione naturae*²⁹, halla cuatro maneras de ser: 1ª, el ser que crea y no es creado, esto es, Dios; 2ª, el que es creado y crea, esto es la idea; 3ª. el que es creado y no crea, esto es; el efecto de las ideas creadoras; y 4ª, el que no crea ni es creado, esto es, el fin de todo, cuando ya no habrá crear ni ser creado. “El fin de la

²⁷ En su Filosofía del Cristianismo, págs.. 130-190; su monografía sobre Eriúgena está, por desgracia, sin terminar.

²⁸ Staudenmaier, Juan Scoto Eriúgena y la ciencia de su tiempo, Francfort, 1834. Cf. Hiort, J. B., Eriúgena o el origen de una filosofía cristiana y de su santa vocación, Kopenhagen, 1822.

²⁹ De divisione naturae, esto es, de la división de los seres.

redención y el trabajo de la Historia es la viviente realización de la idea de la criatura mundana, pues esta idea, como idea divina, es al mismo tiempo la divina voluntad. El verdadero hombre es, por ende, el hombre de la idea eterna, y el verdadero mundo, el mundo de la idea eterna. Pero la idea donde se considera como lograda y cumplida, no existe fuera de la vida, sino en la vida, es concreta”.

Con Juan Eriúgena comienza la *Escolástica* de la Edad Media. El dice³⁰: “¿Qué otra cosa es la explicación de la Filosofía, sino la exposición de las leyes de la verdadera religión, en la cual la primera y principal Causa de todas las cosas, esto es, Dios, es investigado racionalmente y adorado humildemente?” Möhler dice³¹: “La Escolástica en general podemos designarla como el intento de demostrar lo cristiano como racional, y lo verdaderamente racional como cristiano; con esto se unía necesariamente el esfuerzo por establecer clara, exacta y determinadamente los conceptos de la Doctrina cristiana. Pues nada se puede concebir como idea, sí en sí propio es indeterminado, así como frecuentemente una doctrina se ha elevado a la idea, en cuanto ha sido pensada con claridad.” Eriúgena estaba en esto sobre el terreno positivo, la fe es para él el verdadero principio, la base incommovible, y el principio viviente de todo verdadero conocimiento. En él la escolástica y la mística están íntimamente unidas, la una se reconoce en la otra, como en su imagen reflejada, pues la Mística no era sino la Escolástica del sentimiento, como la Escolástica era la Mística de la razón especulativa.”

El influjo de Eriúgena en la posteridad fué, por ende, muy grande, los primeros teólogos toman de él a la letra pasajes enteros. Pero su complacencia en expresiones panteísticas confirmó también a muchos en el panteísmo. El es el autor de la concepción simbólica de la Eucaristía. De sus sentencias brillantes y chillonas se han sacado las proposiciones más peligrosas. De su teoría del mal, se sacó la idea de que el pecado no existe. El mal no es para él sino abuso de la libertad, culpa y castigo son sus naturales consecuencias; el mal es para él *irreal*, no tiene realidad, por tanto, no es objeto del conocimiento y acción divinos; por eso no hay en el predestinación relativa al mal, sino sólo la relativa al bien. Dios sólo conoce de antemano el mal, como negación del bien. El castigo no es más que la culpa en sus consecuencias, desconocimiento de la verdad, obscurecimiento de la mente, doloroso sentimiento de la impotencia.

En la discusión suscitada por el monje *Gottschalk*³² sobre la predestinación, Hincmaro llamó en su auxilio al Eriúgena. El escrito del Filósofo fué, no obstante,

³⁰ De praedest., I, 1.

³¹ Obras completas, I, pág. 129.

³² Acerca de él. Hefefe, Historia de los concolios, IV, págs.. 130-220.

rechazado como herético, y Carlos el Calvo hubo de abandonar a su favorito; pero Eriúgena parece haber permanecido hasta su muerte en la Corte del rey. Es difícil creer que en adelante desapareciera en la obscuridad, pues hombres como él atraen sobre sí los ojos del mundo. El monje Guillermo de Malmesbury³³ refiere de él: “Bajo el reinado de Alfredo, vino a Inglaterra Juan Scoto, hombre de inteligencia penetrativa y grande elocuencia, que antes, desde su país, había ido a Francia. Carlos el Calvo le trató con grande estima, y como a un individuo de su familia; trataba con él cosas graves y alegres, siempre le tenía consigo en la mesa y hasta cuando descansaba. Muchos agudos chistes se refieren hasta el día de hoy de este varón. Una vez estaba sentado a la mesa frente al rey, la comida se había terminado, ya habían bebido el vino; Carlos estaba alegre, y como viera hacer a Juan algo que contrariaba a los finos modales franceses, dijo: “*Quid distat inter sottum et scotum?*” (¿ Qué distancia hay entre un necio y un escocés?). El, echando el vituperio sobre el rey, dijo: ¡ Lo ancho de esta mesa! El rey no se enfadó, porque admiraba su ingenio. En su libro sobre la división de la Naturaleza, se hallan proposiciones que parecen herejías escandalosas, si no se penetra toda su sutileza. De esta opinión fué también el Papa Nicolao I, y la expresó en una carta a Carlos, diciendo que Eriúgena había propuesto sentencias falsas, aunque su saber era grande. Por efecto de los ataques se le hizo desagradable la residencia en Francia, y se dirigió al rey Alfredo, atraído por la benevolencia del rey y una cátedra. Este eximio varón fijó su residencia en Malmesbury. Allí fué algunos años después apuñalado por los discípulos con sus estiletos. Por esto padeció mucho y murió de muerte muy dolorosa, pues era pequeño y flaco y se defendió largo tiempo. Sobre su sepulcro se vió durante muchas noches un resplandor celestial, por lo cual fué trasladado a la iglesia, y colocado a la izquierda del altar.” Así terminó aquel gran pensador su vida agitada en 895.

Hincmaro de Reims

Eriúgena es el único filósofo de esta época, en la cual todos los movimientos intelectuales tenían carácter teológico: fué el único teólogo que a la manera de los grandes Padres de la Iglesia, concebía las cuestiones hasta en su médula más íntima, al paso que sus contemporáneos sólo aducían, como argumentos, pasajes de la Sagrada Escritura y de los Padres, como los juristas que no alegaban las ideas del Derecho, sino los párrafos de un Código compuesto mucho tiempo antes de ellos. Inútilmente buscamos en esta época teólogos como en los siglos IV y V; el mayor escritor después de Eriúgena, *Hincmaro de Reims*, es más hombre político de sano juicio que teólogo de espíritu especulativo.

³³ Ed. Migne, CLXXIX, pág. 1084, por cierto un testigo dudoso del tiempo no anterior al siglo XI.

Nacido hacia 806 en el NE. de Francia, emparentado con el conocido Bernhard de Tolosa, educado bajo el abad Hil duino en St, Denis, llamado a la Corte por Ludovico Pío y empleado para la reforma de los monasterios; vivió el mismo Hincmaro con todo el rigor de la Regla monástica, y gozó del favor del Emperador aun cuando acompañó a Hilduino a su destierro a Sajonia (el cual había sido depuesto por haber tomado partido en favor de Lotario) y trabajó con resultado para la reposición de su maestro. Después de la muerte de Ludovico, Hincmaro gozó el mismo favor de Carlos el Calvo, y en los años 840-844 fué su mano derecha en todos los negocios eclesiásticos. En 845, a los 39 años de su edad, fué arzobispo de Reims, y entonces desplegó la más copiosa actividad hasta 882, en que murió en Epernay huyendo de los normandos. Le hallamos interviniendo en 39 sínodos. Flodoardo, historiador de Reims, menciona 432 epístolas suyas; compuso 70 diversos escritos teológicos y políticos, que editados por Sirmond y Collot llenan tres grandes volúmenes³⁴. Contra la nobleza rapaz y el débil rey defendió con ánimo y tacto político los derechos de la Iglesia; en la contienda entre los hermanos, guardó una fidelidad inmaculada a su rey; contra las imposiciones del Poder papal, defendió con dignidad los derechos de su sede. Se le halla como consejero y embajador en las cuestiones políticas más espinosas; sus escritos políticos *De regis persona et de regio ministerio*, sus Epístolas a los reyes, respiran una política llena de nobleza y dignidad; en todas partes nos sale al paso un espíritu firme, osado y consecuente.

Colecciones canonicas: el Scudo-Isidoro

Mientras por interior vocación, por el favor de las circunstancias exteriores, por la política de los primeros Carlovingios, ascendió cada vez más el Poder de los Papas; cada día se hizo más firme la persuasión de que el Papa era la Cabeza suprema de la Iglesia universal, el amparo de la verdadera fe, el supremo mediador en los asuntos así espirituales como temporales. La expresión de las ideas de aquella época sobre la dignidad de la Sede Apostólica se halla en la Colección de Decretales del Seudo-Isidoro³⁵ (*decretum* vale aquí tanto, como ley pontificia); las cuales no contribuyeron, como se ha pretendido, a la formación y reconocimiento del Primado pontificio, y a la independencia de la Iglesia respecto del Estado, que sin aquella Colección hubieran seguido igualmente el curso de su desenvolvimiento.

³⁴ En ed. Migne, tomo CXXV y CXXVI.

³⁵ Scherer, manual de derecho canónico, I, págs. 219 ss. Graz, 1886. Schneider en Kirchenlexicon, vol. X, págs. 600-624.

El monje *Dionisio el Exiguo* formó hacia 510 la primera Colección canónica de Occidente con las Decretales de los Papas, la cual halló rápidamente general aceptación. Presto se formó (probablemente en Francia) otra Colección semejante, pero mucho más copiosa, la cual fué falsamente atribuida a San Isidoro de Sevilla, y alcanzó pronto gran prestigio, principalmente en Neustria. Entre 847 y 857 se publicó otra nueva Colección bajo el nombre de *Isidoro*, que contiene. 1º. 60 epístolas apócrifas de los Papas desde Clemente hasta Melquíades (m. 314), 2º, resoluciones de Concilios tomadas generalmente de la Colección auténtica atribuida a San Isidoro de Sevilla, y 3º, Decretales de los Papas desde Melquíades hasta San Gregorio Magno, entre ellas 46 piezas apócrifas. Esta Colección se halla primero en las diócesis de Maguncia, Tréveris, Metz y Reims: en 857 se la cita por vez primera por su nombre en las Actas de la Dicta de Quierzy, y aunque discutida alcanzó reconocimiento especialmente en Neustria, y fué usada como fuente de derecho primeramente por el Papa Nicolao I, y desde entonces por toda la Edad Media, y se miró como fuente del Derecho Canónico hasta el siglo XV, salvo el parecer contrario de Esteban de Tournay (m. 1203). Nicolao de Cusa propuso dudas contra su autenticidad, las cuales luego hicieron irrefutables los Centuriadores de Magdeburgo y los críticos franceses Dumoulin y Le Conte. Durante mucho tiempo se creyó que esta Colección había sido compuesta para promover la elevación de la Autoridad Pontificia. Pero esta opinión es falsa y está ahora generalmente abandonada, no menos que la autenticidad de las piezas apócrifas en el Seudo Isidoro contenidas. El engaño no salió evidentemente de Roma, aunque luego se valieron de dicha Colección los Romanos Pontífices. ¿ De dónde procedió la falsificación y para qué fines se hizo? Es esta una cuestión difícil en la cual han empleado mucho saber y agudeza hombres como Blondel, Bruns, Eichhorn, Gfrörer, Göcke, Hefele, Knust, Möhler, Phillips. Roszhirt, Spittler, Walter, Waschersleben, Waizsäcker, etc.

Probablemente se compuso la Colección seudo Isidoriana hacia 853 en la diócesis de Le Mans o Reims, acaso por *Benedicto Levita*³⁶. Su finalidad fué asegurar los derechos de los obispos, limitando los excesos del Poder real. Los Carlovingios repartían bienes eclesiásticos y laicos a sus partidarios a manos llenas, y aun se hablaba entonces de una general secularización, pues toda la tierra era del Señor que lo había creado todo para utilidad de los hombres, y no había mandado que se le consagrara la tierra. Los Metropolitanos eran los auxiliares del rey, su cobarde conducta daba a sus excesos una apariencia de legalidad. Por eso era menester quebrantar el poder de los Metropolitanos; la convocación de los sínodos, la

³⁶ Según otros, Ibon de Reims debió formar esta Colección, para hacer ver la nulidad de su anterior deposición. Cf. Von Noorden, Hincmaro, arzobispo de Reims, págs.. 25 ss. Bonn, 1863. Hefele, loc. Cit., IV, págs.. 102, 282, 292-4; 314; 332, 420, 514 s.

resolución de las causas graves, se les debía sustraer y dejarla al Papa, cuyo natural interes era la protección de la Iglesia. Pero para esto no bastaban los Cánones de Sárdica; de ahí la falsificación³⁷ (2) cuyo sentido es siempre: (¡ue el Papa es el Obispo universal de toda la Iglesia, los obispos no son sino sus instrumentos y representantes, él es el supremo Legislador de la Iglesia, él pone y quita a los obispos, y los llama a su tribunal; sin su asentimiento, no se puede congregarse ningún Sínodo provincial. Hincmaro de Reims sintió en seguida la finalidad de la falsificación y llamó la Colección una ratonera³⁸, puesta a los derechos de los Metropolitano, un *opus compilatum et confictum*³⁹. Es un mosaico formado de piedras antiguas; pasajes escogidos de antiguos Padres, opiniones de particulares, están atribuidos a los Papas antiguos, y presentados como prescripciones canónicas.

Roma no tuvo parte ninguna en esta ficción, pero acaso procedió del Arzobispo *Otgar de Maguncia*, pues el libro habla en favor de Maguncia no menos que del Papa. Una apelación a Roma era siempre cosa dispendiosa por los viajes necesarios. Mas el Seudo Isidoro aboga porque los Primados o Patriarcas que están al frente de toda una nación, como entonces era solamente Maguncia, hagan las veces del Papa, y en su nombre ejerciten la jurisdicción sobre los Metropolitano. Por ende, redundaba propiamente en favor de Maguncia lo que se defendía pertenecer al Papa.

Historiografía

En la *Historiografía* vemos los efectos de la acción de Carlomagno. Los Annales de Einhard que alcanzan hasta 829, describen, con breve concisión y noble sencillez, la historia del Imperio⁴⁰. Su continuación son los Annales Bertinianos⁴¹, que acusan un carácter oficial; desde 835 a 861, los continuó Prudencio de Troyes; desde entonces, Hincmaro de Reims hasta 882. Un aquitano, *Ermoldus Nigellus*, favorito del rey Pipino, desterrado a Estrasburgo por el Emperador Ludovico Pío por haber seducido a su hijo para que se rebelara, escribió cuatro libros en dísticos, sobre la Vida del Emperador Ludovico, y en ellos empleó mucha lisonja para obtener su libertad. No es pura historia, y menos todavía poesía; el poeta carece de colorido y fantasía y donde emplea rasgos poéticos, oímos en ellos las leyendas y

³⁷ Las piezas apócrifas no son inventadas, sino se atribuyen a diferente autor. Cf. Marx, Historia ecles., cap. 69.

³⁸ Hincmarus Remens., opuscula et epistolae in causa Hincmari Laudunensis, cap. 10; ed. Migne, CXXVI, pág. 316.

³⁹ En la epistola VIII ad hadrianum compuesta por Hincmaro para Carlos el calvo, ed. Migne, CXXVI, pág. 896.

⁴⁰ Pertz, ss. I, págs.. 135-218; ed. Migne, CIV, págs.. 367-508.

⁴¹ Ibidem, I, págs. 423-515; ed. Migne, CXV, págs.. 1377-1420, y CXXV, págs.. 1203-1302.

cantares populares que utilizó⁴². *Thegan* o Degan, corepíscopo de la iglesia de Tréveris, escribió una vida del Emperador Ludovico, en estilo seco analítico. Es partidario de Walafrido y apasionado contra los enemigos del Emperador⁴³. Es de mucho valor para los primeros y últimos tiempos de Ludovico el librito de un desconocido clérigo de la Corte al cual llaman, por lo común, el *Astronomo*⁴⁴, menos violento, aunque no menos parcial que Thegan.

Para las luchas entre sus hijos, son fuente sobresaliente cuatro libros de historia de *Nithard*⁴⁵. Hijo de Angilberto, por su madre nieto de Carlomagno, soldado, diplomático, erudito, hábil con la espada y la pluma, lleno de prudencia, gravedad y amor a la verdad, aunque partidario de Carlos el Calvo, describe Nithard, a menudo con lenguaje áspero, en medio de la tormenta de la guerra y la confusión de las negociaciones, los sucesos desde la muerte del gran Emperador, hasta el principio del año 843 en que halló la muerte en una escaramuza. El siglo XI se encontró su cadáver junto al de su padre puesto en sal en un féretro de madera forrado de cuero, con la herida abierta en la cabeza.

Nithard fué un genuino historiador, lleno de verdad escueta, y para su época no menos importante que la Vida de Carlomagno de Einhard, la cual está cortada según los modelos antiguos. Menos feliz que en estas monografías es esta época donde acomete la empresa de escribir una Historia universal, como en la Crónica de las seis Edades del mundo de autor desconocido⁴⁶, en la Crónica de Moissiac⁴⁷. Mejor es la Crónica universal del obispo Frekulf de Lisieux, compuesta para la instrucción de Carlos el Calvo, y continuada hasta el comienzo del Imperio Franeo, y la de Adón de Viena que alcanza hasta el Emperador Luis II y el Papa Nicolao I⁴⁸.

⁴² Pertz, SS, II, págs. 464-523; ed. Migne, CV, págs.. 569-640.

⁴³ Ibidem, II, págs.. 585-604, ed. Migne, CVI, págs.. 405-428.

⁴⁴ Ibidem, II, págs., 607-648, ed. Migne CIV, págs.. 927-978.

⁴⁵ Ibidem, II, págs.. 649-672; ed. Migne, CXVI, págs., 45-76.

⁴⁶ Kollar, Analecta Vindob., pág. 602. De sex aetatibus mundi, o Chronicon breve a mundi exordio usque ad an. Chr. 810; ed. Migne, XCIV págs. 1173-1180.

⁴⁷ Pertz, SS., I, págs. 280-313; ed. Migne, XCVIII, págs.. 1411-1434, Wattenbach, loc. Cit., 6ª ed., pág. 205.

⁴⁸ P?ertz, ss, II, págs.. 315-323. Ed. Migne, CXXIII, págs.. 23- 188. Büdinger en "Sybeis Zeitschrift", VII, pág. 115.

LOS MONASTERIOS

A pesar de las continuas guerras, no pereció en Alemania la semilla que había sembrado Carlomagno. En el palacio de Luis el Germánico había una Escuela palatina; el archicapellán *Grimoaldo*, discípulo de Alcuino, era su presidente. Juntamente echaba raíces la Ciencia en los sitios más diversos. *Los Annales de Fulda*⁴⁹, continúan el trabajo de Einhard, sin pretensiones y con forma enteramente objetiva, y tienen carácter oficial por las estrechas relaciones de su autor con la Corte. Entre las continuas luchas de partido, con la circunstancia de que las Crónicas monásticas estaban patentes, y los gobernantes se preocupaban de cómo se escribía sobre ellos; los cronistas de esta época no dicen a menudo toda la verdad, o sólo de una manera velada, de suerte que se necesita sagacidad para sacar a luz la opinión de su ánimo. Los monasterios eran los principales asientos de la cultura, con harta frecuencia su historia era la de toda la cultura de un país; así *Fulda* y *Hersfeld*, fundación de S. Lull. En *Münster* trabajaban especialmente anglosajones. *Nueva Corvei* fundada (821) con la finalidad de acelerar la conversión de Sajonia por medio de sacerdotes sajones, floreció rápidamente. Warin, de un linaje rico de Condes sajones⁵⁰, fue allí abad después de la muerte de Adalhardo; allí escribió *Radberto Pascasio* la Vida de Adalhard y de Wala. En *Gandersheim* había un monasterio para princesas de la Casa Liudolfina, desde 856; allí fué abadesa Hathumod, hij'a de Liudolfo, desde 856 a 874; su Vida la cantó en versos muy sentidos⁵¹ su hermano Agius, monje en el próximo monasterio de Landspring, acaso el mismo que puso en metros los Annales de Einhard⁵², verdadero poeta en una época en que reinaba la manía de hacer versos latinos, pero que con demasiada frecuencia carecían de todo fondo poético.

En Suabia eran principales asientos de la cultura *San Gall* y *Reichenau*. La Crónica del monasterio de San Gall⁵³ describe de modo atractivo la actividad de aquellos diligentes religiosos; siempre acudían allá irlandeses; los viajeros de Italia (el camino antiguo pasaba generalmente por el paso de Splügen) se hospedaban allí y así se recibían constantemente nuevos estímulos, tanto del remoto Norte como del Sur, que despertaban nueva vida. El archicapellán Grimoaldo obtuvo esta abadía en 841 de Luis el Germánico, y por su influyente posición en la Corte, le hizo grandes bienes. *Iso* y el irlandés *Moengall* fueron en su tiempo maestros celebrados. *Notkero el Tartamudo*, *Tutilon* y *Radberto*, que por la enseñanza omitía hasta la santa misa, creyendo que oímos la misa mejor cuando enseñamos a otros a celebrarla, fueron

⁴⁹ Pertz, SS. I, págs.. 343-415.

⁵⁰ La antigua opinión que (Dümmier, Reino franco oriental, I, pág. 142). Warin había sido hijo del príncipe sajón Egberto y hermano de Liudolfo, abuelo del rey Enrique I, ya no es sostenible. Simson, Anales del reino franco bajo Luis Pio, II, págs.. 272 ss, Leipzig, 1876.

⁵¹ Pertz, SS. I, págs.. 225-279. Cf. Wattenbach, loc. Cit., I, pág. 256.

⁵² Pertz, SS. IV, págs.. 165-189.

⁵³ Casus Stl. Galli, Pertz, SS. II, págs.. 59-183.

sus famosos discípulos. Cuando Carlos el Gordo visitó el monasterio en 883 tenía su mayor gusto en las narraciones de un viejo monje sobre Carlomagno y le excitó a ponerlas por escrito y así se formaron los dos libros del *Monje de San Gall*⁵⁴, de los que el primero describe a Carlomagno como protector de la Iglesia, el segundo como conquistador, y que tan importante es, si no para la historia de Carlomagno, por lo menos para la de las leyendas. Que este monje no es otro que Notkero Bálbulus, parece ahora ya demostrado⁵⁵. En 890 a 920 el gran Salomón, el amigo de Hattón de Maguncia, fue obispo de Constanza y Abad de San Gall; estadista lleno de caridad y amor a su patria, erudito y poeta sentimental.

Reichenau se llamó hasta el siglo XI *Sintlazesovva*, del noble alemán Sintlaz que conoció al irlandés Pirmino y le regaló la hermosa isla de Au en el Lago de Constanza. *Pirmino* fue contemporáneo de Carlos Martel, el cual favoreció⁵⁶ el establecimiento de la isla destinado en 724 para 40 hermanos, y lo proveyó abundantemente de bienes del Estado, pero precisamente por esto, Theobaldo, Duque de los alamanes, consideró aquel monasterio como una guarnición franca en medio de su país, y echó de su territorio al abad.

Pirmino huyó a Alsacia y fundó otros monasterios, así Murbach, Weissenburg, Maurmünster, Neuweiler, y en el Ortenau, *Schwarzach* y Gengenbach. Hasta la fundación de Pfäffer y Altaich se le atribuyen; pero seguramente fundó a Hornbach cerca de Zweibrücken donde visitó también a San Bonifacio. Murió allí en 753. Su sucesor en Reichenau fué Etto o Hetto, el cual fundó en 762 Ettenheimmünster, y envió monjes y libros a Pfäffer, Alteich y Murbach. Rápidamente floreció el monasterio, su bien organizada escuela atrajo a muchos forasteros. Carlomagno honró con su visita a Reichenau en 780 junto con Hildegarda, en su viaje a Roma, y acaso ya en aquella coyuntura dió al monasterio el derecho de elegir libremente a sus abades, y entera exención del obispo de Constanza. Reichenau ejerció estas libertades ya en la próxima elección de abad en 786; el poderoso Geroldo, Conde superior de Baviera y hermano de la reina Hildegarda, le dió entonces su eficaz amparo. El abad nuevamente elegido, Waldo (786-806), fué nombrado en 806 abad de St. Denis, Consejero imperial y Confesor. No menos señalado fué su sucesor Heito o Hetto (806-823), y sus discípulos Tato, Erlebaldo, Wettin, que luego envió a Alcuino a Tours para su mayor formación. De él procede la iglesia del monasterio

⁵⁴ Monachus Sangaliensis; Pertz, SS., II, págs.. 726-763; ed. Migne, XCVIII, págs.. 1371-1410.

⁵⁵ Zeumer, El monje de san Gall, Hannover, 1886, y Zeppelin, en los Escritos de la Sociedad para la Historia del lago de Constanza, cuaderno XIX, págs.., 33-47, Lindau, 1890.

⁵⁶ Cf. El erudito tratado del Dr. J. König "Sobre Walafrido Estrabon de Reichenau", en el Archivo diocesano de Friburgo, vol. III, pág. 319. Friburgo, 1868 y Brandi, Fuentes e investigaciones sobre la historia de la abadía de reichenau, 2 vol. Heidelberg, 1890 y 1893.

que existe todavía (814-16) agradable transición entre la antigua iglesia cristiana y la arquitectura romana. Contado entre los consejeros de confianza de Carlomagno, fué su embajador en Constantinopla en 811. En su tiempo, el monje Wettin, como más tarde Dante, tuvo una visión, en la cual recorrió el cielo y el infierno, y cuya relación, compuesta por Heito, puso en verso el célebre *Walafrido*.

Walafrido Strabon o *Strabus* (que padece estrabismo), pobre alemán, obtuvo el hábito monástico en 821, y no poco levantó la gloria del monasterio, que ya entonces contaba en el Catálogo de su Confraternidad 40,000 personas, entre ellas aun islándeses y escandinavos. Fué uno de los mejores monjes latinistas, eruditos, y poetas de su época. Uno de sus discípulos, en una peregrinación a Roma, reunió todas las inscripciones antiguas. Walafrido es poeta lleno de delicado sentimiento y sabe manejar muy bien las formas artísticas antiguas, es hábil exegeta de la Sda. Escritura, y para formarse en ella se hizo algún tiempo en Fulda discípulo de Hrabanus Maurus; como éste, admitía cuatro sentidos en la Sda. Escritura, el literal, el alegórico, el analógico y el tropológico⁵⁷: la alegoría da el sentido envuelto en la letra, la tropología el sentido referente a la vida moral más elevada, la anagogía el sentido referente a la vida ulterior. Por la acción del maestro como del discípulo, floreció el estudio de la Sda. Escritura y del lenguaje bíblico. Como Hrabanus, procuró Walafrido no sólo la formación teológica de los monjes, sino su cultura general, pues el Maestro de Fulda llegó a escribir una Enciclopedia de las ciencias⁵⁸. Fulda, como Reichenau, admitieron también alumnos seculares. Como el maestro así también el discípulo sentía la vida de la Naturaleza: en 300 elegantes hexámetros, describe el *Hortus Medicus* de Walafrido más de 20 plantas con noticia de la virtud medicinal que poseen. A pesar de todo su talento y saber, Walafrido se distinguió por la humildad, la sencillez, pureza y limpieza de su carácter, causas suficientes para que sus hermanos le eligieran abad en 838, y aquel varón tan docto se mostró también buen ecónomo: ya en su tiempo poseyó el monasterio un jardín botánico. Un célebre discípulo de Hrabanus y luego de Walafrido, es el erudito *Ermenerich de Ellucangen*, más adelante, según parece, obispo de Passau.

Por lo demás, la vida era muy sencilla, la mesa monástica era frugal: leche de cuatro vacas para los enfermos y débiles, legumbres, miel, queso, pescado, eran los platos ordinarios. Pero tanto era mayor el celo por los bienes espirituales, solos ellos son imperecederos, decía el noble Walafrido⁵⁹, el cual, por lo demás, no vivió más que hasta los 43 años. Hrabanus, que estaba orgulloso de tal discípulo, envió un epitafio

⁵⁷ Litera gesta docet, quid credas allegoria.

Morales, quid agas, quo tendas, anagogia.

⁵⁸ Libri XXII, de universo; ed. Migne, CXI, páhs. 9-614.

⁵⁹ Ad Agobardum, en Migne, CXIV, pág. 1112.

en verso a Reichenau, en el cual lamentaba que la muerte hubiera arrebatado al excelente varón en la plenitud de la vida, a la escuela, a sus hermanos y a la Iglesia.

En Baviera se cultivaron fervorosamente los estudios en Freisinga, Ratisbona, Nieder-Alteich, Eichstädt y Salzburgo.

Un monasterio favorito del rey Lotario era en Lorena *Priim*. Allí era abad en 892 a 899, aquel *Regino* que en su Crónica hizo el primer intento de una exposición amplia de la Historia del mundo, con estilo sencillo, libertad de ánimo y sano juicio⁶⁰.

⁶⁰ Pertz, SS. I, págs.. 536-82; ed. Migne, CXXXII, págs.. 13-174. El texto se corta y por ello no podemos ofrecerlo.

IMPERIO DE CARLOMAGNO HASTA SU DESMEMBRACIÓN (768 a 840)

57. Carloman y Carlomagno.

58. Guerras y conquistas de Carlomagno.

59. Carlomagno emperador, renovación del imperio de Occidente.

60. Gobierno de Carlomagno.

61. Carlomagno protector de la Iglesia y de las letras.

62. Reinado de Ludovico Pio.

57. Carloman y Carlomagno (768 a 814). Pipino al morir dejó sus estados a sus dos hijos Garlos y Carloman. Muerto este a los tres años se hizo aquel adjudicar su herencia por los señores reunidos en asamblea en las Ardenas. La viuda de Carloman se retiró con sus dos hijos al lado de Desiderio, rey de los lombardos. Entonces Carlomagno, dueño de un estado poderoso y dotado de un genio vasto y emprendedor, se propuso restaurar el antiguo imperio romano de occidente.

58. Guerras y conquistas de Carlomagno. Contra tres pueblos dirigió sus armas principalmente Carlomagno, contra los *lombardos*, contra los *árabes*, y contra los *sajones*. El haber repudiado a una hija de Desiderio, rey de los lombardos, el haber este acogido en su reino a la viuda e hijos de su hermano Carloman, y el haber quitado a Adriano I las diez y siete ciudades del exarcado, y la Pentápolis, cuyos estados conquistados por Pipino, habían sido dados a la Santa Sede, tales fueron las causas de esta guerra, cuyas consecuencias fueron confirmar a los romanos pontífices en los estados que les cedió su padre, conquistar el reino de los lombardos, tomar el título de rey y ceñirse la corona de hierro que Teodelinda había mandado hacer de un clavo de la santa Cruz.

La guerra de España, en cierto modo accidental, tuvo por causa el que algunos árabes descontentos de su gobierno, le presentaron como fácil la conquista de algunos pueblos donde ellos gobernaban; Carlomagno dirigió una expedición en persona apoderándose de todos los países hasta el Ebro. Forzado a retirarse otra vez a Francia, metióse en las gargantas de los Pirineos, y en *Roncesvalles* fue derrotado su ejército por los vascos y navarros; muriendo en ese encuentro el famoso *Roldan*, tan célebre después en las leyendas de los libros de la caballería. Las otras expediciones hasta seis, fueron dirigidas por su hijo Ludovico Pió, a quien Carlomagno había hecho rey de Aquitania, bajo cuyo nombre se comprendían el Languedoc, la Gascuña, el Lemosin, Poitou, el Perigord y la Auvernia; agregándose

ahora como resultado de estas expediciones, la *Marca hispánica, que se* extendió desde el Pirineo hasta el Ebro en toda su longitud.

Las guerras más empeñadas de Carlomagno fueron las que hizo contra los sajones, empezadas en tiempo de su padre Pipino. Establecidos estos pueblos entre el *Ems* y el *Elba*, hacían frecuentes incursiones en los estados francos: por esta causa, así como por el deseo de convertirlos a la fe cristiana, sostuvo con tanto empeño Carlomagno esta guerra, cuya larga historia puede dividirse en dos períodos: —el primero que da fin en el campo de Mayo en la célebre dieta de *Paderborn* (777), cuyo resultado fue la sumisión de todos los jefes sajones, excepto de *Witikin*, que se retiró a pedir auxilio al rey de Dinamarca, y a esperar mejor ocasión. -El segundo período, empezó cuando Witikind, ocupado Carlomagno en la guerra de España, pasó el Elba, degolló a los misioneros cristianos, y llevó sus devastaciones hasta el Rin. Carlomagno corrió prontamente a apagar esta sublevación. Dos batallas ganadas una tras otra ahuyentaron al jefe sajón, que cansado de una guerra tan larga, y desalentado acerca de su fortuna, dejó las armas y se convirtió a la fe cristiana en 785. La guerra sin embargo continuó aunque con poco calor hasta la dieta de Salz (803), en que se verificó la sumisión completa de los sajones.

59. Carlomagno emperador (800) renovación del imperio de Occidente. Los triunfos señalados que alcanzó Carlomagno en estas guerras, sus importantes conquistas, la conversión de tantos pueblos a la fe cristiana, debida a su celo religioso, el haberse convertido en protector de la Iglesia, y últimamente la grande extensión de sus dominios le habían merecido el concepto del primer soberano de la cristiandad. —Quiso serlo de hecho, y al intento pasó a Roma, y estando el día de Navidad del año 800 orando sobre el sepulcro de los Santos apóstoles el papa Leon III puso sobre sus sienes la corona imperial saludándole el pueblo con estas palabras: *Vida y victoria a Carlos Augusto, coronado emperador de Romanos por la mano de Dios, grande, y pacífico.*

De éste modo llegó Carlomagno a conseguir la renovación del imperio de Occidente como continuación del imperio romano. El imperio de Occidente, fundado por Carlomagno, comprendía en España desde el Ebro hasta los Pirineos, y en Francia desde los Pirineos hasta el Rin; en Alemania desde el Rin hasta el Oder; en Italia desde los Alpes hasta el ducado de Benevento, exceptuando el patrimonio de la Iglesia.

60. Gobierno de Carlomagno. En nada se alteró la constitución de los francos durante el gobierno de Carlomagno. La sucesión a la corona continuó siendo electiva; las asambleas **del** campo de Mayo tomaron un carácter de dignidad y de

importancia que antes no habían tenido, tratándose en ellas así lo relativo al Estado como a la Iglesia.

Publicó un código de leyes bajo el nombre de *Capitulares*, que aunque no forman **un** sistema completo, un todo en la legislación, son notables porque cada una de por sí fue el resultado siempre de muchas discusiones y de largas consultas, y todas están sabiamente pensadas y planteadas, para lo sociedad en que se hicieron. Estableció **también la** excelente práctica de los *Missi Dominici*, comisarios regios enviados a las provincias para examinar la conducta de los duques que las gobernaban, y de los condes que administraban justicia.

61. Carlomagno protector de la Iglesia y de las letras. *Carlos* Martel, dando a los guerreros en encomienda los beneficios de la Iglesia, había rebajado su autoridad y la había **colocado** en una posición crítica. Pipino devolvió al clero **sus** beneficios y encargó a S. Bonifacio la reforma de las costumbres de los clérigos. Carlomagno continuó dispensando este mismo respeto a la Iglesia, protegiéndola contra las usurpaciones de los legos, debiéndosele el haber establecido la subordinación de la potestad civil a la eclesiástica en materias espirituales, poniendo así a la Iglesia en estado de continuar con fruto la educación de todos esos pueblos bárbaros que había recibido en su seno.

Carlomagno protegió las letras cuanto le fue posible con su autoridad y con su ejemplo, haciendo brillar un rayo de luz en medio de las tinieblas de su siglo. A este efecto reunió en torno suyo a los hombres más distinguidos de su imperio y fuera de él. Estableció una escuela en palacio, a la que por la noche asistía él mismo con toda su familia bajo la dirección del célebre *Álcuino*.

62. Reinado de Ludovico Pió (814 a 840). Sucedió a Carlomagno en todos sus estados, su hijo *Ludovico Pió*, coronado en Reims por el papa *Esteban V*. Su carácter débil e irresoluto, y lo limitado de su talento, explican parte de la intrincada historia de su reinado. A los tres años, cometió la imprudencia de repartir sus estados entre sus hijos, declarando a *Lotario* rey de Italia y heredero de la dignidad imperial; a *Pipino* rey de Aquitania, y a *Luis rey de* Baviera. —Este primer acto fue mal recibido, dio origen a una guerra civil y anunció la ruina del imperio de Occidente fundado por Carlomagno.

Por sugestión de su segunda mujer la emperatriz Judit de Baviera, anuló la primera repartición para dar Alemania, Suabia y Borgoña al joven *Carlos*, hijo de esta segunda mujer (829).

Se originó de aquí una guerra escandalosa entre el padre y los otros hijos, quienes le destronaron por dos veces, y cuya guerra después de mil composiciones y rompimientos duró hasta la muerte de Ludovico Pio.

DESMEMBRACIÓN DEL IMPERIO DE CARLOMAGNO HASTA LOS CAPETOS (840 a 987). INVASIONES DE LOS NORMANDOS.

63. *Guerras entre los hijos de Ludovico Pio, tratado de Verdun.*
64. *Carlos el Calvo, rey de Francia.*
65. *Origen y correrías de los normandos.*
66. *Carlos el Gordo hasta Carlos el Simple.*
67. *Carlos el Simple, establecimiento de los normandos en Normandía.*
68. *Últimos Carlovingios.*
69. *Causas de la decadencia y ruina de los Carlovingios.*

63.- *Guerras entre los hijos de Ludovico Pio, tratado de Verdun.* Algunos años antes de morir Ludovico Pio había dado toda la parte oriental del imperio a su hijo mayor Lotario, y toda la occidental a Carlos el Calvo, siendo sacrificados en este repartimiento Luis de Baviera y los hijos de Pipino, rey de Aquitania, ya muerto. La guerra que esto produjo continuaba a la muerte de Ludovico, y continuó después, con la diferencia de que ahora Luis de Baviera y Carlos el Calvo se unieron contra Lotario, luchando aquellos por querer hacerse enteramente independientes, y guerreando este por conservar la unidad del imperio. Esta lucha en que pelearon bajo de unas mismas banderas los francos y los germanos para derribar el imperio fundado por Carlomagno, terminó en la jornada de **Fontenay** (841), donde se hundió la unidad del imperio de Carlomagno: pues Luis y Carlos, vencedores de Lotario, en el acta de **Strasburgo**, y con un juramento pronunciado en sus respectivos idiomas, para que pudiese ser entendido de los dos ejércitos a la vez, manifestaron solemne y resueltamente la separación de Francia y Alemania.

Dos años después el tratado de **Verdun** confirmó los resultados de la desmembración consumada, quedando Francia por Carlos el Calvo; Germania por Luis, llamado desde entonces el **Germanico**, e Italia por Lotario, con más **Borgoña** y **Austrasia** Cisirhenana, que tomaron el nombre de Lotaringia, del cual se formó después el de Lorena. La **dignidad imperial**, dada ahora a Lotario, no fue por mucho tiempo mas que motivo de grandes altercados, pasando sucesivamente de Italia a Francia y de aquí a Alemania, que actualmente la conserva.

64. *Carlos I el Calvo, rey de Francia* (840 a 877). Con el tratado de Verdun había sido creado el reino de Francia, y con Carlos I el Calvo empieza la larga serie de reyes verdaderamente franceses. Este príncipe activo y ambicioso, aumentó por diferentes medios la extensión de sus dominios, y a la muerte de los hijos de su

hermano Lotario, recibió en Roma de manos del **papa Juan VIII**, la corona imperial; mas no pudo resistir las pretensiones de los grandes señores que le obligaron a que le concediese la herencia de sus empleos por una *capitular* de Kierry del Oise; ni contener las invasiones de los normandos.

65. *Origen y correrías de los normandos.* Los normandos u hombres del Norte eran los pueblos marítimos de la **costa** de Jutlandia y Noruega, que asolaron Europa en los siglos IX y X con' repetidos desembarcos *en las costas*, o siguiendo el curso de los ríos. De este modo echaron en *Nougorord y Kief* los primeros fundamentos del imperio ruso (862), se establecieron en *Islandia* (874) y en **Irlanda (896)**, fundaron o conquistaron a *Waterford, Dublin y Limerik*. *Tampoco* se halló a cubierto de sus correrías *España*: más los **crístianos** en tiempo de Ramiro I, y los árabes, en el califato de Abderraman II, supieron defenderse de sus invasiones.

En Francia lograron establecerse en 830, junto a la embocadura del Loira en la isla de *Her*: algunos años después *Regnardo Ludbroh* saqueó la población de París, pagando Carlos el Calvo su retirada con una suma considerable de dinero. Doce años después se presentaron en mayor numero, e incendiaron la iglesia de santa Genoveva (857).

66. *Carlos el Gordo.* (884) *hasta Carlos el Simple.* A Carlos el Calvo sucedió en Francia su hijo Luis XII el *Tartamudo*, *apenas* reconocido en algunos puntos: y a éste sus dos hijos *Luis III* y *Carloman*: reinó el primero sobre Neustria y Austrasia, y el segundo sobre Borgoña, Aquitania, el marquesado de Tolosa y parte de Italia, sin haber podido contener las invasiones de los normandos.

Entró a reinar después Carlos el Gordo, hijo de Luis el Germánico, depuesto en la dieta de *Tribur* por no haberse defendido contra los normandos, y por haber hecho un tratado vergonzoso con ellos, siendo nombrado rey de Francia, por los principales señores *Eudon* (887), conde de París, e hijo de Roberto el Fuerte, que murió sin dejar hijos.

67. *Carlos el Simple* (893), *establecimiento de los normandos en Normandía.* *Carlos* el Simple, hijo, de Luis el Tartamudo, luego, que llegó a la mayor edad, fue proclamado rey de Francia por muchos señores contra Eudon, originándose de esto una guerra que terminó con un tratado en que los dos contendientes se dividieron la monarquía.

Los normandos, hartos ya de correría y de pillaje, desearon establecerse en Francia; poseer tierras y tener dominio sobre ellas. Carlos el Simple, no pudiendo oponérseles, y deseando por otra parte librar a París y a su reino de Francia de

nuevos saqueos, ajustó con ellos un tratado en *Saint Clair del Efta* (912), por el que otorgó a **Rollón**, su jefe, la mano de su hija Gisela, y la ciudad de **Ruan** con la parte occidental de **Neustria**, en calidad de feudo, tomando después el nombre de Normandía: también le fué concedida Bretaña a título de subfeudo.

68. *Ultimos Carlovingios. Entre* Carlos el Simple y su hijo **Luis IV**, el Ultramarino, reinó **Rodulfo**, duque de Borgoña, por los manejos de su cuñado Hugo el Grande. Tanto estos reinados como los siguientes de **Lotario**, hijo del Ultramarino, y de su nielo **Luis V** el Ocioso (986 a 987), pasaron agitados de facciones poderosas, promovidas por la ambición de los grandes señores, interesados en la confusión y el desorden para menoscabar la autoridad real y aprovecharse de su debilidad.

69. *Causas de la decadencia y ruina de los Carlovingios.* Carlomagno conquistó un imperio vasto, le convirtió al cristianismo y le organizó. Muerto él, faltaron hombres de energía y de talento **que** conservasen **su** gran obra. Dos causas contribuyeron a la ruina de este imperio constituido prodigiosamente **en** medio **de** tantos estados en que se había dividido el Occidente.

1a Haber extendido **una** misma dominación **sobre un** gran número de naciones y pueblos de distinta raza, y diferentes **en usos**, leyes, religión e idioma cuales eran los españoles del norte de España, **los paganos**, medio **convertidos** de Sajonia, los **italianos**, obligados a **renunciar su** nacionalidad, los **francos del mediodía**, émulos de la supremacía **de los francos del norte**, **los germanos**, rivales y luego enemigos de la **raza** franca, **cuyos** pueblos aspiraban todos a **una** independencia **que no** **habian** echado en olvido por la sumisión de algunos años. 2ª La falta de **príncipes de** energía y **de** talento **para** rechazar vigorosamente los reiterados esfuerzos de independencia de todos esos pueblos, y **para** oponerse a **las exigencias** de los grandes señores de Francia, siendo **por** tanto **inevitable la desmembracion** del imperio, y **el excesivo engrandecimiento** de los señores feudales.

MAPAS DEL IMPERIO CAROLINGIO



